
SEDUCIENDO
a mi Vecino
CARLOTA MANZANO

SEDUCIENDO a mi Vecino

CARLOTA MANZANO

Primera edición.
Seduciendo a mi vecino
Carlota Manzano
©enero, 2025.
©imágenes por Freepik y AdobeStock
Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31

Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Epílogo

Capítulo 1



«En ocasiones, quien menos esperas puede ser tu sentencia o tu salvación. Vivimos rodeados de personas, conectamos con ellas a diferentes niveles de intensidad emocional, y no somos conscientes de hasta qué punto pueden influir en nuestras vidas. Vivir es primordial, confiar es necesario y luchar es un requisito indispensable, una obligación».

Helia

—Buenos días, Helia. Buenos días, Helia.

Sonreí al llegar al salón, con los buenos días de Ruby. Caminé hasta él y lo acaricié.

—Cosita.

—Cosita —repitió, apreté los labios.

—Toca desayunar.

—Galleta. —Solté una carcajada.

—De eso ni hablar, vas a comer lo de siempre.

—Galleta. Galleta. Galleta…

Riendo, así entré en la cocina mientas él seguía a lo suyo, sin perder la esperanza. Ruby es un loro de un pelaje con colores preciosos. La mayoría de un verde intenso, con algunas plumas salteadas en las alas en azul y rojo. Su pico es de una tonalidad clara, anaranjada amarillento.

—Helia. Helia —me llamó al sentirse ignorado y solo.

Sonriendo cogí el saco de semillas y lo dejé en la encimera, para cortarle unos trozos de manzana. Le encantaba. Partí varios medianos y regresé al salón.

—Buen provecho —dije con la puerta de la jaula abierta.

Era muy grande, estaba como un rey y salía de ella cuando le daba la gana. El muy pillín había aprendido a abrirla y se paseaba por la casa cuando le apetecía. Estaba colocada en una esquina, entre el final del mueble y la ventana por la que entraba mucha luz.

—Galleta —repitió insistente, pero enseguida empezó a comer.

Cerré la jaula sin poner el seguro porque como he dicho, daba lo mismo. Volví a la cocina para prepararme un café y con él me dirigí al porche. El primero del día lo disfrutaba tomándomelo al aire libre, y más los fines de semana, como era el caso.

Eran las nueve y media de la mañana del sábado. Hacía una hora que me había despertado, pero me apeteció hacerme la remolona en la cama al no tener ninguna prisa.

—Guapa.

Reí frente a la puerta principal.

—¡Guapo!

—Guapo —repitió antes de volver a agachar la cabeza para continuar comiendo.

Sin parar de reír, salí al porche dejando la puerta entornada. No me preocupaba Ruby, estaba entrenado. Incluso muchas veces mientras yo estaba en el porche, él salía y me hacía compañía apoyado en la barandilla, en la mesa, o incluso sobre mí. Era lo máximo que se aventuraba y, sorprendentemente, me hacía caso en todo. Me refiero a que, si le decía que no se alejara, obedecía. Durante los cuatro años que hacía que estábamos juntos nunca me había dado un susto, ni había tenido nada que lamentar.

Me senté en una silla y apoyé los pies en los barrotes de la barandilla. Hacía un día espectacular, el sol empezaba a calentar de buena mañana, pero no tanto como para no ir abrigada. La chaqueta de lana no la dejaba atrás ni queriendo.

Me llevé la taza a los labios, observando la calle. Vivía en una zona muy tranquila y más los fines de semana, sin el ajetreo diario. Delante de mi casa no había más edificaciones; en lugar de ellas, el espacio lo ocupaba un gran parque en el que destacaba el verde intenso. Justo enfrente, al otro lado de la carretera, tenía una hilera de árboles frondosos acompañados por hierba. Había varios caminos para acceder a él, los que se bifurcaban en el interior con otros, convirtiéndolos en una especie de laberinto al aire libre.

Me encantaba la paz y la tranquilidad que se respiraba. Las únicas viviendas que había recorrían mi acera a lo largo, casi idénticas a la mía, con algunas pequeñas variaciones. Estaban separadas por varios metros, otorgando la privacidad suficiente como para tener que saludar a los vecinos en voz alta si querías que te escucharan.

Las casas que quedaban a mis lados, solo una de ellas estaba ocupada desde hacía muchos años, la otra llevaba en venta bastantes meses. No sabía si eso había cambiado porque hacía varios días que el cartel en la fachada había desaparecido. En fin, esperaba que si tenía nuevos

vecinos todo fuera bien, aunque yo siempre iba a lo mío y como ya he comentado, no tenía que preocuparme. La distancia entre unas y otras era la perfecta como para no enterarme de nada.

Cerré los ojos en completo silencio. No era una calle muy transitada, a pesar de que el parque era muy concurrido. Siempre había muchas personas, constantemente, daba igual la hora del día que fuese. Los más madrugadores hacían deporte en él, después estaban las madres que paseaban con sus hijos pequeños a media mañana, los que tenían edad para ir al colegio llegaban por la tarde. Los atardeceres y las noches estaban destinados a paseos relajantes y a más deportistas cerrando el día. La zona de juegos para los niños en su interior quedaba bastante apartada de donde yo estaba, la veía muy lejana y a ciertas horas ni eso.

Abrí los ojos al escuchar el sonido de un coche. Lo seguí con la vista porque pasó frente a mí. Me llamó la atención al no reconocerlo. Se subió a la acera y paró en la entrada de la casa de mi derecha, la que estaba deshabitada. En el interior vi a un hombre. Lo observé disimuladamente para no ser descarada. ¿Era de la inmobiliaria? ¿O es que ya se había vendido la casa? No tardé en dar con la respuesta correcta.

El hombre se bajó y cerró con fuerza la puerta. Me llamó mucho la atención. Sin separarse del vehículo miró los alrededores, pero no supe si dirigió la vista hacia mí porque volví a cerrar los ojos, antes de que se diera cuenta de que estaba pendiente de él.

Abrí despacio un ojo y el otro le siguió cuando vi que el maletero estaba abierto y parte de su cuerpo escondido en él. Se veía muy interesante. El coche no, el dueño. Desprendía un aura atrayente, aparte de que lo poco que aprecié de él me gustó.

Quien dice poco, dice fijarse al detalle hasta de cómo iba vestido. Calzaba unas deportivas con un pantalón vaquero de color azul oscuro y en la parte alta del cuerpo llevaba un abrigo, pero al estar abierto era visible un jersey de lana de color blanco. Su cabello era de color castaño, corto, aunque en la parte alta se apreciaba un poco más largo. Lo vi pasarse la mano por él, acomodándoselo.

Por suerte para mí, no me prestó atención, ya que estaba centrado en descargar todo lo que contenía el maletero. Pues sí, o era el nuevo dueño o el inquilino, porque sacó maletas, mochilas de viaje y bolsas para parecían contener comida. Dio varios paseos para dejarlo en el porche, colocándolo cerca de la entrada de la casa. Hasta sus andares eran dignos de ver, bueno y lo bien que le quedaba el pantalón vaquero.

¿Veis? Poquita cosa, apenas me había fijado. Sonreí por ese motivo y centré la vista de nuevo en la arboleda. Continúe bebiéndome el café, en calma. Me quedé sin distracción cuando el vecino entró en la casa. Dentro de poco yo haría lo mismo para ducharme, había quedado con Alba y Alan, mis dos amigos.

Alargué el tiempo después de dejar la taza vacía en la mesa. Había empezado el día sin muchas ganas de moverme. Los ojos se me fueron otra vez hacia la derecha, el vecino salió de la casa directo hacia el coche. Se montó en él y echó marcha atrás, hasta que se incorporó a la carretera.

Condujo muy despacio y al pasar por delante, giró ligeramente la cabeza hacia mí. No me molesté en disimular, entró en mi campo de visión y era lo que había. Viéndolo más de cerca, aunque no lo suficiente, pude apreciar un poco sus rasgos. Solo durante unos segundos porque fijó la vista en la carretera y aceleró, alejándose.

—Menudo espectáculo de hombre —dije en voz alta, soltando un suspiro.

Aproveché para levantarme y activarme. Entré en casa y sonreí al ver a Ruby. La primera vez que lo encontré en la posición que tenía me asusté muchísimo porque pensé que le había pasado algo. ¡Qué iba a saber que era la forma en la que dormía! Estaba sobre un palo de madera, con la cabeza caída, los ojos cerrados y el pico entre el plumaje. Apuntito estuve en aquella ocasión de salir corriendo al veterinario, por suerte se espabiló por la que lie llamándolo a gritos.

Me dirigí al pasillo y llegué a mi habitación. Era la única que tenía baño privado. Elegí la ropa que iba a ponerme después de la ducha y eso hice a continuación.

Veinte minutos después, terminé de secarme el pelo y me lo recogí en un moño desenfadado. Me miré en el espejo, satisfecha con el resultado. Me había puesto un jersey de cuello alto de color rosa claro, junto a un pantalón cargo informal de color verde militar. Acompañé el conjunto con unos botines planos.

Ya estaba preparada para irme y con más ganas que antes de la ducha. Me coloqué el abrigo y la bufanda, y salí de la habitación colgándome el bolso.

—Pórtate bien —le hablé a Ruby, que ya se había despertado.

—Pórtate bien —repitió y sonreí.

—Yo siempre, tú no sé yo… —le dije a modo de regañina.

—Traviesa. —Solté una carcajada.

Sabía un buen repertorio de palabras sueltas y de frases, entre las que escuchaba en el día a día y las que Alba, mi amiga, se empeñaba en decirle para que las aprendiera…

Bajé las escaleras del porche yendo hacia el coche. Me monté y me dirigí hacia el centro del pueblo, más concretamente a la cafetería en la que había quedado con mis amigos para desayunar. Era una rutina que cada sábado no podía faltar para dar comienzo al fin de semana.

Alan, era guarda forestal y Alba, trabajaba en una tienda de ropa. A Alan lo conocía desde el colegio, nuestros inicios fueron un poco revueltos, solo con deciros que se llevó varias tortas mías ya os pongo en antecedentes. Ah, pero con motivo, ¿eh? Que el señorito por aquel entonces no tenía una diversión mejor que tirarme del pelo cada cierto tiempo cuando nos cruzábamos. Así fue nuestro comienzo, uno que con el tiempo y conforme fuimos creciendo, fue calmándose.

Debo decir que gracias a él somos amigos. Me explico. Yo le cogí un poco de tirria por lo que me hacía, como podéis imaginar, aunque nunca se excedió de lo que he dicho y yo no tenía

problema en hacerle frente. Cuando cumplimos seis años un día me sorprendió. Vino a la casa de mis padres y se plantó delante de ellos. Lo acompañó su madre que eligió quedarse fuera porque su hijo se lo pidió, para enfrentar la situación solo, como si fuese un adulto. Sin flaquear les confesó a mis padres la relación que tenía con conmigo y lo arrepentido que estaba. Mis padres se mostraron serios y correctos, ya que por mis quejas continuas conocían de sobra la situación.

Aquel día marcó un antes y un después para nosotros porque al finalizar su confesión, les aseguró a mis padres que a partir de ese instante ya no volvería a hacerlo más, todo lo contrario, si yo lo perdonaba y aceptaba un acercamiento de amistad con él, haría todo lo posible para borrar lo que había hecho mal.

Y lo llevó a cabo, nos convertimos en los mejores amigos. Era la persona que siempre quería tener cerca, nunca nos fallábamos.

A Alba la conocimos cuatro años más tarde, cuando la unión entre Alan y yo estaba asentada y fortificada. Los tres tuvimos una conexión rápida y así, como quien no quiere la cosa, llevábamos muchísimos años siendo inseparables.

Capítulo 2



—Tía buena. —Reí.

Ahí estaba mi segunda lorita, mi amiga Alba. Si es que Ruby y ella eran tal para cual.

—Gracias por hacer que todas las personas que hay en la terraza se giren para mirarme —negué divertida.

Me incliné para darle un beso, al igual que hice hacia Alan.

—Buenos días —me saludó él y le correspondí.

—Será que no es verdad. —Me hizo un guiño Alba.

—¿Ya habéis pedido?

—No, estábamos esperándote —respondió Alan.

—Pues antes de que os pongáis a hablar, llamo al camarero. —Levanté el brazo.

—Has llegado con hambre, ¿eh?

—Ni os lo imagináis, anoche no cené…

—Pues ya tenemos claro quién va a pagar la cuenta, Alan —dijo riendo Alba.

—De eso nada, te toca a ti. —La señalé.

—Paso, prefiero elegir una mañana en la que solo te tomes un café con leche —sonrió de forma exagerada.

—No sé para qué te haces la dura, si el resultado va a ser el mismo: tú sacando la cartera —comentó divertido Alan, refiriéndose a Alba.

—Me das una rabia cuando te pones de su parte. —Puso los ojos en blanco, nosotros reímos

porque tenía la batalla perdida de antemano.

Alonso, el camarero, se acercó a nuestra mesa. Después de una breve conversación porque nos conocíamos de años, le pedimos los desayunos.

—Y me dice a mí. —Levanté una ceja, por todo lo que acababa de pedir Alba.

—A alguien tengo que echarle la culpa, a mí no, por supuesto —sonrió pícara.

—El sábado que viene que pago yo, vamos al parque de picnic —dijo Alan.

—Míralo, el que rebosa dinero por todos los poros de su piel y el más agarrado —se quejó, mirándolo sorprendida.

—Claro, duermo entre billetes cada noche. No te digo yo… —negó él.

—Tengo vecino nuevo —solté acaparando la atención de ambos.

—Ha costado que vendieran la casa, pero era de esperar —asintió Alan.

—Cuenta, cuenta. —Se frotó las manos Alba.

—Poco tengo que añadir. —Me encogí de hombros.

—Leches, algo habrás visto porque si no ¿cómo sabes que se ha vendido?

—El otro día que te llevé no tenía el cartel de la inmobiliaria —recordó Alan.

—Correcto, hace varios que desapareció.

Hicimos una pausa y le agradecimos a Alonso que dejara los cafés, las tostadas y los bocadillos en la mesa.

—Sí que he visto algo —sonreí—. A un pedazo de tío, ese es mi vecino.

—¡No fastidies! —exclamó Alba. Se quedó con la boca abierta— Dame más detalles.

—Alto, pelo castaño, los tejanos le quedan de vicio. Mmm… ¿Qué más?

—Joder, qué bien suena —se emocionó—. ¿Has hablado con él? —negué e hizo una mueca.

—Ha llegado cuando estaba tomándome un café en el porche. No he querido ser inoportuna, aparte de que no ha mirado hacia mí en ningún momento mientras descargaba el coche. —Me encogí de hombros.

—Cuando terminemos de desayunar, vamos e intentamos acercarnos un poco más.

—¿Qué dices? —intervino Alan, sin saber si reírse o darle una colleja— Íbamos a dar una vuelta por el pueblo.

—Y es lo que vamos a hacer —aseguré—. No voy a llevarte a mi casa, capaz eres de tocar a su puerta —negué hacia Alba—. Además, se ha ido en el coche al poco de llegar.

—¡Qué control! —Rio.

—Vive al lado y estaba en el porche —aclaró Alan, con una ceja levantada.

—Tú no lo entiendes. —Rio—. ¿Estaba solo? —continuó.

—Yo no he visto a nadie más, quizás alguien aparezca en otro momento.

—Tienes que ponerte en modo detective.

—Claro, ahora mismo. En eso estaba pensando. —Reí.

—Que sí, jolines que en este pueblo nos tenemos todos muy vistos y una cara nueva siempre alegra. Por cierto, no has dicho si lo conoces de vista.

—Porque no lo hago —aseguré mientras echaba el azúcar al café.

—Cada vez pinta mejor —soltó un suspiro largo.

—¿Cómo te ha ido desde el miércoles? —Cambié la dirección de la conversación, dirigiéndome a Alan.

—Liado, pero bien —respondió sonriente.

—Se te ve cansado —comenté.

No me hacía falta que me lo confirmara, tenía marcadas unas ojeras tenues y estaba más callado de lo habitual.

—Sí, pero tengo todo el fin de semana libre.

—Menos mal, hacía mucho ya —intervino Alba, haciendo una mueca.

—Hay temporadas que son peores. —Se encogió de hombros él.

—A ver si afloja —dije en tono bajo.

—Ahora mismo es complicado, estamos detrás de varios incidentes. Se están repitiendo y no es buena señal.

—Bueno, al menos has conseguido todo el fin de semana para descansar.

—Sí, ya tocaba —me sonrió.

Empezamos a desayunar, antes de que los cafés se quedaran más fríos. Pasada media hora, nos levantamos para irnos. Alba entró en la cafetería para pagar, mientras Alan y yo la esperábamos en la acera.

—Estás muy serio —le hablé agarrándome de su brazo.

—Qué va. —Quiso negarlo, pero no me engañaba—. La verdad es que hoy solo me apetecía estar en casa —añadió.

—¿Y por qué no nos lo has dicho? Tenemos todo el fin de semana para quedar.

—Porque también me venía bien despejarme. Me apetecía estar con vosotras sin tener prisa para irme a trabajar.

—Vale, pues la vuelta al pueblo se queda en vueltecita. —Rio.

—Por mí no, ¿eh?

—Lo digo por mí, tengo muchas cosas que hacer en la casa. —Me encogí de hombros.

Me miró divertido, sabiendo que era una mala excusa y que mi motivo era él. Alba se unió a nosotros y caminamos por la acera. La cafetería estaba muy cerca del centro, por lo que no tuvimos que andar mucho para llegar a la zona en la que había más movimiento. La mayoría de los comercios estaban concentrados en la calle principal: supermercados, tiendas de todo tipo, bares, restaurantes y otras cafeterías.

—¡Qué gustazo pasar por delante sin tener que entrar! —se alegró Alba.

Se refirió a la tienda de ropa en la que trabajaba.

—Podemos hacerlo para que no pierdas la costumbre —le propuso Alan.

—¡Sí, hombre! Los sábados son míos, ni loca pongo los pies dentro. Capaces son de arrastrarme con cualquier excusa.

—Ya que estamos cerca, voy a recoger unos pantalones de trabajo en la tienda de Celia, se los llevé a principios de semana para unos arreglos —dijo pensativo Alan.

—Claro —hablé animada.

Cuando llegamos frente a la puerta, Alan entró mientras que Alba y yo nos quedamos viendo un escaparate de ropa que había justo al lado.

—Llevo enamorada de ese vestido hace meses y parece que me está esperando. ¡No lo venden! —Señaló a un maniquí—. Llévame lejos de aquí antes de que la tentación pueda

conmigo. —Se echó encima de mí para que la agarrara. Solté una carcajada.

—No sé cómo puedes trabajar en una tienda de ropa —negué girándonos a las dos.

Le dimos la espalda al escaparate, quedándonos de frente a la calle.

—Eso digo yo, no sabes a los sacrificios que hago constantemente. —Lloriqueó.

Sonriendo, así estaba por el dramatismo que le puso, cuando alguien llamó mi atención. Era mi nuevo vecino, caminaba por la acera con varias bolsas en las manos. Le di un pequeño codazo a Alba, con la tranquilidad de que estaba lejos de nosotras, aunque no faltaba mucho para que pasara por delante porque venía hacia donde estábamos.

—Como no le pongas más empeño, todo lo que haces no es suficiente para frenarme. Recuérdame cuánto cuesta —continuó refiriéndose al vestido.

—Doscientos sesenta y cuatro euros —respondí sin apartar la mirada del hombre.

—Madre mía, necesitaría varios meses para reponerme —se quejó.

—Mira hacia la izquierda —le pedí en tono bajo.

—¿Eh? ¿A qué o a quién? —preguntó haciéndolo.

—El que camina por la acera, acercándose a nosotras, es mi nuevo vecino —le aclaré.

—¡La virgen! —exclamó alzando la voz.

—Baja el tono que te va a oír —hablé susurrando.

—¿Y qué? Puedo haberme sorprendido por cualquier cosa. Madre mía Helia, qué pedazo de vecino.

—Sí, ¿no?

—Tú no estás bien, se te ha ido la cabeza por completo si dudas. —Me miró con los ojos abiertos al máximo.

Nos quedamos en silencio. Pasó por delante sin que llamáramos su atención.

—¡Menudo culo! ¡Qué maravilla de pantalón vaquero! ¡Eso es lucirlo y lo demás son tonterías, chico!

Me puse nerviosa porque Alba había hablado demasiado rápido, y no precisamente bajo. Al hombre no le había dado tiempo a alejarse. ¿Resultado? La había escuchado porque se paró de golpe. Por suerte, continuó dándonos la espalda, en ningún momento el rato que estuvo quieto se giró hacia nosotras. Me tranquilicé cuando sus pies volvieron a moverse, alejándose de las dos.

—Ya te vale —la reprendí.

—¿Qué?

—Leches, que te ha escuchado.

—¿Y qué? Será que no sabe de sobra lo que provoca. —Rio despreocupada.

—¿Y si se hubiera girado? Joder, que lo voy a ver más veces, que vive a mi lado.

—Pues mira, sabría que te gusta su culo porque yo te habría señalado para que le quedara claro que lo has soltado tú. —Continuó riendo.

—No me hace gracia.

—¿Por qué? —preguntó extrañada. Puse los ojos en blanco.

—Da igual. —Sacudí la cabeza varias veces.

—Va, Helia, no ha sido para tanto. Seguro que se ha ido sonriendo, le hemos alegrado la mañana.

—Le has, no me metas.

—Claro, como si no pensaras lo mismo que yo. Una cosa te digo, esta tarde llamo a tu puerta. —Escuché sus risas lejanas.

Se apartó de mí para ir a ver cómo le iba a Alan. Al quedarme sola, volví a mirar en la dirección en la que se había ido caminando mi vecino, pude verlo de nuevo, bastante lejos.

Pues sí, pensaba exactamente igual que mi amiga, otra cosa es que lo exteriorizara tan abiertamente como ella. Y menos sabiendo que él se iba a enterar. Giró al final de la calle y lo perdí de vista. Una pena porque era lo más interesante que había en toda la calle.

Dejé salir el aire despacio, parecía tan misterioso…

Mis amigos me sacaron de mis pensamos cuando llegaron junto a mí, Alan con una bolsa grande con sus pantalones de trabajo.

—Han quedado perfectos —me sonrió.

—Me alegro. —Lo miré devolviéndole el gesto.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Alba.

—Yo me voy para casa —respondió Alan.

—¿Y eso? —Se extrañó Alba.

—Quiero descansar para reponerme para la noche, para ir a cenar juntos.

—Sí, es lo mejor. —Le agarré de un brazo y le di un beso en la mejilla.

Me hizo un guiño cuando nos separamos y se despidió de Alba. Lo seguimos con la mirada.

—¿Qué le pasa?

—No lo sé —respondí pensativa.

—¿Tú crees que es por el trabajo? Nunca se pone así, por muy cansado que esté.

—Ni idea. —Me encogí de hombros.

Tenía una respuesta clara para su pregunta, pero me la reservé. Como había dicho Alba, hasta hoy, supuestamente nunca había sucedido que a Alan le afectara algo de su trabajo, hasta el punto de estar decaído, serio y callado, hablando lo justo y necesario para intervenir en nuestras conversaciones. Ni mucho menos se iba antes de tiempo. Se había esforzado para no preocuparnos, pero ¿por qué?

Una gran pregunta de la que quería saber la respuesta, con urgencia. La conseguiría porque no iba a parar de insistirle hasta que me hablara claro.

Capítulo 3



Demian

—¡Menudo culo! ¡Qué maravilla de pantalón vaquero! ¡Eso es lucirlo y lo demás son tonterías, chico!

Mis pies se frenaron de golpe al escuchar esas palabras. No había duda ni error a quién iban dirigidas: a mí. Yo era el chico al que hacían alusión, más que nada porque acababa de pasar por delante de las dos chicas que habían estado observándome, intentando pasar desapercibidas. No habían disimulado lo suficiente, al menos esa había sido la intención de ambas.

Otro punto a favor por el que sabía que no me equivocaba es porque en este instante era el único que estaba cerca, las demás personas que pasaban por la calle estaban bastante distanciadas. Lo único que no tenía claro era cuál de las dos había hablado.

Me había dado cuenta de sus miradas desde el principio, sin que fueran conscientes. Como también de que una era la misma chica que unas horas antes estaba sentada en la casa de al lado a la que había llegado yo. La había reconocido sin problema; tuve muy presente su presencia al bajarme del coche y al descargarlo. De lo que por cierto no se había perdido detalle.

Entre eso y que cuando me monté en el coche para venir al centro del pueblo, había pasado a poca velocidad frente a su casa y había girado la cabeza hacia ella…

El sonido de una llamada me sacó de mis pensamientos, justo cuando guardaba las bolsas en el coche.

—Eh, ¿qué tal? —me preguntó Jacob, en cuanto descolgué.

—Bien. —Cerré el maletero y caminé hasta la puerta del conductor—. Ahora mismo voy para la casa, he venido al centro del pueblo a por unas cosas que me faltaban.

—¿Cómo ha sido la llegada? ¿Te gusta la casa y los alrededores? ¿Cómo lo ves?

—No me ha dado tiempo a mucho —negué arrancando.

—Hombre, pero tendrás una primera impresión. ¡Digo yo! —habló divertido.

—Por ahora contento. La vivienda es grande y está en una zona muy tranquila, poco transitada. Justo enfrente hay un gran parque.

—Uy sí, estás súper contento. Derrochas una ilusión… —Rio.

—La que toca, ¿qué quieres? ¿Que esté saltando de la emoción?

—Pues no te vendría nada mal, al menos no tendrías ese carácter.

—¿Algo que objetar por «mi carácter»?

—¿Yo? Para nada.

—¡Ya se ha cagado! —sonreí de medio lado, al escuchar la intervención de Elsa, seguida por sus risas.

Me divertí un rato escuchándolos, empezaron a picarse entre sí. Algo habitual que no llegaba a nada, demasiados años juntos como para no conocernos de sobra.

—¡Demian! —me llamó Elsa, acordándose de que todavía continuaba en línea.

—Hola, preciosa.

—Se te echa de menos, ¿no te vas a aburrir sin nosotros?

—¿Para qué le preguntas eso? Cuando escuches que está en la gloria vendrán las lágrimas. —Rio Jacob.

—Por ti sí; por mí, segurísimo que no. —Bufó.

—Sí, os echo de menos. Lo sabéis de sobra, no hace falta que os lo diga. Conocéis el motivo por el que estoy aquí, aparte de que voy a aprovechar el tiempo porque me sentará bien. Se respira mucha calma —aclaré.

—¡Qué maravilla! Ya iremos a perturbar tu paz —dijo entre divertida y emocionada—. Te dejo, tengo muchas cosas que hacer. Cuídate y vamos hablando.

—Perfecto, que vaya bien. —Hice una pequeña pausa—. ¿Jacob?

—Estoy aquí.

—¿Cómo fue el día de ayer?

—No tienes que preocuparte por nada —comentó serio.

—Vale. —Dejé salir el aire lentamente.

—¿Te has establecido en la casa?

—No. Lo he dejado todo por medio, solo me he parado a guardar la compra que he traído en la nevera y en el congelador. En cuanto lo he hecho me he ido, pero la verdad es que no hay mucho que hacer, solo guardar mis cosas. Huele a limpia y lo está.

—Perfecto, pues menos faena. ¿Tú crees que realmente te vendrá bien el cambio? Podríamos haberlo hecho de otra forma.

—¿Y ahora a qué viene esa duda?

—Joder, es que estás muy lejos —se lamentó, provocando que mis labios se curvaran.

—No me he ido a la otra punta del mundo, Jacob. En una hora y media he llegado en coche.

—Ya, pero ya no estamos a menos de diez minutos.

—Sabes que era necesario.

—Lo sé… Acuérdate de lo que te dijo el doctor, nada de excesos ni de sobresaltos.

—Quieres tranquilizarte. —Sacudí la cabeza—. Tengo controlada mi situación.

—Qué gracioso, como si mandaras sobre tu cuerpo —se quejó.

—Hombre, algo lo hago. ¿No?

—Ya me entiendes, no intentes suavizarlo.

—¿La distancia te ha puesto sensible?

—Eso, encima tócame las narices. —Rio y negué divertido.

—Si he venido hasta aquí, es para bajar el ritmo —aseguré.

—Claro y para no parar también, que nos conocemos.

—No voy a apartarme de nada, ya lo hemos hablado. Solo he tomado distancia y he venido al lugar que me interesaba. Punto final.

—Pero es que todavía estás convaleciente, Demian.

—Jacob, salí hace dos meses del hospital.

Aminoré la velocidad y giré hacia la derecha, al llegar a la casa. Me gustaba que no tuviera

que preocuparme por buscar aparcamiento. Había una zona habilitada para dejar el coche estacionado, era la única asfaltada junto al camino que llevaba hasta la casa. Lo demás era césped, el que rodeaba toda la vivienda.

—Y te quedas tan ancho diciéndolo, como si hiciera un año o más. —Lo imaginé poniendo los ojos en blanco porque era lo que estaba haciendo—. Tendría que estar contigo.

—Tienes la puerta abierta cuando quieras.

—¡Solo faltaría! —Soltó una carcajada.

—Acabo de llegar, luego hablamos.

—Vale. Cuídate, tío.

—Sabes que sí —sonreí.

—Claro, no me hagas decir lo que sé que va a pasar porque…

—Hasta luego, Jacob.

—Me cago… Siempre me haces lo mismo.

Se quejó, bufó, pero terminamos los dos riendo antes de colgar la llamada. Me guardé el móvil en el abrigo y me bajé del coche para ir al maletero a sacar las bolsas. Cargado con ellas, me dirigí a la casa. Subiendo las escaleras del porche giré la cabeza hacia el de la vecina.

Quizás no iba a aburrirme tanto como había imaginado. Ese fue mi pensamiento, mientras iba hacia la cocina. Dejé la compra junto al resto que traje conmigo cuando llegué la primera vez y me puse a colocarlo todo en los armarios, aunque la mayoría terminó en una despensa bastante grande que había cerca de la nevera.

De ella saqué un botellín de cerveza y salí al porche a tomármela. Hacia el lateral izquierdo había una mesa mediana con varias sillas, acompañadas por un banco de madera con un cojín largo para sentarse cómodamente. Fue mi elección mientras daba el primer sorbo.

Dejé vagar la vista hacia la arboleda del parque. Así estuve durante unos minutos, hasta que un coche llamó mi atención, o más bien, quién lo conducía. La vecina llegó y me divirtió ver cómo al darse cuenta de mi presencia, fijó la mirada en su casa. Esta vez el que la observé fui yo. Se bajó del coche dándome la espalda, a propósito, y caminó ligera hacia el porche.

No era el único al que le quedaban bien los pantalones, eso según la opinión de ella o su amiga, ni idea a quién pertenecieron las palabras de alago que me dedicaron. Llevaba puesto un pantalón con bolsillos en los laterales, de color verde militar. Se ajustaba perfectamente a su trasero. No es que fuese mi intención verlo tan detenidamente, pero como fue lo que mostró hacia mí al darme la espalda…

Me llevé el botellín a los labios, despacio, siguiendo sus movimientos con la vista. Como sabía que no iba a hacer el intento ni de mirarme de reojo aproveché la ocasión. Cuando se acabó la distracción centré de nuevo la atención hacia delante.

Me llevé la mano al pecho, acariciándomelo pensativo. Debajo de la ropa, sobre la piel, tenía la marca que me hacía recordar lo sucedido meses antes. La tenía muy presente, no necesitaba verme desnudo para recordarla, mi mente la traía de vuelta constantemente.

Y como siempre me sucedía apreté la mandíbula y me puse en tensión. Había llegado a este pueblo por un motivo, era el principal, aunque como les había dicho a mis amigos, Jacob y Elsa, pensaba aprovechar al máximo la tranquilidad que se respiraba en la zona en la que estaba porque era muy bien recibida.

Tiempo al tiempo, me dije y me repetí. Tenía todos los datos suficientes como para saber por dónde moverme por aquí, otra cosa es que lograra llegar a lo que me había propuesto.

Me bebí con calma la cerveza, viendo cómo las personas accedían al parque. Al ser sábado, imaginé que todos los lugareños aprovechaban para desconectar en él. La verdad es que ocupaba una gran extensión de terreno y podías perderte en él. Al menos me lo pareció a simple vista, porque mi visibilidad llegaba hasta cierto límite, hasta los árboles que me obstaculizaban ver más allá.

Al cabo de un rato me levanté del banco y fui hacia la baranda. Me incliné para apoyar los brazos en ella y observé la calle, en ambos sentidos. Desde que salí al porche el único coche que había visto en movimiento era el de la vecina. Para mí era toda una novedad, teniendo en cuenta de dónde venía: del centro de una ciudad con mucho ajetreo.

Los siguientes minutos me vinieron genial, conseguí dejar la mente en blanco. Ningún pensamiento, nada de recuerdos, nada de cabreo, nada de que me alterara queriendo… En fin, absolutamente nada pasó por mi cabeza, lo que agradecí. Me incorporé poniéndome recto y caminé hasta la puerta, con el botellín vacío.

Lo coloqué en la encimera de la cocina y me dirigí a la habitación, donde dejé el equipaje olvidado. Me dediqué a colocar todas mis pertenencias en los sitios correspondientes y decidí darme una ducha antes de liarme en la cocina para preparar la comida. La temperatura de la casa empezaba a notarse, al llevar tiempo vacía y cerrada estaba costando más de la cuenta que se calentara con la calefacción.

Abrí el grifo de la bañera mientras me desvestía. Frente al espejo del baño, desnudo, miré a través de él la cicatriz de mi pecho. No, todavía no me había recuperado por completo. Jacob tenía razón en todo lo que había dicho por teléfono, aunque yo siempre le quitara importancia, para no preocuparlos a ambos. No me sentía ni al setenta por ciento de lo que era habitual en mí, pero claro, la cicatriz exterior estaba perfectamente cerrada, el problema era el conjunto de lo que habían tenido que restaurar en mi interior.

Dejé salir el aire despacio y me metí en la ducha. Cerré los ojos y levanté la cabeza, para que el agua me cayera directamente en la cara.

Capítulo 4



Helia

—Bienvenida, Helia —sonreí hacia Ruby.

—Hola bonito. —Caminé hasta él—. Ya veo que has estado de paseo.

La puerta de la jaula estaba abierta.

—Bonita. —Amplié la sonrisa.

—Tú sí que lo eres. Ayyy… —Lo acaricié—. Hay novedades, tenemos nuevo vecino. —Me asomé por la ventana que daba al lateral de la casa.

Desde ella veía perfectamente la parte del porche donde continuaba sentado el hombre.

—Novedades. Vecino —repitió Ruby.

—Así es. No sabes cómo está y la vergüenza que me ha hecho pasar Alba.

—Alba. Guapa. Graciosa —sonreí negando.

Eran algunos de los piropos que le había enseñado mi amiga.

—Sobre todo graciosa en los momentos menos oportunos —dije pensativa—. Pero la entiendo, ¿eh? Ha dicho lo que yo no me ha atrevido porque el culo del vecino es digno de ver. Es una pasada.

—Culo. Vecino. Es una pasada. —Reí.

—Shhh… Olvida eso —le pedí mirándolo de reojo.

No es que me fuera a ver en algún aprieto porque el vecino no iba a entrar en mi casa. Dudaba hasta que se acercara alguna vez…

—Culo. Vecino. Es una pasada —repitió insistiendo.

—Que no. —Me puse delante de él, negando—. Que está muy bueno, pero te lo he dicho por decir.

—Culo. Vecino. Es una pasada. Está muy bueno.

—Ay, mi madre. —Me tapé la cara—. Pues sí —solté un suspiro—, pero es muy serio.

—Culo. Vecino. Es una pasada. Está muy bueno. Muy serio.

—Vale, me callo.

—Helia. Calla.

—Ruby no se puede hablar contigo. —Puse las manos en la cadera.

—Ruby. Hablar.

—No hace falta que lo digas. —Puse los ojos en blanco—. A dormir.

—Galleta. —Solté una carcajada.

—Una leche, hasta la tarde no te toca comer.

—Galleta. Leche. Comer.

—Claro que sí.

—Sí.

Negando divertida, volví a asomarme por la ventana. El vecino todavía no se había movido del banco. Lo observé en silencio, mientras Ruby continuaba a lo suyo, vamos que no se calló en ningún momento. Sonreí mirándolo de reojo, voló hasta ponerse encima de mi hombro.

Él no sé hacia dónde miró; yo no aparté la vista del porche. Al cabo de un rato, el hombre se levantó y se apoyó en la baranda.

—Parece muy interesante —susurré—. No sé qué tiene, pero me transmite algo que…

—Interesante. Transmite.

—Sí —volví a susurrar.

Poco más pude admirarlo, entró en la casa.

—Se terminó la diversión.

—Interesante. Diversión —repitió de carrerilla.

—Eres muy listo. —Me acerqué a la puerta de la jaula.

Enseguida volvió dentro y se acomodó encima de uno de los palos de madera.

—Listo.

—Ruby. —Lo acaricié.

—Ruby. Listo.

—Mucho —añadí.

Movió las alas antes de que me alejara de él. Durante el primer año de tener a Ruby, una de las primeras veces que fuimos al veterinario este se quedó muy sorprendido por la capacidad y la facilidad de retención que tenía. Los loros, por norma general, son capaces de repetir palabras sueltas o frases cortas, tanto por escucharlas cerca de ellos o porque se las enseñes, pero en aquella ocasión Ruby repitió sin titubear toda la información que me dio el veterinario, sin fallar en nada.

Tenía junto a mí a un loro prodigio, como decían mis amigos de broma, pero los tres sabíamos que dentro de su especie sobresalía y destacaba.

Fui hacia la habitación para cambiarme de ropa y ponerme cómoda. Hasta última hora de la tarde no tenía que volver a salir para ir a cenar con mis amigos. Me desvestí junto a la cama y me puse uno de los pijamas limpios que utilizaba para estar por casa durante el día.

Antes de ir a la cocina para prepararme algo para comer, saqué el móvil del bolso y me senté en la cama. Lo desbloqueé y accedí a la aplicación de mensajes para enviarle uno a Alan.

Helia: *Hola. No te llamo por si estás descansando. Para tu información no me he quedado tranquila cuando te has ido. Sé que te pasa algo, lo que no entiendo es por qué no me has dicho de qué se trata. ¿Te preocupa algo? ¿Es por el trabajo? ¿Algo personal? Alan, no me ha gustado verte como lo he hecho. Sea lo que sea lo superaremos juntos, como todo lo que hemos vivido hasta ahora.*

»No tengo ni idea de qué ha pasado para que estés desanimado, el último día que nos vimos esta semana estabas bien. Si no quieres hablar de ello todavía, solo tienes que decirme que sí, que te ha sucedido algo o que no te sientes bien por algún motivo concreto, pero que ya me lo contarás. No quiero excusas que son mentiras. ¿Por qué no te vienes esta tarde a mi casa? Podemos ir juntos a buscar a Alba, para cenar. ¿Qué me dices?

»Si quieres y lo necesitas estaré callada sobre lo que te he dicho, pero me quedo más tranquila estando contigo. Ya me dices, ahora voy a prepararme algo de comer y después me echaré una pequeña siesta. Te quiero.

Lo releí varias veces antes de darle a la tecla de enviar. Cuando lo hice solté un suspiro e hice una mueca, preocupada. Me levanté de la cama y salí de la habitación, con el teléfono en la mano

por si me respondía. No sucedió, ni siquiera cuando los minutos fueron pasando.

Más me preocupé porque mientras trabajaba era normal que no estuviera pendiente del móvil, pero ¿un sábado de fiesta? Quise pensar que lo que le había dicho al principio del mensaje era correcto, me refiero a que podía estar descansando. Esperaba que no estuviera pensando en qué contestarme.

Me olvidé del teléfono para no agobiarme más y preparé pasta a la carbonara para comer. Los únicos sonidos que se escucharon en la casa fueron los que hice yo en la cocina, al llegar al salón había visto a Ruby con la cabeza caída, dormido.

Comí en la mesa de la cocina, limpié y recogí todo lo que había ensuciado, y fui al salón para echarme un rato en el sofá. Me tumbé bocarriba recostando la cabeza en un cojín y me tapé con la manta. Con la vista fija en el techo empecé a darle vueltas a la cabeza. Cerré los ojos, me puse de lado y esperé a que el sueño me venciera.

✣ ✣ ✣

El sonido del timbre me hizo de despertador. Me incorporé del sofá desorientada, saliendo de un sueño profundo, o al menos intentándolo porque me costó centrarme.

Al tardar en moverme volvieron a llamar.

—Voy —dije en alto, quitándome la manta de encima.

Me llevé una alegría al abrir la puerta. Alan estaba al otro lado, sonriente.

—Hola —lo saludé, con el mismo gesto.

—Hola, dormilona —habló divertido, antes de darme un beso en la mejilla y pasar por mi lado.

—Alan. Molón. Bienvenido. Bombón. —Lo recibió Ruby.

Reímos mientras íbamos hacia el sofá.

—Yo que tú escondería a Ruby de Alba, como siga enseñándole palabras… —comentó con humor.

—Alan. Alan.

—Hola, Ruby —lo saludó mi amigo porque hasta que no lo hiciera no dejaría de llamar su atención.

Se dio por satisfecho, tanto, que salió de la jaula para dar una vuelta.

—Es tremendo —dijo sin perder la sonrisa, siguiéndolo con la mirada hasta que se perdió por el pasillo.

—Es el dueño de la casa, yo no pinto nada aquí —dije convencida de ello. Volvimos a reír.

—Siento haberte despertado.

—No pasa nada, ya tocaba. ¿Qué hora es?

—Las siete pasadas.

—¡Sí que he dormido! —Agrandé los ojos, sorprendida.

—El fin de semana está para eso, para descansar y desconectar de todo. —Se encogió ligeramente de hombros.

—¿Has venido por el mensaje que te he escrito antes del mediodía? —Ladeé un poco la cabeza—. No he mirado el móvil por si me has contestado.

—No lo he hecho y sí, estoy aquí por el mensaje. Lo he visto bastante tarde y he decido venir directamente. En cuanto he llegado a casa, después de despedirme de vosotras, aunque era pronto, he comido. Al tumbarme en la cama me he dormido rápido y hasta hace una hora y poco no me he despertado.

—Esta noche tendríamos que durar bastante —sonreí, quedándome tranquila con su explicación.

—Te lo recordaré pasada la medianoche, a ver si opinas lo mismo —dijo divertido.

—Creo que algo más aguantaré. —Puse los ojos en blanco—. ¿Cómo estás?

—Helia, no quiero que te preocupes. ¿Vale?

—Si te veo serio o mal es lo que voy a hacer.

—Solo es un día raro, se me pasará.

—¿Por qué? ¿A qué es debido? ¿Quieres hablar de ello?

—No me apetece ahora mismo, estoy consiguiendo redirigir el día —comentó mirando hacia el televisor apagado.

—Está bien —susurré—. ¿Me prometes que en otro momento me lo contarás?

—Sabes que sí. —Giró la cabeza hacia mí, mirándome con cariño.

—Culo. Vecino. Es una pasada. Está muy bueno. Muy serio. Interesante. Transmite.

Diversión. —Apareció Ruby.

—¡No me lo puedo creer! —dijo Alan, antes de soltar una fuerte carcajada.

—¡Ruby! ¡Era un secreto!

—Secreto. Vecino.

—¡Qué no! —Bufé, mientras Alan no podía parar de reír.

—¡Dios! —Hasta las lágrimas se secó—. Ahora no puedes echarle la culpa a Alba. —Sacudió la cabeza.

—Lo único que he hecho es tener una conversación con Ruby. —Levanté las manos en el aire, como si fuera lo más normal del mundo.

—Helia, que es un loro. Lo digo por si no eres consciente de la habilidad que tiene y más hablando de Ruby, que es un fuera de serie. —Volvió a reír.

—Jooo… ¡Ya no te cuento nada más! —Señalé a Ruby.

—Helia. Guapa.

Ya está, ya me había ganado de nuevo. Al final terminé riendo con Alan, si es que me comía a besos sus plumas. Eso si se dejara, porque no le gustaban según que muestras de afecto. Lo que sí le encantaba es que le hablara, que lo acariciara y el subirse encima de mí.

—Así que… —Carraspeó Alan—. Ruby, a Helia le gusta el vecino.

—¿Qué dices? —Le di un golpecito en el brazo.

—A Helia le gusta el vecino —repitió Ruby de carrerilla.

—¡No le enseñes eso! —Bufé.

—¿He dicho una mentira? —Me miró levantando una ceja.

—No del todo, pero Ruby me lo va a estar recordando. —Puse los ojos en blanco.

—No hace falta que lo haga, vive al lado tuyo —comentó divertido.

—Cuando he llegado con el coche estaba en el porche.

—¿Has hablado con él? ¿Os habéis presentado?

—No —negué varias veces. Levantó las dos cejas.

—¿Desde cuándo eres tan mala vecina?

—Desde que a Alba no se le ha ocurrido otra cosa que gritarle: «¡Menudo culo! ¡Qué maravilla de pantalón vaquero! ¡Eso es lucirlo y lo demás son tonterías, chico!» Ha pasado cerca de nosotras en el pueblo, mientras esperábamos a que salieras de la tienda de Celia.

—¿En serio? —Apretó los labios—. No puedo con vosotras dos, me lo ponéis cada vez más difícil. —Volvió a reír.

—¡Yo no tengo la culpa! —dije indignada, pero de mentirijilla.

—O sea, que te ha dado vergüenza por si te reconocía.

—En ese momento en la calle no me ha visto. —Hice una mueca—. Al menos espero que no, en ningún momento ha dirigido la vista hacia nosotras. Me habría reconocido si tiene buena memoria porque mientras descargaba el coche no, pero al irse con él sí que ha mirado hacia el porche, hacia mí —solté un suspiro.

—Pues siento decirte que hay muchas posibilidades de que estés equivocada. —Recostó la espalda en el sofá.

—¿Por qué? —Fruncí el ceño.

—Porque yo estoy controlando ahora a Ruby, pero tengo la atención puesta en ti. ¿Ves que mis ojos se muevan para observarlo de reojo? ¿Nunca te has anticipado a algo al detectarlo de refilón?

—Mierda.

—Pues eso. —Rio.

—Me has puesto más nerviosa.

—No seas tonta, la próxima vez que lo veas no dudes y presentante como una vecina molona. Quedarás estupendamente y te sentirás más tranquila. Así no te pondrás nerviosa cada vez que coincidáis fuera de las casas.

—Vecina. Molona —repitió Ruby.

Lo observamos sonriendo.

—Tienes razón —negué por la tontería que me había entrado.

—Como casi siempre, por no decir que…

—Tampoco te pasas, ¿eh? —Rio y lo miré con una gran sonrisa.

Este sí que era mi Alan, mi amigo. A ver, que está claro que no todos los días son buenos y que tenemos el derecho a no sonreír si nos levantamos girados, incluso a estar tristes porque sí, porque toca por diferentes motivos, algunos injustificados si es lo que te pide el cuerpo al estar de bajón. Pero él siempre conseguía enderezar esas situaciones y los días con varios cafés. Por eso hoy me había preocupado.

Capítulo 5



—¿Comprobando que tenemos el camino despejado?

Me giré hacia Alan, venía del baño. Su pregunta se debía a que me había encontrado asomada por la ventana del salón.

—Sí y lo está. Vamos. —Rio.

Nos despedimos de Ruby y caminé decidida hasta la puerta, para salir de la casa. Hacía un rato que me había dado una ducha rápida, la segunda del día sin lavarme el pelo, ya que lo hice por la mañana. Llevaba puesto un pantalón pitillo de vestir con unos zapatos de tacón. En la parte superior un jersey muy mono, una de las últimas adquisiciones que compré en la tienda en la que trabaja Alba. Para cubrirme del frío elegí una bufanda de lana calentita que combinaba con el color del abrigo.

—Conduzco —dijo en el porche, pidiéndome la llave del coche.

—¿Tienes miedo de que lo haga yo con los tacones? —le pregunté divertida, después de dejar la puerta cerrada.

—No me hagas recordar la última experiencia porque la liamos. —Levantó una ceja.

—No tengo la culpa de que estuviera lloviendo y se me resbalaran los pies. ¡Tenía las suelas mojadas!

—Claro, pero igualmente… Las llaves. —Movió la mano en el aire.

Habíamos decidido ir juntos a por Alba, como le propuse en el mensaje. El coche de Alan se quedaba estacionado frente a mi casa, hasta que regresáramos.

—¡Cobarde! —Reí.

—Lo que tú digas, no vas a picarme.

—Si me lo propongo termino conduciendo yo.

—Si lo haces, cada uno va en un coche, tú misma. —Levantó las dos cejas.

—Qué poco aventurero eres. —Puse los ojos en blanco.

Me quitó la llave de la mano y salió corriendo hacia mi coche, riendo. Lo seguí de la misma forma, yendo directa a la puerta del copiloto. No me quedaba otra. Aunque me había resistido, la verdad es que me encantaba ir al lado de Alan mientras conducía, me relajaba.

—Mierda, está en la puerta —dije en tono bajo, removiéndome en el asiento.

—¿Cómo? —Giró la cabeza hacia mí, sin caer en lo que me refería.

—El vecino, que está apoyado en el marco de la puerta y no sé si mira hacia nosotros —susurré.

—¿Por qué hablas despacio?

—Yo qué sé.

—No va a oírte dentro del coche y no creo que pueda leerte los labios con tanta distancia. —Rio.

—Toda precaución es poca porque ya has visto el resultado del camino libre. —Bufé.

—Como no le pongas solución rápido te veo saliendo a hurtadillas de casa. —Me revolvió el pelo y me quejé, dándole manotazos en la mano.

—¡Qué manía! ¡Qué me he pasado la plancha!

—Y muy bien por lo que se ve, no se te ha enredado. —Continuó riendo.

—No mires —le pedí al ver que dirigía la vista hacia la casa de al lado.

—Es lo más normal —negó divertido, mientras echaba marcha atrás.

Estaba bastante oscuro, pero todavía no era noche cerrada. La visibilidad no era muy buena porque las farolas de la calle no iluminaban tanto como para verlo con claridad. Eso y teniendo en cuenta que la luz del interior de la casa, la que quedaba a su espalda, solo dejaba ver su silueta ennegreciendo la parte delantera de su cuerpo…

Solté un pequeño suspiro cuando Alan maniobró y encaró en coche en el carril correcto.

—La suposición que he hecho antes es cierta —comentó sacándome de mis pensamientos.

—¿A qué te refieres?

—A que sabe perfectamente quién eres, me refiero a lo que ha pasado esta mañana en el

pueblo, cuando lo habéis visto. Lo que se estará preguntando es si quien lo ha piropeado eres tú o Alba.

—Pues mira que bien. Me da igual. —Miré hacia la carretera.

—Sí, ya me he dado cuenta de lo igual que te da —negó observándome de reojo.

—Vamos a dejar el temita. —Bufé.

—Por mí vale porque no va a tardar en volver a salir —sonrió con picardía—. En cuanto recojamos a Alba va a tenerte entretenida y no te lo vas a quitar de la cabeza, aunque después de escucharte y de ver ciertas cosas, dudo de que te olvides del vecinito. —Después de hacer una pausa en la que ninguno de los dos habló, continuó—. Lo digo en serio, Helia, no tienes nada de lo que avergonzarte para dirigirte a él.

—No sé qué tiene, pero me impone mucho —confesé en tono bajo—. Y eso que no me he acercado a él. Hasta ahora nunca me había pasado.

—Es lo que suele suceder cuando alguien te atrae mucho.

—Debe pensar que soy tonta —solté un suspiro.

—Demuéstrale que no, es así de simple. —Se encogió ligeramente de hombros—. Aunque te rectifico, no creo que ese sea su pensamiento.

—¿No? ¿Tú al ser hombre qué pensarías?

—Me llamarías la atención al parecerme curiosa tu actitud y ¿sabes lo que significa?

—Sorpréndeme.

—Que una vez picada la curiosidad, ya no habría marcha atrás. Le pondría empeño para, más pronto que tarde, averiguar todo lo que pueda sobre ti.

—Eso lo dices porque somos nosotros y me conoces —negué divertida.

—Eso lo digo porque ahora estoy hablando como un hombre que se fija en una mujer que ha captado su atención —sonrió de medio lado.

—No me hace gracia.

—No pretendo que te la haga, es una realidad. —Me dio varias palmadas en la pierna.

—Mañana voy a llamar a su puerta y me presentaré. Sí, eso haré para olvidarme de todo —asentí decidida.

—Suerte con eso, pero, sobre todo con lo último. —Rio.

—¿Por qué no me animas? —Bufé.

—Porque de las expectativas que nos hacemos, la mayoría de las veces no se corresponden con la realidad. —Me miró de reojo unos segundos—. Ni tú te crees lo de que te vas a olvidar de todo, y menos teniéndolo en la casa de al lado.

—Ya podría haber comprado la vivienda una pareja mayor. —Hice una mueca.

—No te habrían dado tanto juego. —Rio.

—Para jugar estoy yo —me lamenté.

—Nunca se es lo suficiente mayor para jugar y más, si le añadimos según qué juegos. —Carraspeó.

—Silencio a partir de ahora, no saques el tema —le pedí cuando paró frente a la casa de Alba.

Me miró divertido. Lo ignoré directamente mientras le enviaba un mensaje a nuestra amiga, para avisarla de que acabábamos de llegar. Después de unos minutos salió con una gran sonrisa y caminó ligera hasta el coche.

—¡Hola! —nos saludó cantarina al montarse y la correspondimos.

Se inclinó entre los asientos para darnos un beso en la mejilla. Alan volvió a circular para estacionar lo más próximo al centro, yo puse los ojos en blanco al escuchar la pregunta de Alba.

—¿Se sabe algo nuevo del vecino? ¿Hay alguna novedad?

Alan soltó una carcajada, a mí me dio por bufar, varias veces.

—¿Qué? —preguntó extrañada.

—A Helia no le apetece hablar de ese tema.

—¿Por qué? Ohhh… ¡Lo quieres reservar solo para ti!

—¿Qué dices? —Giré la cabeza hacia atrás.

—A mí no me engañas. —Me señaló—. Ojo que no me extraña, ¿eh? Pero apiádate de las que solo podemos conformarnos con el cotilleo, tú tienes la suerte de verlo cuando te dé la gana. —Hizo un puchero.

—Lo he visto al llegar a casa, pero solo de refilón. Y ahora al salir. Ya está, eso es todo lo que tengo que añadir y se terminó el tema.

—Dime que en alguno de esos momentos solo llevaba un pantalón cubriendo su cuerpo y que has visto su pecho al descubierto. Tiene que ser… —soltó un suspiro.

—Baja de la nube —dijo Alan, riendo.

—Chico, ¡estoy soñando con los ojos abiertos! —se quejó.

—Ni que lo digas. ¡Que hace frío! ¿Cómo narices voy a verlo de esa forma al aire libre? —negué divertida.

—¡Pillina! Que la ventana de tu habitación debe quedar casi enfrente de alguna de su casa. ¿Te imaginas que ha ocupado una habitación que da a la tuya? Ay, cómo me pone eso. —Se abanicó.

—Estás fatal —dije agobiada por la posibilidad.

Solo me faltaba eso, entretenerme en comprobar lo que acababa de decir y estar pendiente de si lo veía. No había caído en esa posibilidad, por cierto. Una cosa era verlo fuera de la casa al coincidir y otra muy diferente… Para nada iba a ser yo quien le quitara privacidad en su zona íntima, me dije y me repetí, para creérmelo.

—¡Qué fuerte! ¿Por qué no lo has averiguado? —Jadeó—. Esta mañana te dije que hicieras de detective, debemos tenerlo localizado.

—Al final os pone una orden de alejamiento, lo estoy viendo venir. —Sacudió la cabeza Alan, sin saber si reír o llorar.

—Por mí no será… —hablé en tono bajo, mirando a través de la ventanilla.

Escuché de fondo la conversación que mantuvieron sobre el tema. Alba no bajó la intensidad, mientras Alan intentaba que entrara en razón porque la conocía de sobra para saber que podía hacer alguna locura, por el interés y la curiosidad que tenía. Llegado a un punto me evadí y desconecté por completo, para mí el interior del coche se quedó en silencio.

Me concentré en mi respiración y en mis pensamientos, dirigiéndolos hacia cualquier otra cosa que no estuviera relacionada con el dichoso nuevo vecino.

Alan estacionó a tres calles del centro del pueblo y fuimos caminando hasta uno de los restaurantes que estaba en nuestra lista de favoritos.

En el interior, la temperatura era ideal, nos quitamos la ropa de abrigo y ocupamos una mesa, dispuestos a empezar la noche. Continuaríamos con las copas en otro local. Alba tenía las pilas cargadas, pero a mí, a pesar de haber descansado, se me fueron desgastando poco a poco. Alan me igualaba, por lo que supe que esa noche no regresaríamos muy tarde a nuestras casas.

Aun así, disfrutamos de la buena comida que nos sirvieron, en la mejor compañía. Entre risas, bromas y conversaciones tranquilas, se nos pasó el tiempo.

Los momentos como este eran de mis preferidos, solo necesitaba tener cerca a mis amigos. Durante toda la noche, tanto en el restaurante como en el *pub* en el que terminamos bebiendo

unas copas, no pude dejar de sonreír al ver a Alan relajado. Se mostró como era habitual en él, divertido y despreocupado. En más de una ocasión me pilló observándolo, en algunas negó divertido, en otras me gané varios guiños.

—Ostras, sí que me han subido las copas. —Se sorprendió Alba.

Alan y yo soltamos una carcajada, saliendo del *pub*. Tuvo que agarrarse al brazo de él para mantener el equilibrio.

—¿Y te sorprendes? Desde que llegamos te las has bebido como si fueran agua —comentó divertido Alan.

De los tres, él era el único que iba perfectamente. Hacía un poco más de una hora que paró de beber alcohol y pasó a los refrescos. Yo iba un poco contentilla, pero bien, porque no le había seguido el ritmo a Alba.

—¡Jooo…! —Hizo un puchero—. Porque sentada estaba bien.

Me puse al otro lado de ella para que también se sujetara a mí y de esa forma, bien juntitos, caminamos por la calle para ir hasta el coche. La distancia no era mucha, pero pareció más al ir parándonos cada pocos pasos, por los ataques de risa que nos dieron.

Dejamos a Alba en su casa y Alan se dirigió a la mía.

—Ha sido una buena noche —comentó al cabo de un rato.

—Sí. —Giré la cabeza hacia él.

—Mañana cabe la posibilidad de que no nos veamos.

—¿Y eso? En la cena, cuando Alba ha propuesto que fuéramos a su casa a comer, has dicho que te parecía buen plan.

—Es que tengo algo que hacer por la mañana y no sé si se me echará el tiempo encima. No he querido adelantarme.

Lo observé en silencio durante unos minutos, no apartó la vista de la carretera. En ningún momento detecté un cambio en su expresión, continuaba relajado.

—Vale, no te preocupes —dije en tono bajo.

Me miró sonriendo, lo que terminó por tranquilizarme.

Al llegar a mi casa nos dimos un abrazo fuera del coche, quedando en llamarnos al día siguiente. Desde el porche vi cómo se alejaba conduciendo el suyo. Solté un suspiro y al girarme hacia la puerta, los ojos se me fueron hacia la casa vecina. No había ni una luz encendida. Normal, eran casi las tres de la madrugada.

Capítulo 6



Demian

Calma, eso es lo que se respiraba a mi alrededor. Estaba en el parque dando un paseo. El murmullo de las voces llegaba hasta mí muy lejano, me había apartado a propósito de las zonas en las que se agrupaban más personas. Al ser domingo y las once de la mañana estaba bastante concurrido, aunque con lo grande que era, podías esquivar encontrarte a alguien de frente.

Hacía sol y era un gustazo sentir el calor de los rayos en las zonas donde las copas de los árboles no los tapaban. Ya iba de regreso para la casa, llevaba una hora y media caminando a paso tranquilo. Me habría encantado venir a correr, pero mi cordura primó dada mi situación actual.

No iba a excederme en nada, al menos siempre que lo pudiera evitar, claro está. Necesitaba recuperarme del todo, sentirme con la vitalidad que se quedó paralizada meses atrás. Tiempo al tiempo, me dije. Cada día era un avance y estaba satisfecho con los resultados, aunque no fueran tan rápidos como necesitaba.

Al llegar al límite del parque, a pocos metros de la acera que me separaba de la otra en la que estaba la casa, mis pies se frenaron al ver quién había frente a la puerta principal, en el porche. La vecina, la misma chica que había visto varias veces, me daba la espalda porque estaba llamando a la puerta.

Volví a moverme al cabo de unos segundos. Miré en las dos direcciones de la carretera sin mucho sentido porque menos transitada no podía ser, pero era algo que tenía interiorizado de la zona donde había vivido hasta hacía poco. Me acerqué despacio a ella. No me escuchó, como tampoco esperaba que apareciera por su espalda.

Me paré antes de pisar el primer escalón del porche y me hizo gracia escuchar lo que estaba diciendo.

—Joder, con lo que me ha costado decidirme y no está. Manda narices. —Bufó, cambiando el peso del cuerpo de un pie al otro—. Esto es una señal y de las grandes, claro que sí. Si es que no tendría que haberlo ni pensado, no sé cómo leches se me ha ocurrido venir hasta aquí. —Sacudió la cabeza.

Y me vio, por supuesto que lo hizo. En cuanto se giró para irse se llevó un sobresalto al encontrarme parado a pocos metros de distancia de ella. El plato que llevaba en las manos salió volando hacia arriba, por suerte cayó de nuevo en sus manos, tambaleándose.

—¡Joder! —dijo sofocada y ruborizada.

—¿Me buscabas?

—Eh, sí. —Miró hacia los lados. Levanté una ceja—. Es evidente si esta es tu casa. —Carraspeó.

—Lo es. ¿Por algún motivo en especial? —Me crucé de brazos.

—Quería ser buena vecina. —Bajó el tono de voz, al igual que la cabeza para centrar la vista en el plato tapado.

—¿Aquí se estila esto?

—¿Cómo? —Buscó mi mirada.

—Que si es habitual dar la bienvenida de esta forma. —Señalé con la cabeza lo que llevaba en las manos—. Porque doy por hecho que es para mí.

—Claro. Me refiero a que es para ti, porque no tengo ni idea de si es habitual conocer a los vecinos nuevos así. —Hizo una pausa, pensativa—. No es nada del otro mundo, solo unas galletas que he hecho esta mañana. Me ha parecido buena idea cuando lo he pensado, pero no sé…

Subí los escalones despacio. Al llegar junto a ella levanté el papel de aluminio de cubría el plato y cogí una galleta. Sus ojos siguieron mis movimientos. Me la llevé a la boca y le di un mordisco.

—Gracias por el detalle. Me encanta el sabor y la textura. —Continué comiéndomela, sin apartar la vista de ella.

—Gracias. Me alegro —sonrió tímida—. Como he dicho es una tontería —negó varias veces.

—Una tontería con la que no tenías que molestarte e igualmente lo has hecho.

—Es que me han quedado muy ricas.

Mis labios se curvaron un poco, poquísimo.

—¿Te han salido muchas y no querías comértelas todas?

—Sí. —Rio nerviosa. Asentí.

Sin apartar la mirada de la suya, moví las manos para agarrar el plato. Intenté no reír cuando en vez de soltarlo lo sujetó con más fuerza. Deslicé las manos hasta llegar a las de ellas. Puse las mías encima, cubriéndoselas, momento en el que bajó la vista.

—¿Qué?

—No sé… Lo mismo me has puesto el caramelo en los labios y no tienes intención de darme el plato. Como no lo sueltas…

—Oh, perdón. —Se ruborizó más.

—Te invito a un café, así yo me quedo las galletas y tú te llevas el plato.

—No hace falta —negó—. Todo tuyo. —Lo acercó a mi pecho, sin que mis manos se apartaran de las suyas.

—Insisto. —Lo llevé de vuelta a su posición original, pegado a su cuerpo—. Qué menos que agradecértelo con un café, así me ayudas a que baje la cantidad.

—Yo… Vale —aceptó tímida.

Asentí satisfecho y me separé para sacar la llave. Abrí y con una mano apoyada en la puerta la invité a entrar y esperé a que lo hiciera. Pasó por mi lado, recorriendo el salón con la vista.

—¿Es como la tuya? —le pregunté recostando el hombro en la madera, con los brazos cruzados.

—Sí —confirmó girándose hacia mí—. Al menos esta zona.

—¿Estás insinuando que te la enseñe? —Ladeé un poco la cabeza.

—No. —Movió la cabeza de un lado al otro, rápido—. Es tu intimidad.

—No me importa. —Me encogí de hombros—. Vamos a la cocina y después lo hacemos.

—Como quieras —susurró.

Me impulsé quedándome recto y caminé hasta la cocina, seguido por ella.

—Acomódate —le pedí cuando se acercó a la mesa que había al lado de la ventana que daba a la parte frontal de la casa.

—Gracias.

Fui hacia la cafetera, la encendí y cogí dos tazas. Mientras se calentaba saqué un brik de leche, el azúcar y las cucharillas. Me moví por la cocina en silencio, mientras notaba su mirada puesta en mí.

Calenté un poco de leche en una jarra pequeña y cuando terminé de prepararlo todo, coloqué las tazas en una bandeja, junto al resto de las cosas. Fui hacia la mesa, ella ya había apartado la atención de mí. Sonreí de medio lado mientras me acercaba, al verla sentada recta y rígida. Ocupé la silla que quedaba frente a la suya y destapé el plato de las galletas.

—Gracias —susurró cogiendo una taza.

—No hay de qué. —Le di otro mordisco.

Ya iban dos galletas, pero es que eran un pecado. Estaban riquísimas, la textura del interior era cremosa y la capa externa crujiente, se deshacían en el paladar. Tenían trocitos de chocolate.

—¿Te has trasladado por mucho tiempo? Quiero decir… —Carraspeó—. No sé si has comprado la casa o la has alquilado por una temporada.

—¿Tiene importancia? ¿Te interesa saberlo? —pregunté sin apartar la vista de ella. Sus gestos la delataban.

—Para nada. —Movió una mano en el aire—. Perdona, solo era curiosidad y por hablar de algo —soltó un suspiro.

—¿Te parece rara esta situación? —Recosté la espalda en la silla.

—Es más de lo que había imaginado. —Sacudió la cabeza.

—¿Y según tú qué iba a pasar cuando te abriera la puerta? —Di varios golpecitos en la mesa con el mango de la cucharilla.

—¿La verdad? —Buscó mi mirada.

—Por favor, siempre —respondí serio.

Se quedó callada unos segundos, entre analizando lo siguiente que iba a decirme y el cómo lo iba a hacer. La observé detenidamente. Sus ojos llamaban la atención. Eran de color claro, con puntitos en tonos marrones. Nunca había visto unos parecidos.

Sus facciones eran delicadas, su nariz pequeña combinaba perfectamente y sus labios… Me detuve más tiempo del debido en ellos, pero no se dio cuenta. Eran carnosos, en su justa medida para resaltar. Su pelo era de color castaño, largo, aunque no supe la medida porque lo llevaba recogido en un moño desenfadado. Varios pequeños mechones que se habían soltado le acariciaban la cara.

—Pues he pensado que cuando me abrieras la puerta, te daría la bienvenida al barrio, me presentaría rápido y te daría las galletas. Ya está, después me iría hasta mi casa.

—Demian —dije ofreciéndole una mano.

—Helia. —Me correspondió con una sonrisa preciosa, aceptando mi gesto.

—Encantado —hablé en tono bajo, sintiendo la suavidad de su piel y el calor de ella.

—Igualmente.

Perdimos el contacto, cada uno nos centramos en los cafés. Les echamos la leche y el azúcar, y los removimos, en silencio.

—No sé el tiempo que estaré —comenté después de unos minutos, captando su atención al responder a su duda—. Si, he comprado la casa, pero tengo otra.

—Ah, vale. Estarás muy bien aquí, es una zona muy tranquila y en el pueblo todas las personas son muy cercanas. Enseguida te harás a todo.

—Es una de las cosas que llamaron mi atención. Es lo que buscaba, en parte. —Me llevé la taza a los labios, sin dejar de mirarla.

—Pues has venido al lugar perfecto —asintió.

—Ayer por la mañana te vi en el pueblo —solté de repente.

Se atragantó con el sorbo que acababa de darle al café e intenté no reír, ni mostrar ningún cambio en la expresión para no complicárselo. Los dos sabíamos lo que significaban mis palabras.

—Mierda, yo… —habló apurada cuando se recompuso.

—Y te escuché —le dejé claro.

Sabía que no fue ella la que me piropeó, solo había necesitado escuchar su voz, por primera vez, para descartarla. Pero no quise dejar pasar la oportunidad de ver su reacción.

—No fui yo, la que habló fue mi amiga —me aclaró moviéndose inquieta en la silla—. Siento si te molestó —dijo en tono bajo.

—No me sentó mal, solo que no lo vi venir. —Dejé la taza en la mesa—. ¿Cómo se llama tu amiga? —Apoyé los brazos en la mesa.

—Alba —sonrió tímida—. Es preciosa, ¿a qué sí?

Fruncí ligeramente el ceño, de lo que no se dio cuenta, por cierto. Miraba la taza en este momento. Acababa de darle un significado a mi pregunta que no se correspondía con la realidad, pero no la saqué del error.

—Sinceramente no me fijé mucho, solo te reconocí a ti. El momento pasó muy rápido.

Mentira, claro que había visto a su amiga, pero continué reservándome la información.

—Pues lo es y cuando le diga que he hablado contigo y que me has preguntado por ella… —negó con una pequeña sonrisa, pero una muy diferente a las que me había dejado ver hasta ahora — Está muy emocionada por tu presencia. —Buscó mi mirada y se encontró con mi ceja levantada—. Quiero decir… —Carraspeó—. El pueblo no es muy grande y nos tenemos todos muy vistos, de toda la vida. A eso me refiero, eres una novedad.

—Entiendo —asentí despacio—. No has comido ninguna galleta.

—Son para ti. —Se sonrojó. Bebió otro sorbo de café.

—Hay muchas —insistí.

—Es que estoy llena. —Rio nerviosa y la observé con curiosidad. Me gustó mucho el sonido de su risa—. Cuando las estoy haciendo tengo la manía de ir probando la masa y cuando se terminan de hacer les doy el visto bueno comiendo varias —aclaró.

—¿La masa cruda? —Ladeé un poco la cabeza.

—Sí. —Volvió a reír—. Es una costumbre de cuando ayudaba a mi madre a prepararlas —negó.

Sus ojos se desenfocaron. Los tenía fijos en mí, pero tuve claro que dejó de verme. Se metió en sus pensamientos por unos segundos, hasta que sacudió la cabeza.

—¿Vives sola?

—Sí, bueno, no. Con Ruby.

—Comprendo —asentí serio.

—¿Y tú?

—Sí, aunque tendré visitas.

—Es normal —dijo antes de terminarse el café.

—¿Tus padres viven cerca? ¿En el pueblo?

—En el pueblo no, pero más o menos cerca. Solo mi padre —susurró, moviendo la cucharilla entre los dedos.

—Siento si he sido indiscreto. Como has mencionado a tu madre…

—No pasa nada, esa es mi vida. —Se encogió de hombros—. No tengo mucho contacto con mi padre, de vez en cuando viene a verme. Mi madre nos abandonó hace años —murmuró—.

¿Tu familia?

—Soy una copia exacta de mi padre, en actitud y carácter. Mi madre es todo lo contrario, extrovertida y divertida, no tarda mucho en tener afinidad con las personas. Tengo una hermana más pequeña, nos llevamos cuatro años de diferencia. Poco más tengo que añadir. Bueno, y mis dos mejores amigos que también son mi familia, ellos me acompañan a todos lados.

—Suena bien —sonrió—. Yo también tengo dos amigos, Alan y Alba.

—¿Te lo pasaste bien anoche?

Sabía que me vio en la puerta cuando se montó en el coche, junto a un hombre. No quise indagar en él. Supuse que era el tal Ruby, al que había hecho mención al decirme que no vivía sola.

—Sí, fue una buena noche —asintió satisfecha.

—Ven. —Me levanté y me quedé a su lado para que hiciera lo mismo.

—¿Adónde? —Se incorporó despacio.

—Voy a enseñarte la casa.

—No hace falta, de verdad. La cocina es casi idéntica a la mía, me refiero a la distribución. Imagino que el resto será igual.

—Quiero hacerlo.

—Está bien —susurró.

Salí de la cocina seguido por ella y la llevé al pasillo. Lo recorrimos mientras le enseñaba lo que escondía cada puerta. Al final su deducción fue correcta porque por lo que me dijo, las casas parecían ser una calcamonía.

—Gracias por hacerme una visita —comenté apoyado en el marco de la puerta principal, después de abrirla.

—Gracias a ti por ser tan amable —me sonrió.

—Ha sido un placer, Helia. Espero que no sea la última vez.

—Puedes venir a la mía cuando quieras o lo necesites. —La señaló desde el porche.

—Lo tendré en cuenta —asentí despacio.

Di los pocos pasos que nos separaban y me incliné sobre ella. Noté su nerviosismo por la cercanía. Mis labios rozaron su mejilla, antes de darle un beso rápido. Me lo devolvió de la

misma forma.

Con los brazos cruzados, vi cómo se alejaba desde el porche. La seguí con la vista y cuando llegó al suyo, me buscó con la mirada. Levantó una mano hacia mí, gesto que correspondí, antes de que me privara de su visión.

Capítulo 7



—¿Qué haces? —me preguntó Clara, mi hermana.

Llevábamos un rato hablando por teléfono. Al salir de la ducha me había encontrado una llamada perdida suya.

—Ahora mismo sacar un bizcocho del horno. —Lo coloqué en una placa para que se enfriara.

—¡Qué fuerte! ¿Lo has preparado mientras hablamos? ¿Sin decirme nada? ¿Cuánto tiempo hacía? Jooo… Lo has hecho aposta para comértelo solo —se quejó y sonreí.

—Lo he dejado haciéndose antes de meterme en la ducha. Ven a por un trozo, quejica.

—Ja, muy gracioso. Pues no iba a salirme caro el capricho… —Bufó, provocándome una carcajada.

—Es lo que tiene disponer de demasiado tiempo libre.

—Te perdono porque me encanta oír eso —dijo cantarina.

—Es una pena que te lo pierdas, tiene una pinta…

—Más días te durará —se lamentó.

—No te creas, lo he hecho con una intención. —Cogí un vaso y lo llené de agua.

—¿Cuál?

—Llevarle un buen trozo a una vecina.

—¿Y eso? ¿Cómo se te ha ocurrido la idea? —habló sorprendida.

—Ayer me trajo un plato de galletas hechas por ella, como bienvenida. Solo quiero devolverle el detalle —comenté antes de beber.

—¿Tiene canas y supera los sesenta años? —Solté otra carcajada.

—Negativo.

—¿Qué no me has contado? —Jadeó.

—¿Qué es lo que se supone, según tú, que tengo que contarte? —negué divertido.

—¡Estás ligando con tu nueva vecina!

—¿De dónde sacas eso? Mi intención es ser amable —sonreí de medio lado.

—Ja, una leche.

—Al bizcocho es lo que le pega. —Reí escuchando más quejas—. Estás imaginando lo que no es, Clara. Aquí no conozco a nadie más y ayer agradecí que diera el paso para venir a presentarse.

—La mayoría del tiempo eres solitario, no necesitas estar cerca de alguien. Me parece genial la actitud de ella, pero… Hay algo que no me estás diciendo o más bien no quieres hacerlo, porque tú nunca agradeces que entren en tu espacio personal si no es por decisión propia. —La imaginé haciendo un puchero, y ya os digo que no iba muy desencaminado.

—Para nada, te he dicho lo que es. Cuando el bizcocho se enfríe voy a llevarle un trozo y poco más —aseguré.

—¿Cómo se llama? ¿Cuántos años tiene? ¿Cómo es? ¿Es simpática y agradable? ¿Has notado que te mira diferente? ¿Le has pillado alguna intención hacia ti? —hizo todas las preguntas de carrerilla, casi sin respirar.

—¿Quieres que le pregunte qué número de pie calza? Porque has metido el turbo y el ritmo que llevas… —Sacudí la cabeza.

—Ese detalle no hace falta, tienes muy buen ojo para esas cosas. —Volví a reír—. ¿No me vas a responder? ¿En serio?

—Se llama Helia. No tengo ni idea de cuántos años tiene, pero hace tiempo que dejó la etapa adolescente atrás, tampoco es muy mayor. Es simpática, agradable y se ve buena chica. Tímida a veces, pero es lo normal ante un desconocido porque es lo que soy para ella. Me mira como cualquier persona que tiene dos ojos en la cara y ve a través de ellos. Su única intención hacia mí desde el principio ha sido ser cordial y amable, lo mismo que quiero devolverle. ¿Te vale?

—Buenooo… —Se quedó en silencio.

Puse el altavoz y me entretuve en desmoldar el bizcocho. Aproveché para cortar un trozo y probarlo. Como siempre que lo preparaba, me dije al degustarlo, con una pequeña sonrisa de satisfacción. Corté la porción que iba a llevarle a Helia y la coloqué en un recipiente. No lo tapé

todavía para que no se ablandara.

—¿Vive sola? ¿Tiene pareja? —continuó.

—Vive con un tal Ruby, pero no sé ningún dato más sobre ellos. ¡Deja de hacer tantas preguntas! —Me preparé un café.

—Vaya, que chasco.

—¿Se puede saber por qué?

Cuando tuve el café preparado salí de la cocina y caminé hasta la puerta principal, para tomármelo en el porche. Eran las seis y media de la tarde del lunes, ya estaba anocheciendo.

Apoyé la cadera en la baranda de madera y me llevé la taza a los labios, observando la tonalidad del cielo.

—¿Te has quedado muda? —llamé la atención de mi hermana.

—¿Yo? —Rio y sonreí—. Solo estoy analizando la situación. ¿A ese chico no lo has visto?

—No.

—Seguramente te encuentres con él cuando le lleves el bizcocho.

—¿Y? ¿Se supone que es un problema?

—Ah… ¡Tú sabrás qué intenciones tienes con tu nueva vecina!

—Clara, cariño. ¿No tienes que ducharte? ¿Salir a correr? ¿Hacer la cena? ¿Acostarte? —Apreté los labios, conteniendo la diversión.

—¡Qué ataque más gratuito! —Reí—. Solo has acertado en tres de las cuatro preguntas.

—No me hacía falta aclaración, lo de correr lo he dicho para rellenar. —Sacudí de la cabeza.

—Ya, ya… Una última cosa.

—Dime.

—¿Te gusta ella?

—Que termines bien la tarde, enana.

—Ah, no, ni se te ocurra…

Colgué directamente, con una gran sonrisa. Reí al recibir varios mensajes suyos, en los que

me dejó claro que estaba indignada y sin poder creerse cómo la había dejado con la palabra en la boca. El último fueron besos y corazones. Me guardé el móvil en el bolsillo del pantalón, sabiendo que no intentaría llamarme de nuevo. No iba a tentar a la suerte, por el momento y por este día, nuestra conversación había llegado a su fin. Ya tenía mucha más información de la que esperó conseguir.

Me llevé la taza a los labios. Después de beber varios sorbos la coloqué en el pasamanos y apoyé los brazos en él, mirando hacia el parque. Durante unos minutos no aparté la vista, sin prisa por entrar en la casa, a pesar de que había salido sin cubrirme para el frío que hacía.

Un ruido provocó que girara la cabeza hacia la izquierda, más concretamente el que hizo la cerradura de la puerta de la vecina. No tardé en verla salir. Abrigada con una chaqueta se sentó junto a la mesa del porche, con una taza entre las manos. Fue en ese instante en el que sus ojos se encontraron con los míos, desde la distancia.

Con una sonrisa levantó una mano hacia mí, a modo de saludo. Asentí y elevé la taza hacia ella, provocando que la curva de sus labios fuera más pronunciada. Bebí un poco, sin dejar de observarla. Estaba preciosa, era la primera vez que la veía con el pelo suelto. Una lástima no poder apreciarla de cerca, aunque eso estaba a punto de cambiar.

No tenía la intención de ligar con Helia, como había comentado mi hermana. Primero porque no tenía ni idea de si el tal Ruby era su pareja, no entró en detalles al mencionarlo. «Quizás simplemente es un compañero o amigo con el que comparte la casa», me dije. Y segundo… Pues no había nada más, el primer dato era el único que podía frenarme para tener un acercamiento con ella, uno que distaba mucho al del día anterior.

Me parecía muy interesante, intrigante y cautivadora, aparte de que ante mis ojos era atractiva a más no poder y todos sus encantos me atraían. Hasta una mirada de reojo y el sonrojo de sus mejillas me parecían seductores.

No se trataba de ligar, el tema era otro al que tenía que resistirme por narices. La verdad es que cuando le pregunté si vivía sola, lo último que esperé oír es que lo hacía con Ruby. No busquéis una lógica, fue la percepción que tuve desde el inicio. Sabía detectar una mirada de interés sin problema.

Esa precisamente había tenido ella hacia mí, desde que llegué a la casa y la vi desde el interior del coche sentada en el mismo lugar en el que estaba en este instante. En aquel momento no quise que fuera consciente de que la tuve muy presente durante todo el tiempo que tardé en entrar en la vivienda, con todas mis pertenencias.

Me sentí observado, lo que en un principio interpreté como que era una novedad para ella. De ahí que acaparara su atención, pero esa interpretación varió a los pocos minutos.

En realidad, he mentido. Solo una vez no disimulé, cuando me bajé del coche e hice un recorrido visual por la zona. Fue la única ocasión que aproveché para verla bien, mientras ella evitaba encontrarse con mi mirada, a propósito.

Metido en los recuerdos de aquel día y en mis pensamientos, dirigí la atención hacia delante. Dejé pasar los minutos, mientras me terminaba el café. Con la taza vacía me incorporé despacio y entré en la casa, dispuesto a devolverle la amabilidad y el detalle que me ofreció el día anterior.

En la cocina cerré el recipiente que contenía el bizcocho y lo dejé sobre la mesa del salón, para ir a la habitación a por el abrigo. Ya me había expuesto demasiado al frío, sin protegerme de la temperatura baja. Solo faltaba que cogiera un resfriado.

Al salir al porche de nuevo miré hacia el de la casa vecina, pero no la encontré en él. Bajé las escaleras despacio y giré hacia la izquierda. Recorrí la distancia que había entre las casas, tampoco era tanta, y llegué frente a su puerta. La golpeé varias veces con los nudillos y di un paso atrás, esperando a que abriera.

—Hola, Demian —me saludó asombrada, pero sonriente.

—Hola, Helia. —Le correspondí—. Espero no ser inoportuno. Es lunes y…

—Para nada. ¿Quieres entrar? —Se apartó un poco.

—Gracias. —Pasé por su lado.

—¿Es una visita de cortesía o necesitas algo?

—Lo he preparado hace un rato y he pensado que te gustaría. —Levanté el recipiente—. Es una porción de bizcocho —le aclaré al ver la curiosidad en su expresión.

—¡Oh! ¡No hacía falta! Pero te lo agradezco.

—Lo sé, me ha apetecido. —Se lo acerqué para que lo cogiera.

—Gracias. ¿Tienes tiempo para un café? ¿Un té o cualquier otra cosa?

—No tengo ninguna prisa. Acabo de tomarme un café en el porche, pero no rechazo otro —asentí.

—Vale.

Se giró y fue hacia la cocina. La seguí con el mismo silencio que había en la casa.

—¿Estás sola?

—Eh —medio giró hacia mí—, no. Ruby está por alguna habitación.

—Vale —asentí.

—Ponte cómodo.

Me apoyé en el filo de la mesa con los brazos cruzados, viendo cómo se movía por la cocina para preparar los cafés.

—¡Qué buena pinta! —dijo cuando abrió el recipiente.

—Me alegro de que te guste.

—¿Eres buen cocinero?

—Dímelo tú. —Señalé el bizcocho con un gesto de la cabeza.

Lo sacó para colocarlo en un plato y cortó un trozo pequeño para probarlo. Su expresión me dio la confirmación antes que sus labios.

—¡Está muy rico!

—No sé cómo tomarme la sorpresa con la que lo has dicho. —Curvé un poco los labios.

—Tómatela muy bien. —Rio nerviosa.

—No tardaré en irme, debes estar cansada después del horario de trabajo —comenté cuando vino hacia mí con una bandeja.

—Por mí no lo hagas —sonrió ofreciéndome una taza.

Nos sentamos en la mesa y terminamos de prepararlos echándoles el azúcar y la leche que había servido en una jarra pequeña.

—Sé que es pronto, aunque parezca más de noche, pero tendrás cosas que hacer para mañana —insistí.

—No te preocupes, lo tengo controlado. Entre semana me olvido de preparar la comida para el día siguiente, los mediodías como en un restaurante que está en la misma calle de mi trabajo. —Se encogió de hombros.

—Helia. —Escuché su nombre y giré la cabeza al oírlo de una voz peculiar, cerca de nosotros.

Me sorprendió ver a un loro volando. Apareció por la puerta, dirigiéndose directo a nosotros. Tranquilo se posicionó encima de la mesa.

—Galleta —volvió a hablar, con los ojos puestos en el bizcocho.

Helia rio, yo lo observé divertido e intrigado.

—Demian, te presento a Ruby. —Hizo la presentación.

La diversión se me cortó de golpe al conocer a un Ruby que nada tenía que ver con quien

había imaginado. Demasiadas plumas, pequeño y colorido para la suposición que me había formado en la cabeza.

—¿En serio? —dije sin creérmelo.

—¿Cómo? —Buscó mi mirada.

—Es que… —Carraspeé—. Cuando me dijiste que no vivías sola, que lo hacías con Ruby, no imaginé que… Vamos que pensé que sería una persona.

—Ruby —repitió su nombre el loro.

Solté una carcajada por la situación tan surrealista que estaba viviendo, surrealista por la idea que me había hecho.

—Pues ya ves que no —comentó divertida—. Ruby es mi loro molón, ¿a qué sí?

—Ruby. Molón. —Le siguió la corriente.

Tuve que volver a reír.

Capítulo 8



Helia

Sonriendo como una tonta, así estaba mientras observaba cómo Demian no podía dejar de reír. Le había sentado genial para el ánimo conocer a Ruby, la seriedad que a veces mostraba había desaparecido. Incluso el ambiente en la cocina parecía que se había relajado.

—Ve a tu casa —le pedí a Ruby, la segunda vez que lo aparté del bizcocho.

—Ruby. Casa. Helia. Hogar.

—Por supuesto, pero tú tienes la tuya en tamaño más reducido. Venga —lo animé a que volara para salir de la cocina.

Difícil, de antemano tenía la batalla perdida porque con comida en la mesa y al estar tan cerca de ella, se complicaba para que hiciera caso. Otra cosa era cuando se encontraba en su jaula, desde ella no se molestaba en moverse porque sabía que no conseguiría nada. Otra vez volvió a intentar acercarse al bizcocho.

—No puedes comer esto —le advertí, moviéndolo un poco hacia atrás—. Ruby —llamé su atención.

—Helia.

—Sí —comenté divertida, viendo de reojo como Demian hacia esfuerzos para no reír de nuevo—. Te he presentado y no has saludado a Demian, nuestro nuevo vecino.

«Mierda y más mierda», me dije arrepintiéndome al instante. Acababa de pronunciar una palabra prohibida si no quería… Demasiado tarde para que no me cayera encima.

—Culo. Vecino. Es una pasada. Está muy bueno. Muy serio. Interesante. Transmite. Diversión —repitió de carrerilla Ruby.

Cerré los párpados, pero no tardé en abrirlos, despacio, al sentirme observada por un par de ojos que se centraron solo en mí. Hice un gran esfuerzo por no mirar a Demian directamente,

notaba las mejillas ardiendo y hasta sudores me entraron. El silencio que nos envolvió me agobió.

—¿Qué dices? ¿De dónde has sacado eso? —le dije cuando me recompuse, haciéndome la sorprendida e incluso la indignada.

—Helia —continuó tan feliz como siempre, en su mundo.

—Ruby… —murmuré.

—Déjalo, todo lo que dice es muy interesante. —Las palabras de Demian me alteraron más.

«Tierra trágame y expúlsame a miles de kilómetros de aquí», me dije, queriendo que fuese posible. Ruby voló hasta mi hombro y se quedó apoyado en él, dándose por vencido con el bizcocho. Moví la cabeza lentamente hacia Demian, todavía ruborizada. Imposible esperar a que el color rojo se atenuara por lo inquieta y nerviosa que me había puesto.

—Teniendo en cuenta que es un loro, no tiene ningún sentido que diga nada más, ¿no? —hablé en tono bajo.

—Yo diría que no —respondió con semblante serio.

Me pregunté si le había sentado tan mal como para cambiar la actitud radicalmente, al menos eso aparentó. Tampoco es para tanto, ¿no? A ver, que sí, que le ha pillado de sorpresa, pero vamos que Ruby no lo ha insultado ni nada por el estilo. En ese caso sí que tendría que reaccionar como lo había hecho. Madre mía, si pudiera descifrar y analizar cómo me estaba observando…

Tragué saliva diciéndome a mí misma que la avergonzada, tocada y hundida debería ser yo por lo que representaban las palabras de Ruby.

—Voy a llevarlo a su jaula —susurré levantándome despacio de la silla.

Antes de ir hasta ella me acerqué a la nevera y saqué un pequeño cuenco donde tenía los dos últimos trozos de manzana para Ruby. Salí de la cocina y caminé hasta el rincón del salón.

—Guapa —sonreí acariciándolo.

—No me hagas la pelota, no estoy enfadada. No hemos hecho nada malo ninguno de los dos —le hablé en tono bajo—. Eres muy listo.

Aunque sabía que no le alegraba, me incliné sobre él para darle un beso rápido en la cabeza. Para mi sorpresa sus plumas se inflaron, señal de que lo recibió con agrado.

—¿Tan mal me sientes que te ha gustado? —sonreí.

—Guapa —repitió.

Amplié la curva de los labios, mientras le colocaba los trozos de manzana en el recipiente que tenía para comer dentro de la jaula.

—Que aproveche. —Entorné la puerta, dejándola un dedo abierta.

No pudo resistirse a la fruta y se lanzó a ella. Dejé salir el aire despacio y me giré para ir de vuelta a la cocina, pero me sobresalté al encontrarme a Demian muy cerca.

—No te he oído —susurré.

—Me he dado cuenta.

—Demian, yo…

—¿Sí?

—Lamento lo que has oído, no era mi intención que sucediera. Ruby no habría pronunciado nada si yo no hubiera metido la pata al decir una palabra. Lo siento, no quería que te sintieras incómodo, mal o…

—¿Qué te hace pensar que es lo que ha pasado? —Levantó una ceja.

—Eh, bueno… —Carraspeé—. Te has puesto muy serio y no has hablado. No sé. —Tragué saliva.

—Mi actitud no tiene nada que ver con lo que estás pensando.

—¿No? Entonces…

—Entonces… No me ha molestado que Ruby repita algo que ha escuchado de ti, para nada.

—Vale —sonreí nerviosa.

—¿Nos tomamos los cafés aquí? Los he traído y el bizcocho también. —Señaló la mesa baja que estaba frente al sofá.

—Claro. —Me senté despacio, cogiendo la taza que me indicó.

Se puso a mi lado y durante unos minutos estuvimos en silencio, mientras bebíamos y comíamos cada uno un trozo de bizcocho que se encargó de cortar. Su aclaración me tranquilizó, aunque no lo noté tan suelto como antes de que Ruby se refiriera a él. No quise pensar en ello, intenté por todos los medios apartar los pensamientos y las sensaciones negativas.

—De verdad que está muy rico —insistí sobre el bizcocho.

—¿Quieres la receta?

—¿Me la darías? —Giré la cabeza hacia él.

—¿Por qué no? —Levantó las dos cejas.

—No sé —negué divertida.

—Aunque pensándolo bien…

—¿Sí?

—Quizás me la reservo más tiempo, solo para mí.

—Ya decía yo. —Reí nerviosa.

Su cercanía era el efecto que provocaba en mí.

—No has entendido el motivo. —No apartó la mirada de la mía mientras bebía.

—¿Cómo?

—Si he dicho que la voy a reservar para mí por el momento, es porque me apetece volver a sorprenderte.

—Ah. —Noté otra vez el calor en las mejillas y aparté la vista de él, centrándola en la mesa —. Me gusta la idea —aseguré en tono bajo.

—Tienes que agradecérselo a Ruby —comentó inclinado.

Dejó la taza y se quedó más cerca, con los brazos apoyados en las piernas y la cabeza girada hacia mí.

—¿Qué quieras traerme más bizcocho?

—No, me refiero a que me ha aclarado muchas cosas.

—Ruby. Hola. Demian. —Dirigimos la atención hacia la jaula.

—Ha sido un placer conocerte, Ruby —le habló con diversión.

—Placer. Conocerte. Guapo. —Reímos.

—Lo de guapo lo dice mucho.

—Ah, ¿no era solo para mí como lo que ha dicho antes?

—Eh, bueno… Esta vez sí, te ha respondido directamente.

—No cabe duda de que estás entretenida —comentó sonriente.

—Sí. —Reí—. Y muy acompañada.

—Ha sido todo un descubrimiento.

—Es la sensación que provoca Ruby en los demás. —Lo miré con cariño—. Es un loro muy especial.

—Con lo poco que lo conozco estoy de acuerdo, pero no me refería solo a él.

Nuestros ojos conectaron cuando giré la cabeza hacia él, buscando los suyos. No supe qué decir por unos largos segundos, me quedé sin palabras. El silencio que se creó entre nosotros fue muy bien recibido y a la vez inquietante.

—Es hora de irme. —Su voz sonó diferente.

—Claro. Como quieras —asentí.

—Hasta otro momento, Ruby. —Se dirigió a él al ponerse frente a la jaula.

—Demian. Vecino. Molón. —Reímos.

Divertidos, lo acompañé hasta el porche.

—¿Madrugas mucho para ir a trabajar? —Se interesó.

—Me levanto a las seis, tengo la costumbre de correr un poco por el parque para empezar el día. Después una ducha rápida, un café y voy para el trabajo. Entro a las ocho y media.

—Buena rutina —dijo observando hacia la arboleda iluminada por las farolas.

—¿Te gusta correr? —pregunté al notar algo distinto en su expresión.

—Sí —buscó mis ojos—, aunque últimamente me lo estoy tomando con calma.

—Cuando te establezcas por completo lo retomarás y volverás a la normalidad —comenté.

—Seguramente —asintió—. Que termines bien la tarde, Helia.

—Gracias. Igualmente, Demian —le sonreí.

Esperé a que acortara la distancia para recibir el beso en la mejilla de despedida, como sucedió el día anterior, pero en esta ocasión no se dio la misma situación. Inclinó ligeramente la cabeza hacia mí y bajó los escalones del porche.

Lo seguí con la vista, mientras se alejaba. Llegó a su casa y no hizo el intento de mirar hacia

mí desde el porche. Lo perdí de vista preguntándome si había cambiado algo, también me lamenté por no haberme dejado llevar por el impulso de acercarme como le salió a él ayer, de forma natural.

—Mierda de dudas y de pensamientos. —Bufé, abrazándome el cuerpo.

A pesar del frío que hacía, me quedé en el exterior unos minutos sin poder dejar de darle vueltas a sus últimas reacciones.

Solté un suspiro y entré en la casa, agradeciendo la temperatura cálida. Recogí de la mesa baja del salón las tazas y el plato con el bizcocho y fui a la cocina, dejándolo todo en el lugar que le correspondía. Después me dirigí a mi habitación, para ir al baño.

El día llegaba a su fin, solo me faltaba darme una ducha, ponerme el pijama, cenar algo rápido y se terminó por hoy.

Seguí esos pasos, sin poder apartar de la cabeza el recuerdo de Demian. Me había sorprendido y encantado su inesperada visita, a partes iguales. Su presencia me ponía muy nerviosa y ya sus palabras… No quería darles un significado que no se correspondía con la realidad, pero varias de las cosas que había dicho y cómo me había mirado mientras las decía…

«Nada, Helia. No vayas por ahí. El hombre solo ha querido ser amable y cordial, quédate con eso», me dije y me repetí, mientras sacaba de la nevera un recipiente con caldo. Iba a ser mi cena.

Con el estómago lleno y con todo recogido para empezar el día siguiente sin tener nada por medio, me despedí de Ruby.

—Buenas noches, guapo.

—Buenas noches. Helia. Guapa. —Me correspondió y sonreí.

—Algún día me comeré a besos todas tus plumas.

—Plumas. Ruby.

—Sí. —Reí.

Le acaricié la cabeza y caminé por el salón. Apagué la luz y llegué a la habitación a oscuras. Encendí la lámpara de la mesita de noche y al pasar por al lado de la ventana para ir al baño, me paré al llamarme algo la atención. De la casa vecina, la de Demian, también salía luz de una de las habitaciones.

Todavía no había hablado con mi amiga Alba, no estaba al corriente de que fui a verlo el día anterior y lo que había provocado para que él hiciera lo mismo hoy. Cuando le dijera todo y que su pensamiento era correcto, el de que la habitación de Demian quedaba visible desde la mía…

Así era, cuando él me enseñó la vivienda tuve claro que nuestras ventanas se comunicaban desde la distancia, por la ubicación de dentro.

Me sentí tonta y nerviosa cuando me pilló de pleno, observando hacia su ventana. Demian apareció de repente al otro lado de la suya y se quedó parado al verme. La poca iluminación de la lámpara de mi habitación era suficiente para delatarme.

Apoyó un hombro en el marco y agradecí ver la curva de sus labios que me dio a entender que le hacía gracia la situación. Levanté la mano como saludo e imitó mi gesto. Me costó moverme, él no lo hizo. Durante bastantes minutos nos mantuvimos inmóviles, mirándonos, hasta que dejé salir el aire despacio y me obligué a separarme de la ventana.

Era eso o quedarme todo el rato esperando a que fuera él quien diera el paso. Caminé hasta el baño con una gran sonrisa, más tranquila por la reacción que había tenido y por la expresión relajada que me había regalado.

Capítulo 9



—¿Que hicisteis qué? —preguntó con un jadeo Alba, asombrada— ¿Y hasta ahora no me lo has dicho?

Apreté los labios, mirándola divertida de reojo. Estábamos en mi casa, eran las ocho de la tarde del viernes. Había pasado una semana, y no es que no hubiéramos hablado hasta ahora, claro que sí, pero en ningún momento saqué el tema de Demian porque quería hacerlo en persona. Durante la semana había sido complicado vernos por los trabajos.

—Di algo. —Me metió prisa.

Reí dirigiéndome hacia la puerta principal. Alan acababa de llamar, solo podía ser él. Me había avisado de que salía de su casa para venir, íbamos a cenar aquí.

—Hola. —Lo recibí con una gran sonrisa.

—Hola, preciosa. —Me dio un beso en la mejilla.

—¡Traidora! —Alzó la voz Alba, desde la cocina.

—Traviesa —la rebatió Ruby.

—No, no, querido. La nueva palabra que tienes que aprender es «traidora» —la deletreó saliendo al salón.

—Traidora. Alba. —Le hizo caso.

—Yo nooo… —se quejó, y reí.

—No le hagas caso, Ruby —le pedí—. Le pueden los nervios y la curiosidad.

—¿Qué me he perdido? —Quiso saber Alan, divertido.

—¡No te vas a creer lo que ha hecho nuestra amiga! —Me señaló—. Hasta hoy nos ha ocultado algo súper importante que tiene que ver con su vecino —dijo poniendo morros, con los

brazos cruzados.

—Habla por ti, yo estoy al día —comentó Alan, mientras se quitaba el abrigo que dejó apoyado en una silla.

—¡No me lo puedo creer! —Jadeó ella—. ¿Tú lo sabías?

—Quedamos ayer por la tarde para tomar un café —le recordé porque ella no pudo venir.

—¿Y? ¡Ay que me da! ¡Ya podéis empezar a hablar los dos! —Nos señaló.

—No se lo ha tomado tan mal, ¿no? —habló riendo Alan.

—Una leche —se quejó.

—Leche. Galleta —intervino Ruby y me uní a las risas de mi amigo.

—Contádmelo todo —nos pidió alzando la voz.

—Como no bajes el tono va a ser el mismo vecino quien venga a aclarártelo —comentó Alan, sacudiendo la cabeza.

—Ya te he dicho que fui el domingo a llevarle unas galletas y él, como agradecimiento, me trajo una buena porción de bizcocho que hizo al día siguiente. Conoció a Ruby, en ambas situaciones tomamos cafés y poco más —expliqué, encogiéndome de hombros.

—¿Y poco más? ¿Te parece que no es nada? —preguntó ilusionada.

—No he dicho eso —negué divertida.

—¿Cómo se llama? —Me siguió hasta la cocina.

Reí porque caminó pegada a mi espalda.

—Demian —respondió Alan.

—Ohhh… ¡Cómo me gusta! Mierda, lo tiene todo. —Lloriqueó.

—¿Qué haces? —Quiso saber Alan.

Su pregunta era porque corrió al salón y regresó con el móvil en las manos. En este instante estaba concentrada mirando la pantalla.

—¡Qué fuerte!

—¿Has buscado el significado de su nombre? —Me crucé de brazos.

—Pues claro, anda que… —Bufó.

Alan soltó una carcajada y yo la miré divertida. No sé de qué me extrañaba, siempre había hecho lo mismo desde que nos conocíamos. Según ella, era muy importante saber el significado del nombre asociado a las personas. Cuando encontraba varios se quedaba con el que más le gustaba y si no era el caso, era reacia a un acercamiento con dicha persona. Tal cual. Más de una vez había tenido que rectificar en su comportamiento y actitud, dándose cuenta por ella misma de que un nombre no se puede poner por encima del carácter real de quien fuese.

El significado con el que se quedó del nombre de Alan fue el de pequeña piedra preciosa o guapo. Sobre el mío fue el sol y todo lo relacionado con la calidez, la luz y la energía de él. Referente al suyo propio, Alba, decía que ella y yo estábamos predestinadas a conocernos desde el inicio porque Alba significaba el despertar del sol o mujer del amanecer.

En este caso…

—Mirar, mirar… Aquí dice que Demian significa el que doma, somete o controla. ¡Qué maravilla! ¿Lo será en la cama? ¿En la intimidad?

—¿En serio? —Agrandé los ojos.

Mi reacción fue por las dos últimas preguntas. Nuestro amigo soltó una carcajada dándola por imposible, a mí me costó un poco más, pero volví a reír junto a él al verla emocionadísima con lo que acababa de descubrir y lo que se estaba imaginando.

—Espero que no lo sea en otros aspectos porque entonces no mola —continuó hablando, pensativa.

—No tienes remedio. —Sacudí la cabeza.

—Vamos a preparar la cena porque así se puede tirar toda la noche —dijo divertido Alan—. ¿Por qué no invitas a Demian? —propuso.

—Lo he pensado, pero no sé… —comenté.

Claro que lo había hecho, sabía que estaba solo y que no conocía a nadie en el pueblo. Esa información había sido determinante para haber tanteado la posibilidad de invitarlo para que se uniera a nosotros. Tanteado, que no hecho porque no me había atrevido. No tenía ni idea de si le gustaría la posibilidad, tampoco quería ser entrometida y que se viera obligado a aceptar por compromiso.

—¡Dios! ¡Es la oportunidad perfecta! —gritó Alba.

Salió de la cocina corriendo, otra vez, y para nuestra sorpresa regresó con mi chaqueta de lana. Me la puso delante de la cara, para que la cogiera, pero, sobre todo, para que me la pusiera para salir de la casa.

—¿No os importa? —Los miré a los dos, quitándosela de las manos.

—Si lo hiciera no habría sacado el tema. —Levantó una ceja Alan, con expresión divertida—. Alba no hace falta ni que abra la boca.

—Ah, pero la voy a abrir. —Rio—. Ya estás tardando en tocar a su puerta. Venga. —Se colocó a mi espalda y me empujó.

—Miedo me das como acepte —negué—. Leches, para —me quejé cuando me dejó casi con la cara pegada a la puerta principal.

—Te prometo que voy a comportarme —sonrió de forma exagerada.

Alan rio apoyado en el marco de la puerta de la cocina mientras que yo puse los ojos en blanco.

—Tiemblo más por ti que por Ruby. —Bufé—. Él al menos es inocente al no ser consciente de lo que provoca.

—Pues no sé por qué, él es discípulo mío. —Me miró sorprendida.

—Lo que yo diga. —Terminé riendo.

—No lo pienses ni le des más vueltas. Lo mismo no le apetece, pero tú habrás cumplido —comentó Alan, haciéndome un guiño.

—Lo voy a intentar —le sonreí colocándome la chaqueta—. Me sabe mal saber que está solo.

—Adiós —dijo Alba, sacándome al porche después de abrir rápido la puerta, por si cambiaba de opinión.

Sin pensárselo, después de darme la llave, cerró dejándome fuera. Sacudí la cabeza sin saber si reír o llorar, acababa de echarme de mi propia casa. Me abracé el cuerpo y giré hacia la casa de Demian. Su coche estaba estacionado frente a ella, tenía que estar, a no ser que estuviera dando un paseo por el parque. Aunque siendo la hora que era y el frío que hacía…

Solté varios suspiros y bajé los escalones, animándome a mí misma por lo que estaba a punto de hacer. Recorrí la poca distancia que nos separaba y subí los de su porche. Me froté las manos nerviosa, y pulsé el timbre.

—Ya está hecho —susurré notando los nervios recorrerme.

La puerta no tardó mucho en abrirse y por unos instantes me quedé en blanco. Demian se mostró ante mí guapísimo. Vestía un pantalón vaquero y un jersey de lana. Su expresión al verme fue entre la sorpresa y la diversión. Tenía el pelo despeinado, lo que le daba un aire… Joder el mejor, ya os lo digo.

—Hola —dijo al ver que yo no reaccionaba.

—Hola —sonreí tímida.

—Es tarde para un café —comentó ladeando un poco la cabeza—. ¿Pasa algo? ¿Necesitas alguna cosa?

—A ti.

Os prometo que las poquitas palabras salieron de mis labios sin poderlas controlar. Maldecí interiormente al ver sus labios curvarse de medio lado. Sobra decir que mis mejillas se cubrieron de un color rojo tomate madurado.

—Quiero decir… —Carraspeé, mientras intentaba tener de nuevo el control de mi cuerpo y de mis pensamientos— Es que…

—¿Estás nerviosa?

—Un poco. —Reí nerviosa. Para qué iba a intentar mentir, era más que evidente—. No quiero ser inoportuna.

—No lo eres, en absoluto. —Metió las manos en los bolsillos del pantalón.

—Mis amigos han venido a cenar y me preguntaba si te gustaría unirte a nosotros. —Me lancé de cabeza—. No tienes que aceptar por compromiso, si no quieres no…

—Me gusta mucho la idea.

—¿Eh? ¿De verdad?

—Claro. —Apretó los labios, conteniendo la diversión que mostraba—. Y te agradezco mucho el detalle, Helia.

—No es nada —sonreí tímida—. Me alegro de que te guste. Pues… —Miré hacia mi casa—. Puedes venir cuando quieras, todavía no hemos empezado a preparar la cena.

—Si me esperas unos minutos voy contigo.

—Por supuesto —dije contenta.

—Entra, hace frío. —Se apartó para que lo hiciera.

Pasé por su lado y agradecí el calor que había en el interior.

—Enseguida vengo, solo tengo que calzarme.

—Tranquilo —susurré.

Lo vi caminar hacia el pasillo y sí, pude comprobar de nuevo que el pantalón vaquero se amoldaba perfectamente a su trasero, uno increíble. No hace falta aclaración a estas alturas, pero ya puestos…

Salió rápido, poniéndose el abrigo.

—Ya estoy —dijo al pararse frente a mí.

—Perfecto.

Me sorprendió cuando intenté moverme para ir a la puerta. No llegué a hacerlo porque se pegó a mi cuerpo y se inclinó sobre mí.

—No te he saludado en condiciones —dijo en tono bajo.

—No pasa nada, yo tampoco —murmuré.

—Sí que pasa. Vamos a ponerle remedio. —No apartó los ojos de los míos al hablar.

Sobraron las palabras cuando una de sus manos me agarró de la nuca y sus labios acariciaron mi mejilla. Me entraron los calores de golpe al notar cómo me acariciaba la piel con ellos, antes de darme un beso que alargó.

Por mi parte también le correspondí, sin pararme tanto como él porque no sabía lo que representaba su cercanía y actitud. No quería sobrepasar ninguna línea, aunque, en mi mente me gritaba que era idiota por desaprovechar la oportunidad.

Olía tan bien…

—Para empezar, está bien —dijo cuando se separó.

—Para empezar —repetí imitando a mi loro.

—Eso he dicho. —Curvó de medio lado los labios—. ¿Vamos?

—Sí —susurré, maldiciendo que fuese tan evidente cómo estaba.

El sofoco de las mejillas no había aflojado ni un poquito, siendo evidente para él.

Fuimos juntos y en silencio hasta la puerta, esperé a que cerrara y bajamos los escalones del porche, dirigiéndonos a los de mi casa.

—Bienvenido de nuevo —comenté mientras metía la llave en la cerradura.

—Es un placer, y gracias. —Me hizo un guiño.

Habría enmarcado su expresión en este instante. ¡Qué digo! Con todo él lo habría hecho, para

tener el conjunto completo. Mala suerte para mí porque solo pude fijar la vista en la cerradura y terminar de girar la llave, con la mano temblorosa.

Capítulo 10



Demian

Durante toda la semana había visto a Helia salir temprano a correr. No había sido premeditado, solía despertarme muy pronto y teniendo en cuenta el silencio que había a esas horas y la información que me dio…

Cada mañana sobre las seis y veinte, aproximadamente, la observaba a cubierto, a través de la ventana de la cocina mientras me tomaba el primer café del día. Mi propósito no era esconderme de ella, simplemente en el exterior hacía demasiado frío como para estar en el porche. No me hubiera importado que me viera.

Con el pelo recogido en una cola alta, una chaqueta deportiva, unas mallas y unas zapatillas de deporte, se ponía al trote para cruzar la calle y adentrarse en el parque. La seguía con la mirada hasta que dejaba de ser visible.

Tenía gracia porque no me quedaba pegado a la ventana a la espera de verla regresar, pero siempre coincidía, en tiempo y momento, que yo volvía a entrar en la cocina y pasaba cerca de la ventana cuando sucedía, llamando mi atención. Quizás inconscientemente era lo que buscaba…

Llegaba con la chaqueta atada a la cintura, haciendo visibles las camisetas de manga corta de diferentes colores que utilizaba cada día. La ropa se ajustaba perfectamente a su cuerpo, dejando ver las curvas de su silueta.

Desde que me fui de su casa, a principios de semana, no nos habíamos visto de cerca, pero de lejos, sí. Yo había sido consciente de cada uno de esos instantes, ella no. Me explico, ya he comentado que Helia ignoraba que la observaba a primera hora del día para hacer deporte y a su regreso, también se había dado que, desde la ventana de mi habitación, protegido por la oscuridad al tener la luz apagada, la había visto en la suya a última hora del día.

En esos instantes tampoco me dejé ver en ningún momento durante la semana, era algo que había tomado por rutina para dar por cerrado el día. Me gustaba verla pasar por delante de su ventana, con el pijama. Las situaciones que llevaba peor o no, era cuando aparecía con una toalla cubriendo su cuerpo.

Me había sorprendido a mí mismo haciéndolo. El primer día la pillé por casualidad, el segundo me dije que no estaba bien, pero me aferré a la idea de que no estaba haciendo nada malo. En ningún momento la había visto en una situación comprometida. A partir del tercer día aparté los pensamientos y simplemente actúe por inercia y como necesitaba.

Me parecía muy raro y me había costado asumirlo, pero observarla con la libertad de no tener que disimular me tranquilizaba y me aportaba una calma que más veces de las que reconocía, me faltaba.

Las únicas ocasiones en las que Helia fue consciente de mi presencia fueron cuando algunas tardes llegaba de trabajar y me encontraba acomodado en el porche de mi casa, tomando un café, un té o lo que me apeteciera en esos instantes. Siempre me había saludado con una sonrisa y levantando la mano hacia mí, al bajarse del coche. La había correspondido de la misma forma.

Desde el inicio, al conocerla, incluso antes de tener contacto directo con ella, sentí la atracción, la que con el paso de los días había ido a más. No me entendía, nunca me había sucedido que alguien llamara tanto mi atención y la acaparara de esta forma. El resultado de llegar a esta casa y dar con Helia estaba claro a estas alturas.

Me había recriminado varias veces mi comportamiento cuando nos despedimos en el porche de su casa, después de llevarle el bizcocho y de pasar un tiempo juntos. Me contradije a mí mismo porque el deseo de acortar la distancia nuevamente con ella, para olerla de cerca y besarla en la mejilla, lo frené al tomar otra actitud. Marqué la distancia, a propósito, pero es que en aquel instante me recorrían demasiadas sensaciones y emociones como para pensar con lucidez.

Aparte de que al hablar de salir a correr me trajo demasiados recuerdos que no me sentaron muy bien.

No iba a dejar pasar más oportunidades con ella, eso lo tenía claro. A la vista estaba que la había besado antes de irnos de mi casa, aunque no como quería y me pedía el cuerpo. Me encantaba sentir su nerviosismo y ver el rubor en sus mejillas, hablaban por ella sin necesidad de palabras.

Me había llevado una grata sorpresa al encontrarla al otro lado de la puerta principal, por eso y por lo que me había propuesto al invitarme a cenar con su grupo de amigos.

La observé divertido, viendo cómo le temblaba la mano al girar la llave en la cerradura. Consiguió abrirla y la empujó dándome paso al interior.

Me quedé en el centro de salón, escuchando un murmullo de voces que venían de la cocina.

—Dame el abrigo, lo llevo a una habitación —me pidió.

Me lo quité despacio y se lo di. Lo cogió pegándoselo al pecho y llamó a sus amigos.

—Chicos —dijo en alto.

Un hombre y una mujer aparecieron rápido, ella lo adelantó pasando por delante de él. Los reconocí a los dos; al chico de la vez que se montó en el coche de Helia la noche que salieron, como me explicó ella. Era el mismo que supuse erróneamente que se trataba de Ruby, antes de disponer de toda la información. A la chica la ubiqué perfectamente al ser la que pronunció las palabras de halago que me dijo en el pueblo, junto a Helia.

—Hola, soy Alan. —Se presentó el primero.

—Encantado, yo Demian. —Acepté su apretón de manos.

—Mi nombre es Alba —dijo cantarina.

Con una gran sonrisa se acercó a mí y se puso de puntillas para darme dos besos en las mejillas. Cuando se separó estaba aún más sonriente.

—Gracias por la invitación —hablé en general.

—Es un placer —comentó Alan—. ¿Una cerveza o una copa de vino?

—Lo que estéis tomando está bien —asentí.

—Vamos, el vino nos espera. —Me hizo un guiño.

Lo seguí a la cocina, con Alba caminando a mi lado sin dejar de mirarme. Helia se perdió por el pasillo para dejar mi abrigo.

—A ver qué te parece. —Sirvió una copa de vino y me la ofreció.

—Perfecto —confirmé después de beber un sorbo.

—¿Cómo va la vida en el pueblo? —Se interesó Alba.

—Estupendamente, tranquila.

—De eso te cansarás aquí —comentó divertido Alan—. Otra cosa no, pero paz y tranquilidad, las que quieras.

—Son muy bien recibidas —asentí.

—¿Dónde vivías antes? ¿Era más estresante? —habló ella— Nosotros solo nos hemos ido del pueblo para viajar en las vacaciones.

—En una ciudad con bastante movimiento.

—¿Estás buscando trabajo? Podemos aconsejarte, ¿verdad Alan?

—Claro.

—Os lo agradezco, pero no lo necesito. —Me llevé la copa a los labios—. Soy propietario de una empresa.

—¿Qué me dices? —Jadeó ella.

Helia entró en este instante en la cocina, uniéndose al grupo. Se paró al escucharme. Buscó mi mirada, la que encontró porque ya la estaba observando.

—Que me haya alejado no implica que haya dejado mi responsabilidad de lado —continué.

—¿Te va bien el negocio? —Se interesó Alba.

Seguí con la vista los movimientos de Helia. Fue a la nevera y sacó varias bandejas que colocó en la encimera, después se acercó a nosotros y le sonrió a Alan cuando le ofreció una copa de vino.

—No puedo quejarme —sonreí de medio lado.

—Vaya —dijo con un suspiro—. ¿Por qué te has ido tan lejos? Bueno no sé dónde la tienes, pero…

—Bebe un poco más, para el interrogatorio —comentó divertida Helia.

—Ya veo —negué despacio, sonriente.

—¿Te molestan tantas preguntas? —habló Alba, haciendo una mueca de apuro.

—No se lo tengas en cuenta, la necesidad por saber le puede —dijo Alan, antes de soltar una carcajada.

—No me molestan. Igualmente tengo la libertad de responder las que quiera —sonreí de medio lado.

—Claro. —Rio ella—. Mmm… Empresario, con buen carácter, con una planta espectacular… Lo tienes todo —habló risueña.

—Yo no diría tanto. —Levanté una ceja.

—Para Alba sí —intervino Helia, con expresión divertida.

No aparté los ojos de ella, con la intención de dejarle claro que ese detalle me importaba poco o más bien nada. Ni idea si interpretó la intensidad con la que la miré, mientras bebía un buen sorbo de vino, antes de darnos la espalda. Fue a la encima y se movió por ella.

—¡Mierda! ¡Ahhh…! —gritó de repente.

—¿Qué pasa? —pregunté sin entender su reacción. Dio varios pasos hacia atrás.

—¡Yo me cargo a Miguel! —Lloriqueó.

—¿Por? —Se interesó Alba.

—¿Quién es Miguel? —Miré a Alan.

—El pescatero al que va a comprar —me respondió. No entendí su diversión.

—¡Qué me los ha vendido vivos! —dijo Helia.

Se apartó para que viéramos lo que señalaba. Fruncí los labios, controlando la carcajada que apretó por salir de mi interior. Y lo vimos todos, claro que sí. Tres bogavantes enormes se movían encima de una de las bandejas.

—¡No! —Reaccionó Alba, llevándose las manos a las mejillas mientras se acercaba a ella— La leche.

—Joder, yo así no puedo. —Bufó Helia—. Mira que le dije esta mañana que se asegurara de que me los daba como se los pedí. ¿Vamos a buscar una pecera de emergencia?

—¿Qué dices? ¡Estos caen esta noche! —aseguró Alba.

—No tienes corazón. —La señaló Helia.

—¿Yo? Uno bien grande, pero chica, se me está cayendo la baba desde que nos has dicho el menú para esta noche. Ya están aquí, Alan y Demian se encargarán de hacer la parte fea —sonrió de forma exagerada hacia nosotros.

—¿No estás tan decidida a comértelos? ¡Valiente! —habló Alan, antes de reír.

—Miguel me va a escuchar, vamos si lo va a hacer —resopló Helia, agobiada.

—Yo me encargo —dije poniéndome a su lado.

La miré de reojo, todavía conteniéndome. A lo que no había podido resistirse Alan porque aún continuaba riendo.

—No quiero oírlo. —Se tapó las orejas, mirándome con expresión de pena—. Joder, que me van a sentar mal. —Cerró los ojos.

Ya no pude aguantar más y solté una carcajada por la situación, la que remató la aparición de Ruby. Entró en la cocina y se posó sobre la encimera.

—Hola. Amigos —dijo.

—Hola, Ruby. Soy Demian —le aclaré. No tenía ni idea de si era capaz de reconocer a las personas.

—Demian. Vecino. Guapo. Culo. Interesante. Bombón —soltó y más me reí, acompañado por Alba y Alan. Helia se puso más nerviosa.

—Ese soy yo, por lo visto. —Sacudí la cabeza—. Sal de aquí. —Me dirigí a Helia.

Me puse a su espalda y la moví, llevándola hacia la puerta de la cocina.

—No los hagas sufrir. —Lloriqueó.

—Te prometo que no se van a enterar.

—¿De verdad? —Levantó la cabeza, girándola para verme la cara.

—Te lo aseguro. —Le hice un guiño.

—¿Cómo lo vas a hacer? No podéis ponerlos al fuego así, les va a doler. —Hizo un puchero.

Nos paramos en el salón y se giró hacia mí. Nos quedamos cara a cara.

—No quieras saber tanto —negué—. Cuando lo solucionemos te avisamos.

Sin pensármelo, levanté la mano y le retiré el pelo hacia atrás, de un lado. El gesto provocó lo que buscaba, que se olvidara de lo que había en la cocina y que solo se centrara en mí. Le coloqué varios mechones detrás de la oreja, sin apartar la mirada de la suya.

—Estás preciosa. —Me lancé.

—Yo… —susurró— Gracias. Tú también.

—¿Estoy precioso? —Mis labios se curvaron de medio lado.

—Precioso. Guapo. Tío bueno. Culo. Vecino.

Esas fueron las palabras de Ruby, al pasar por nuestro lado directo a su jaula.

Reí, a Helia le subió el color de las mejillas. Me pareció tan encantadora…

—Necesito saber si Ruby tiene un nuevo repertorio de palabras que haya escuchado de su dueña —le hablé en tono bajo, inclinado sobre ella.

—Me va a dar algo —murmuró.

—Estoy deseándolo, en el buen sentido. —Le hice un guiño.

Le acaricié la mejilla antes de ponerme recto. Cuando me separé y me giré, dispuesto a volver a la cocina para arreglar el desastre de los bogavantes, me encontré con dos pares de ojos atentos a nosotros.

Alan tenía un hombro apoyado en el marco de la cocina. Sonreía satisfecho hacia nosotros. Alba nos miraba con la boca abierta, la que le cerró su amigo, antes de soltar una carcajada.

Capítulo 11



Helia

Me senté de golpe en el sofá, notaba las piernas temblorosas. Alba se puso a mi lado, mirándome insistente para que le contara con detalles lo que había visto entre Demian y yo. Él y Alan estaban en la cocina, lidiando con los bogavantes. Me daban una pena…

—¿No vas a decir nada? —me preguntó entre susurros.

—Ahora no, bastante nerviosa estoy. —Recosté la espalda en el sofá y cerré los ojos.

—Ha sido muy fuerte; lo sabes, ¿no? —insistió— Capaz eres de no haberte dado cuenta de cómo te mira, y ¡cómo te ha tocado! Oh, con tanto mimo… —Juntó las manos, emocionada.

—Alba, solo ha sido amable. —Abrí un ojo al hablar.

—Una leche para ti.

—Galleta. —Reaccionó Ruby, y lo miré divertida.

—Aparte de amable ha dejado claro que quiere algo, Helia. Y no conmigo, para mi desgracia —soltó un suspiro.

—¿Te importa? ¿Te afecta? —Busqué sus ojos.

—¿Qué dices? —Me observó extrañada—. ¿En serio me estás preguntado si me molesta que tu vecino Demian se decante por ti? —Se acercó al hablar muy bajo.

—Desde que lo viste te puede la emoción. —Me encogí de hombros.

—Helia, no seas tonta. —Puso los ojos en blanco—. Una cosa es que admire lo buenísimo que está, porque hija, es para seguirle el rastro por donde va. —Me tapé la cara, para no reír—. Y otra muy diferente es que yo espere algo de él. Pues claro que no me importa ni me afecta. —Me agarró de una mano—. Voy a maldecir toda mi vida que no viniera a vivir cerca de mí en vez de aquí, pero… —Rio sin alzar mucho el tono.

—No sé qué ha pasado hace un rato —dije pensativa—. No me esperaba su actitud.

—Pues yo lo tengo muy claro —asintió varias veces, con una gran sonrisa.

—¿Tú crees que…?

—Ya está. Solucionado. —La voz de Alan provocó que nos quedáramos calladas.

Apareció en el salón junto a Demian, los dos sonrientes.

—¿Sí? —Quise asegurarme.

—Puedes estar tranquila —añadió Demian.

—Vale —solté un suspiro—. Se me han quitado las ganas de prepararlos. —Arrugué la nariz.

—¿Cómo se te da la cocina? —le preguntó Alan a Demian.

—Genial —respondió sonriendo de medio lado.

—Menos mal, entre los dos haremos algo decente y en condiciones. —Soltó una carcajada nuestro amigo—. Quedaros aquí, os vamos a sorprender.

—Me encanta la idea. —Aplaudió Alba—. En un rato vamos de refuerzo para preparar lo que haga falta.

Asintieron conformes y nos dieron la espalda para regresar a la cocina. Demian vino para dejar nuestras copas encima de la mesa baja, frente al sofá. Nos sonrió cuando se lo agradecimos, aparte yo me gané un guiño.

—Dime que todavía tengo todo en su sitio porque me da la sensación de que se me ha caído hasta la ropa al suelo —comentó Alba, antes de soltar un suspiro profundo.

—Estás como has llegado —negué inclinada para coger la copa.

—Menos mal. —Bufó—. A mí me guiña el ojo como te ha hecho a ti, y me derrito directamente —sonrió pícara.

—¿Cómo te crees que estoy? —dije después de beber un buen sorbo de vino.

Nos miramos y soltamos una carcajada, yo más por los nervios que sentía. Volví a beber.

—¿Desde que vino a traerte el bizcocho no os habíais visto?

—Desde lejos sí. Alguna tarde al llegar del trabajo estaba en su porche.

—¿Y no lo has observado a escondidas por la ventana de tu habitación? —Levantó las dos

cejas, de forma graciosa.

—No. —Reí.

—Madre mía, yo estaría pegada a ella. —Lloriqueó—. ¿Te imaginas que pasa desnudo por delante? Ay, que me da. —Se abanicó con las manos.

—Eso sería invadir su privacidad —dije divertida.

—Eso sería una alegría para la vista y para los sentidos, nena. —Bufó.

—Y un martirio.

—Ahí te doy la razón, ¡qué suplicio ver, pero no tocar! —Hizo un puchero.

—Vamos a cambiar de tema. —Sacudí la cabeza.

—Te pone, ¿eh? —Soltó una carcajada.

—No hace falta que te responda. —Apreté los labios.

—Normal, hija. No es para menos —soltó un suspiro, acomodándose junto a mí en el sofá—. Y encima, es empresario. Joder, como le he dicho: lo tiene todo.

—Quizás también pareja. ¿No te has parado a pensarlo? Es raro que un hombre como él esté soltero y sin compromiso —comenté pensativa.

—Pues qué quieres que te diga, yo no veo que esté viviendo aquí con nadie más.

—Eso no tiene nada que ver. —Giré la cabeza hacia ella—. No conocemos cuál es el motivo por el que se ha alejado de su vivienda habitual, donde se supone que ha dejado su vida y rutina. No ha mencionado de qué ciudad ha venido, pero en ella está su empresa, sus obligaciones y vete a saber qué más.

—No pienses tanto. El tema importante es que está en este pueblo, vive en la casa de al lado y, para colmo, te ha elegido para sus sueños húmedos —sonrió de forma exagerada.

—No sé… Lo mismo está aquí temporalmente, para alejarse del estrés. Tampoco te pases con lo último que has dicho.

—¿Y? ¡Qué más da si es temporal o no! Tú dale alegría al cuerpo que todo lo demás llegará solo. —Chocó el hombro con el mío.

—Sería muy fácil enamorarme de él, Alba —murmuré.

—Ah, mierda. Se me ha nublado tanto la mente que no he pensado en los sentimientos —habló pensativa—. Y tanto que sería sencillo. —Dejó salir el aire lentamente.

Nos quedamos en silencio, cada una metida en sus pensamientos. Si me acercaba de forma íntima a Demian estaba perdida, lo sabía de sobra. Joder, pero ¿cómo podía resistirme a él? Era demasiado complicado, y más, si él acortaba la distancia conmigo.

Con la cabeza hecha un lio, así terminé, luchando entre el deseo que me provocaba y la lógica que tenía que ponerle a la situación.

—Olvídate de todo, ahora solo tienes que pensar en pasarlo bien, en disfrutar del momento. —Me apretó una mano.

—Tienes razón —le sonreí—. Vamos a la cocina, ha pasado más de media hora.

—Lo mío es muy fuerte, ¿eh?

—¿A qué te refieres? —La miré sin comprenderla.

—Joder, que en esta casa hay dos cañones de tíos y ninguno es accesible para mí. —Bufó mostrándose molesta.

—No tienes remedio. —Reí.

—Ya, pero la sufridora soy yo. —Hizo una mueca.

Caminó hacia la cocina y la observé divertida. Busqué con la mirada a Ruby. Si estaba tan callado era porque se había quedado dormido hacía un rato, tenía la cabeza hacia abajo. Sonreí y me alejé de él, para unirme al resto.

—¡Qué buena pinta! —dije nada más entrar.

Habían pelado y cortado en trozos grandes los bogavantes cocinados. Tenían un aliño por encima que olía de maravilla. Estaban repartidos en dos platos grandes, en otros habían colocado el resto del marisco que compré por la mañana.

Cuando venían a cenar, no solía preparar estos platos, normalmente los reservábamos para alguna ocasión más especial, pero la tarde de ayer me apeteció sorprenderlos con algo diferente que a todos nos encantaba.

—Ya verás cuando lo pruebes —comentó Alan—. Me he quedado con la receta de la salsa, nos hemos puesto las botas mojando pan en el cuenco —dijo divertido.

—¿Es obra tuya? —Me dirigí a Demian.

—Sí —confirmó sonriente—. Una pena no haberlo sabido por adelantado, habría traído un bizcocho para el postre.

—En otra ocasión. —Le devolví el gesto.

—Por supuesto. —Me hizo un guiño.

—¿Preparamos los canapés? —intervino Alba.

—Todo tuyo —dijo Alan, acercándole todo lo necesario—. Nosotros vamos a terminar con la crema de marisco.

—¿Crema? —preguntamos a la vez Alba y yo.

—Sí, he utilizado una pequeña parte de lo que había para hacerla.

—No sabéis cómo huele. —Rio Alan.

—Joder, menudo banquete. —Se frotó las manos Alba.

—Ni que lo digas —negué con ganas de empezar a comerlo todo.

Nosotras nos pusimos manos a la obra con los canapés variados. Llenamos una bandeja grande y otra media con ellos. Los chicos se entretuvieron de espaldas en terminar la crema. Me gustó verlos interactuar. Alan le preguntaba animado sobre la recta, mientras Demian le daba los detalles, al mismo tiempo que le decía varios trucos.

No cabía duda de que Demian era muy buen cocinero, mucho más que yo. Con cada cosa que descubría de él me gustaba más. Aparté la vista de ellos y la centré en las últimas tostaditas que tenía que preparar. Noté un nudo en el estómago por todo lo que sentía, demasiadas cosas en mi interior estaban cambiando a mucha velocidad.

Alba chocó el lateral de su cuerpo contra el mío y la miré. Me hizo un guiño, sabiendo perfectamente lo que pasaba por mi cabeza. Le sonreí agradecida, haciéndole un gesto de cariño.

Con la crema servida en cuencos, llevamos toda la comida a la mesa del salón. Alba ya había puesto el mantel y todo lo necesario para empezar a comer. Ocupamos las sillas y nos dispusimos a empezar a cenar. Antes de nada, brindamos porque surgieran muchas más noches como esta.

Los ojos de Demian no se apartaron en ningún momento de mí, lo que terminó por alterarme.

✣ ✣ ✣

—Mañana podríamos hacer algo diferente —comentó Alba—. Si te animas… Demian.

—No tengo planes —le sonrió.

—Perfecto. —Aplaudió—. ¿Alguna idea? —Nos miró a Alan y a mí.

—Por el pueblo no hay mucho que hacer, a no ser que demos vueltas y comamos en algún restaurante. —Me encogí de hombros.

—Podemos ir al que vive tu padre —comentó Alan, dirigiéndose a mí—. Allí hay mucho más movimiento y entretenimiento.

—Ah, estaría guay —añadió Alba.

Se quedaron en silencio, a la espera de que yo dijera algo al respecto. Tenía la atención de los tres.

—¿Te incomoda que puedas cruzarte con él? —Demian terminó preguntándome, la duda que reflejaba su cara.

Esa duda fue provocada por mi silencio y seriedad.

—No —le sonreí—. Lo difícil sería que sucediera.

—¿Cómo? —Frunció ligeramente el ceño.

—El padre de Helia tiene la casa en ese pueblo, pero rara vez vive en ella. Creo que, de los trescientos sesenta y cinco días del año, podría encontrarlo en la vivienda un par de veces. Como mucho —comentó Alan.

—Ah, entiendo —dijo Demian, girando la cabeza hacia mí.

—Las veces que lo veo es porque viene a verme, como te dije.

—Cuando al señor se le antoja —soltó Alan, serio.

—No hay problema —le sonreí con cariño.

—Lo sabemos, más que nada porque nos tienes a nosotros y no lo necesitas —continuó Alba —. Pero no deja de fastidiar la forma interesada con la que te trata.

—Ni siquiera es interés, no tengo nada que ofrecerle cuando aparece —negué divertida, por lo protectores que eran conmigo.

Estábamos en el sofá, terminando de tomarnos unos cócteles que había preparado Alba. El ambiente cambió de repente por el giro que había dado la conversación.

—¡Cambiar las caras! Ya soy adulta y me trae sin cuidado. He aprendido a la fuerza cómo es. No me afecta, en absoluto.

—No digas eso porque cada vez que te hace una visita nos lo cuentas ilusionada, Helia —habló Alan, sacudiendo la cabeza.

—Es normal, por mucho que diga es mi padre —me justifiqué sin tener necesidad de hacerlo.

—Somos conscientes, cariño —comentó Alba.

—Me parece bien el plan para mañana. Va, no le deis más vueltas —acepté y les pedí.

—¿Estás segura? —Quiso asegurarse Demian, observándome serio.

—Por supuesto, si no fuera así, no lo diría —le sonreí y asintió sin variar la expresión.

—Pues será mejor que cuando terminemos esta ronda —dijo Alan, señalando las copas en la mesa baja—, nos vayamos a descansar porque al final no hacemos nada mañana. —Levantó las dos cejas.

No quedaba mucho para que vaciáramos las copas.

—Dormir. Pesados —habló Ruby con los párpados medio cerrados. Acababa de espabilarse.

Todos reímos ante su ataque directo.

—¡Qué manera de echarnos! —se quejó en broma Alba.

—La culpa es tuya, por haberle enseñado un extenso repertorio de palabras. —Rio Alan.

—Ya estamos otra vez, las culpas siempre para la misma. —Bufó ella, antes de beber el último sorbo de cóctel—. Me voy ya porque todavía me ponéis calentita. —Rio.

La imitamos con la bebida y nos levantamos para dejar el salón recogido. Les insistí en que no hacía falta, pero fue como hablar con la pared. Me ignoraron y hasta dejaron las copas fregadas.

Después de que se pusieran los abrigos, los despedí en el porche. Me abracé el cuerpo por el cambio drástico de temperatura.

—¿Mañana a las diez? —Quiso saber Alan.

Todos estuvimos de acuerdo. Nos dimos abrazos y besos, en el lote incluyo a Demian porque nos salió de forma natural tener un contacto cercano y directo. Vi a mis amigos ir hacia sus coches y a Demian dirigirse a su casa.

Solté un suspiro y entré en la casa, agradeciendo la buena temperatura que hacía en el interior.

—Buenas noches, Ruby.

—Buenas noches, Helia —sonreí mientras recorría el salón.

Apagué la luz y caminé por el pasillo. Me encantaba la idea de pasar el día siguiente junto a Demian, o al menos, gran parte de él. Estaba emocionada y no solo porque se había apuntado a

estar con nosotros, sino porque la complicidad entre mis amigos y él había sido notable.

Capítulo 12



Demian

Subí las escaleras del porche y metí las manos en los bolsillos del pantalón, después de utilizar una de ellas.

—¡Hola! —dijo Helia, descolocada, al abrir la puerta— ¿Te has dejado algo? —Miró hacia el salón.

Pues no, no había llegado ni a entrar en mi casa. Al llegar al porche esperé para hacer lo que quería y necesitaba, protegido por la oscuridad, hasta que los coches de Alba y Alan se alejaron.

El resultado final es que acababa de llamar al timbre de Helia, la que todavía me miraba desconcertada. Añado nerviosa, porque era evidente.

—¿Puedo pasar?

—Eh, claro. —Se apartó para que lo hiciera.

Pasé por su lado y fijé la vista en Ruby. Continuaba en su jaula y volvía a tener la cabeza hacia abajo. Se había dormido otra vez.

—¿Sucede algo?

—Sí —respondí tranquilo, girándome hacia ella.

—¿El qué? ¿Te has acordado de algo y no puedes venir mañana? —continuó con las preguntas.

—Lo de la salida de mañana sigue en pie, al menos por mi parte. —Me encogí ligeramente de hombros.

—Ah, vale —sonrió tímida.

Se había cambiado de ropa, tenía colocado un pijama que la hacía aún más adorable.

—Entonces…

—No quería irme a dormir sin probar algo.

—¿El qué? —Ladeó un poco la cabeza.

—Helia, voy a ser sincero, ¿de acuerdo? Si algo de lo que te diga a partir de ahora te molesta o no lo ves correcto, quiero que me devuelvas la misma sinceridad.

—Por favor, quiero que lo seas —susurró—. Te aseguro que si no me encaja lo sabrás.

Di los pocos pasos que nos separaban, hasta que me paré muy cerca de ella. Entre nosotros apenas quedó separación. Levantó la cabeza para mirarme, por la diferencia de altura.

—Si he regresado es porque noto que entre nosotros sucede algo que va más allá de la cordialidad y la amabilidad. ¿Me equivoco? —negó despacio— Por ese motivo estoy aquí, porque como te he dicho no quería irme a dormir sin tener esta conversación y a lo que nos lleve. Soy consciente de que hace muy poco que nos conocemos, pero ¿cuánto necesitan dos personas desconocidas para atraerse y desearse? Milésimas de segundos, no es necesario más para tener una conexión instantánea y especial.

»Para mí ha sido complicado dejarme vencer por lo que siento y por lo que me transmites, en todos mis años jamás me ha sucedido algo parecido. No voy a preguntarme más el por qué ni el cómo, simplemente quiero dejarme llevar, y más sabiendo que me correspondes en lo que sientes. El abrazo y el beso de la despedida de hace unos minutos me han sabido a poco, han sido insignificantes para todas las sensaciones que llevan recorriéndome desde que viniste a mi casa para invitarme a cenar.

»Eso sin contar las que tengo desde que te conozco. Te he tenido muy presente durante la semana, no solo en los momentos que llegabas del trabajo y me veías en el porche. Me he sentido como un puñetero adolescente, buscando la mínima posibilidad de verte.

—¿De verdad? —susurró, asombrada.

—Sí, mis palabras son sinceras como te he adelantado. Muchas noches me he quedado al resguardo de la oscuridad de mi habitación para verte de algún modo, a través de la ventana de la tuya. Cada mañana, cada vez que sales a correr, te he observado desde la ventana de la cocina. Como también cuando regresabas sofocada por el esfuerzo.

—Demian…

—Fíjate lo que me has calado, Helia. —Levanté una mano y la coloqué en su nuca. Moví los dedos, acariciándosela.

—Y yo evitando hacerlo… —soltó un suspiro.

—Sí, ¿eh?

—Pensaba que era sobrepasarme, no sé…

—Hay impulsos que no se pueden controlar, al menos hablo por mí. —La voz me salió ronca —. No te imaginas las ganas que tengo de besarte como deseo, no tienes ni idea de lo que me contengo cada vez que estás cerca.

—Hazlo, no te retengas más —me pidió apoyando las manos en mi pecho, encima del abrigo.

Guiándola con la mano de la nuca, me incliné sobre ella. Las palabras estaban todas dichas y más satisfactorias no habían podido resultar. Nuestras bocas se encontraron a medio camino, los dos fuimos al encuentro del otro. El contacto con sus labios carnosos, la suavidad de ellos tuvo una reacción inmediata en mi cuerpo.

La besé con todas las ganas que había acumulado, con toda la necesidad que me recorría… Jadeó en mi boca por la intensidad con la que mis labios abarcaban los suyos, mientras ella igualaba mis movimientos. El contacto de nuestras lenguas, la batalla por acariciarse y rozarse, me pusieron a mil…

Volvió a jadear cuando con la mano que tenía libre la agarré de una nalga, pegándola a mi cuerpo. Notó al instante mi erección, lo duro que estaba. Mi miembro se clavó al final de su abdomen, sin que en ningún momento aflojara la fuerza con la que quería comérmela. Esa era mi finalidad, en todos los sentidos porque me sabía a poco todo lo referente con Helia.

Cuando nos separamos, con las respiraciones alteradas e intentando restablecerlas, solo necesitamos mirarnos a los ojos para saber lo que vendría a continuación.

Me separé de ella, di un paso hacia atrás mientras me quitaba el abrigo. Una vez me libré de él colocándolo encima de una silla, la acerqué a mí de nuevo. Se impulsó y la cogí, mis manos se llenaron de sus nalgas, las que presioné volviendo a besarla.

No me había enseñado el interior de su casa, más allá del salón, la cocina y el baño del pasillo, pero seguí la lógica de la ubicación en la que cada noche la veía a través de la ventana. Con ella en brazos, caminé por el pasillo, directo a su habitación. Me sentía eufórico por cómo se estaba dando todo. Debo reconocer que había tenido mis dudas. Delante de sus amigos había hecho todo lo posible para no mostrar ninguna reacción de las que me provocaba. A veces había salido exitoso, en otras ocasiones, había fracasado estrepitosamente, quedándome embobado observándola con intensidad.

—¿Ruby sale de la jaula durante la noche? —susurré sobre sus labios.

—No. —Metió los dedos entre mi pelo—. Duerme casi toda la noche y si se despierta no se mueve de ella. —Se mordió el labio inferior—. Demian…

—¿Sí? —Lamí sus labios, mientras encendía la luz y cerraba la puerta para evitar interrupciones. Por si acaso.

—¿Cuál es tu intención de vivir aquí? —me preguntó en tono bajo— Quiero decir, ¿sabes si te quedarás mucho tiempo o…?

—No lo sé —fui sincero—, pero te aseguro que voy a alargarlo todo lo que pueda. Mi empresa funciona perfectamente sin que mi presencia sea esencial por un largo tiempo, no me preocupa ausentarme. Estoy al día y muy pendiente de todo el funcionamiento de ella, desde la distancia.

—Vale —susurró, antes de soltar un suspiro.

—No quiero ni pretendo que esto sea una aventura, Helia.

—¿Estás seguro? —Se mordisqueó el labio inferior. Asentí.

—No tengo ni idea de a dónde nos llevará, pero no voy a pensar en otra cosa que no seas tú y el tiempo que podamos disfrutar. Continuaré con mis responsabilidades, no voy a abandonar mis obligaciones, aunque esté aquí.

—Me vale. —Me besó con fuerza, ejerciendo la misma con su cuerpo en el mío.

Solté un pequeño gruñido. Balanceó la cadera, rozando la punta de mi erección que clamaba por salir en libertad.

Moví las manos que la sujetaban de las nalgas hasta llegar con los dedos a su zona íntima. Los clavé un poco en esa parte, provocando que jadeara y se removiera inquieta encima de mí.

—¿Eres libre completamente? Necesito saberlo. —Cerró los ojos con fuerza, apoyando la frente contra la mía.

—¿Qué quieres decir? —Le acaricié el clítoris por encima del pantalón del pijama, más se alteró.

—Alba ya te ha dejado claro que lo tienes todo —gimió cuando aumenté la presión sobre su punto de placer, lo palpaba perfectamente. Esperé a escuchar lo que iba a decir a continuación, la había entendido desde el inicio, a pesar de mi pregunta—. Es extraño que no tengas a nadie esperándote en la ciudad en la que has vivido hasta hace poco. —Se movió sobre mi dedo, buscando su propio placer.

—Me espera mucha gente —se quedó paralizada—, pero nadie del género femenino como estás pensando. —Levanté una ceja—. Tengo a mis padres y a mis amigos allí, ellos son todo los que me une a la ciudad. Y mi trabajo, lógicamente.

—Ah. —Dejó salir el aire despacio.

—Si fuera diferente no lo ocultaría, Helia. Enfrentaría la situación.

—Vale —susurró con las mejillas enrojecidas.

Aflojé la fuerza con la que la mantenía pegada a mí y se deslizó hasta quedarse con los pies en el suelo.

—Soy completamente libre, tenlo claro. —Le acaricié los labios.

—Te creo. —Me dedicó una preciosa sonrisa.

Cogí la parte baja de la camiseta de su pijama y se la saqué. Mis ojos se quedaron fijos en sus pechos. Nada me obstaculizaba la visión, no llevaba sujetador. Coloqué las manos encima de ellos, sin poderme resistir a notar la textura, la suavidad y el calor que desprendían. Fue una delicia llenarme las manos de ellos y tirar de sus pezones, excitándoselos más de lo que estaban.

Sus labios se entreabrieron, antes de que me inclinara para sustituir los dedos por la punta de la lengua y los labios. Jadeó agarrándome del pelo, al tirar de las puntas erectas con los dientes. Sin dejar de atenderlas, yendo de una a otra, escuchando sus sonidos de placer, deslicé las manos hacia abajo.

Colé los dedos por los laterales de la goma del pantalón del pijama y se lo bajé hasta el final del trasero. La inercia hizo el resto, cayeron a sus pies.

—Síií… —gimió cuando dirigí la mano entre sus piernas.

—¿Estás caliente? ¿Lo suficientemente mojada? —le pregunté con voz ronca.

—Compruébalo tú mismo. —Abrió las piernas todo lo que el obstáculo del pantalón le permitió.

—Estoy deseándolo —solté un pequeño gruñido cuando lo hice.

Arrastré los dedos por la humedad, cubriendo toda su zona íntima con ella. Fue un deleite descubrir lo excitada que estaba para mí. Introduje un dedo en su interior y lo moví a la vez que la besé con la necesidad que apretaba en mi interior.

Los gemidos que soltó quedaron amortiguados en mi boca y más me afané para llevarla al límite, como necesitaba que estuviera para perderme en su interior. Mi miembro se tensó dentro de mi ropa, desesperado por entrar en acción. Contuve la incomodidad, sin apartar la mano de su sexo suave y resbaladizo.

—Demian… —Jadeó cuando me centré en el clítoris.

Se agarró con fuerza a mis hombros, con la necesidad de liberarse reflejada en su rostro.

—Estás hirviendo. —La agarré de la nuca con la otra mano, dirigiendo su cabeza hacia mí—. No sabes lo que he deseado este momento, el conocerte de esta forma. Me tienes duro y goteando de placer —gimió cuando le lamí el cuello.

Después de frotarle su botón de placer, con energía, y de apretarlo entre los dedos, me separé dejándola sofocada.

Retrocedí varios pasos y caminé alrededor de ella, sin prisa, observando cada parte de su

cuerpo. Me quedé a su espalda y acaricié su columna, deslizando los dedos en sentido descendente. Paré el movimiento en el inicio del trasero, provocando que soltara un suspiro. Daba igual desde que postura la mirara, cada parte de ella era una tentación irresistible.

La agarré de las nalgas y se las separé, presionándoselas.

—Eres perfecta, Helia —dije con la voz cargada de deseo.

—Soy normal —susurró.

—Para mí no, te lo aseguro.

Contuvo la respiración cuando llevé la mano entre sus nalgas y llegué a su cavidad, mojándome los dedos de sus fluidos, de nuevo. Se habían vuelto a acumular y los deslicé sintiendo la anticipación recorrerme. Necesitaba notar cómo iba a apretar mi miembro, como me envolvería con su calor… Tuve que frenar la urgencia de desabrocharme el pantalón y liberar mi erección del bóxer, para entrar en su interior con una embestida profunda.

Un escalofrío me recorrió de los pies a la cabeza, al imaginar ese momento. Estaba cada vez más cerca, pero…

Separé la mano su entrepierna y le giré la cabeza hacia mí, con la otra. Le acaricié los labios con los dedos mojados de sus fluidos. Cuando le brillaron la besé con fuerza e intensidad, degustando su esencia por primera vez, pero no como quería. «Está bien para empezar», me dije devorándola.

Al separarme, volví a llevar los dedos a su boca, pero esta vez con la intención de que los acogiera en ella. Lo hizo al instante, se saboreó a ella misma, lo que provocó que mi miembro se tensara y diera un par de sacudidas, oprimido por la ropa.

Solté un gruñido cuando me agarró la mano y lamió cada uno de los dedos que la habían tocado. Su lengua pasó por todo el largo de ellos y los hizo desaparecer, para succionarlos con sus labios mullidos.

Capítulo 13



Helia

Estaba como un flan. Las piernas me temblaban, mi cuerpo vibraba con cada caricia y toque de él. Me tenía al límite, con mucha necesidad por sentirlo de todas las formas posibles para que terminara lo que había iniciado.

Al escuchar el timbre cuando salía del baño e iba directa a la cama, preparada para meterme debajo del nórdico, lo que menos podía haber imaginado es que me encontraría con Demian al otro lado de la puerta. Me pareció muy extraño que sonara porque era tarde y fui reacia a ver de quién se trataba. La sorpresa que me había dado… Me estaba dejando llevar por su presencia, palabras y el significado de ellas, pero cuando me parara a pensarlo…

No sé cómo habíamos llegado a este punto, conmigo desnuda, con su atención puesta en cada parte de mi cuerpo. ¡Qué leches! Claro que lo sabía, pero es que me costaba creer el giro que había dado la situación entre los dos. Durante toda la cena me había hecho sentir especial por lo atento que había sido conmigo y cada mirada suya… Pero qué iba a imaginar que su intención era regresar cuando Alan y Alba se hubieran ido.

Solté un suspiro cuando se apartó de mí, al perder su contacto. Me giré para quedarme frente a él. Sus ojos transmitían tanta intensidad… Moví el cuerpo, inquieta.

—Quítatelo, no quiero nada de ropa en nuestros cuerpos —me pidió que me librara del pantalón del pijama que tenía enrollado en los tobillos, o más bien sonó a exigencia.

Caminé despacio hasta la cama y me senté en el borde. Con movimientos muy calculados levanté cada una de las piernas para sacármelo. No perdió detalle de mi sexo expuesto, el que pretendí que viera perfectamente al mantener las piernas más abiertas de lo necesario.

Se llevó la mano sobre la erección y me mordí el labio inferior, sin poder apartar la vista de esa zona. Su miembro se marcaba mucho en el pantalón, sobresalía haciendo evidente lo excitado que estaba. Lancé el pantalón del pijama a un lado y abrí más las piernas para él.

Sus ojos se quedaron fijos en mi sexo brillante. Así estaba, aunque yo no podía verlo. Ni falta que me hacía, solo con las sensaciones y las reacciones de mi cuerpo era suficiente para saberlo.

—Sepárate los labios, muéstramelo bien —volvió a exigir, era obvio por el tono de su voz.

Llevé la mano a mi sexo y lo hice, coloqué los dedos a los lados y los tensé mostrándole lo que quería y deseaba ver.

—Te ves tan excitada… —dijo con un gruñido— Tu punto de placer sobresale inflamado.

—Lo estoy, mucho. —Eché la espalda un poco hacia atrás, colocando el trasero al límite de la cama.

Empezó a desnudarse bajo mi atenta mirada. Se desprendió del jersey de lana, quedándose con una camiseta interior que se amoldaba a su cuerpo. Continuó desabrochando el botón del pantalón, para continuar bajando la cremallera. Con el movimiento de sus manos lo ayudó a bajar. Se descalzó y se deshizo de toda la ropa de la parte inferior, incluido el bóxer.

Los nervios me recorrieron al verlo desnudo de cintura para abajo. Su erección estaba tensa y dura, señalando hacia arriba. Me mordí el labio inferior, con la necesidad de mover los dedos de mi mano para acariciarme como necesitaba. Me contuve, pero por él porque negó con la cabeza, quitándome por adelantado la intención. La supo interpretar perfectamente.

Lo último que desapareció de su cuerpo fue la camiseta y me olvidé de todo cuando su pecho quedó visible.

—Demian… —susurré apartando la mano y sentándome recta.

Una gran cicatriz iba desde la clavícula izquierda hasta casi el inicio del estómago, en forma vertical. Todavía se apreciaba lo fresca que estaba, el tono rosado que tenía.

—¿Qué te sucedió? —Tragué saliva.

—Haz como si no estuviera. —Caminó despacio hacia mí.

—Pero… —Levanté la cabeza, buscando su mirada.

—Estoy bien, Helia. Es de hace unos meses.

—Por el tamaño tuvo que ser complicado, quizás no estás recuperado del todo, internamente —negué.

—No vas a convencerme para que no terminemos lo que hemos empezado.

Se echó encima de mí, provocando que mi espalda cayera hacia atrás lentamente, hasta tocar la cama. Se quedó con una pierna entre las mías, con la erección rozándome el estómago y las manos a cada lado de mi cabeza.

—¿Te duele?

—No —susurró acariciándome los labios con los suyos.

Le agarré la cara con las manos, separándolo para verlo bien.

—Repítelo —le pedí buscando la verdad en sus ojos, no solo en sus palabras.

—No me duele. Te he dicho que estoy bien, aunque cada día que pase estaré mejor, hasta recuperarme del todo. Todavía no puedo hacer vida normal, en el sentido de hacer esfuerzos con el deporte, por ejemplo. Por lo demás, con algunas pequeñas variaciones, mi vida sigue siendo la misma de antes de que me sucediera. Podría hacer algo de deporte, pero más suave al que habituaba a hacer. Aunque prefiero esperar para practicarlo como me gusta.

—¿Qué te pasó? —insistí.

—No quiero hablar ahora de eso porque hay muchas otras cosas interesantes en las que centrarnos. En otro momento. —Me lamió los labios.

Me besó con intensidad y deseo. Le correspondí de la misma forma. Cuando nos separamos con las respiraciones alteradas, después de largos minutos, le acaricié el pecho con las manos, centrándome en rozar con cuidado la cicatriz.

—Puedo ponerme la camiseta interior si te…

—No —negué, quitándole rápido la intención. Lo último que quería es que se sintiera mal, cuando no debía ser así—. Solo me he preocupado. —Hice una mueca—. Tienes que lucirla con orgullo porque cada cicatriz que tenemos en el cuerpo es una señal de que se ha superado algo importante y, en muchas ocasiones, algo vital para seguir en este mundo.

Sonrió de manera pícara y me dio un beso rápido en los labios. Se incorporó, acariciándome mis costados con suavidad, pero enseguida se inclinó de nuevo hacia mí. Cerré los ojos, arqueando la espalda y elevando el pecho hacia su boca, cuando me cubrió un pezón con los labios.

—Sabes tan bien, tu olor vuelve loco a mis sentidos —habló con voz ronca.

Después de varias pasadas de su lengua por la punta erecta, y de hacer lo mismo en el otro, bajó por mi abdomen, besándolo.

Jadeé fuerte al primer contacto sobre mi clítoris. Me agarré al nórdico con las manos, cuando succionó mi sexo. Se puso de rodillas en el suelo y tiró de mis piernas, llevándome con él en sus movimientos. Los primeros roces de su lengua y labios fueron lentos, hasta que empecé a quedarme sin respiración. Aumentó la velocidad, cogiendo un ritmo que no podría aguantar por mucho tiempo.

Gemí curvando la espalda, envuelta en una gran nube de deseo, mientras varios de sus dedos se colaban en mi interior y se deslizaban entrando y saliendo, con su boca humedeciéndome más de lo que estaba.

—Síií… ¡Demian! —grité moviendo la cadera, al sentir un placer.

Mi reacción provocó que incrementara la velocidad en todas las partes con las que tenía contacto. Me corrí sin remedio, gimiendo y gritando su nombre. Alargó mi éxtasis con movimientos más lentos. Cuando se levantó se lamió los labios, con una media sonrisa. Su imagen fue la más excitante que había visto hasta el momento.

Demian era impresionante, un pecado andante y sin andar, porque no tenía desperdicio de ninguna forma. Se dejó caer sobre mí y me besó. Lo agarré de las nalgas y pegué nuestros cuerpos por completo. Su erección se clavó en mi barriga. Volvía a estar deseosa de más.

—No quiero que te esfuerces mucho —le pedí, temerosa por la herida de su pecho.

—¿En serio? —Levantó la cabeza, mirándome divertido.

—Ya me has entendido.

—¿Quieres hacer el misionero? ¿Eso es lo que me estás pidiendo? —Frunció los labios.

—No te rías. Siempre termino haciendo el ridículo. —Bufé.

—Todavía no lo he hecho —comentó divertido—. Y no es verdad. —Me agarró de la barbilla, para dejármelo más claro con su mirada.

—Quiero seguir, pero no sé… Me da miedo de que hagas ciertos movimientos o esfuerzos involuntarios, ¡o yo qué sé! Tienes que continuar con la precaución.

—Desde que te conozco me lo has puesto muy difícil, Helia —susurró sobre mis labios.

—Lo digo en serio, si retrocedes por mi culpa…

—Eso no va a suceder —aseguró.

Cerré los ojos unos segundos. Me levantó una pierna y la colocó alrededor de su cintura. Entreabrí los labios, con todas las terminaciones nerviosas activadas de nuevo. Acarició mi zona íntima con el glande, deslizándolo mientras lo humedecía.

—Es un gustazo —dijo con voz ronca.

Me echó la cabeza hacia atrás, elevándome la barbilla. Me la besó, al igual que el cuello.

—Demian… —Me removí inquieta.

La punta de su erección se había adentrado un poco en mi cavidad. El calor y la presión que sentí, unidos a las ansias que tenía de él, terminaron con la poca paciencia que me quedaba a esas alturas. Apreté sus nalgas hacia abajo, deseando que me llenara por completo. Se resistió y me costó entender el motivo.

Hasta que no se movió y lo seguí con la mirada, no me quedó claro a qué venía su negativa y aguante. Se agachó para coger el pantalón y de uno de los bolsillos sacó la protección que iba a utilizar.

«Madre mía, he perdido la cabeza por completo. Ni he caído en ese detalle», me dije. Regresó junto a mí, mientras se cubría la erección y nos posicionó en la misma postura, retomando las caricias, esta vez más insistentes.

—La próxima vez no será así —gruñó entrando muy despacio en mi interior.

—Ah, ¿no?

—Te lo puedo asegurar —habló en tensión, con la mandíbula apretada.

Gemí cuando a la mitad del recorrido llegó a lo más profundo de mí, de un movimiento rápido y enérgico. Me agarré a sus hombros y busqué sus labios. El vaivén que empezó su cadera, mientras una de sus manos me dirigía por la nalga de la pierna que había vuelto a rodearle la cintura…

El gusto y el placer fueron tan elevados que, con sus embestidas frenéticas y profundas, con nuestras bocas negándose a separarse, más el roce de la parte baja de nuestros cuerpos, me llevó a otro orgasmo intenso y demoledor. No me dio tregua en ningún momento, buscando su liberación.

Al cabo de unos minutos en los que no bajó el ritmo, se dejó llevar entre gemidos y gruñidos. Cuando cesó su balanceo, saciado, se dejó caer a mi lado en la cama.

—¿Estás bien? —Quise saber, preocupada.

Abrió un ojo para mirarme, con el inicio de una sonrisa.

—Estupendamente. ¿Y tú?

—Sí —respondí notando el calor en las mejillas.

—Helia, ¿te importa si…?

—Quédate —le pedí sin dudar, lanzándome sin saber si iba a preguntarme algo totalmente diferente a lo que interpreté.

Por lo visto acerté porque no volvió a hablar, simplemente amplió la curva de sus labios. Se levantó de la cama y caminó desnudo hasta el baño. Aproveché para meterme debajo del nórdico, incapaz de creer que iba a pasar la noche con Demian.

Pero era una realidad palpable; al tumbarse a mi lado y apagar la luz, se acercó a mí y me abrazó.

—¿Mañana saldrás a correr? —susurró sobre mi cabeza.

—No, el fin de semana descanso. —Le acaricié el brazo con el que me rodeaba la cintura.

—Cuando me despierte iré a mi casa a darme una ducha y a arreglarme —sonreí como una tonta, por el beso que me dio en el pelo.

—Despiértame y desayunamos juntos.

—Como lo haga no nos dará tiempo a desayunar y a ducharnos, ni siquiera a estar preparados antes de las diez —susurró en mi oreja.

—Hay tiempo para todo —murmuré pegando el trasero a su cuerpo.

Me apretó a él y solté un suspiro, por la agradable sensación que era tenerlo y sentirlo de esa forma. Ninguno de los dos habló más, y cerré los ojos en la oscuridad.

Su respiración pausada fue un bálsamo muy bien recibido, no fui consciente de cuando me dormí entre sus brazos.

Capítulo 14



Demian

Al abrir los ojos fui consciente de que estaba solo en la cama, más que nada porque ocupaba el centro de ella y nada me rozaba. Giré la cabeza hacia la ventana, la luz del día se colaba a través de ella. Me incorporé despacio, observando la habitación y el baño al estar la puerta abierta. Fijé la mirada en la de la habitación, estaba entornada.

Me levanté, recogí la ropa del suelo donde se quedó la madrugada anterior y saqué el móvil de un bolsillo del pantalón vaquero. Eran las ocho, buena hora porque todavía tenía dos para que Alan y Alba aparecieran para pasar el día juntos. Me dirigí al baño para vestirme y lavarme la cara, para terminar de espabilarme.

Estaba acostumbrado a dormir poco, pero entre unas cosas y otras se nos hizo bastante tarde antes de cerrar los ojos para dormir. Me coloqué el bóxer y el pantalón, antes de hacer lo mismo con la camiseta interior acaricié el relieve de la cicatriz de mi pecho. Pensativo, me mantuve haciendo lo mismo con la vista fija en ella, desde el espejo.

Me encontraba bien, quizás un poco más agotado de lo normal, pero en general satisfecho con los avances que hacía cada día. Teniendo en cuenta que dejé de practicar deporte de golpe y que un mes después de la operación solo pude hacer lo básico y esencial, para recuperarme y salir del hospital…

Helia había sido la primera mujer con la que había tenido sexo desde que mi vida, en cierta forma, se paralizó. Un resultado perfecto, eso es lo que había obtenido. Hice una última pasada con la yema de los dedos por todo el largo de la cicatriz, pequeña no era, y me coloqué la camiseta interior, para después ponerme el jersey de lana.

Me lavé la cara, me peiné con las manos y salí del baño para ir al encuentro de Helia. Recorriendo el pasillo tuve claro dónde estaba, se escuchaba ruido en la cocina. Al llegar al salón, dirigí la mirada a la jaula de Ruby, pero no se encontraba en ella, la puerta estaba abierta del todo.

En la entrada de la cocina, apoyé un hombro en el marco de la puerta y no pude evitar sonreír al observarla. Estaba preparando el desayuno, con el pelo recogido en un moño mal hecho y una

camiseta grande y ancha que daba una visión perfecta de sus piernas. La prenda terminaba justo al final de su trasero, mientras que una parte del cuello caía por su hombro, dejándolo a la vista.

Una buenísima tentación nada más empezar el día. Ruby la acompañaba apoyado en la encimera.

—Buenos días. —Me hice notar.

—Demian… —Se giró hacia mí, con una gran sonrisa.

—Buenos días, Demian. Vecino. Bombón —me saludó Ruby.

Apreté los labios, divertido. Era imposible que Ruby no consiguiera en tiempo récord ese estado de ánimo en las personas.

—Buenos días, Ruby. —Me impulsé y caminé hacia ellos.

—Traviesa —soltó y ya no pude controlar la carcajada que salió de mis labios.

—Se suponía que tendrías que seguir dormida —hablé en tono bajo, abrazando a Helia—. Al final te has levantado antes que yo. —Le di un beso rápido en los labios.

—Ruby me ha despertado hace media hora. Ha pasado por el pasillo.

—Ni me he enterado —negué.

—¿Cómo has descansado?

—Estupendamente, al estar contigo. —Rocé su mejilla con los labios y le di otro beso. Olía tan bien…

—Me alegro —dijo animada—. Tenemos tiempo de sobra para desayunar tranquilos y prepararnos para cuando lleguen Alba y Alan.

—Y para algo más —susurré sobre sus labios.

—No sé si da para tanto. —Dejó salir el aire despacio.

Le había levantado la camiseta, tenía las manos rodeándole las nalgas por encima de la braga. No conforme con eso, introduje los dedos por debajo y le acaricié la piel, haciendo un recorrido hacia abajo.

—Demian… —Jadeó removiéndose nerviosa.

—Me encanta, joder —un pequeño gruñido se escapó de mi garganta, al contacto con su sexo.

—Demian. Me encanta. Joder —intervino Ruby.

Los dos lo miramos, me hizo gracia ver las mejillas de Helia sonrojadas.

—Tus inocentes ojos no pueden presenciar esto. —Se separó de mí, caminando hacia él—. Que sabes mucho y después la lías. —Le acarició la cabeza.

—¿Qué puede comer? ¿Algo que le guste mucho? —le pregunté con la necesidad de continuar con lo que había empezado.

—Manzana. Es lo que le doy por las mañanas, aparte de su comida.

Fui al frutero y cogí una, al igual que abrí el cajón de los cubiertos y saqué un cuchillo. Me puse a trocearla como me indicó Helia. Dejé dos trozos fuera y el resto los metí en un recipiente.

—Mira lo que tengo. —Pasé por al lado de Ruby, acercándole la manzana.

No tardó en reaccionar. Voló y se posó sobre mi hombro.

—Galleta. Comer —dijo, haciéndome sonreír.

—Eso mismo.

Llegué frente a la jaula y se posicionó en uno de los palos, al mismo tiempo que yo dejaba la fruta en el cuenco destinado a ello.

—Demian. Bombón. Amigo —volvió a hablar, antes de lanzarse a comer.

Riendo, así regresé a la cocina.

—Te lo has ganado por completo —comentó Helia, mirándome contenta.

—Me suele suceder. —Carraspeé—. ¿Por dónde íbamos? —La abracé de nuevo.

—Vamos a la habitación —susurró acariciándome el pelo.

—Ni hablar. Ruby no se va a mover, ni nosotros tampoco.

—Demian… —Se mordió el labio inferior.

Deslicé los dedos por su sexo, arrastrando el inicio de su humedad.

—Va a ser el desayuno más perfecto que he comido en mi vida. —Busqué sus labios—. Es imposible que pueda contener las manos cuando te tengo así. —Apreté la mandíbula.

Jadeó en mi boca, por la intensidad con la que la besé y por las caricias de mis dedos sobre el clítoris. Todo iba perfectamente, sus fluidos aumentaron, lo que comprobé introduciendo un dedo en su interior. La tostadora saltó con el pan tostado, pero ninguno de los dos hicimos el intento de separarnos.

La agarré con fuerza de las nalgas y se impulsó para subir encima de mí. Me deleité nuevamente en acariciar su zona íntima, en este instante abierta por completo por la posición de las piernas alrededor de mi cintura. Sus gemidos de placer quedaron amortiguados en mi boca, mientras continuaba humedeciéndola, preparándola para lo que estaba a punto a de suceder.

Caminé hasta la encimera y aparté las manos. Se deslizó hasta tocar el suelo con los pies y le di la vuelta, dejando su espalda pegada a mi pecho. Colé las manos por la camiseta y le cubrí los pechos. Apoyó la cabeza en mi hombro. Con los ojos cerrados y los labios entreabiertos, de los que salían suaves sonidos de placer por lo que le hacía, los amasé y jugué con los pezones, endureciéndoselos y tirando de ellos.

—¿Ya estás preparada? —susurré en su oreja.

No me hacía falta confirmación, pero aun así…

—Síií… —gimió cuando tiré con más fuerza de las puntas erectas.

—Me encanta —gruñí clavando el bulto de mi erección en el inicio de su trasero—. Va a ser rápido.

Sin separarme de ella metí una mano en el bolsillo del pantalón vaquero y saqué un preservativo. «Menos mal que cogí suficientes antes de salir de casa, cuando vino a buscarme para cenar», me dije. Lo dejé en la encimera, donde ella tenía apoyadas las manos. Me desabroché con urgencia el botón y bajé la cremallera de la misma forma. Deslicé la ropa, incluido el bóxer, lo necesario para que mi erección quedara libre.

Le agarré una nalga con fuerza, mientras recuperaba el preservativo.

—¿Impaciente?

—Mucho —soltó un suspiro—. ¿Por qué tardas tanto? —Solté una carcajada.

—Créeme que me encantaría estar ya dentro de ti, haberte llenado sin ninguna barrera de por medio, duro y fuerte, como te gusta. —Jadeó por mis palabras y porque le apresé el clítoris entre los dedos—. Tiene que ser una locura sentirte sin nada —gruñí al colocar el glande entre sus nalgas.

—Demian… —Se removió inquieta.

Rasgué el envoltorio y me separé para colocarme la protección. Con la mandíbula apretada terminé de posicionarlo.

—Échate sobre la encimera —le pedí con voz ronca.

Lo hizo al instante, mientras yo me deshacía de la braga. Le subí la camiseta hasta la cintura, dejando expuesto su trasero. Volví a apretarlo separándole las nalgas, haciendo fuerza hacia arriba. De mi garganta salió un sonido de placer al tener su cavidad a la vista. Estaba dilatada,

excitada al máximo y posicioné la punta de mi miembro en ella. Su respiración se cortó cuando la embestí de golpe, llenándola hasta el fondo.

—Másss… —Jadeó.

Se lo di, sus pies dejaron de tocar el suelo por la fuerza de mis impulsos constantes y frenéticos. Como le había dicho iba a ser rápido, la urgencia primaba, tanto la nuestra como la de la situación. En ningún momento aparté la mirada de cómo la piel de su cavidad se tensaba cada vez que mi miembro entraba. Me rodeaba tan jodidamente bien, la presión que hacía era una locura y el calor que me envolvía…

Acompañé a sus gemidos con los míos, haciendo más presión en sus nalgas, perdiéndome incansablemente en su interior. Mis embestidas tomaron un ritmo frenético, mientras el sonido del choque de nuestros cuerpos nos rodeaba.

Buscó desesperadamente agarrarse a algo fijo en la encimera, pero no lo consiguió. Lo único que pudo hacer fue mantenerse elevada con las manos, mientras su cuerpo se balanceaba sobre ella, a mi merced. Al cabo de unos minutos se corrió con jadeos y gemidos desesperados, yo tardé un poco más en llegar al final. Me negué a que el placer y el éxtasis que me recorrían se terminaran.

Hasta que no lo pude resistir más y me dejé llevar, en tensión. Balanceé la cadera hasta que me vacié por completo. Me incliné sobre su espalda y le di un beso en la mejilla. Había apoyado la otra en la encimera, mientras recuperaba la respiración.

Lamenté salir de su interior, pero por esta vez era lo que había. Se puso recta y se giró hacia mí. Sus ojos brillaban más de la cuenta, sus labios estaban todavía entreabiertos, sus mejillas tenían un rubor encantador…

La agarré de la nuca y volví a besarla, esta vez en los labios. Fue un beso lento y calmado, un beso en el que me contuve porque si no…

Me separé varios pasos hacia atrás, mientras me quitaba el preservativo. La seguí con la vista, se alejó de mí y entendí por qué cuando cogió varias servilletas. Se puso enfrente otra vez y apreté la mandíbula, porque no esperé lo siguiente que hizo. Se agachó y lamió la punta del glande, recogiendo el exceso de mi esencia.

La sujeté del pelo, con ganas de perderme en lo más profundo de su boca. Volví a contenerme, pero después de hacerlo una sola vez, no pude evitarlo. Me acogió por completo, fue un gustazo la sensación de su boca llena de mí y lo que me provocó. Me acarició con la lengua varias veces más y se incorporó, llevando las servilletas a mi erección. Todavía no había bajado ni un poco. ¡Imposible!

Con el cuerpo en tensión, me quedé inmóvil mientras me limpiaba. No se dejó ni un centímetro por recorrer, de todo el largo y el ancho.

—Ahora sí que va a ser el mejor desayuno del mundo —dijo con una sonrisa tímida.

Le di una palmada en el trasero, provocando que riera. Intentó recuperar la braga del suelo, pero fui más rápido y me hice con ella antes.

—Para mí —dije.

Me cubrí con el bóxer y coloqué el pantalón en su sitio, abrochándomelo. Al terminar me guardé la braga en un bolsillo trasero.

—¿Te la vas a llevar? —preguntó sorprendida.

—Por supuesto —sonreí de medio lado—. Me encantará masturbarme oliéndote.

Sus mejillas se cubrieron de un rojo intenso y solté una carcajada. Pasé por su lado para ir al fregadero, me lavé las manos y cogí las tostadas. Entre los dos, en silencio, terminamos de preparar el desayuno, el que comimos sentados a la mesa, uno frente al otro.

Cuando terminamos recogimos la cocina y me fui. Nos despedimos en el salón, después de colocarme el abrigo. Faltaba una hora para las diez. Con un último beso salí de su casa y me dirigí a la mía, más que satisfecho por la decisión que tomé la noche anterior, la de regresar junto a ella para estar los dos solos.

Capítulo 15



Helia

Me tumbé de golpe en la cama, mi espalda rebotó en el colchón. Todavía continuaba sonriendo, era uno de los efectos que provocaba Demian en mí. Uno de tantos porque menudos momentos me estaba regalado…

Desde que llamó a mi puerta y fue sincero, tenía un sentimiento de felicidad continúo. Me encantaba todo de él, aunque el miedo de enamorarme me mantenía inquieta, constantemente. No lo había exteriorizado, pero no podía evitar las sensaciones negativas. Llegaría el día en el que se iría y no dejaba de darle vueltas.

Solté un suspiro y cerré los ojos, deseando y pidiendo que no sucediera. Iba a esconder ese miedo porque quería disfrutar al máximo de lo que se había iniciado entre nosotros. Me atraía, lo deseaba, me volvía loca… Eso era a lo que iba a aferrarme, todo lo demás no tenía cabida, hasta que pasara.

Me incorporé despacio, quedándome sentada. Faltaban cincuenta minutos para que mis amigos tocaran a la puerta, tiempo más que suficiente para ducharme y prepararme. Saldríamos de aquí los cuatro juntos, montados en un coche. Así quedamos la noche anterior porque era una tontería ir por separado.

Fui al armario y elegí la ropa. Con ella y la interior, entré en el baño. Encendí el calefactor como cada vez que me disponía a meterme en la bañera y me quité la camiseta. Me mordisqueé el labio inferior al verme desnuda en el espejo, imaginando la escena de Demian dándose placer con mis bragas al lado. Me alteré de nuevo al recrearlo en mi cabeza, con unas ganas imperiosas de ser testigo de esos instantes. Aparté el pensamiento y abrí el grifo. Esperé a que el agua saliera caliente para entrar.

Debajo de ella, mientras me caía sobre la cabeza, volví a sonreír. Hacía bastante tiempo que no practicaba sexo, pero no por ello tenía ciertas partes del cuerpo doloridas, aunque sí muy presentes por haberlas utilizado. Sus manos, su boca y su miembro, sentirlos por separado o conjuntamente, eran un placer irresistible.

Aún me costaba asimilar que se hubiera fijado en mí. No por nada, no me infravaloraba, pero

después de saber más cosas de él me costaba entenderlo. Joder, que era dueño de una empresa y para colmo tenía una presencia y una planta… Pues sí, había sido la afortunada en acaparar su atención y de qué manera, porque por lo que me contó sincerándose la noche anterior…

Y yo conteniéndome para no espiarlo desde la ventana de mi habitación… Durante la semana me había obligado a no hacerlo, reteniendo el impulso de verlo en algún momento desde la suya. Solté un suspiro y me enjaboné la cabeza, después le siguió el cuerpo. No tardé mucho en salir y en secarme.

Me coloqué un pantalón de vestir, pero informal. Cubría más arriba del ombligo, donde tenía unos botones en vertical que destacaban como decoración. Me encantaba, arreglaba mucho y se amoldaba a mi figura perfectamente. Medio giré para verme por detrás y me quedé satisfecha por lo bien que se ajustaba al trasero. En la parte de arriba me puse una camiseta interior abrigadita y un jersey que metí por dentro del pantalón, para que fuera visible.

Me sequé el pelo y decidí dejármelo suelto. Me maquillé muy natural, resaltando el tono de los labios y después de echarme perfume, salí del baño dejándolo todo recogido y el calefactor apagado.

Comprobé la hora en la pantalla del móvil, eran las nueve y cuarenta. Al final había tardado más de lo habitual, pero es que me había recreado debajo del agua, pensando en mis cosas.

Saqué los botines y me los puse. Tenían un poco de tacón, pero eran muy cómodos y soportables para estar el día fuera, yendo de un lado al otro. Cogí del armario el abrigo, comprobé que dentro del bolso estaba todo lo que podía necesitar y metí el móvil antes de ir hacia el salón, a esperar a que todos llegaran.

No me dio tiempo a sentarme en el sofá cuando el timbre sonó. Era Alan, al que le devolví la sonrisa que me regaló al abrir la puerta.

—Hola —dije después de darle un beso en la mejilla.

—Te veo muy contenta, ¿no? —Mi miró con expresión divertida.

—Solo me ha dado tiempo a decirte hola. —Reí al cerrar.

—No hace falta que hables para que me dé cuenta de tu estado de ánimo. —Levantó una ceja.

—Pues sí, estoy muy feliz —confirmé cantarina.

—Me da a mí que la noche no terminó cuando nos fuimos. ¿Me equivoco? —Levantó las dos cejas, de forma graciosa.

—Lo que quieres oír es que nunca fallas. —Puse los ojos en blanco, provocando que soltara una carcajada.

—¡Qué puedo decir! —Tiró de las solapas de su abrigo, haciéndome un guiño— Te conozco

más que nadie, Helia. Cuéntamelo —me pidió sonriendo de medio lado.

—Demian regresó al poco de iros todos, estuvimos hablando un poco y dado el resultado de la conversación… Pues hemos pasado la noche juntos. No voy a darte más datos. —Lo señalé.

—Ni falta que hacen. —Rio—. Tenía claro que iba a suceder. Me alegro, Helia.

—Gracias —le sonreí con cariño—. Aún estoy como en una nube. —Sacudí la cabeza.

—Mientras te mantengas en ella a poca altura, para tocar el suelo sin problema, todo está más que perfecto. —Me abrazó.

Apoyé la mejilla en su pecho, encima del abrigo, y cerré los ojos.

—No tengas dudas. —Las supo interpretar.

—Es complicado no tenerlas, Alan —susurré.

—Quédate con lo que has vivido y lo que te queda. No sirve de nada adelantarse a los acontecimientos, los que lo más probable es que nunca sucedan como imaginas. —Me frotó la espalda.

—Lo sé —solté un suspiro, apretando los brazos alrededor de su cuerpo.

Cuando nos separamos fue hacia la jaula para saludar a Ruby. Estaba adormilado, por eso no se había hecho notar. Tenía los ojos medio cerrados, por lo que en cuanto se quedara solo se dormiría. Yo aproveché para ponerme el abrigo y colgarme el bolso, ya eran las diez, Alba y Demian no tardarían en aparecer.

La siguiente fue nuestra amiga. Nos despedimos de Ruby que ni se inmutó y salimos al porche, para saludarla y esperar a Demian. Él llegó con varios minutos de diferencia, en cuanto escuché la puerta de su casa cerrarse dirigí la mirada hacia él. Recorrió la distancia que nos separaba, caminando con paso tranquilo, con una sonrisa en los labios.

—Perdón por el retraso. Me han llamado —se justificó.

—Solo pasan seis minutos de las diez y no tenemos ninguna prisa —comentó Alan.

Saludó a mis amigos, a él con un apretón de manos y a ella con un beso en la mejilla. El premio gordo e inesperado me lo llevé yo. Con lo de inesperado me refiero a que no sabía si Demian quería mostrarse cariñoso conmigo delante de ellos, dejándoles claro el cambio que se había dado entre nosotros.

Y tanto que lo hizo, me rodeó la cintura con un brazo para acercarme a su cuerpo y me besó en los labios. Y el beso no fue precisamente corto y tranquilo, todo lo contrario. Lo correspondí de la misma forma, justo cuando un jadeo fuerte se escuchó a nuestro lado. Nos separamos y giramos las cabezas hacia Alba, la propietaria de la reacción. Se había quedado con la boca

abierta, formando una «O» perfecta, una que le costó borrar de la expresión.

—¿Qué…? ¿Qué…? —No conseguía arrancar—. ¿Qué leches me he perdido? —Volvió a jadear, pasando la mirada de uno a otro.

—Yo diría que todo —intervino Alan, para después soltar una carcajada.

—Estamos juntos —añadió Demian, diciéndolo de forma natural.

Pasó un brazo por encima de mis hombros y yo le rodeé la cintura. Alba se tapó la boca con las dos manos, sin salir del asombro, pero reflejando emoción e ilusión en sus ojos.

—Me alegro por los dos, mucho, pero sobre todo por mí. A partir de ahora tengo el camino libre con el siguiente *buenorro* que me encuentre. —Se frotó las manos.

Alan y yo soltamos una carcajada, Demian sonrió de medio lado. El primero se ofreció a conducir y todos aceptamos. Fuimos a su coche y nos montamos, tomando la dirección del pueblo en el que supuestamente vivía mi padre. Supuestamente porque ya sabéis que rara vez estaba en su casa, así que…

Demian ocupó el asiento del copiloto y nosotras los asientos traseros. Más que nada porque Alba casi me lanza dentro y me siguió rápido para no darle la posibilidad a Demian de acompañarme. Tenía urgencia por hablar, aunque fuese por señas, de cómo se había dado todo con Demian.

Teníamos por delante más de media hora de trayecto, más concretamente unos cuarenta y cinco minutos si nos encontrábamos con el tráfico habitual, tiempo suficiente para ponerla al día de lo esencial. La música que puso Alan y la conversación que inició con Demian, favoreció a que Alba y yo pudiéramos hablar en tono bajo.

—Es increíble —dijo con un susurro. Soltó un suspiro, con más emoción en su rostro.

—La verdad es que sí —le sonreí—. Al despediros en el porche no imaginé que su intención era regresar.

—No sabes cuánto me alegro por ti, cariño. —Me agarró de una mano y la presionó—. Todo va a ir bien, ya lo verás.

—Bueno, tiempo al tiempo. —Me encogí ligeramente de hombros.

—¿Su culo es tan impresionante como parece con la ropa? —me preguntó casi encima de mí.

—Ni te haces a la idea de cómo es. —Apreté los labios.

—Ay, que me da. —Se tapó la cara—. Ya, ya… En seguida borro la imagen de mi cabeza por respeto a ti, déjame que disfrute de ella unos segundos más —se lamentó mirándome de reojo, pero con una sonrisa pícara en los labios—. Te prometo que a partir de ahora se terminó. —

Recostó la cabeza en el asiento.

—Pobre de ti que te lo vayas imaginando desnudo.

—¡Cállate leche! Que estoy haciendo esfuerzos por centrarme solo en su culo. —Bufó y reí.

Dirigí la vista hacia Demian, a su perfil. Todavía conversaba con Alan. Me había encantado que no intentara disimular ante mis amigos. Los gestos y la actitud le habían salido tan espontáneamente…

Sonreí cuando giró la cabeza hacia atrás. Se encontró con mi mirada puesta en él y me hizo un guiño, para después centrar la atención hacia delante, de nuevo. Centré la mía en la ventanilla y me acomodé en el asiento, viendo pasar rápido el paisaje ante mis ojos.

¿Mi padre estaría en su casa? Menuda pregunta más tonta me hice, estaba segura de que no. Era un milagro pillarlo de buenas a primeras, no volví a plantearme la posibilidad.

Cerré los ojos, relajándome, escuchando una canción que me gustaba mucho. Alba se acercó a mí y apoyó la cabeza en mi hombro. De esa forma las dos, en silencio, escuchando también de fondo las voces de los chicos, hicimos el trayecto.

El día casi acababa de comenzar y no podía estar más feliz, se reflejaba en mi cara, como bien había interpretado mi amigo Alan, antes de saber el motivo.

Capítulo 16



Demian

—Estamos cerca, ¿quieres ir? —habló Alan, dirigiéndose a Helia.

Estábamos dando un paseo, yo descubriendo la zona por primera vez. Hacía media hora que habíamos llegado, Alan aparcó a las afueras del pueblo después de cansarse de buscar estacionamiento más cerca. Igualmente, no había mucha distancia hasta el centro.

Nos habíamos parado en la esquina de una calle peatonal. Interpreté que la pregunta de Alan iba dirigida a la casa del padre de Helia. No me equivoqué.

—¿Para qué?

—Para que no te arrepientas cuando nos vayamos —respondió él, metiendo las manos en los bolsillos del pantalón.

—Estáis muy pesaditos. —Sacudió la cabeza ella—. Vamos para no oír hablar más del tema.

Empezó a caminar adelantándose unos pasos. La seguimos en silencio. Recorrimos dos calles y me paré junto a Alba y a Alan, cuando lo hicieron ellos.

—Te esperamos aquí —comentó Alba.

—Vale, enseguida vuelvo —dijo Helia, sonriéndonos.

Se acercó a una casa de tamaño grande y desde la distancia la vi llamar al timbre. Lo hizo varias veces, sin resultado alguno. La puerta continuó cerrada. Hice un recorrido por la fachada y por el lateral, desde la posición en la que nos habíamos quedado quietos se veía perfectamente.

Las persianas estaban medio bajadas, todo indicaba que no había nadie en el interior. Era lógico porque si no, su padre le habría abierto. Helia caminó hasta nosotros.

—¿Veis? Yo tenía razón —dijo.

—La misma que nosotros, aunque hayamos insistido. Al menos ahora sabes que no está —habló Alan, haciéndole un guiño—. ¿Buscamos un bar para picar y tomar algo?

—Por fin, estoy hambrienta. Antes de salir de mi casa solo me ha dado tiempo a tomarme un café —comentó Alba.

—No sé si conocéis alguno al que os guste ir, pero por la zona peatonal en la que hemos estado he visto varios que tienen buena pinta —dije.

—Venimos contadas veces, solo cuando queremos huir de la rutina tranquila de nuestro pueblo y de los de alrededor. —Se dirigió a mí Helia.

Le sonreí cuando se agarró de mi brazo, yo acababa de meter las manos en los bolsillos del abrigo.

—Pues como queráis. —Los miré a los tres.

—Vamos a regresar al centro y ocupamos una mesa en cualquiera de los ha comentado Demian.

—¿Estás bien? —le pregunté a Helia.

Nos quedamos un poco retrasados de sus amigos.

—Claro —dijo animada.

—Vale —asentí despacio.

—La ausencia de mi padre no me influye en absoluto, Demian. De años atrás no puedo decir lo mismo, la verdad, pero hace bastante que asumí lo que había.

—¿No trabaja?

—Sí, aún le quedan unos años para jubilarse. Uno de los motivos por el que rara vez está aquí es por el trabajo, precisamente. Viaja mucho.

—Entiendo. Tienes las manos congeladas. —Se la rodeé. La había metido junto a la mía, en mi bolsillo.

—Es que hace frío. —Rio.

—Bastante, tienes la nariz roja y estoy acostumbrado a verte ese color en las mejillas. —Le hice un guiño.

—Porque me pones nerviosa. —Hizo una mueca.

—¿En serio? No me había dado cuenta. —Apreté los labios.

—Muy gracioso, como a ti no te pasa…

—Eso según tú. —Levanté una ceja.

—¿Te pongo nervioso? —Me miró con interés.

—Que no sea evidente porque no lo muestro, no quiere decir que lleve los nervios por dentro. Controlo las situaciones sobradamente, aunque más que nervioso tendría que decir que me pones cachondo.

La dejé muda por completo y solté una carcajada. Saqué la mano del bolsillo, dejando la suya dentro, y pasé el brazo por encima de sus hombros. La atraje hacia mí en un intento de transmitirle algo de calor. De esa forma, bien juntos, caminamos siguiendo a sus amigos.

Llegamos al centro del pueblo. Según los datos que me había dado Alan en el trayecto, este lugar era considerado una pequeña ciudad, con una población que superaba con creces la de las localidades cercanas a varios kilómetros a la redonda. Se notaba la diferencia; ya que había un gran bullicio y una amplia variedad de opciones disponibles en todos los sentidos.

Llegamos a uno de los bares que les había mencionado y les pareció buena idea. Ocupamos una mesa en la terraza. Estaba cubierta por una carpa donde varias estufas caldeaban el ambiente. Eran las doce y media, por lo que pedimos cuatro cervezas y las acompañamos con un surtido de quesos y embutido, junto a unas olivas.

—No me lo puedo creer —dijo Helia, al cabo de unos minutos de que el camarero se fuera con nuestro pedido anotado.

—¿Qué? —Le froté la espalda.

—Que mi padre sí que está —habló sorprendida.

—¿Dónde? —preguntó Alba, girándose en la silla.

—¿Quién es la mujer a la que está abrazando? —continuó Alan.

Dirigí la mirada hacia donde la tenían todos, viendo a las dos personas de las que hablaban.

—Ni idea, con lo poco que hablamos… —comentó Helia, observándolos con curiosidad— Ahora vengo. —Se levantó.

Decidida caminó directa hacia ellos, estaban parados en medio de la calle peatonal, sonrientes. Eso cuando no se besaban, claro.

—Hace mucho tiempo que no lo veíamos con una mujer —dijo Alba, pensativa.

—¿Le afectará a Helia? —Me interesé, intranquilo por una respuesta afirmativa.

—No —me respondió Alan—. No te preocupes, su madre los abandonó cuando ella tenía siete años. Por ese lado todo está bien, el problema es que no va a mostrar lo que le ha afectado ver que para esa mujer tiene tiempo hasta para pasear por aquí, para tontear, y a ella la ignora.

Apreté la mandíbula, sin apartar la vista de Helia. En este instante ya estaba hablando con su padre. El abrazo que le había dado me pareció sincero, pero demasiado corto para un padre y una hija que hacía muchísimo tiempo que no se veían. Conversaron un poco, en todo el rato que estuvieron hablando la mujer se mantuvo en segundo plano. Ni siquiera se la presentó, lo que interpreté que era porque no era realmente importante para él.

Quise creer que era por ese motivo y no porque apartara a Helia de su vida de una forma tan descarada y de mal gusto. En cualquier caso, no me gustó su actitud, para nada. Daba igual si tenía una aventura pasajera o era el inicio de una relación, pero qué mínimo que hacia su hija hiciera una mínima presentación para hacerla participe de su vida.

No sucedió, no me perdí detalle de la interacción de ambos. A los pocos minutos se despidieron y Helia se dirigió hacia nosotros. Como había anticipado Alan, su cara no mostraba nada diferente, todo lo contrario, se acercó con una sonrisa en los labios.

—¿Qué tal? —Alba fue la primera en hablar cuando ocupó su silla.

—Bien. —Se encogió de hombros—. Esta tarde sale de viaje, llegó hace dos días. —Enfoqué la vista en la espalda de su padre, haciéndome muchas preguntas que me callé.

—¿Es su nueva pareja? —Quiso saber Alan.

—No me ha hablado de ella.

—¿En serio? —intervine.

—Nunca me comenta nada de las mujeres con las que está, supongo que, si alguna vez se convierte en algo serio eso cambiará.

—Claro. —Volví a frotarle la espalda.

Respondí algo que no pensaba, pero me mordí la lengua para no decir lo que pensaba. El camarero regresó con la bebida y la comida, enseguida nos dimos cuenta de que nos habíamos pasado porque faltaba poco para el mediodía. De todas formas, no nos frenamos, terminamos dejando los platos vacíos después de pedir una segunda ronda de bebida.

El ambiente no se enrareció, continuó igual que antes de la aparición del padre de Helia, pero yo no pude evitar el estar más pendiente de ella. No lo notó porque no quise, simplemente la controlé todo lo que pude, disimuladamente.

Al quedarnos saciados entre el queso, el embutido y el pan que nos pusieron, alargamos el tiempo para abandonar el bar y la hora de la comida. Aprovechamos para ir a otra parte del pueblo dando un paseo, pasamos por varias plazas grandes y parques, hasta que, pasadas dos

horas, decidimos entrar en un restaurante.

Sobre las cinco y media de la tarde comentamos que había llegado el momento de irnos. Cuarenta y cinco minutos después Alan paraba frente a la casa de Helia. Nos despedimos de él antes de bajarnos del coche, igual que hicimos con Alba, junto al suyo. Ambos se fueron con sus vehículos.

Agarré de la mano a Helia y accedí al camino asfaltado que llevaba hasta su casa. Me paré al inicio de las escaleras del porche.

—¿No quieres entrar? —sonreí al detectar la timidez en ella.

—Claro que sí, pero no ahora. Quiero ir a mi casa a por ropa cómoda.

—Oh, claro.

Le rodeé la cintura, pegándola a mi pecho.

—No te vas a librar de mí —susurré sobre sus labios—. A no ser que me pidas que me aleje, voy a aprovechar cada segundo que pueda contigo.

—No voy a pedírtelo. —Me acarició el pelo.

—Me encanta oír eso. —La besé como llevaba deseando hacer desde hacía horas—. No tardo. —Le retiré varios mechones de pelo.

—Vale, voy a aprovechar para ponerme el pijama.

Le di un último beso, por el momento, y nos separamos yendo cada uno hacia su casa. Al entrar en la mía, me dirigí directamente a mi habitación, sin necesidad de encender las luces. La de la habitación sí que la activé. Saqué del armario un chándal y un pantalón de pijama, junto a una camiseta cómoda y lo guardé todo en la mochila de viaje, junto a varios bóxeres y cosas de aseo.

Mi intención era no separarme de Helia en lo que quedaba de fin de semana. Mañana, la noche del domingo, regresaría para que ella empezara tranquila su rutina diaria.

Me colgué la mochila al hombro y salí de la habitación, apagando la luz. Me dirigí a la casa de Helia, la que me abrió la puerta con una gran sonrisa. Ruby me saludó como era habitual en él, antes de dirigirme a la habitación de ella.

Lo primero que hice fue cambiarme de ropa. Ella ya llevaba puesto el pijama, así que yo me puse el pantalón de pijama y una camiseta. Cómodos los dos, nos sentamos en el sofá para ver un rato la tele. Buscamos una película que nos llamara la atención a los dos y, cuando finalmente la encontramos, nos acomodamos bien para disfrutarla.

Nos cubrí las piernas con la manta fina que había en el brazo del sofá y le rodeé el cuerpo.

El día llegaba a su fin y el final más satisfactorio no podía ser. Descubrí que estar con ella, acurrucada sobre mí en el sofá, era otro de los momentos que quería repetir. Paramos la película cuando iba por la mitad y fuimos a la cocina para preparar algo rápido para cenar, antes de que se hiciera más tarde.

Regresamos al salón con dos platos con sándwiches bien cargados y continuamos con la película, mientras nos los comíamos.

Capítulo 17



Helia

—¿Cómo ha empezado la semana? —le pregunté a Alan.

Estábamos hablando por teléfono, tenía media hora de descanso y había aprovechado para llamarlo. Si hubiera tenido el número de teléfono de Demian le habría enviado un mensaje, pero ninguno de los dos caímos en intercambiarlos. Con lo cerca que nos teníamos, se nos había pasado ese detalle.

—Bien.

—¡Qué escueto! ¿Dónde estás ahora?

—¿Qué quieres que te diga? Es que va bien. —Noté la diversión en el tono de su voz—. Estoy haciendo una comprobación por el sector tres.

En el trabajo de Alan, los alrededores del pueblo se dividían en sectores. En el que estaba, al que se había referido, era la zona del bosque que quedaba por detrás de mi casa, para que os hagáis una idea. Igualmente estaba lejos porque abarcaba muchas hectáreas cubiertas por vegetación.

—¿Por algún motivo concreto o por rutina? —Quise saber.

—Rutina —me aclaró—. Ahora pararé la camioneta y continuaré caminando.

—Vale, ten cuidado.

—Con la de tiempo que hace que hago lo mismo, los animales ya me reconocen —habló con humor.

—No es a ellos a los que tienes que temer. —Reí.

—Ya, también es verdad. —Me acompañó en las risas—. ¿Cómo fue el resto del fin de semana?

—Maravilloso. Estuve con Demian hasta ayer por la noche, se fue después de cenar.

—Me alegro. No te llamé ayer porque lo daba por hecho.

—Igualmente puedes hacerlo.

—En el momento en el que estáis no quiero ser inoportuno llamando mientras… Paso. —Reímos.

—¿Tú que hiciste ayer?

—Descansar. No salí de casa.

—¿Cómo se te presenta la semana de trabajo?

—Bastante intensa, pero es lo habitual.

—¿Ya estás mejor? Me refiero al cambio que diste hace días.

—Sí, no te preocupes.

—¿Seguro?

—Que sí, pesada.

—¿Pesada? —Bufé—. ¡Si hasta ahora no he sacado el tema! No te creas que se me había olvidado.

—¿A ti? Imposible. —Lo imaginé sonriendo, así estaba yo—. Tengo que dejarte.

—¿Pasa algo? —Fruncí ligeramente el ceño.

Su voz había variado al decir las últimas palabras.

—Voy a comprobarlo —continuó con la seriedad.

—¿Vas solo o con algún compañero?

—Solo. ¡Deja de preocuparte!

—Joder, estás en medio de la nada, rastreando una zona muy extensa. Te has puesto serio y cuando eso sucede es porque algo no te gusta. ¿Qué has visto? —Esperé impaciente a que me respondiera, pero no sucedió—. ¿Alan?

Me aparté el móvil de la oreja y me di cuenta de que de que ya no estaba en línea. No me había colgado, era como si la llamada se hubiese cortado por falta de cobertura. Podía ser si se encontraba en una parte del bosque densa y rocosa, o yo qué sé…

Me quedé intranquila y marqué su número de nuevo. Nada, no obtuve el resultado que buscaba. Coloqué el teléfono en la mesa y fijé la vista en la taza de café. Estaba medio llena, aun me faltaban quince minutos para regresar al trabajo. Me la llevé a los labios, observando de reojo la pantalla, por si se encendía con una llamada o mensaje de mi amigo. Tampoco sucedió.

Cuando me terminé el café con leche fui a la barra a pagarlo y salí de la cafetería, ajustándome la bufanda al cuello. El día estaba muy nublado y el frío calaba más. Caminé por la acera, yendo directa al trabajo que tan solo estaba a unos metros. No lo he comentado, trabajo en una de las pocas sucursales bancarias que hay en el pueblo.

Al llegar, ocupé mi silla después de desprenderme de la ropa de abrigo. Desbloqueé el ordenador y continué con el papeleo que había dejado a medias antes de hacer el descanso. Pasadas tres horas en las que no me distraje ni lo más mínimo, completamente concentrada en la documentación y en la pantalla, cogí el móvil que reposaba en la mesa y llamé a Alan.

—Jolines —dije haciendo una mueca.

Continuaba sin dar señal y con el tiempo que había pasado… Busqué en Internet el número de teléfono de la central de su trabajo y lo marqué.

—Central de la Guarda Forestal, dígame. —Reconocí la voz de Míriam, la compañera de Alan encargada de la centralita.

—Míriam, soy Helia, la amiga de Alan.

—¡Oh! Hola, guapa. ¿Cómo te va? Hace mucho que no coincidimos.

—Y es bien difícil, ¿eh? Con lo pequeño que es el pueblo…

—Ya te digo. —Rio, yo sonreí—. La culpa es de mi jefe, me consumo en este trabajo —se lamentó.

—Yo también me incluyo porque llevo una temporada que no salgo mucho, la verdad.

—Estamos apañadas. ¡Se nos va la vida! —Amplié la sonrisa por su quejido.

—Míriam, ¿sabes algo de Alan, de hace unas horas en adelante?

—No. Salió esta mañana temprano. ¿Por qué? ¿Necesitas que le diga algo cuando regrese?

—Es que estábamos hablando por teléfono y se ha quedado sin señal. Ya ha pasado bastante tiempo y todavía no tiene el móvil operativo. No sé… ¿Tienes otra forma de ponerte en contacto con él? ¿Por la emisora interna?

—Ah, vale. Sí, un momento.

—De acuerdo.

Me dejó en espera y activé el altavoz. Aproveché para apagar el ordenador y me levanté de la silla. Hacía unos minutos que la sucursal había cerrado al público, tenía una hora para comer y regresar. Me puse el abrigo y la bufanda, me colgué el bolso y desactivé el altavoz, llevándome el teléfono a la oreja.

—¿Te queda mucho? —le pregunté a Amber, una compañera.

Éramos las únicas que quedábamos dentro de la oficina.

—No, ya voy a cerrar.

—Te espero —le sonreí.

Siempre íbamos a comer al mismo restaurante, en ello tenía mucho que ver que la sucursal tenía acordados unos precios muy baratos por los menús de diario. De la diferencia se hacía cargo el banco. Al final, todos los compañeros nos concentrábamos en el mismo lugar para comer, desconectar y descansar, antes de incorporarnos nuevamente al trabajo.

Caminamos hacia la puerta. Amber se encargó de cerrar. Nos dirigimos al restaurante, estaba igual de cerca que la cafetería, pero en sentido contrario. Cuando llegamos le dije que enseguida entraba. Me dejó sola y dirigí la mirada a la carretera.

Tuve que esperar unos minutos más para escuchar de nuevo a Míriam, la compañera de Alan.

—¿Helia?

—¿Sí?

—Lo he intentado varias veces, pero no me ha respondido.

—¿Es normal? ¿Qué hacéis en estos casos? No sé si es algo habitual, siempre intento no molestar a Alan mientras trabaja. —Dejé salir el aire despacio.

—Tranquila, no es raro que los chicos se desconecten de los teléfonos por bastante tiempo. Según la ruta que les toque hacer pueden pasar horas hasta que sabemos algo de ellos.

—Pero… ¿tampoco desde la emisora?

—Eso es diferente, no voy a engañarte. La emisora utiliza una frecuencia que nunca falla. Seguiré intentándolo y si contacto con él te lo digo, ¿vale? Igualmente, para asegurarme de que todo está bien voy a enviar al compañero que esté más próximo a su última ubicación. Estos chicos al final consiguen que me salgan canas —sonreí un poco.

—Vale, gracias. Llámame en cualquier momento, da igual la hora. Ahora voy a entrar en el restaurante para comer, pero estaré pendiente del teléfono.

—Lo haré. Que aproveche.

—Gracias.

Entré saludando a los compañeros que estaban repartidos en varias mesas y me dirigí a la que había ocupado Amber.

—¿Todo bien? —me preguntó la diferencia la preocupación en mi expresión.

—Espero que sí —sonreí un poco, pero forzada.

Tenía una sensación que no me gustaba. No sé explicarla, pero ¿sabéis cuándo os recorre la inseguridad y la inquietud de que algo malo ha pasado o va a pasar? Así estaba.

Cuando el camarero se acercó, pedimos los menús y una botella de agua. No me apetecía comer, notaba revuelto el estómago, pero me forcé a hacerlo. Durante la hora que estuvimos en el restaurante no tuve noticias de Míriam ni tampoco de Alan.

Contuve las ganas de llamar a Alba, para informarla y desahogarme con ella, pero lo único que conseguiría era ponerla nerviosa y quería evitarlo. Con una de las dos que lo estuviera había suficiente.

Las siguientes dos horas y media de trabajo se hicieron interminables para mí. La primera me entretuve atendiendo a los clientes que se acercaron a mi mesa, alternándolo en los momentos de calma con más papeleo. Durante ese tiempo llamé dos veces más a la central del trabajo de Alan, pero Míriam pudo decirme muy poco.

Por lo visto el compañero que fue a darle encuentro a Alan todavía continuaba buscándolo. Nada favoreció para que mis nervios se templaran.

A las seis y media de la tarde terminé mi jornada. Me despedí de los compañeros y me fui en el coche a casa. Al llegar y quitar la llave del contacto, dirigí la mirada a la de Demian. Tenía muchas ganas de verlo, pero, sobre todo, de sentir uno de sus abrazos reconfortantes.

Me bajé y, a pesar de que su vehículo no estaba estacionado donde siempre, probé suerte por si lo había dejado en otro lugar. Fue una deducción tonta y lo comprobé al llamar varias veces al timbre. No estaba, no abrió la puerta. Menudo día, no encuentro a nadie, me dije agobiada.

Me giré hacia el parque, pensativa. Durante unos minutos no me moví, hasta que bajé las escaleras del porche y fui a mi casa. Me dolía la cabeza de tanto pensar y en cuanto entré y saludé a Ruby, fui a la cocina para tomarme una pastilla.

Estaba bebiendo agua cuando el sonido de una llamada me hizo correr al salón. Había dejado el bolso en la mesa y busqué el móvil en el interior.

—¿Sí? —respondí con esperanza.

—Helia, solucionado. Alan viene de camino.

—¡Joder! —Me presioné la frente—. ¿Has hablado con él? ¿Sabes qué le ha pasado?

—Tranquila, está bien. Un poco magullado, pero nada de lo que tengamos que preocuparnos.

—¿Magullado?

—Sí, por eso se ha quedado incomunicado. Me ha explicado que, mientras hablaba contigo, ha perdido la señal y después todo ha ido en su contra. Ha hecho su trabajo, inspeccionar la zona en la que estaba, pero con la mala suerte de que desde lo alto de un barranco estrecho, el móvil se le ha caído.

»Ese es el motivo por el que está magullado, ha intentado recuperarlo, pero el terreno no era estable y ha terminado abajo, cerca de su teléfono. Le ha costado mucho salir, pero lo ha conseguido. Peter, nuestro compañero, lo ha encontrado a unos kilómetros de la camioneta, cuando Alan iba hacia ella.

—Menos mal, ya está oscureciendo. —Me senté en la silla.

—Pues sí. Por eso no te ha llamado él, tiene el teléfono, pero no le funciona. No ha utilizado el de Peter porque todavía no tienen cobertura. Se ha comunicado conmigo por la emisora.

—Vale, solo necesitaba saber que está bien. —Me presioné la frente.

—Ya puedes quedarte tranquila.

—Muchas gracias, Míriam.

—No digas tonterías —dijo cantarina y sonreí.

Nos despedimos y pude empezar a respirar más relajada. Necesitaba quitarme de encima todas las sensaciones negativas que se habían asentado en mí durante horas. Decidí que era el momento perfecto para darme una ducha, me iba a sentar de lujo con las buenas noticias.

Estaba deseando hablar con Alan, escuchar su voz y su versión. Sabía que en cuanto pudiera me llamaría. Antes de ir a la habitación me acerqué a la ventana del salón. Nada nuevo en la casa de al lado.

Me olvidé de todo por unos minutos y me di la ducha. Con el pijama puesto y sin tanta carga pesada, fui a ver si Demian había regresado. Ni rastro de su coche y de la casa no salía ninguna luz. Ya estaba completamente oscuro.

El tiempo pasó sin que variara. Maldecí varias veces por no tener su número de teléfono, habría sido tan fácil saber de él…

Me tranquilicé al hablar con Alan. Me llamó cuando yo estaba en la cocina cenando y durante casi una hora estuvimos al teléfono. Él desde el fijo de su casa porque tenía que comprarse un móvil nuevo.

—¿Seguro que estás bien? ¿Que solo son arañazos y cortecitos? —insistí a falta de muy poco para que nos despidiéramos.

—No te mentiría en eso, Helia.

—Ah, ¿en otras cosas sí?

—Lo has dicho tú, no yo. —Rio.

—Ve a descansar.

—Sí —soltó un suspiro—. Hoy lo necesito.

—Hasta mañana por la tarde.

—Hasta mañana, cariño.

Con una sonrisa, así colgué. Habíamos quedado para el día siguiente porque, hasta que no lo viera en persona no me quedaría tranquila del todo. Se había reído al decírselo, pero aceptó encantado, diciéndome que terminaría de trabajar sobre las siete.

Durante todo el tiempo que conversamos no le comenté que a las horas que eran Demian no estaba en su casa. Continuaba oscura y sin su coche frente a ella. Él mismo me había dicho que era bastante casero y más en esta zona. A la vista estaba que las pocas veces que salía era para dar un paseo por el parque y para ir a comprar, exceptuando la ocasión en la que nos lo encontramos en el pueblo y Alba alabó su cuerpo, el primer día que llegó.

Me extrañaba mucho su ausencia y más sabiendo que era poco probable que estuviera en el pueblo. Por la tarde cabía la posibilidad, pero ¿pasadas las diez y media de la noche? ¿Con un frío que cortaba la respiración…?

Capítulo 18

Demian

—¿Cómo estás? —Abrí los ojos al escuchar la pregunta.

—Bien —respondí.

Estaba adormilado. Me froté la cara y me incorporé despacio. Me encontraba tumbado en una cama, más concretamente en una del hospital donde me operaron, en la ciudad.

Salí de casa de madrugada y me dirigí hasta aquí. Fue gracias a que salió el tema en la conversación que mantuve con Jacob bien entrada la noche de ayer, del domingo. Había desconectado tanto en el pueblo que ni recordé la fecha en la que tenían que hacerme las pruebas de rutina, para controlar que todo marchaba bien después de la operación.

Cuando llegué de la casa de Helia a la mía, después de cenar juntos, al cabo de una media hora mi amigo me llamó. La conversación se dio así…

—Eh, ¿qué tal? —le pregunté nada más descolgar, tumbándome en la cama.

—Bien, pero aburrido —se lamentó.

—¿Estás insinuando que me echas de menos? —hablé con tono divertido.

—No voy a decírtelo, lo sabes de sobra. —Rio.

—Tengo que contarte algo, desde el viernes mi vida en este pueblo ha cambiado bastante —comenté mientras me tapaba con el nórdico.

—¿Y eso? ¿No me digas que los problemas te persiguen? Joder, que según tú, ese lugar más tranquilo no puede ser.

—Todo lo contrario, las novedades son muy buenas y perfectas —sonreí de medio lado.

—Me tienes en ascuas, empieza a largar.

—¿Te acuerdas de mi vecina? Te hablé de ella.

Lo poco que sabía era de varios comentarios sueltos que le había hecho durante la semana, en los que le expliqué cuando ella vino a mi casa con las galletas, con mi correspondiente visita a la suya al día siguiente, para agradecerle la amabilidad con el bizcocho. En ningún momento fui más allá, ni por asomo se imaginaba la atracción que sentía por Helia y menos aún, lo que había pasado entre nosotros.

—Claro, pero ahora mismo no recuerdo su nombre.

—Helia.

—Eso, sí. ¿Qué pasa con ella?

—Todo. —Acomodé la almohada y me senté con la espalda en el respaldo.

—No lo pillo.

—Hemos pasado el fin de semana juntos, en su casa.

—¿Qué dices? ¿En serio? —Se sorprendió, pero enseguida soltó una carcajada.

—Lo que oyes. Desde que la vi noté algo especial referente a ella, solo dejé pasar el tiempo para ver sus reacciones. El viernes llamó a mi puerta a última hora del día, para invitarme a cenar. Sus amigos estaban en la suya y me uní a todos, sin dudar. Una cosa llevó a la otra y ya ves…

—Joder, en lo poco que me hablaste de ella no interpreté que tuvieras tanto interés.

—Porque no quise.

—Ya. —Bufó, volví a sonreír—. En tu línea de hermético.

—El viernes dormimos juntos, ayer sábado pasamos el día en un pueblo cercano, también con sus amigos. Ya no nos hemos separado hasta hace poco. Hemos cenado en su casa y he venido aquí para que empiece la semana de trabajo tranquila.

—Estoy alucinando.

—Tienes tiempo para hacerte a la idea. —Reí.

—Es obvio que tú no lo has perdido.

—La culpable es Helia, me lo ha puesto muy fácil y a la vez difícil.

—Mañana me lo cuentas en persona, con todos los detalles —dijo animado.

—¿Vas a venir?

—¿Qué dices? ¿No te acuerdas?

Fruncí ligeramente el ceño.

—¿De qué…?

—Tío, que mañana tienes que estar a las ocho en el hospital, para las pruebas de rutina.

—Mierda. —Me senté recto en la cama—. Se me ha ido del todo.

Miré hacia la ventana y me levanté de la cama. Al asomarme por ella vi que la persiana de Helia estaba bajada, señal de que ya estaba durmiendo. Si hubiera visto luz me habría acercado para decírselo.

—No me lo puedo creer, esa chica te ha nublado la memoria.

—Ya te digo. —Me pasé una mano por el pelo, caminando de vuelta a la cama—. Bueno, será rápido —comenté distraído.

—Esperemos, pero no lo sabes.

—No me desmoralices.

—Demian, será por el tiempo que sea necesario. Es tu salud.

—Ya lo sé, no hace falta que me lo recuerdes. —Sacudí la cabeza—. Saldré de madrugada para llegar a tiempo, iré directamente al hospital.

—Avísame cuando estés cerca, así nos tomamos un café antes. Voy a acompañarte todo el tiempo que tengas que estar en el hospital, ya lo he organizado todo y lo he cuadrado para tener el día libre. Elsa lo tiene más complicado, pero se escapará los ratos que pueda para venir.

—No hacía falta —sonreí—. Mis padres y mi hermana seguro que vienen. Lo raro es que no me hayan llamado para advertirme.

—Déjate de rollos, paso de ti. —Reí—. ¿Cómo te van a advertir? Nunca se te olvida nada, dan por hecho que estarás puntual en el hospital.

—Me dará tiempo a llegar aquí a última hora del día —dije convencido.

—Supongo, mañana lo sabremos.

Lamenté no tener el número de teléfono de Helia, para escribirle o llamarla por la mañana.

Ya no podía hacer nada para conseguirlo, no iba a despertarla ahora y teniendo en cuenta que yo saldría de casa mucho antes de que ella lo hiciera para correr…

No quería que pensara cosas que no eran si no estaba cuando viniera a buscarme por la tarde, como una huida de mi parte o algo parecido. Me jodió porque si hubiera tenido la cabeza en su sitio se lo habría adelantado para poder quedarme un par de días en la ciudad. Igualmente, no pasaba nada, podía ir en cualquier otro momento para disfrutar de los míos. La distancia que me separaba de la ciudad no era tanta. Pero ya que tenía que ir por obligación…

—¿Has notado durante los días en los que no hemos hablado algo diferente en el cuerpo?

—Muchas cosas, pero todas satisfactorias —sonreí de medio lado.

—Qué rabia me das ahora mismo. —Reímos.

—Te dejo ya, entre lo que me va a costar dormirme y el madrugón que tengo que pegarme…

—Sí, mejor. Ten cuidado en la carretera. Llámame cuando te falte media hora para llegar al hospital. Estaré preparado para salir de casa.

—De acuerdo. Hasta mañana.

—Hasta mañana, tío.

Colgué y puse el móvil a cargar, antes de meterme de nuevo debajo del nórdico.

De vuelta al presente, en el hospital…

—¿Cuántas pruebas faltan? —le pregunté a la enfermera que había entrado en la habitación, preguntándome cómo estaba.

Ya estaba agobiado, eran las seis de la tarde. Aún mantenía la esperanza de oír en cualquier momento que podía irme. Que me dieran una habitación al llegar no era buena señal.

—Nuevas un par, pero el doctor ha pedido que te repitan una que te han hecho por la mañana.

—¿Hay algún problema? —Fruncí ligeramente el ceño.

—Que yo sepa, no. Tranquilo, no te alteres.

—Estoy bien, pero con ganas de irme.

—Lo entiendo —sonrió sentándose en un taburete—. Voy a sacarte sangre.

Asentí y me mantuve en silencio, dejándola trabajar. Jacob apareció bebiendo un café, me había dejado solo para ir a la cafetería. Mis padres se pasaron a media mañana, mi hermana a la

hora de comer y Elsa dentro de un rato sería la tercera vez que vendría.

No me habían dejado solo en ningún momento y el que estuvieran tan pendientes de mí me tenía más agobiado aún. Me traía recuerdos de meses anteriores que no me gustaban, en absoluto.

—Ya está. —Giré la cabeza hacia la chica—. En un rato vuelvo, a ver si puedo informarte de si pasarás la noche aquí.

—¿La noche? ¿Tanto?

—Según haya indicado el doctor —me sonrió—. Será rápido y estás bien, como mucho mañana por la mañana te irás.

—No contaba con eso. —Cerré los ojos.

Se fue dejándonos solos. La habitación se quedó en silencio, Jacob se entretuvo bebiendo el café, dándome el tiempo que necesitaba. Mis reacciones y el tono de mi voz hablaban por mí, no le hacía falta que le dijera que estaba hasta los cojones del hospital.

No soy quejoso, pero me fastidiaba pensar que dentro de poco Helia llamaría a la puerta de mi casa y no me encontraría. Le había hablado a Jacob sobre ella, a estas alturas estaba al corriente de todo. Al igual que hice hacia mi amiga Elsa. Mi hermana lo único que conocía era por la conversación que tuvimos cuando preparé el bizcocho, mis padres no tenían ni idea de nada.

Respiré profundo varias veces porque no me quedaba otra que adaptarme a la situación.

✣ ✣ ✣

—Buenos días, Demian.

Me giré hacia la puerta, estaba de pie frente a la ventana.

—Buenos días, Hans —saludé al doctor.

—Veo que ya estás preparado para irte. —Se apoyó en la cama, sonriente.

—Llevo preparado desde que entré —dije y rio—. ¿Cómo han salido todas las pruebas? —Di varios pasos hacia él.

—Perfectas —asintió mostrando satisfacción en la expresión—. Pero no quiere decir que estés al cien por cien todavía.

—Que descanso. —Solté el aire de golpe—. Lo sé, soy consciente de ello.

—Tú eres el que mejor conoce a tu cuerpo. Hazle caso siempre, no te excedas ni lo lleves al límite —me pidió serio.

—Tranquilo, sé lo que hago.

—Las analíticas también han salido bien, así que… —Se incorporó—. Eres libre.

—Por fin —sonreí de medio lado.

—Hasta el mes que viene. —Me dio una palmada en el hombro.

—No se me olvida que me dijiste que durante medio año tendría que venir una vez al mes.

—Perfecto. Este es el papel con la próxima cita. —Me lo ofreció—. Me alegro de que todo sea positivo, nos vemos.

—Gracias. —Acepté el apretón de manos.

Salimos juntos de la habitación y después de la despedida, caminé por el pasillo, diciéndole adiós a todos los enfermeros que se cruzaron conmigo. Jacob no estaba, la noche anterior lo eché a empujones de la habitación, literalmente. Era una tontería que insistiera en pasar una mala noche por quedarse a mi lado. Yo estaba perfectamente, así lo habían determinado los resultados de las pruebas.

En un rato nos veríamos, Elsa también estaría. Íbamos a desayunar juntos, aunque antes quería ir a un sitio. La prisa por regresar al pueblo la tenía el día anterior, hoy podía tomármelo con calma porque Helia trabajaba hasta la tarde.

Salí del hospital y me dirigí al coche. Montado en él tomé rumbo hacia la empresa. Veinte minutos después estacionaba en el aparcamiento, por el que caminé directo a la entrada del edificio.

—Buenos días —saludé a Sandra, la recepcionista.

—¡Demian! —Se levantó por la sorpresa—. Qué alegría tenerte aquí —dijo sonriente.

—Gracias. —Le hice un guiño—. ¿El jefe supremo está?

—Sí —afirmó riendo, por cómo me referí a mi padre.

—Nos vemos en un rato.

—¿Has venido para quedarte?

—No, continúo apartado físicamente.

—Vaya. —Hizo una mueca.

—Cambia la cara que como te vea mi padre, va a pensar que soy mejor jefe que él —comenté con humor.

—Es que lo eres —dijo con un susurro.

Solté una carcajada y me alejé de ella. Fui hacia los ascensores y esperé a que llegara. Mi relación con la empresa era un tanto especial, tenía el control de ella y la gestionaba, pero en realidad no trabajaba como tal, ocupando el puesto que me pertenecía. Si mi padre continuaba al pie del cañón era por mí.

El negocio lo creó él, pero hacía años que se desvinculó de ser el jefe porque me dejó el cargo a mí. Aunque no ocupara el puesto, para todos los trabajadores su figura dentro de la empresa seguía siendo la misma. Se lo había ganado a pulso, era muy querido.

Capítulo 19



Llegué a la cuarta planta y la recorrí parándome cada pocos pasos para saludar, a la vez que respondía la pregunta de cómo me encontraba. Conseguí llegar a la puerta del despacho de mi padre y la golpeé con los nudillos. En cuanto me dio paso, abrí.

—Demian. —Se levantó sonriente de la silla.

—Hola, papá.

Rodeó la mesa y nos encontramos a medio camino, para abrazarnos.

—Me alegro de que ya te hayan echado del hospital. Nunca te lo he comentado, pero no te queda muy bien la bata que te ponen. —Reí—. ¿Qué te ha dicho Hans?

Ocupamos las dos sillas que estaban frente a la mesa.

—Que todo ha salido bien.

—No sabes lo feliz que me haces. —Me apretó un hombro.

—Sí que lo sé. ¿Qué tal va todo por aquí?

—Como siempre, hijo. No tienes que preocuparte por nada, aunque te supera no hacerlo. Me consta que lo controlas a distancia.

—Así es, antes de irme también lo hacía.

—Te vendría bien desconectar, pero en serio. ¿Cuándo tienes que volver al hospital?

—Créeme, donde vivo ahora es el lugar perfecto para hacerlo. Hans me ha dado cita para dentro de un mes —asintió.

—¿Cómo te encuentras, independientemente del resultado de las pruebas?

—Bien papá, ¿no me ves? Ahora el que te pide que no te preocupes soy yo.

—¿Y anímicamente? —Sacudí la cabeza porque ignoró mi petición.

—Lo tengo controlado. Los resultados positivos ayudan.

—Y tanto que sí —dijo con una gran sonrisa.

—No voy a entretenerte mucho, he quedado con Jacob y Elsa. Antes de regresar al pueblo iré a ver a mamá.

—¿Te vas hoy?

—Sí. Me espera una persona, al menos eso espero.

Levantó una ceja. Fue el momento perfecto para hablarle de Helia y de lo que había surgido entre los dos. Le pilló por sorpresa, pero fue una reacción normal.

—Menuda novedad, has llegado cargado de ellas.

—Estamos empezando. No sé cómo se dará, pero…

—No pienses más allá de los planes que puedas hacer para mañana, simplemente disfruta del momento. Si Helia es la definitiva solo el tiempo te lo dirá.

—Es lo que hago.

—Tengo ganas de conocerla.

—Podéis venir cuando queráis, no hace falta que os lo diga.

—Cuento con ello. Lo mismo un viernes te doy una sorpresa, diciéndote que estamos en camino.

—Estupendo. Me avisas con tiempo para hacer una compra.

—Tranquilo, lo sabrás por adelantado si nos decidimos.

—Por mamá no será. —Apreté los labios.

—¿Por tu madre? Si fuera por ella habría conducido detrás de ti cuando te fuiste —negó divertido—. Una pena que vaya a perderme su reacción al saber de la existencia de Helia y de lo que significa para ti.

—Me está dando un poco de reparo decírselo, creo que por ahora voy a descartar la idea —hablé serio, pero soltamos una carcajada los dos.

—Tu hermana últimamente pasa mucho por aquí. Según ella, tengo que sentirme muy solo en este edificio y qué mejor que arrastrarme a comer fuera.

—Algo me ha comentado, sí —sonreí.

—A ver quién se arriesga a negarse, es capaz de venir a este despacho para hacer un picnic en el suelo. —Sacudió la cabeza—. Tiene gracia porque llevo toda la vida aquí y anteriormente nunca se le ocurría pasar.

—Es por lo que le da, papá. Es feliz y tú lo disfrutas. —Me encogí de hombros—. No tiene sentido lo que hace porque yo nunca he estado presencialmente en la empresa, me refiero a que no me echas de menos en ese sentido. Solo aparezco para atender algunos asuntos importantes que requieren mi firma y para las celebraciones. Son visitas esporádicas.

—Esta niña… Es como su madre.

Miré la hora en el reloj de muñeca y decidí que había llegado el momento de irme. Me levanté de la silla y mi padre hizo lo mismo.

—A ver si es verdad que venís —le dije abrazándolo.

—Cuenta con ello, cuando menos te lo esperes estamos llamando a tu puerta —asentí.

Nos dimos un último abrazo y quedamos en hablar por teléfono. Salí del despacho y dejé la planta atrás, después de hacer una despedida general hacia todos los trabajadores que estaban en sus puestos.

Cuando me monté en el coche, tomé la dirección de la cafetería en la que había quedado con Jacob y Elsa. Me apetecía mucho pasar tiempo con ellos, los echaba de menos.

Estacioné cerca y sonreí al localizarlos en el interior, a través de la cristalera.

—Hola —fue Elsa la primera me saludarme.

Le correspondí al saludo con dos besos y un abrazo. Jacob me apretó un hombro después de abrazarnos también. Ocupamos la mesa.

—¿Hoy tienes el día más tranquilo? —Me dirigí a Elsa.

El anterior se escapó varias veces del trabajo para venir a verme al hospital.

—Tengo un jefe muy puñetero —soltó y curvé los labios.

Jacob soltó una carcajada porque lo conocía muy bien.

—Estoy seguro de que sabes torearlo.

—Ya te digo, me lo llevo de calle —aseguró levantando varias veces las cejas, con una mueca graciosa. Terminamos los tres riendo.

Le pedí un café con leche y un minibocadillo al camarero que se acercó a atenderme, mis amigos ya estaban servidos.

—Cuéntame más cosas de Helia —me pidió emocionada.

—Desde que he llegado estoy hablando más de ella que de mí. —Sacudí la cabeza.

—A ti te conocemos de sobra, te tenemos muy visto. —Hizo un gesto con las manos.

—Gracias, no sé cómo tomármelo. —Apreté los labios.

—Eso para después, primero dinos qué te ha dicho Hans —nos interrumpió Jacob, refiriéndose al doctor.

—Ay, es verdad. Perdona. —Hizo una mueca Elsa.

—No tengo nada que perdonar. —Acompañé a mis palabras con un guiño—. Todas las pruebas han salido perfectas, incluidas las analíticas.

—Oh, Demian —se emocionó Elsa, juntando las manos sobre el pecho—. Qué ilusión y qué descanso.

—Pues sí —asentí.

—Hablo en nombre de los dos —comentó Jacob, haciendo referencia a nuestra amiga—, felicidades, tío. Nos alegramos tanto…

—Lo sé de sobra. Hasta dentro de un mes que será cuando regrese al hospital para repetir lo de ayer, se terminó.

—Ya verás que cuando te des cuenta, Hans te da el alta definitiva. El tiempo pasa volando.

—Sí. Tampoco es que me preocupe.

—Pues ayer te vi nervioso —comentó Elsa—. Lo entiendo, Demian. —Levantó las manos—. Es como esperar un veredicto que no sabes hacia qué lado de la balanza se decantará. Lo he dicho porque tu inquietud e intranquilidad se palpaban en el ambiente.

—No lo estaba por eso, sé que mi recuperación continúa bien. Lo noto en mi cuerpo, es todo lo que necesito. Si estaba nervioso es porque no avisé a Helia de que me iba y seguramente estuvo esperando a que apareciera en algún momento.

—Tío, ¿no sabes lo que es la tecnología?

—Muy gracioso. —Levanté una ceja hacia Jacob—. No he podido comunicarme con ella porque no intercambiamos los números de teléfono.

—Joder, es lo primero que se hace hoy día.

—No caí en ello. Te recuerdo que vivimos al lado.

—Es normal. En cuanto regreses será lo primero que hagas.

—Sí.

Después de que el camarero me trajera lo que le había pedido, le hablé a Elsa de Helia. Jacob escuchó la misma información que le conté el día anterior.

—¿Estás seguro? —Ladeó un poco la cabeza.

—Sí, aunque tampoco me ha dado opción, ni yo la he tenido. —Por unos segundos fijé la mirada en el café.

—Está bien así. —Centré la vista en ella, encontrándome con su sonrisa—. Pues entonces, me alegro un montón.

—Gracias, preciosa.

—Lo hemos estado hablando antes de que llegaras, ¿qué te parece si este viernes vamos a verte? Nos quedaríamos todo el fin de semana.

—¿A mí? Perfecto. Sabéis que no tenéis que avisarme —les sonreí a ambos—. Os va a sorprender la paz y la calma que se respira allí.

—Suena muy bien. Cada vez que lo dices… —soltó un suspiro ella.

—Nos vendrá genial desconectar del ajetreo de la ciudad —confirmó Jacob.

—Pues decidido, el viernes cuando salgáis de trabajar os ponéis en marcha.

Asintieron contentos y continuamos conversando mientras desayunábamos, pero de otros temas. Cuando terminamos nos despedimos en la calle.

—¿Sales para allí ya? —me preguntó Jacob.

—No, quiero ir a ver a Yeray y después me pasaré por la casa de mis padres. Después de estar un rato con mi madre me iré.

—Perfecto, que vaya bien. Avisa cuando llegues al pueblo —me pidió Jacob, antes de darme un abrazo de despedida.

—Ten cuidado, Demian. —Fue el turno de Elsa.

—Sabes que siempre lo tengo. —Le rodeé los hombros con un brazo—. Vosotros haced lo

mismo. —Le di un beso en la cabeza.

Tomamos caminos separados y me dirigí en el coche hasta el lugar donde estaba Yeray. Lo encontré saliendo del edificio y sonreí cuando me vio, por la cara de sorpresa que puso.

—Pero bueno ¡no me habías dicho que volverías! —dijo cuando me paré frente a él.

Nos dimos un abrazo, era el día de ellos por todas los encuentros y despedidas.

—Me voy en breve. He venido para unas revisiones y estoy aprovechando el día. —Me toqué el pecho por encima del abrigo.

—Joder, Demian. Me lo comentaste hace semanas y se me ha pasado —negó serio.

—Tranquilo, yo lo recordé anoche por Jacob. Si no fuera por él se me habría pasado.

—¿A ti? —Se sorprendió levantando una ceja.

—Ya ves. —Metí las manos en los bolsillos del abrigo.

—¿Cómo ha ido en el hospital?

—Muy bien, ahora te cuento. ¿Tienes tiempo para tomarnos un café?

—Hacía unos minutos no, pero ahora sí —sonrió de medio lado, igual que hice yo—. Hacia donde me dirigía va a esperar.

—Gracias. —Le apreté un hombro—. Vamos a ponernos al día.

Fuimos a un bar que estaba en la acera de enfrente y lo puse al corriente de todo lo que me había sucedido desde que me fui de la ciudad. No hacía mucho, pero me había cundido. Me tomé el segundo café del día y el último, no podía abusar y menos con tan poco tiempo de diferencia.

Estuvimos juntos casi una hora, hablando de muchas más cosas aparte de mí. Nos despedimos con un fuerte abrazo, quedando en llamarnos a mitad de semana. Dispuesto a hacer la última parada y visita, me dirigí a la casa de mis padres.

Mi madre empezó a gritar nada más abrir la puerta, la emoción pudo con ella al verme. Me abrazó, me llenó la cara de besos, me hizo sentarme con ella en el sofá y de esa forma, con una sensación muy agradable al sentirme de nuevo en mi verdadero hogar, le comenté lo que me había dicho el médico y le expliqué cómo me estaba yendo todo.

—¡Dios mío! —Jadeó llevándose las manos a la cara—. Tengo una nuera y no la conozco.

—Eso no lo digas delante de ella que le da algo —negué.

—Tú déjame a mí que sé lo que me hago —asintió varias veces, contuve la diversión—. Lo

primero de todo es conocerla, el resto se dará solo. Voy a hablar con tu padre para ir mañana —dijo convencida.

—¿En serio? —Levanté una ceja.

—Pues claro, tengo mis métodos para hacerlo entrar en razón —sonrió con picardía.

—Mamá, por favor, ahórrate el decir lo que estás pensando.

—¡Anda! Ni que fuera algo raro que no hayas hecho tú.

—Lo que sea, pero como que no me apetece hacerme una idea en la cabeza de lo que digas. —Reí.

—Tu padre me ha llamado al irte de la empresa. —Me agarró una mano, con la emoción reflejándose en su cara—. No sabes lo tranquila que me he quedado cuando me ha dicho que todo ha salido bien, cariño.

—Lo imaginó. —Le acaricié la mejilla—. Y por el momento va a continuar de la misma forma, pero siempre mejorando.

—¿Te estás cuidando lo suficiente? No te habrá dado por practicar deporte, ¿verdad?

—Sí y no. Sé lo que hago, mamá.

—Ya lo sé hijo, pero no puedo evitar preocuparme. Lo voy a hacer durante toda mi vida.

La atraje a mí y la abracé. Nos acomodamos en el sofá.

—Eres la mejor madre del mundo.

—No me hagas la pelota. Solo me has conocido a mí. —Fruncí los labios por la regañina—. ¿Qué quieres?

—¿Por qué tengo que querer algo?

—Desde pequeño cuando tomas esta actitud es para conseguir cualquier cosa. —Carraspeó.

—Pues esta ocasión es la excepción. Te lo he dicho porque es lo que siento y una gran verdad.

—Oh, cariño —soltó un suspiro—. Te he echado mucho de menos.

—Ya le he dicho a papá que podéis venir al pueblo cuando queráis, no hay mucha distancia. Pero mejor para el fin de semana de la siguiente, el viernes vendrán Jacob y Elsa. Y ni mucho menos se te ocurra decirle a papá que venís mañana, que le da algo. Entre semana está muy liado con el trabajo.

—Si es que sois tal para cual. ¡Ni qué la empresa se fuera a hundir por unos días en los que esté ausente! —Bufó.

—La culpa es vuestra, me hicisteis igual que él. —Reímos.

Al final decidí quedarme a comer. Total, para hacerlo solo… Acepté su invitación y no tardó ni dos segundos en marcar el número de teléfono de Clara, para decirle que viniera porque iba a estar yo. Mi padre también se presentó, a las dos y cuarto del mediodía. A él lo llamé yo para decirle que iba a retrasar la hora en la que me iría.

Me sentó de lujo compartir el mediodía con los tres, hacía bastante tiempo que no coincidíamos alrededor de una mesa. Cuando vivía en la ciudad lo habitual era que dos sábados al mes nos reuniéramos para comer, pero esa rutina se truncó a la fuerza por lo que me pasó.

Capítulo 20

Helia

Dándole con fuerza a las teclas del teclado, así estaba, como si ellas tuvieran alguna culpa de mi estado de ánimo. Me estaba desahogando de lo lindo tecleando, pero no como me habría gustado. Eran las seis y cuarto de la tarde, las horas se me habían hecho eternas y llegar a este momento, a falta de quince minutos para terminar la jornada laboral, me había costado.

Por fin faltaba poco para irme, deseaba dar el día por finalizado. Estaba cansada porque no conseguí dormir la noche anterior, la había pasado en vela asomándome de vez en cuando por las ventanas, para ver si veía el coche de Demian estacionado frente a su casa. Ni durante la noche, ni por la mañana temprano cuando salí a correr, ni al irme a trabajar. Aparte de cansada me sentía intranquila y nerviosa, no sabía si le había sucedido algo y no tenía forma de que alguien pudiera informarme.

Tener las manos vacías, con miles de suposiciones rondando la cabeza, no era bueno, en absoluto. Había pensado tantas cosas… Ninguna que me aportara tranquilidad.

Fijé la vista en el indicador de la hora de la pantalla del ordenador, al ver que solo quedaban siete minutos empecé a recoger. Estaba organizando la mesa cuando escuché una voz que me hizo sonreír. Levanté la cabeza, viendo a Alba caminar hacia mi mesa, mientras saludaba a mis compañeros.

Apagué el ordenador y me levanté de la silla para ir al perchero que tenía detrás.

—¿Qué haces aquí? —le pregunté cuando llegó junto a mí.

—Soy tu salvadora —dijo abriendo los brazos.

—Gracias, porque no me apetece meterme en casa. —Hice una mueca, poniéndome el abrigo.

Me colgué el bolso, cogí el móvil de la mesa que guardé dentro y nos dimos un abrazo y dos besos. Me llamó por la mañana en mi tiempo de descanso, por eso sabía que mi humor no era el mejor. Al principio no quise contarle nada, preferí reservármelo para mí, pero había sido tan evidente el desánimo en mi forma de expresarme, que insistió hasta que consiguió que le dijera

qué me sucedía.

Fracasé intentando disimular, no conseguí mostrarme como era habitual en mí, pero es que, ante ella, como si hubiera sido Alan, tenía la batalla perdida de antemano. Nos conocíamos demasiado bien como para no identificar lo más mínimo entre nosotros.

—Por eso estoy aquí. —Me hizo un guiño.

—Has salido antes del trabajo. —Me agarré a su brazo.

—Pocos minutos, no es nada. Sofía estaba terminando de atender a una clienta y en cuanto se fuese íbamos a cerrar la puerta —se refirió a la dueña, su jefa—. ¿Dónde quieres ir?

—Me da igual. —Me encogí de hombros.

Me despedí de los compañeros que quedaban, algunos ya se habían ido, y salimos a la calle. Caminamos por ella, acercándonos cada vez más a la zona donde estaban concentrados todos los restaurantes y bares. Elegimos el primer bar que nos encontramos y ocupamos una mesa del interior. Aunque contaba con una terraza cubierta, la temperatura era demasiado baja para disfrutarla.

—¿Cómo has pasado la tarde? —Quiso saber después de pedirle a un camarero dos batidos.

La última vez que hablamos fue cuando yo regresaba al trabajo del restaurante, después de comer.

—Igual que la mañana —dije quitándome la bufanda.

Con el abrigo no me apeteció hacer lo mismo, continué con él puesto.

—¿Nada de nada? —negué.

—No he ido a casa en todo el día, Alba. ¿Qué va a cambiar?

—Es verdad —dijo pensativa—. Qué fastidio que no tengáis los números de teléfono.

—Ya…

El camarero regresó con los batidos y se lo agradecimos, al mismo tiempo que Alba le pagaba. No me dejó hacerlo yo.

—No tiene por qué haberle pasado nada malo, Helia. —Intentó animarme, como había hecho todas las veces que habíamos hablado durante el día.

—Es muy raro que haya desaparecido de golpe, no sé…

—Quizás tenía algo que hacer y se le olvidó comentártelo.

—Quizás, espero que sea eso —sonreí un poco.

—Tienes miedo de que no vuelva. ¿Es eso?

Bajé la mirada al batido. Lo removí pensando en la respuesta, aunque no me hacía falta pararme a pensarla. La tenía clara.

—Algún día sucederá, estoy convencida.

—Helia, no puedes vivir con ese miedo. No conseguirás estar tranquila y te vas a perder momentos que serán dignos de toda tu atención.

—Lo sé de sobra, pero son sensaciones y emociones difíciles de llevar. Alba, me estoy enamorando de él y…

—Eso lo sé, no acabas de descubrirme nada —negó sonriendo—. Es normal, Demian te ha caído de golpe y es un hombre espectacular.

—Uno que tiene toda su vida lejos de aquí. —Bebí un sorbo de batido.

—Tú también te has convertido en parte de ella. Estoy segurísima, cariño.

—No quiero hablar de eso —negué.

—¿Te digo que Mariola ha estado esta tarde en la tienda?

—¿No me digas que te ha tocado a ti atenderla? —Apreté los labios por su expresión.

Mariola era una mujer de sesenta y siete años a la que todas las dependientas temían, incluida la jefa de Alba. Lo habitual es que las volviera locas durante horas y muchas veces se iba con las manos vacías, diciendo que regresaría al día siguiente con más tiempo.

—Si es que soy una desgraciadita, lo hemos echado a suertes y he perdido. —Lloriqueó en broma, y reí.

Después de muchas horas, las risas espontáneas me sentaron genial.

—¿Y cómo ha ido? —le pregunté. Puso los ojos en blanco.

—Una pesadilla. Me ha hecho desdoblar la ropa de media tienda y sacar un montón de perchas —negó—. Al menos ya no regresará por un tiempo, se ha ido con una buena compra.

—Ah, entonces te ha cundido —sonreí.

—Sí. —Se frotó las manos, por las comisiones que había sumado para final de mes—. Ojo, no ha sido mérito mío.

—¿Y eso?

—Hoy estaba súper receptiva. Ha llegado feliz de la vida y emocionada. Aquí viene un cotilleo. —Se echó sobre la mesa—. Por lo visto en el local que va a bailar los fines de semana ha conocido a un hombre y este viernes han quedado. La invitó el domingo, cuando se despedían.

—Normal que esté así.

—Espero que le dure mucho la alegría porque como le salga mal, yo me escondo si aparece por la tienda. —Reímos porque no lo decía en broma—. Se te ve cansada. —Hizo una mueca.

—No he dormido, y ya me he tomado dos pastillas para el dolor de cabeza.

—¿Se te ha pasado?

—Ahora mismo es soportable. —Me encogí de hombros.

—Pues vamos a bebernos los batidos rápido y nos vamos. Te sentará bien darte una ducha y ponerte el pijama, aparte de que estarás deseando llegar a casa para ver si Demian ha regresado.

—Sí, el día se me ha hecho interminable. —Dirigí la mirada a la cristalera.

Mientras nos tomábamos los batidos me explicó más anécdotas de la tienda. Después de media hora nos fuimos del bar-cafetería, y nos despedimos cuando cada una teníamos que tomar un camino diferente para ir a nuestros coches.

—Si hay novedades avísame —me pidió abrazándome—. Nos llamamos mañana, a no ser que necesites hablar más tarde. Lo digo para no molestarte.

—No me molestas. —Le di un beso en la mejilla—. Gracias.

—Uy qué de tonterías dices. —Rio y sonreí—. Oye, ¿cómo está Alan? Hoy no lo he llamado.

—He acaparado toda tu atención.

—Sí. —Me hizo un guiño.

—Bien, solo fue un susto.

—Menos mal —soltó un suspiro—. Hasta mañana, cariño. Descansa que lo necesitas.

—Hasta mañana. Igualmente.

Nos separamos y caminé con pasos lentos hacia el coche. Al llegar a él me monté y me dirigí a casa. Estaba deseando llegar porque la duda de si Demian estaría me superaba. Esperaba que sí, que el tormento de no saber nada de él llegara a su fin.

Las poquitas esperanzas que tenía se vinieron abajo en cuanto las casas se hicieron visibles. Bueno, no había mucha visibilidad a estas horas, ya estaba oscuro, pero las farolas alumbraban la zona y sumada a la de los faros de mi coche. Del suyo todavía no había rastro.

Estacioné y quité la llave del contacto, observando que no había ni una pequeña luz en el interior de su casa. Solté varios suspiros, cogí el bolso y me bajé, yendo directa a la mía.

—Bienvenida. Helia.

—Hola, Ruby. —Me acerqué a él.

—Guapa.

—Tú sí que eres guapo. Hoy no tengo mucho humor —dije haciendo una mueca.

—Humor. Helia.

—Mañana será mejor. —Le acaricié el pico.

Sonreí cuando las plumas se le hincharon. Le había encantado la muestra de cariño.

—Te traigo comida y me doy una ducha. —Cogí su cuenco.

—Ruby. Comer. —Salió de la jaula y voló por el salón, para celebrarlo.

—Eres un goloso —dije divertida, yendo a la cocina.

—Golosa. Traviesa.

No me salió reír como habría hecho en cualquier otro momento, pero en mis labios apareció una gran sonrisa. Con Ruby al lado era inevitable que fuese de otra forma.

Saqué el saco de su comida y llené el cuenco, no era muy grande. Para que se pusiera más contento lo acompañé con varios trozos de manzana. Lo dejé comiendo en su jaula y fui a la habitación, después de activar la calefacción. Coloqué el bolso y el abrigo en el perchero que tenía en una esquina, fui a la cama a por el pijama que dejaba sobre la almohada y entré en el baño con él.

Encendí el calefactor, abrí el grifo para que cuando entrara en la bañera el agua estuviera caliente y me desvestí. Sacudí la cabeza al ver mi reflejo en el espejo, tenía una cara… Se me notaban las ojeras. Aparté la vista porque bastante tenía con lo que sentía y me puse debajo del agua, cerrando los ojos por la sensación tan agradable.

Tardé un poco más de tiempo del habitual en ducharme, me lo tomé con calma para intentar subirme el ánimo.

Después de secarme el cuerpo y el pelo me coloqué el pijama y una chaqueta que abrigaba

mucho. La casa todavía se notaba fría. Antes de salir de la habitación, cogí el libro que estaba en la mesita de noche. Lo empecé de madrugada, con la esperanza de que me hiciera meterme de lleno en la historia. Un fracaso total, ya os lo digo, tenía que empezar por el principio, de nuevo porque pasé las hojas, pero no atendí a lo que leía. Vamos que no recordaba nada porque no había estado centrada.

Me senté en el sofá, subí las piernas para acomodarme y me tapé con la manta.

—Voy a leer —le hablé a Ruby.

—Leer. Silencio. Ruby. Calla —dijo y sonreí. Tenía la lección bien aprendida.

—Exacto, guapo.

—Guapa. Libro. Aventura. Tíos buenos. —Reí.

—Tú no te quedas atrás.

—Ruby. Cañón —negué divertida.

—Por supuesto.

Puse un cojín encima de las piernas y abrí el libro por la primera página. Me negué a asomarme por ninguna de las ventanas. Empecé a leer y me distraje, consiguiendo mi propósito.

Una hora después coloqué el libro en el sofá para ir a la cocina a prepararme la cena. No iba a entretenerme mucho, con algo rápido y ligero tenía suficiente. Estaba levantándome cuando el timbre sonó. Lo hice de golpe. Fui hacia la ventana y por fin vi el coche de Demian estacionado frente a su casa.

Corrí hasta la puerta y la abrí de la misma forma, sabiendo que estaba al otro lado de ella. Así fue, verlo me trajo de golpe toda la paz que perdí el día anterior.

—Demian… —susurré.

—Hola —dijo sonriente—. Lamento haberme ido sin decírtelo.

—Estaba preocupada. No sabía a quién preguntar ni dónde informarme, pensaba que te había pasado algo —asintió serio.

—¿Puedo entrar? —me preguntó al ver que bloqueaba la entrada con mi cuerpo y no hacía el intento de moverme.

—Eh… Sí, claro. —Me aparté rápido.

—Hola, Ruby. Soy Demian.

—Reconoce las voces y a las personas, sabe que eres tú —le aclaré y asintió.

—Hola. Vecino. Guapo. Silencio. Helia. Leer. —Le correspondió al saludo.

Salió de la jaula para dar la última vuelta del día y después de dar varias por el salón, se perdió por el pasillo.

—Parece que he llegado en mal momento, te he interrumpido —comentó Demian, girándose hacia mí.

—Para nada.

Capítulo 21



Demian

—¿Está todo bien? —me preguntó.

Era evidente que estaba nerviosa. Maldecí interiormente porque lo que no quería, que se sintiera mal, era lo que había sucedido.

—Perfectamente —le aseguré quitándome el abrigo.

—Vale. —Dejó salir el aire de golpe.

Coloqué el abrigo en una silla y la agarré de la mano para llevarla al sofá.

—He estado en la ciudad de la que vine. Tuve que salir la madrugada del lunes precipitadamente.

—¿Algún problema con la empresa? —Se sentó de lado, con las piernas cruzadas encima del sofá.

—No, me he ido por salud. —Agrandó los ojos.

—¿Te encuentras mal? —Al hacer la pregunta bajó la mirada a mi jersey, dejándola fija a la altura del pecho.

—Solo era por rutina. Mi ausencia repentina se debe a que no recordé que tenía cita en el hospital donde me operaron. Me la dieron hace tiempo, tengo que ir una vez al mes desde que me dieron el alta. Mi amigo Jacob me llamó al cabo de un rato de llegar de tu casa el domingo, si no hubiera sido por él no habría ido. Se me pasó por completo. —Sacudí la cabeza. »Cuando me lo recordó ya era muy tarde, estabas durmiendo y al día siguiente tenías que madrugar para ir a trabajar. Me fui mucho más temprano de la hora en la que sales a correr, quería llegar con tiempo suficiente. El problema es que lo que pensé que serían unas horas, al final se convirtió en un día completo.

»He salido del hospital esta mañana, sobre las nueve, después de entrar el día anterior a las ocho. No tenía forma de contactar contigo de manera rápida, para comentártelo. He aprovechado

hoy para quedar con mis amigos, ir a la empresa, tomar un café rápido con otra persona y ver a mis padres y comer con ellos, junto a mi hermana.

—Si los resultados han sido favorables todo está genial —sonrió tímida—. Porque lo han sido, ¿no?

—Sí —le confirmé, motivo por el que amplió la curva de sus labios—. Como te he dicho todo está perfectamente. —Me froté el pecho—. El doctor ha vuelto a recalcarme que no haga locuras ni excesos, pero por lo demás…

—Me alegro mucho, Demian —asintió.

—Siento de verdad el que te hayas preocupado.

—Era muy importante que no faltaras a la cita, por lo demás, me quedo con este momento. Me he pasado al pensar en cosas malas —negó.

—Yo también habría reaccionado de la misma forma. —La agarré de una mano—. ¿Ha cambiado algo entre nosotros?

—Por mi parte no —habló en tono bajo.

—Como no me has dado un beso… —sonreí de medio lado al ver sus mejillas cubrirse de color.

Tiré de su mano al mismo tiempo que ella se inclinaba hacia mí. Nuestros labios se rozaron y se buscaron en un beso calmado y muy bien recibido. Uno que a los pocos segundos cambió dejándonos sin respiración.

—¿Tienes el móvil por aquí? —le pregunté al no verlo en la mesa baja frente a nosotros.

—En la habitación.

—Ve a por él, voy a grabarte mi número de teléfono. Lo que ha sucedido no va a volver a pasar. Fue un fallo no intercambiárnoslos, pero como estamos al lado y no recordaba que tenía que irme…

—Claro. —Se levantó de un salto y sonreí.

Cuando me quedé solo, hice un recorrido visual por el salón, hasta fijar la vista durante unos segundos en el televisor apagado. Bajé la mirada hacia el asiento del sofá y cogí el libro que había estado leyendo Helia. Leí el título, lo abrí por la primera página y me encontró leyendo los primeros párrafos.

—¿Te gustan los libros de fantasía? —le pregunté con interés.

—Mucho, aunque leo de todo. —Ocupó el mismo sitio que antes, con el móvil en la mano.

—Así que te van los vampiros y los seres inventados de otros mundos… —sonreí de medio lado.

—Sí. —Me devolvió la sonrisa, tímida—. En esas historias el amor que traspasa las páginas es muy intenso y sobrenatural. Sé que es irreal, pero engancha y te enamora. —Se encogió de hombros—. Los thrillers también me apasionan y las historias románticas, tanto contemporáneas como de época. No me clasifico en ningún género literario, leo todo lo que me llama la atención.

—Está muy bien.

Desbloqueó el teléfono y me lo ofreció. Entré en la agenda y le grabé mi número. Me llamé a mí mismo para guardar el suyo más tarde y lo coloqué en la mesa. Me giré hacia ella, de lado.

—Solucionado —dije con un guiño.

—¿Los tuyos están todos bien? ¿Tu familia y amigos?

—Sí —asentí.

—¿Los echas mucho de menos?

—En algunos momentos bastante, en otros es llevadero. Igualmente estamos constantemente en contacto y es como si los tuviera cerca. Todo está bien, soy un solitario, aunque no por ello dejo de lado a ninguno de ellos.

»Me refiero a que me gusta tener mis momentos de soledad, los necesito. Aparte no nos separa tanta distancia. De hecho, el fin de semana conocerás a mis amigos, Jacob y Elsa. Vendrán el viernes y mis padres también me visitarán en las siguientes semanas.

—Me encantará conocerlos —sonrió.

—Prepararé una cena en mi casa, puedes invitar a Alan y a Alba.

—Vale.

—Es tarde, mañana madrugas. Se te ve cansada.

—La pasada noche no dormí nada. —Rio nerviosa.

La observé con el semblante serio. Me jodió que por mi culpa la pasara en vela, preocupada e inquieta. Porque si algo tenía claro es que el motivo había sido yo.

—No pasa nada, hoy voy a dormir muy bien. —Le quitó importancia, pasando la mano por mi pelo—. Ahora sí.

—No quiero molestarte para madrugar mañana, pero…

—Quédate —me interrumpió.

—¿Segura?

—Sí —asintió varias veces.

—Ya sabes que soy de dormir poco y de despertarme muy temprano. Cuando salgas a correr me iré a mi casa.

—Vale —sonrió feliz.

Solo por ver la expresión que mostró en su rostro, valía la pena no separarme de ella.

—¿Pedimos algo para cenar? Así es más rápido —le propuse.

—¿Unas *pizzas*?

—Por mí perfecto. —Le hice un guiño—. Mientras llegan voy a casa, quiero darme una ducha rápida y ponerme cómodo.

—Ve ya, ahora llamo.

Nos levantamos y me acompañó a la puerta. Me puse el abrigo y al llegar a su lado le rodeé la cintura con un brazo, acercándola a mi cuerpo.

—Te he echado mucho de menos —le confesé susurrando las palabras sobre sus labios.

—Y yo. —Cerró los ojos.

—No he dejado de pensar en ti, Helia —continué—. Yo también estaba intranquilo al no saber lo que pensarías al no encontrarme y al desaparecer.

Me dio un beso rápido y me abrazó con fuerza, apoyando la cabeza sobre mi pecho. Durante todo el tiempo que estuvimos abrazados nos mantuvimos en silencio, sin ganas de separarnos. Fue Ruby quien lo consiguió.

—Traviesa —dijo al pasar volando cerca de nosotros.

Soltamos una carcajada y salí de la casa. Me dirigí a la mía y fui directo a la habitación. Entré en el baño con un pantalón de chándal, una sudadera y la ropa interior, junto a los calcetines. Me metí en la ducha agradeciendo el contacto del agua caliente cayendo por mi cabeza. Fue un gustazo y cerré los ojos.

Me palpé la erección que había empezado a tomar forma. Apreté la mandíbula cuando balanceé la mano despacio, con movimientos muy lentos, disfrutando de la sensación con la imagen de Helia en mi cabeza.

No tenía la intención de llegar al final, eso lo reservaba para cuando estuviera con ella, pero aun así, no pude evitar darme placer durante un buen rato. Me acaricié el miembro, lo presioné y

llegado a un punto, lo que empezaron como caricias tomó más intensidad al masturbarme con fuerza y energía.

Abrí las piernas, posicioné mejor el apoyo de los pies y disfruté de todas las sensaciones electrizantes de llevarme al límite, sin traspasarlo. Eché el cuerpo hacia atrás para que el agua cayera directamente sobre el glande, mientras mi mano bombeaba incansable, deslizándose por todo el largo. Con los labios entreabiertos de mi garganta salieron jadeos de placer, mientras notaba cada vez más la urgencia por correrme.

En tensión, rígido, apoyé la espalda en las baldosas y apreté los párpados. Progresivamente bajé el ritmo, contraponiendo a la necesidad imperiosa que tenía por hacer lo contrario, para vaciar mi excitación. Estaba tan duro, excitado y preparado… Dejé salir el aire despacio, perdí el contacto con mi miembro al soltarlo y me pasé las manos por el pelo.

—Queda poco —murmuré.

Durante unos minutos no fui capaz de moverme, tiempo en el que esperé que todo se restableciera en mí. Cuando lo conseguí, aunque me costó, me enjaboné el pelo y el cuerpo. Me enjuagué y salí rápido de la bañera porque me urgía regresar junto a Helia, quería pasar el máximo de tiempo con ella y de esa forma, arreglar lo que había provocado.

Después de secarme el pelo y el cuerpo, me coloqué la ropa. No era de utilizar el secador, lo tenía más de decoración. Si no hubiera tenido que salir de casa me habría quitado muy bien el exceso de agua y humedad, y se terminó, pero con el frío que hacía fuera era suficiente para tener que lamentarlo.

No tardé en salir de casa y dirigirme a la suya. Me abrió la puerta con una gran sonrisa y me comí su boca mientras la hacía caminar hacia atrás.

—Falta poco para que llegue la cena —me dijo cuando le dejé los labios libres para poder hablar.

—Perfecto.

Me pidió que fuera al sofá, diciéndome que enseguida venía con refrescos. Al caminar hasta él, vi a Ruby dormido, con la cabeza hacia abajo y el pico tocando el plumaje del pecho. Cuando lo hacía no se despertaba con los ruidos, a no ser que te pusieras delante de él e insistieras para que lo hiciera.

En cuanto Helia dejó los platos, los vasos y las latas de refresco en la mesa baja, el timbre sonó. Me levanté para hacerme cargo yo, ignorando sus palabras. Al abrir la puerta cogí las cajas de las *pizzas* y le pagué al chico. Me agradeció la propina de la devolución y cerré.

—Que aproveche —dijo cuando abrimos las cajas.

—Igualmente —sonreí de medio lado.

Colocamos los primeros triángulos de *pizza* en cada plato y nos acomodamos en el sofá para ver algo entretenido en la televisión. De esa forma terminamos de cenar. Sobró de las dos *pizzas*, ya que eran demasiado grandes.

—Se terminó —dije cerrando las cajas.

—¿Quieres algo de postre?

—Del que me estás proponiendo no, me he quedado lleno. —Le quité la intención de ir a la cocina—. Tengo en mente otro mucho más jugoso, ese sí voy a comérmelo bien —sonreí de medio lado al ver un ligero rubor en sus mejillas.

Me levanté ofreciéndole una mano. La agarró y tiré de ella. Soltó un pequeño grito cuando me agaché y la cogí. Caminé por el salón con su cuerpo apoyado en mi hombro, mientras reía.

—¡Se me va a salir la *pizza*! —se quejó divertida.

—Tranquila que enseguida baja —respondí de la misma forma.

Ruby continuaba dormido, por lo que apagué la luz y recorrí el pasillo. Sustituyó las risas por suspiros, cuando mis manos le acariciaron las nalgas. Se las presioné separándoselas por encima de la ropa, muy cerca de su zona íntima. Presioné los dedos en ella, provocando que se removiera un poco y se sujetara a mi jersey por detrás, por donde colgaba la parte alta de su cuerpo.

—No sabes cómo he echado de menos esto —dije provocando que jadeara al separarle las piernas y deslizar los dedos por su sexo, de arriba abajo.

—Yo también —gimió al presionarle el clítoris por encima del pantalón del pijama.

—Se terminó la espera —aseguré al pararme junto a la cama—. Vamos a ponerle remedio.

Cuando la bajé al suelo, la agarré de la nuca y la besé con todas las ansias que me recorrían. Me apropié de su boca y lengua sin descanso, hasta dejarla sin respiración.

—Desnúdate y prepárate para mí. —Mi voz sonó ronca y profunda—. Quiero que te tumbes en la cama y te toques, que te pongas caliente y húmeda mientras con tus dedos te das placer. Yo he hecho lo mismo mientras me duchaba. —Jadeó—. Empieza, te necesito bien abierta y expuesta, no quiero perderme ningún detalle.

Me desprendí rápido de la ropa, quedándome desnudo en cuestión de segundos con un preservativo en la mano. Ella hizo lo mismo y siguió mis indicaciones. Fui a por una silla y la arrastré al lado de la cama, en el mismo en el que se había colocado a lo ancho, para quedarse frente a mí y darme una visión perfecta. Sentado me agarré el miembro con fuerza, con un primer plano de su sexo abierto, a poca distancia.

Disfruté al máximo al ver cómo con sus dedos se llevaba al límite, mientras mi mano se movía por todo el largo de mi erección. Sus ojos no se apartaron en ningún momento de lo que

me hacía, sus jadeos fueron cada vez más intensos, mientras su zona íntima brillaba por el exceso de fluidos.

—Ábrete con los dedos, muéstrame lo dilatada que estás —le pedí y tuve que carraspear para aclararme la voz.

Lo hizo, provocando que de mi garganta saliera un gruñido por lo preparada que estaba. Hasta este momento llegó mi control. Me levanté de golpe y me lancé a ella. Le aparté la mano y jadeó con fuerza, removiéndose encima de la cama, cuando mis labios le succionaron su punto de placer excitado y mi lengua lo lamió igualando la velocidad con la que lo habían hecho sus dedos.

Se corrió en mi boca, deleitándome con su orgasmo. Cuando conseguí separarme de la zona, cubrí su cuerpo con el mío y busqué sus labios para besarla con intensidad. Mientras lo hacía, sin darle tregua, acaricié el glande contra su sexo, disfrutando de su suavidad y de lo mojada que estaba. Lo resbalé por cada parte, introduciendo de vez en cuando la punta en su cavidad.

Tuve que echar mano de todo mi autocontrol para no colarme en su interior de un movimiento duro y rápido. Era lo que más deseaba, sentirla sin ninguna barrera de por medio, tenía que ser una puñetera locura disfrutar directamente de su calor, con la presión que ejercía entorno a mi erección.

Cuando el beso terminó, me incorporé llevándola conmigo. De pie, la giré para que me diera la espalda. No tuve que decirle nada, se subió de rodillas en la cama y apoyó las manos, abriendo mucho las piernas para darme acceso a lo que los dos deseábamos.

Dejé salir el aire despacio, con los ojos fijos en la visión que me ofreció. Se quedó apoyada con la cara y llevó las manos a sus nalgas, las que se separó, abriéndose frente a mis ojos. Ver su ofrecimiento y su sexo dilatado y brillante, a pocos segundos de perderme en él…

En tensión me coloqué el preservativo y la agarré de la cintura, acercándola a mí. Humedecí la protección con sus fluidos, provocando con los movimientos que se agarrara con fuerza las nalgas.

Sustituí sus manos por las mías y con una de ellas palpé su cavidad. De sus labios salieron varios jadeos por la intromisión de mis dedos, hasta que se quedó sin respiración al entrar en su interior como deseaba, hasta el fondo. Me volví loco embistiéndola, por lo que había iniciado y retrasado en la ducha de mi casa, y por todo lo que me provocaba hundirme en ella sin descanso.

Al cabo de unos minutos volvió a dejarse llevar, por mi parte aguanté el máximo tiempo posible, negándome a liberarme por el gustazo que sentía. Aumenté la fuerza y la velocidad, hasta que no pude controlarlo más y me corrí entre gemidos y gruñidos, mientras apretaba su cuerpo a mí ayudado por las caderas.

Capítulo 22



Con la taza de café con leche recién preparado, fui hacia la puerta y salí al porche, abrigado. No era el mío, estaba en la casa de Helia. Pasaba más tiempo en la suya que en la mía, pero es que para facilitarle las cosas entresemana lo prefería. De esta forma, ella no tenía que estar cargando con todo lo que necesitaba, ni trayendo a mi casa la ropa del día siguiente.

En cuanto se iba a trabajar nos despedíamos y yo me dirigía a la mía. Me senté en una silla y le di el primer sorbo al café, con la vista fija en la arboleda del parque. En él estaba Helia, hacía unos minutos que había salido a correr. Me habría encantado acompañarla, pero retuve el impulso de apuntarme. Hoy día no tenía la preparación suficiente como para seguirle el ritmo y tampoco quería frenarla, ni mucho menos preocuparla. De nuevo no, ya había tenido bastante con mi desaparición repentina al inicio de la semana.

Aunque la realidad es que ignoré mi necesidad de hacer deporte porque no quería arriesgar todavía. Prefería esperar a tener la última cita con Hans, mi doctor, el mismo que me operó. Solo entonces retomaría toda mi rutina, completa. Sucedería en unos meses, así que ya no quedaba tanto para conseguirlo.

Era viernes y estaba deseando que las horas pasaran, ya que mis amigos Jacob y Elsa llegarían sobre la una de la tarde. Por fin había llegado el día. Helia había hablado con Alan y Alba para invitarlos esta noche a cenar a mi casa, y ellos aceptaron encantados.

Mi hermana dudó durante toda la semana si anular una escapa de fin de semana que programó con sus amigos hacía un mes. Le quité la intención porque desde que lo supo me había hablado mucho de ello. Con la ilusión que le hacía no quise que viniera con mis amigos. No tenía sentido que se la perdiera, aquí podía venir en cualquier otro momento.

Curvé los labios cuando Helia entró en mi campo de visión. Se acercaba corriendo. Al llegar a la acera de enfrente levantó una mano hacia mí. Me bebí lo que me quedaba de café y me levanté.

—¿Bien?

—Sí —afirmó sofocada.

—Vamos dentro, vas a coger frío.

Entramos y ella se fue hacia la habitación, mientras yo iba a la cocina para dejar la taza limpia. Ruby estaba en el poyete de la ventana del salón, concentrado en el exterior. Siguió a lo suyo. Me quité el abrigo y fui a darle encuentro a Helia.

Enseguida me recreé la vista con la imagen de su cuerpo desnudo. Había empezado a ducharse y el agua corría libremente por su piel. Apoyé la espalda en la puerta sin hacer mucho ruido, por lo que no se dio cuenta de mi presencia.

Me excité recordando el sexo que habíamos disfrutados antes de levantarnos de la cama.

—Eh, no te había visto —dijo cuando se dio cuenta.

—Un poco difícil al tener los ojos cerrados —sonreí de medio lado.

—¿Quieres entrar?

—No me tientes…

—¿Yo? —Se hizo la sorprendida.

—Tienes el tiempo justo para terminar y tomarte un café rápido, créeme que si no fuera así, ya estaría dentro. —Levanté una ceja.

—Nunca he llegado tarde, por una vez que suceda… —Se mordió el labio inferior, con los ojos puestos en el bulto que se marcaba en mi pantalón de deporte.

—Lo reservo para la noche, pero regálame algo… Frótate como me gusta.

Soltó un suspiro y después de lavarse el pelo y de que yo siguiera el movimiento que hicieron sus pechos, echó jabón en la esponja y se la pasó por todo el cuerpo, dándome el gusto de lo que le había pedido. Me encendí por completo al ver la escena que me regaló, sobre todo, cuando tiró la esponja y la sustituyó por las manos.

Fue un calvario que yo mismo me busqué, pero uno al que no quería negarme.

—Ya está —dijo saliendo.

Le ofrecí la toalla y se secó. Tampoco me perdí ningún detalle, por lo que se esmeró en ciertas partes de su cuerpo. Me impulsé separando la espalda de la puerta y di los pocos pasos que nos separaban. Necesitaba salir del baño cuanto antes porque mi autocontrol tenía un límite y estaba a nada de saltármelo.

Me fui con el regalo de un beso apasionado y más duro si cabe porque durante el tiempo en el que nuestros labios y nuestras lenguas se buscaron, su mano no dejó de presionar y acariciar mi erección por debajo del pantalón y del bóxer. Como reprimenda le di una palmada en el trasero.

La dejé sola porque si no, no terminaría a tiempo de prepararse.

Después de quince minutos apareció en el salón vestida y con el abrigo puesto.

—Gracias. —Se sentó en el sofá, junto a mí, colocando el bolso en la mesa baja.

Su agradecimiento se debía al café con leche que le había preparado. Cogió la taza y bebió de él.

—¿Sabes algo nuevo de tus amigos?

—No, hasta que no estén montados en el coche para venir no me llamarán. Ahora estarán liados con el trabajo —asintió.

—Tengo que irme —dijo con una mueca.

Reí por las pocas ganas que tenía y tiré de ella cuando me levanté. La empujé hasta la puerta, me puse el abrigo y salimos despidiéndonos de Ruby.

Después de besarnos, ella se dirigió a su coche y yo hacia mi casa. Desde mi porche nos despedimos por última vez. No entré hasta que el coche dejó de ser visible.

Quería ir al pueblo a por comida y bebida, para que no faltara de nada los días que mis amigos estuvieran. Y teniendo en cuenta que por la noche necesitaría un extra para cuando nos reuniéramos con los de Helia… Pasé por la ducha, me vestí y a punto de irme me entretuve al recibir un mensaje.

Yeray: *¿Cómo va, Demian? Espero que tan bien como cuando nos vimos al inicio de la semana. Ya tengo la información que querías.*

Demian: *Esperas bien, estoy igual. Perfecto, envíamela por correo. ¿Qué tal por ahí?*

Yeray: *Enseguida la tienes. Ya sabes, con mi rutina de siempre.*

Demian: *Me gustaría saberlo mejor.*

Yeray: *No seas quisquilloso que estás haciendo tu parte* —sonreí—. *Tú céntrate en eso, pero sobre todo en cuidarte.*

Demian: *Estoy en todo, tranquilo.*

Yeray: *¿Tranquilo? No he dudado ni por una milésima de segundo que estás en todo. Ja, ja, ja… Te dejo, tengo una reunión en la que me van a tocar las narices y necesito prepararme mentalmente unos minutos.*

Demian: *Que vaya bien e intenta no explotar, al menos al principio.*

Yeray: *Eso es lo que tendría que hacer y llevarme por delante a más de uno.* —Reí.

Demian: *Estamos en contacto, que vaya bien.*

Yeray: *Pobre de ti que no me digas de tus avances, voy a ese pueblo y entonces sí que te vas a enterar. Igualmente, hablamos.*

Divertido, esperé a que me llegara el correo. Lo recibí a los pocos segundos y accedí a él. La seriedad cubrió mi cara, mientras leía toda la información que apareció en la pantalla.

Dándole vueltas a varias cosas en la cabeza, guardé el móvil en un bolsillo del abrigo y fui a coger la cartera que estaba en la mesita de noche.

Salí de casa y me monté en el coche, para ir directo al supermercado más grande que había en el pueblo. Quería comprarlo todo de una vez, no me apetecía estar dando vueltas de un lado para el otro.

A las diez y cuarto ya estaba de vuelta. Recogí y organicé los armarios con toda la compra nueva, al igual que metí en el congelador y en la nevera todo lo que requería frío. Miré el reloj de pulsera y sonreí porque me daba tiempo a llegar al trabajo de Helia. Había pensado sorprenderla para ir a desayunar juntos en su tiempo de descanso.

Con esa intención tomé el camino del centro del pueblo y estacioné bastante cerca de él. Me había explicado cuál era su trabajo, como también dónde exactamente estaba su oficina del banco. Hasta ella llegué, abrí la puerta y miré la zona amplia que quedó delante. Varios pares de ojos se centraron en mi presencia, pero no presté atención a nada, solo en localizar a Helia. No tardé en hacerlo, o más bien a su voz al hablar con algún compañero, porque… ¿Estaba debajo de la mesa?

Con una ceja levantada caminé hasta ella.

—¿En esto es en lo que te entretienes en tu horario laboral? ¿Te ocultas de los clientes? —Me hice notar, hablando con humor.

Notar que no ver, porque continuaba en el suelo.

—¿Qué…? —Reaccionó.

La mesa se tambaleó un poco, por el golpe que le dio con la cabeza. Debía haberla levantado demasiado rápido.

—Joder. —Apareció ante mí frotándosela—. Demian…

—¿Te has hecho mucho daño? —Quise saber sin rastro de diversión.

—No, ha sido un golpecito —sonrió—. ¿Qué haces aquí?

—Darte una sorpresa para ir a desayunar juntos. —Metí las manos en los bolsillos del pantalón—. He terminado rápido del supermercado y me apetecía hacerlo. Es la hora en la que sales, ¿no?

—Sí —respondió con una gran sonrisa—. Me encanta, gracias.

Se colocó el abrigo y le pedí que no cogiera el bolso. No lo necesitaba para nada y la oficina se quedaría cerrada cuando el último compañero de ella saliera. Se guardó el móvil en un bolsillo y se puso a mi lado. Me hizo gracia ver el rubor de sus mejillas porque le rodeé los hombros con un brazo. En ese instante ya teníamos todos los ojos puestos en nosotros.

Lo mismo me daba, no tenía nada que ocultar y no iba a dejar pasar la oportunidad de estar cerca de ella. Caminamos por la oficina mientras se despedía de todos y para tener más intimidad, elegí ir a una cafetería que estaba hacia el mismo lado que el bar en el que comía, en sentido contrario a la cafetería en la que cada mañana desayunaba. También me lo comentó cuando me habló de su trabajo.

Aprovechamos muy bien el tiempo, conversando con dos buenos desayunos y, sobre todo, disfrutando de nuestra compañía. Cuando se le acabó el tiempo nos despedimos en la puerta de la oficina y me dirigí a casa, parar preparar las dos habitaciones que ocuparían mis amigos.

Cada vez quedaba menos para que llegaran y me vine arriba porque estaba deseando presentarles en persona a Helia, aparte de las ganas que tenía de verlos. Cuando estaba a punto de llegar a casa recibí un mensaje de Elsa, en el que me decía que habían adelantado la salida y que se ponían en marcha en este mismo instante.

Al estacionar frente a la casa le respondí, añadiendo la ubicación para que no tuvieran problema en llegar. No era complicado, ni mucho menos lioso, pero aun así, lo hice para que la tuvieran clara. Al entrar, conecté la calefacción y fui a ponerme cómodo para arreglar las habitaciones. Las camas solo tenían una sábana bajera, como no las utilizaba y la verdad, como iba alternando entre la casa de Helia no me había parado en ponerme con los detalles. Cuando terminé me metí en la cocina para dejar la comida preparada, solo a falta de darle el toque final.

Todavía era pronto, pero como nos liaríamos a hablar y si le sumábamos el cachondeo... De esta forma solo faltaría encender el fuego y se terminó, podría estar por ellos.

Capítulo 23



Helia

No me demoré en salir del trabajo, de hecho, lo hice unos minutos antes. Había dejado todo organizado para el lunes y lo que tenía que hacer hoy lo terminé media hora antes de decidir irme. A la oficina ya no iba a entrar nadie, tenía la persiana medio bajada.

Caminé por la calle animada, dirigiéndome al coche. Demian me envió un mensaje cuando llegaron sus amigos y tenía muchas ganas de llegar a casa, darme una ducha e ir hacia su casa para conocerlos. Mis amigos se presentarían allí directamente, un poco más tarde.

Me paré en medio de la acera y busqué el teléfono en el bolso, me estaba sonando una llamada.

—Papá —dije al responder.

—Hola, hija. ¿Cómo se presenta el fin de semana?

Me sorprendió su pregunta y que se acordara de mí, pero fueron muy bien recibidas las dos cosas, aunque no lo mostré en mi tono de voz.

—Muy bien, para empezarlo voy a cenar con amigos. ¿Y a ti? ¿Has regresado o continúas de viaje?

—Perfecto. Todavía estoy liado. Llegué hace unos días, pero me he vuelto a ir. Ya sabes que paro muy poco por casa, por no decir que me es más extraña que los hoteles en los que me hospedo.

—Ya…

—Te llamo para pedirte un favor.

«Ya decía yo», ese fue mi pensamiento.

—¿Qué necesitas?

—Que te pases en algún momento de este fin de semana por mi casa. Llevo dándole vueltas a la cabeza desde que me fui, no estoy seguro de haber dejado la puerta trasera cerrada y aún me queda para volver. Intento hacer memoria de si lo comprobé, pero es que no lo recuerdo.

—Tranquilo, me daré una vuelta y me aseguraré de que todo esté bien.

—Gracias, cariño. Disfruta de la noche y pásatelo bien.

—No hay de qué. Igualmente.

Después de una despedida rápida en la que no hubo ningún te quiero, ni nada por estilo, colgué. Solté un suspiro largo, no iba a ser yo la primera en dar indicios de nada, bastante había hecho el tonto años atrás. Eché a mi padre de mis pensamientos cuando llegué al coche. Al arrancar volvió a sonarme otra llamada, pero esta vez sonreí. Era Alba.

—¿Qué me pongo? —me preguntó nerviosa.

—¿Ropa? —hablé con tono divertido.

—Ja, ja, ja… Oye, sería un puntazo aparecer desnuda, me aseguraría tener toda la atención. —Soltó una carcajada y negué mientras me incorporaba a la carretera.

—Si no coges una pulmonía antes…

—Calla, que se me ha puesto el vello de punta. Argg… —Reí—. ¿Qué te vas a poner tú?

—Seguramente el vestido de punto grueso. Abriga mucho y es un poco diferente. Total, no voy a estar mucho tiempo en la calle, lo que tarde en llegar de mi casa a la de Demian, porque no voy a salir de la suya en todo el fin de semana.

—¡Qué rabiosa eres! ¡No me lo restriegues por la cara! —Esa vez la que solté una carcajada fui yo.

—Mi padre me ha llamado un poco antes que tú.

—¿Qué dices? ¿En serio?

—Sí. Para pedirme un favor.

—Joder. ¿Cuál?

—Regresó del último viaje al que se fue la misma tarde del día en el que lo vi en el centro del pueblo en el que vive, cuando fuimos a pasar el día allí. Pues ha vuelto a irse hace poco y no recuerda si dejó la puerta trasera de la casa cerrada con llave. Para eso tengo que ir, para comprobarlo porque tardará en volver.

—Pues vaya, desplazarte hasta allí solo para eso. —Bufó—. ¿Cuándo irás? ¿Quieres que te

acompañe?

—Más tarde te lo digo. Cuando se lo comente a Demian va a querer llevarme, pero me sabe mal que pierda tiempo con sus amigos. Para dos días que van a estar…

—Tampoco os llevaría mucho, pero sabes que solo tienes que decirme la hora y voy a por ti para salir para allí.

—Lo sé —sonreí—. Estoy cerca de casa ya.

—Vale, ¡y yo sin ducharme todavía! —Alzó la voz.

—Hay tiempo. Son las seis y cuarenta, es temprano.

—Con lo que me va a costar elegir la ropa… —Lloriqueó.

—Porque quieres, con cualquier cosa que te pongas estarás divina.

—¡Te quiero! —gritó y solté una carcajada.

—He hablado con Alan hace una hora, llegará sobre las ocho. Para que calcules, por si quieres aparecer con él.

—Ahora lo llamo para que me recoja, hoy no me apetece conducir.

—Perfecto. Nos vemos en un rato.

—Hasta ahora cariño.

La llamada se cortó cuando aminoré la velocidad. Casi parada giré el volante y estacioné delante de la casa, en la zona habilitada para ello. Quitando la llave del contacto dirigí la mirada a la de Demian, salía luz por las ventanas.

Me di prisa por salir y entrar en la mía.

—Bienvenida. Helia —me saludó Ruby.

—Hola, precioso. ¿Qué tal ha ido el día?

—Ruby. Bueno —sonreí.

—¿Eso qué quiere decir? ¿Me voy a llevar la sorpresa con algo?

Movió las alas cuando le acaricié la cabeza.

—Dentro de un rato me iré a cenar a la casa de Demian. Pasaré la noche y el fin de semana con él, pero vendré para ponerte de comer y para estar un rato contigo, ¿vale?

—Vecino. Tío bueno. Ruby. Mejor. —Reí.

—¿Te cuento un secreto? Tú eres el número uno.

—Uno. Ruby. Guapo. Tremendo.

Riendo cogí su cuenco y fui a la cocina, para llenárselo de comida. Al regresar y colocarlo dentro de la jaula me di cuenta de que le quedaba poca agua y aproveché para llenarle el recipiente. Cuando terminé, me dirigí a mi habitación. Me desprendí del abrigo, de la bufanda y del bolso, dejándolos encima de la cama, y me puse delante del armario para coger la ropa.

Como le había dicho a Alba, elegí el vestido de punto grueso, unas medias, los botines, la ropa interior y me encerré en el baño, para salir preparada del todo. Me duché rápido, no tenía que lavarme el pelo. Me vestí de la misma forma y me di color en la cara, con un poco de colorete. Fue lo poco que me maquillé, junto a un labial con el que me pinté los labios, resaltándolos.

Me quité la pinza del pelo y me lo cepillé antes de pasarme la plancha. Iba a dejármelo suelto, por lo que me esmeré hasta que estuvo perfectamente liso.

Apagué el calefactor y salí del baño, yendo hasta la cama para ponerme el abrigo y la bufanda. Saqué una mochila pequeña en la que metí ropa interior, un pijama, varias mudas de ropa de calle para no entretenerme cuando viniera a ver a Ruby, las cosas esenciales de aseo como el cepillo de dientes y alguna más, y ya estaba lista para irme.

Con la mochila en una mano y el bolso colgado al hombro, salí de la habitación y me despedí de Ruby en el salón. Me aseguré de cerrar bien y bajé las escaleras del porche. Al llegar a las de Demian, justo en ese momento, él abrió la puerta.

—Hola —lo saludé.

—Hola. —Me rodeó la cintura con un brazo, cuando me puse frente a él—. Te has adelantado, iba a buscarte —susurró sobre mis labios, antes de darme un beso intenso.

Cuando nos separamos me agarró de la mano y me llevó dentro. Miré hacia el sofá, en él vi por primera vez a sus amigos, estaban sentados. Se levantaron rápido y se acercaron a mí.

—Hola, Helia. Yo soy Jacob. —Se presentó el primero.

—Encantada de conocerte —le sonreí y asintió devolviendo el mismo gesto.

—La más guay del grupo soy yo, que no te nublen la mente estos chicos. Mi nombre es Elsa, tenía muchas ganas de que llegara este momento —habló animada y pizpireta.

—Vale, lo tendré en cuenta. —Reí un poco nerviosa—. Yo también.

Nos dimos besos los tres.

—Dame la ropa de abrigo, el bolso y la mochila —me pidió Demian.

Medio giré hacia él desprendiéndome de todo y lo dejé en sus manos. Se perdió por el pasillo y tontamente no conseguí aplacar los nervios que me habían entrado al conocer a dos personas importantes para Demian.

—Ven, vamos a ponernos cómodas —me pidió Elsa, antes de caminar hasta el sofá.

La seguí y mientras me sentaba le respondí a Jacob, quien me preguntó qué quería beber.

—Un refresco —asintió sin perder la sonrisa.

—Quítate los nervios. —Me centré en Elsa—. Ya has visto que somos muy normalitos y sin nada destacable. —Levantó las dos cejas varias veces, de forma divertida.

—Tenía mucha ilusión por conoceros, sé lo importantes que sois para Demian. —Me froté las manos en la ropa.

—Y nosotros, nos ha hablado mucho de ti —confirmó Jacob, apareciendo con mi refresco y un vaso.

Se sentó a mi otro lado, justo cuando el anfitrión de la casa se acercaba a nosotros.

—¿Ya la habéis rodeado? —les preguntó a sus amigos, con una ceja levantada.

—Eres un acaparador, ¡la quieres solo para ti! —soltó Elsa.

—¿Acaso teníais alguna duda al respecto? —Se cruzó de brazos, pasando la mirada de uno a otro.

—A mí no me incluyas —dijo Jacob, antes de soltar una carcajada.

Los labios de Demian se curvaron de medio lado. Entre bromas y protestas consiguió hacerse un hueco entre Elsa y yo, y se sentó entre las dos. Las bromas fueron de Demian, las protestas de Elsa. Le sonreí cuando me agarró una mano e iniciamos una conversación amena, la que consiguió relajarme.

Los nervios desaparecieron rápido, pero Elsa y Jacob tuvieron mucho que ver para que lo consiguiera. Se mostraron muy amables, divertidos y cercanos hacia mí, lo que agradecí inmensamente.

Al poco tiempo me dio la sensación de que nos conocíamos de hacía bastante, fue raro sentir esa conexión.

—Voy a encender el fuego, Alba y Alan deben estar a punto de llegar —comentó Demian.

—¿Te ayudo? —le propuse.

—Claro. —Me hizo un guiño.

Lo seguí a la cocina y en cuanto dejamos de ser visibles para sus amigos me acorraló con su cuerpo en la encimera. Fui al encuentro de sus labios con las mismas ganas que recibí de él. El beso me dejó temblorosa y me supo a poco.

—¿Ya te has relajado? —me preguntó en tono bajo, colocándome el pelo hacia atrás.

—Sí —afirmé sonriendo—. Me gustan tus amigos.

—A mí también, a ratos. —Reímos—. ¿Cómo se ha quedado Ruby? Antes de acostarnos podemos ir a verlo si quieres.

—No es necesario. Lo he dejado comiendo y sin ruido se dormirá rápido. Mañana cuando me levante iré —asintió—. Se ha quedado contento, le he dicho que es el mejor, el número uno. —Apretó los labios.

—Sí, ¿eh? —Ladeó un poco la cabeza—. A ver si sigues pensando lo mismo cuando estés en mi cama. —Pegó su cuerpo al mío. Coloqué las manos en su pecho y se lo acaricié por encima del jersey.

—Estoy deseando que me hagas cambiar de opinión. —Le di un beso rápido.

Me atrapó el labio inferior entre los suyos antes de separarme y me agarró de la nuca para volver a besarme con intensidad.

—Mi padre me ha llamado cuando he salido del trabajo —comenté cuando nos separamos.

—¿Bien? —Analizó mi expresión.

—Sí, solo quería pedirme un favor.

Su mandíbula se tensó, pero no supe que pasó por su cabeza porque no dijo nada al respecto. No hacía falta, sabía de sobra lo que parecía desde fuera, lo mismo que desde dentro de mí.

Capítulo 24



Demian

—¿Qué te ha pedido? —Le di la espalda y me acerqué a la vitrocerámica.

Coloqué bien la olla y encendí el fuego en una temperatura media.

—Si puedo ir a su casa este fin de semana. —Apoyé la cadera en la encimera y me crucé de brazos, mirándola directamente.

—¿Para qué?

—Ha vuelto a irse de viaje y no recuerda si dejó la puerta trasera cerrada. —Se encogió de hombros—. Será rápido, iré con Alba o Alan.

—¿Por qué no cuentas conmigo? —Levanté una ceja.

—No quiero que pierdas tiempo de estar con tus amigos.

—Helia, me importa más no dejarte sola. Ellos pueden acompañarnos si quieres, igualmente si decidimos ir por nuestra cuenta no nos llevará mucho tiempo estar de vuelta.

—No, será rápido —asintió varias veces al decirlo.

—Pues perfecto, mañana vamos en un momento.

—Gracias —me sonrió—. ¿Te ayudo a preparar algo?

—Ya está todo listo. Esto lo he preparado hace tiempo, lo he tenido en la nevera hasta hace poco. —Señalé la olla—. Jacob y Elsa me han ayudado a preparar los entrantes. —Dirigí el dedo a varias bandejas tapadas que estaban en una esquina de la encimera—. Lo único que tienes que hacer es relajarte y disfrutar. —Le hice un guiño.

—Vale. Ya están aquí —dijo mirando hacia la puerta, el timbre acababa de sonar.

—Sí. Vamos. —La agarré de la mano y salimos juntos para recibir a sus amigos.

Jacob y Elsa se acercaron a nosotros, ya caminaban hacia la puerta. Entraron sonrientes y cerré.

—Hola, mi nombre es Alba —saludó animada a todos, pero centrándose en los que no conocía.

—Hola, yo soy Elsa. —Le dio dos besos, los mismos que le devolvió ella—. Encantada.

—Igualmente.

Jacob le siguió antes de tocarle el turno a Alan. Helia y yo también recibimos nuestros besos y por mi parte añado un apretón de hombros de Alan.

Me dieron la ropa de abrigo como les pedí y me alejé de ellos para llevarla a una habitación. Al regresar al salón sonreí apoyándome en el marco de la puerta, se habían sentado en el sofá y varias sillas. Conversaban en un ambiente perfecto, en el que las risas predominaban.

En ningún momento tuve una mínima duda de que el encuentro se daría de esta forma. Conociendo el carácter de todos era muy fácil que encajaran como estaba viendo. Antes de unirme a ellos me desvié hasta la cocina y coloqué en una bandeja un aperitivo, incluyendo los canapés que habíamos preparado para picotear un poco.

El resto de los entrantes los reservé para cuando nos sentáramos a la mesa para cenar.

—¿Más bebida? —les pregunté dejando la bandeja frente a ellos.

Alba y Alan ya tenían las suyas.

—Voy a por una cerveza —dijo Jacob, levantándose—. Ponte cómodo. —Me apretó un hombro—. ¿Alguien quiere algo más?

Elsa se animó a otra ronda, el resto estaban servidos por el momento.

Me puse al lado de Helia y le sonreí al ver cómo me miró.

—¿Cómo es vivir en una ciudad? —Quiso saber Alba.

—A veces lo agradeces y otras, la gran mayoría, solo quieres huir a un lugar más tranquilo —le respondió Elsa—. Demian nos ha dicho la calma que se respira aquí y la verdad es que lo hemos notado enseguida.

—Nosotros estamos acostumbrados, puede que vosotros os agobiéis —comentó Alan. Se llevó el botellín de cerveza a los labios, sin apartar la vista de Elsa.

—Yo no —rio ella—, y menos en tan poco tiempo. —Le hizo un guiño—. Si estuviera más

días estoy segura de que los aprovecharía al máximo, lo poco que he visto y conocido se ve muy interesante —sonrió de medio lado.

Fruncí los labios, conteniendo la diversión. Miré de reojo a Alan, continuaba con su atención puesta en Elsa. Yo no era el único que había pillado la indirecta de ella, él no había tenido problema en identificarla. De ahí el cruce de miradas que se dedicaron.

—Todos los extremos cansan en algunos momentos —comentó Helia, consiguiendo que dejaran de observarse.

—Por supuesto —añadió Alba—, pero yo no rechazaría la oportunidad de disfrutar una temporada lejos de aquí. Pero con vosotros por delante. —Señaló a sus amigos.

—¿Cómo va? —Quiso saber Jacob cuando regresó con la bebida. Le ofreció un botellín a Elsa.

—Aquí, hablando animados mientras tu amiga y mi amigo se comen con los ojos —soltó como si nada Alba.

Los aludidos fijaron la vista en ella, dejando ver la sorpresa en sus rostros. Más él que ella. El resto soltamos una carcajada y por cómo se rio Helia, supe que conocía muy bien a su amigo como para interpretar lo que le sucedía.

—Deja de beber —le advirtió Alan, sacudiendo la cabeza.

—¿Yo? Estoy perfectamente y disfrutando un montón. —Rio ella.

Cambié el tema de conversación, iniciando uno nuevo. Me levanté para poner música y mientras las rondas de bebida se añadían dimos buena cuenta de la comida. Un rato después de dejar la bandeja vacía, nos trasladamos a la mesa. Entre Jacob, Elsa y yo fuimos llenándola de comida. Lo último fue una botella de vino que abrí y serví en las copas.

—¿Todo bien? —le susurré en el oído a Helia.

Me incliné sobre ella, a su espalda, antes de llenarle la copa.

—Perfectamente. —Giró la cabeza hacia mí y aproveché para besarla, llevaba demasiado tiempo sin hacerlo.

Los dos reímos cuando nuestros amigos se pusieron a aplaudir y a silbar por ese motivo, con las mejillas de Helia ruborizadas.

Ocupé la silla de su lado y empezamos a cenar en un ambiente genial. Me divertí mucho viendo los cruces de miradas que fueron de un lado al otro de la mesa.

—Voy a hacer un brindis —se animó Jacob. Todos cogimos las copas—. Ha sido un verdadero placer conoceros a todos y espero que esta sea la primera de muchas veces que nos

volvamos a reunir. Por nosotros —levantó su copa—, por la amistad y por el amor que nace en las situaciones más inesperadas. Salud.

Nos levantamos para chocar las copas y las vaciamos a petición de Elsa, la que insistió hasta que quedaron vacías. La noche continuó avanzando perfectamente y cuando dimos la cena por finalizada, al cabo de un buen rato, nos trasladamos de nuevo a la zona del sofá.

—¿Quedamos mañana? —propuso Alba— Podemos enseñaros en el pueblo y si queréis ir a otro de los alrededores.

—Genial —aceptó Elsa.

—Yo no sé si podré —comentó Alan y todos centramos la mirada en él—. Estoy a la espera de saber si tengo que trabajar para cubrir a un compañero.

—Vaya —dijo Helia, haciendo una mueca.

—Ya sabes cómo va. —Le hizo un guiño él.

—¿En qué trabajas? —Se interesó Jacob.

—Soy guarda forestal.

—Qué interesante —le sonrió Elsa. De nuevo otro cruce de miradas que dejaron que fuera visible para todos.

—¿Cuándo lo sabrás? —Quiso saber Helia.

—Está de guardia ahora, cuando termine.

—No vas a dormir mucho si tienes que ir —dijo pensativa Alba.

—Si voy será a media mañana, no hay problema.

Durante una hora y media más continuamos disfrutando de la noche y de la compañía, hasta que los amigos de Helia dijeron que se iban. Recogimos entre todos el salón, a pesar de que les insistí en que no hacía falta. En la cocina quedaron pocas cosas por lavar, pero sería para el día siguiente.

Los acompañamos a la puerta y nos despedimos de ellos. De Alba hasta el día siguiente a las once, de Alan no lo supimos porque todavía estaba a la espera de que su compañero le dijera algo. Después de los abrazos y besos salieron de la casa y cerré con llave.

—Hora de recogerse en las habitaciones —dijo Elsa, con voz cantarina.

Fue una clara invitación para Helia y para mí, para dejarnos solos y que pudiéramos tener intimidad.

—Te sigo. —Rio Jacob—. No te olvides de ponerte tapones.

Nos dimos las buenas noches entre risas y desaparecieron por el pasillo. Helia y yo no tardamos en hacer lo mismo, para ir a mi habitación.

—¿Estás contenta por lo bien que ha ido? —le pregunté cuando nos aislé en mi habitación.

—Claro, ha sido perfecto —me confirmó sonriendo—. Jacob y Elsa son geniales.

—Me alegro de que tengas esa sensación. —La rodeé con los brazos—. Por fin te tengo solo para mí —susurré sobre sus labios.

—No veía el momento de que se fueran a dormir. —Solté una carcajada antes de besarla.

Me encantaba que tuviera mi misma necesidad. No íbamos a rechazar pasar tiempo con nuestros amigos, pero que se le acumularan las ganas de estar íntimamente conmigo calentó mi interior, mientras mi cuerpo se caldeaba por la intensidad que fue tomando la unión de nuestros labios y lenguas.

Cuando nos separamos, con las respiraciones alteradas, le quité el vestido. Lo único que quería era tenerla desnuda y no tardé en conseguirlo, deshaciéndome del resto de obstáculos que cubrían su cuerpo. Solté un pequeño gruñido cuando mis manos se llenaron con sus pechos. Me agaché para llevarme el primero a la boca, provocando que contuviera la respiración y jadeara al tirar con los dientes del pezón endurecido.

—Deliciosa —murmuré con la voz tomada por el deseo.

Tiró de mi jersey y la ayudé a que saliera más rápido. Me acarició con las manos el pecho, para después besármelo. Cerré los ojos al sentir sus labios acariciarme la cicatriz, en la que dejó besos cortos por todo el largo de ella.

—Estoy bien —le recordé agarrándola de la nuca, subiéndole la cabeza para que me viera bien la cara.

—¿Si no fuera así me lo dirías? —susurró.

—Por supuesto. —Le acaricié el pelo—. Quédate tranquila.

La cogí en brazos y con sus piernas apretándome la cintura caminé hasta la cama, donde la tumbé de espaldas cubriendo su cuerpo con el mío. Sin separarnos volvimos a besarnos. Al abandonar sus labios empecé un camino de besos por su piel.

La noche iba a ser larga, quería escuchar sus jadeos y gemidos interminables durante gran parte de ella. Necesitaba tener el recuerdo de ellos en mi habitación para cuando estuviera solo aquí. Su respiración agitada, sus suspiros y el contacto con su cuerpo me puso más duro de lo que estaba.

Un gemido amortiguado salió de su garganta, al taparse la boca con las manos. Manteniendo sus piernas abiertas besé y lamí su zona íntima, llevándola al punto que necesitaba. Se movió encima del nórdico, agarrándome del pelo, sintiendo la desesperación de querer alcanzar el orgasmo con mi boca.

Y lo consiguió, no paré hasta que se liberó con el cuerpo en tensión. Me aparté sonriendo de medio lado. Me lamí los labios con su esencia, disfrutando de su imagen desnuda sobre mi cama. Tenía los labios entreabiertos y las mejillas cubiertas de un ligero rubor, con los ojos brillándole más de la cuenta.

Fui hacia la mesita de noche y del primer cajón saqué la caja de preservativos. La lancé a su lado.

—¿Todos? —Se mordió labio inferior.

—Para empezar. —Levanté las dos cejas, varias veces—. Mañana compraré más.

Nos dio por reír, ella por los nervios y la anticipación, yo por ver su reacción.

Como he adelantado, la noche iba a ser muy larga. Acababa de empezar.

Capítulo 25



Helia

Me removí en la cama. Fue de lo primero de lo que fui consciente y de la curva de mis labios. Abrí los ojos despacio y dirigí la mirada a la ventana. La luz del día se colaba por ella. Me encontraba sola en la cama de Demian y me incorporé despacio, quedándome sentada.

No podía ser muy tarde porque habíamos quedado con Alba a las once, para pasar el día fuera. Me levanté y corrí al baño con la mochila. Estaba desnuda, con el ritmo que habíamos tenido durante la noche, Demian no me dejó cubrirme con nada, solo con su cuerpo encima y a los lados de mí.

Sonreí como una tonta mirándome en el espejo. No habíamos dormido mucho, descansamos a intervalos después de sucumbir al placer, menos las últimas horas.

Me aseé notando el cuerpo cansado y busqué la ropa que iba a ponerme rápido. Tenía la piel erizada, a pesar de que se notaba la calefacción. Me la coloqué, me peiné y salí dejando la mochila encima de la silla en la que la dejé el día anterior.

Iba a salir cuando escuché el sonido amortiguado de la melodía de una llamada. Fui hacia el bolso y saqué el móvil, haciendo una mueca porque no tenía mucha batería. Se me olvidó apagarlo. Eran casi las nueve.

Extrañada descolgué.

—Papá. ¿Pasa algo? —pregunté porque si ayer no me lo esperaba, hoy menos, siendo tan seguido.

—Hija, perdona que te moleste a estas horas.

—No pasa nada.

—Acababan de llamarme de la empresa de la alarma, ha saltado.

—¡No me digas!

—Pues sí, cada vez estoy más seguro de que dejé la puerta abierta. Joder, qué cabeza.

—¿Qué hago? ¿Qué te han dicho de la alarma?

—Al comentarles que estoy de viaje me han aconsejado que alguien revise la vivienda, lo más urgente posible. Han enviado a la policía, pero desde el exterior no han visto nada, ni siquiera a través de las ventanas. No han entrado porque no me he enterado de la primera llamada.

—No te preocupes, voy para allí. ¿Vale?

—Acuérdate de llevarte las llaves, no vaya a ser que sí cerré la puerta trasera y esto ha sido una casualidad. Con el paso de los días es evidente de que en la casa no hay nadie.

—Tranquilo, ahora las cojo. Cuando llegue te llamo, ¿podrás descolgar?

—Estaré atento. Si estoy en una reunión saldré.

—Vale, pues en un rato hablamos.

—Gracias, hija.

—No hay de qué.

Al colgar solté un suspiro. Acababa de estropear nuestros planes con el resto, pero bueno, ya les daríamos encuentro cuando volviéramos. Salí de la habitación para encontrar a Demian, pero al último lugar al que llegué era la cocina y no estaba en ella, tampoco.

Fui a la habitación para llamarlo, no tenía ni idea de dónde podía estar. Las puertas de las habitaciones que ocupaban Jacob y Elsa estaban cerradas. Marqué su número y me giré en la habitación, haciendo una mueca. Sonó cerca, no se lo había llevado.

Al escuchar una puerta abrirse salí al pasillo. Me encontré con Elsa.

—Hola —me saludó sonriente.

—Hola —le correspondí con la misma expresión—. ¿Has descansado bien?

—Como un bebé. —Rio—. Llevo casi una hora despierta.

—Ah, entonces… ¿Sabes dónde está Demian? Me he despertado sola en la cama.

—Sí, ha salido con Jacob. —Fijé la vista en su puerta cerrada—. Tardarán un poco, han ido al centro del pueblo para traer el desayuno. ¿Pasa algo?

—Es que tengo que ir a un sitio y anoche me dijo que me acompañaría, pero no quiero retrasarme. Lo he llamado, pero se ha dejado el móvil en la habitación.

—Espera, voy a probar con Jacob. —Entró en la habitación para coger su teléfono.

Salió con él en la oreja, pero negó al no tener respuesta.

—Debe tenerlo en silencio.

—No pasa nada, puedo esperar un poco.

—Claro. Vamos a tomar un café y si te entran las prisas puedo ir contigo.

—No hace falta, si en realidad será rápido. Es solo que no quiero irme sin decírselo, como insistió en llevarme…

—No me cuesta nada, pero como quieras —me sonrió—. Vamos a echarle cafeína al cuerpo, lo necesito. —Puso los ojos en blanco.

Fuimos a la cocina y preparamos dos cafés que nos tomamos en el sofá.

Vi los minutos pasar en la pantalla del teléfono y empecé a impacientarme.

—Me voy a ir —dije.

—¿Segura?

—Si salgo ya, llegaré antes de las once y de que venga Alba.

—¿Sabes si tu amigo Alan al final tiene que trabajar?

—No, espera. —Desbloqueé el móvil y le escribí un mensaje.

Helia: *Buenos días. ¿Tienes que sustituir a tu compañero?*

Después de unos minutos recibí su respuesta y sonreí al ver de reojo la reacción de Elsa. No se dio cuenta de la expresión que puso.

Alan: *Estaré ahí puntual a las once, tengo todo el fin de semana libre.*

Helia: *Perfecto, nos vemos.*

Alan: *Hasta dentro de poco, cariño.*

—Qué bonito, ¿no?

—¿El qué? —Giré la cabeza hacia ella.

—Lo de cariño —sonrió—. Se os ve muy unidos.

—Lo estamos, desde muy jóvenes. —Imité su gesto.

—Una buena amistad en mayúsculas —asentí.

Me bebí rápido el café para salir cuanto antes.

—Ya está —dije levantándome del sofá. Elsa me siguió al centro del salón—. Cuéntaselo a Demian cuando llegue, no tardaré.

—Tranquila. Estate pendiente del móvil porque te llamará en cuanto se lo diga.

—Sí —sonreí.

Fui a la habitación, me puse el abrigo y la bufanda y cogí el bolso. Me despedí de Elsa y tomé el camino de mi casa, para coger la llave del coche, la de la casa de mi padre y para ponerle el desayuno a Ruby.

—¿Cómo has pasado la noche solo? —sonreí porque vino volando hasta mí.

—Helia. La mejor. —Amplié la curva de mis labios.

—¿Me estás haciendo la pelota para que me quede? —Me dirigí a la cocina con él en mi hombro.

—La mejor. La mejor. La mejor… —Solté una carcajada.

No se apartó de mí mientras sacaba el saco de su comida, ni cuando cogí una manzana del frutero.

—Galleta.

—Manzana. —Le rectifiqué mientras la cortaba.

—Galleta. Ruby —insistió y volví a reír porque se quedó con esa palabra desde el principio y no había forma de que saliera de ella, al referirse a la comida en general.

Le llené el cuenco, le coloqué dos buenos trozos de la fruta en otro y se quedó en la jaula entretenido. De mi habitación cogí las dos llaves que necesitaba y me despedí de Ruby hasta más tarde. Antes de irnos a pasar el día fuera regresaría para verlo, aunque seguramente estaría dormido porque le daría el sol directamente de la ventana y con el estómago lleno…

Me monté en el coche, enchufé el teléfono al cargador y arranqué. Eché atrás para incorporarme a la carretera y empecé a circular. Al ser tan temprano no habría mucho tráfico, al menos fue lo que pensé mientras recorría los primeros kilómetros y tomaba el desvío que me llevaría directamente al pueblo donde vivía mi padre.

Treinta y cuatro minutos después estacionaba cerca de su casa. La suerte me había

acompañado porque recorté el tiempo que se tardaba en llegar. Me bajé del coche y caminé por la acera, yendo directa a la entrada principal. Había un camino por el que se accedía a ella, pero giré casi al llegar, para comprobar primero la parte trasera. Me paré enfrente de la puerta mirando alrededor. Todo estaba tranquilo, no se escuchaba ningún sonido, aparte del canto de los pájaros. La calle estaba desierta a estas horas, parecía que al ser sábado las personas que vivían en las casas iguales a las de mi padre todavía no habían empezado el día.

Las viviendas eran idénticas, separadas por unos metros entre ellas, recorrían la calle en ambos sentidos. Centré la vista en el pomo y lo agarré. Al girarlo despacio la puerta se abrió, quedándose entornada. Di un paso hacia atrás al comprobar que sí, que a mi padre se le olvidó cerrarla con llave.

Antes de entrar quise asegurarme y miré a través de todas las ventanas, ayudándome con las manos para ver bien el interior. No había nada extraño, lo que hizo saltar la alarma ya no estaba. Eso si es que no se había caído algo al suelo provocando que se activara. No quise pensar en lo peor, por lo que volví a la parte trasera y empujé la puerta despacio.

Cuando estuvo abierta de par en par di un paso dentro, agudizando el oído para terminar de asegurarme. Nada, absoluto silencio. Cerré despacio y caminé por el pasillo. Lo recorrí accediendo a todas las habitaciones y a los baños. Llegué al salón y revisé que todo estuviera en su lugar.

No había estado muchas veces para poder identificarlo, bueno para ser realista solo había venido cuatro veces en muchos años, pero si alguna cosa destacaba sería visible. Fijé la vista en el sofá, los cojines estaban perfectamente colocados.

No era la misma casa en la que me crie desde que nací, esa la vendió mi padre a los pocos meses de que mi madre nos abandonara. No quiso estar en un lugar que le trajera recuerdos de ella. Por aquel entonces me costó entenderlo y me dolió, lloré muchísimo cuando nos fuimos. No tenía la edad suficiente para comprender el trasfondo de su decisión, yo solo quería que regresara mi madre.

Estaba convencida de que algún día llegaría del colegio y me recibiría ella, por eso me pasé un largo tiempo cabizbaja y triste, después de abandonar la vivienda. Sabía que al dejarla atrás ella no tendría forma de encontrarme. Nunca sucedió, mi madre dejó de existir en nuestras vidas de manera radical, pero no en mi corazón.

Me había hecho tantas preguntas a lo largo de los años, todavía no comprendía por qué lo hizo. Sobre todo, referente a mí, porque a una pareja la puedes dejar y olvidar, pero ¿a una hija? En todas las fotos que guardaba en mi casa, las que atesoraba, se nos veía felices a los tres. Mi preferida era una en la que me sostenía en brazos, pocas horas después de nacer. La imagen capturó su cara de felicidad, la irradiaba.

Los años pasan y con ellos todo se trastoca, fue a la conclusión a la que llegué para dejar de torturarme. Me había creado una historia en la que se enamoró perdidamente de otro hombre y no se lo pensó al dejar toda su vida atrás, para irse con él. Algo de eso escuché durante los meses en los que tardamos en dejar la casa en la que pasé mis primeros años de vida, la gente del

pueblo lo rumoreaba.

Me paré en medio de la cocina y solté un suspiro. Todas las estancias estaban perfectamente y sin nada fuera de lugar. No encontré nada tirado en el suelo, lo que echó por tierra la teoría que hice antes de entrar.

Apoyé el bolso en la isla de la cocina y busqué el móvil para llamar a mi padre. Tontamente porque me di cuenta de que lo había dejado en el coche, enchufado al cargador sin corriente.

Busqué la llave de la puerta trasera en la repisa donde mi padre siempre la guardaba y, con ella en la mano, fui a cerrarla. Al sacarla, me aseguré de que quedaba bien asegurada y descorrí mis pasos para devolverla a su sitio. Al salir, cerré la de la entrada principal y regresé al coche. Una vez dentro, desconecté el cable de carga del móvil y marqué el número de mi padre.

Bufé cuando los tonos sonaron y no descolgó. Hice un segundo intento, teniendo más suerte.

—Dime.

—Acabo de salir, todo está bien. Me he asegurado de dejar las puertas cerradas.

—Gracias, hija. En cuanto vuelva voy a verte y comemos juntos, ¿qué te parece?

«Que no va a suceder», pensé sin exteriorizarlo. Había escuchado tantas veces lo mismo…

—Claro —dije sin contradecirlo—. Vuelvo a mi casa, voy a pasar el día con mis amigos.

—Sí, sí. Yo estoy muy liado. Pásatelo bien.

—Graci…

Me separé el teléfono de la oreja y fijé la vista en la pantalla.

—¡Me ha colgado sin dejarme hablar! —dije sorprendida.

Cabreada, conecté el cargador de nuevo y arranqué, pensando en que no habría una próxima vez porque no iba a descolgar cuando me llamara.

Justo cuando iba a acelerar, los ojos se me fueron a la calle. Un hombre estaba parado en la acera, a unos metros de distancia de la casa de mi padre y menos de mí. Me miraba y levanté una ceja como reacción. Estaba masticando algo, con las manos en los bolsillos del pantalón.

Al principio no me dio la gana apartar la vista, para que se diera cuenta de lo que me parecía que no dejara de observarme, pero después de la pérdida de tiempo sacudí la cabeza y pisé el pedal del acelerador, alejándome de él.

Capítulo 26



Demian

A un poco más de la mitad del camino para llegar al pueblo al que había ido Helia, recordé mi llegada a la casa junto a Jacob y la conversación con Elsa, la que nos informó de que estaba sola.

—Hola —dije alzando la voz nada más abrir la puerta de la casa.

Por la hora que era y lo que habíamos tardado, di por hecho de que Helia hacía rato que se había levantado.

Solté la bolsa con el desayuno sobre la mesa y me quité el abrigo, colocándolo en una silla igual que hizo Jacob porque me siguió a la cocina. Sacamos las bandejas de cartón con las pastas dulces y los minibocadillos que elegimos, y les quitamos el papel que las cubría.

Jacob se encargó de empezar a preparar los cafés, pero la aparición de Elsa captó toda nuestra atención y los dejó de lado.

—Hola —nos saludó—. ¡Qué buena pinta! Tengo el estómago en los pies —dijo al ver todo lo que habíamos traído.

—Voy a avisar a Helia —dije empezando a caminar hacia la puerta.

—No está —la confirmación me frenó.

Me giré hacia Elsa, esperando a que continuara. Al no hacerlo volví a hablar.

—Voy a su casa. —Les di la espalda.

—No la vas a encontrar ahí.

Fruncí ligeramente el ceño y me quedé de nuevo frente a ella.

—¿Puedes hablar claro de una vez?

—Ha tenido que irse. No me ha dicho el motivo, pero parecía urgente. Ha insistido varias veces en que regresará rápido. —Apreté la mandíbula.

—¿No te ha dicho nada de adónde? —Di varios pasos hacia ella. Negó.

—Sea donde sea, ha dejado claro que no tardará —intervino Jacob.

—Esa no es la cuestión, el tema es que ha ido a la casa de su padre, a un pueblo que hay a unos cuarenta minutos en coche y quedamos anoche en que la llevaría. ¿Por qué no me ha esperado? ¿Por qué se ha ido tan rápido? —Dirigí la mirada a Elsa.

—No tengo ni idea, Demian. Solo te puedo decir lo que ya te he comentado, que parecía urgente o al menos esa es la sensación que me ha dado. ¿Has dicho a la casa de su padre? —asentí—. Te ha llamado, pero te has dejado el móvil en la habitación. Le he comentado que la acompañaba, pero ha rechazado mi propuesta.

—¿Cuánto hace que se ha ido?

—Un poco más de media hora.

—Voy a darle encuentro —les informé poniéndome el abrigo.

—Te acompaño. —Intentó apuntarse Jacob, pero lo paré.

—No, quedaros los dos por si nos retrasamos. Alba llegará a las once.

—Y Alan. Helia le ha escrito antes de irse y le ha confirmado que vendrá.

—De acuerdo. Ahora nos vemos —dije como despedida.

Salí de la casa y me monté en el coche, tomando la misma ruta que hicimos días atrás, con Alan al volante.

De vuelta al presente, conduciendo a falta de unos quince minutos para llegar…

Enfoqué la vista en el vehículo que se acercaba en dirección contraria y tuve claro que era el de Helia. Al pasar por mi lado, cuando nos quedamos en paralelo, pité para que me viera. Iba distraída, pero lo hizo. Giró la cabeza al instante, con expresión sorprendida.

No pudo pararse porque llevaba otro coche bastante cerca detrás de ella. Avancé unos metros más y aminoré la velocidad para parar en una zona en la que el arcén se ensanchaba. Esperé a que pasaran de largo varios coches, en ambas direcciones, e hice un cambio de sentido. Circulando por el mismo carril, aceleré para llegar hasta ella.

La encontré rápido. Al haberme visto conducía más lento de lo normal, esperando a que le diera alcance. Los coches que dejé pasar antes de cambiar de carril la habían adelantado, por lo

que me extrañó que el mismo coche que pasó por mi lado, cerca de ella cuando llamé su atención pitando, continuara detrás.

En cuanto tuve el camino libre en el carril contrario aceleré y los adelanté a los dos, para ponerme el primero. Aminoré más aun la velocidad, a propósito, para ver qué resultado tenía. Obtuve el que buscaba, que el otro vehículo nos adelantara y pasara de largo.

Busqué con ayuda de los mandos del volante el teléfono de Helia y lo marqué. Los tonos de llamada envolvieron el interior del coche.

—¿Qué haces aquí? —me preguntó nada más descolgar.

—La pregunta es ¿qué haces tú regresando de la casa de tu padre cuando quedamos anoche en que iríamos juntos? —Al hablar miré varias veces por el retrovisor interno.

—Quería esperarte y lo he hecho, pero al tardar más de la cuenta he pensado que si me iba rápido llegaría mucho antes.

—Había bastante cola en la panadería. Cuando nos han atendido, al salir, le he enseñado a Jacob la zona en la que estábamos.

—Has hecho bien.

—¿Por qué te ha entrado la prisa de repente? —soltó un suspiro.

—Es que al poco de levantarme me ha llamado mi padre. La empresa de la alarma se ha puesto en contacto con él para informarle de que había saltado y como no tenía claro si dejó la puerta trasera abierta…

—Y sabiendo eso… ¿Igualmente has querido ir sola? —hablé serio.

—Todo estaba bien y he comprobado el interior antes de entrar. Y sí, la puerta estaba abierta.

—Joder, Helia. Tendrías que haberme esperado, ya no iba de media hora arriba o abajo. —Sacudí la cabeza.

—Tranquilízate, no le he encontrado sentido a que saltara la alarma.

—¡Desde dentro!

—¡No me alces la voz!

—Ahora hablamos. —Corté la llamada para no reaccionar peor.

Aceleré hasta coger buen ritmo, ella me siguió manteniendo la distancia de seguridad. A las diez y cuarto llegamos frente a nuestras casas y cada uno estacionó en su plaza.

Me bajé del coche y caminé hasta ella.

—¿Estás enfadado? —me preguntó.

—Me he preocupado, que es diferente.

La agarré del brazo y la abracé. Dejé salir el aire despacio cuando me apretó a ella y apoyó la cara en mi pecho.

—Lo siento, no pensaba que… No hay motivos, la zona en la que vive mi padre es la más tranquila del pueblo. Has ido para nada.

—Si la alarma ha saltado es por algo, Helia —dije en tono bajo—. Y yo decido si es para algo o no.

—Pero entre unas cosas y otras ha pasado bastante tiempo desde que ha sucedido.

—Siento haberte gritado. —Le froté la espalda.

—No me has visto a mí cuando me altero.

—¿Tengo que temerte? —Curvé los labios, así me vio cuando se apartó mirando hacia arriba.

—Es más emocionante que lo descubras —sonrió con picardía.

—Seguro que si pico a Ruby lo confiesa.

—Entonces estoy perdida. —Hizo una mueca que provocó que riera.

—Vamos a desayunar, todavía podemos hacerlo con calma. —Le rodeé los hombros y caminamos hacia mi casa.

Jacob y Elsa no estaban en el salón ni en la cocina. Helia fue al baño y aproveché para preparar dos cafés con leche. Me senté frente a la mesa y la esperé, no tardó en aparecer sonriente.

—¡Qué hambre! —dijo cogiendo un minibocadillo.

—Come por lo que pueda pasar. A saber, dónde terminamos para comer.

—Está muy rico y blando —comentó con el primer bocado.

Elegí uno y le di varios mordiscos.

—¿Has hablado con tu padre después de estar en su casa? —le pregunté antes de beber un sorbo de café.

—Sí, le he dicho que está perfecta y que he dejado todos los accesos cerrados. Ya no tiene de qué preocuparse —asentí—. Lo más gracioso ha sido que no me ha dejado ni despedirme, me ha colgado antes de terminar de hablar —negó.

—¿Siempre ha tenido esa forma de ser contigo?

—Desde que recuerdo sí, anteriormente ni idea. —Se encogió de hombros—. De verdad que no me afecta —asentí sin apartar la mirada de la suya.

Jacob y Elsa se unieron rápido a nosotros. Alan y Alba nos encontraron terminando de desayunar porque se adelantaron. El reencuentro fue tan bueno como la presentación de la noche anterior y el tiempo que compartimos.

Hablamos de dónde ir y, mientras nos decidíamos por alguna de las opciones que nos dieron los tres: Alan, Alba y Helia, la última se acercó un momento a su casa, para ver a Ruby. Con la elección tomada, me abrigué y salí al porche porque en cuanto Helia regresara nos iríamos.

Apoyé los brazos en la barandilla, con la vista fija en la arboleda del parque. Dirigí la mirada al cielo, estaba empezando a nublarse bastante.

—¿Qué tal Ruby? —le pregunté cuando estaba cerca, seguí sus pasos desde lo alto.

—Muy bien. Dormido —dijo sonriente.

—La próxima vez que vaya se va a meter conmigo.

—¿Por qué?

—Por apartarte de él —sonreí de medio lado.

—No me he ido muy lejos. —Me abrazó por la cintura y le di un beso rápido en los labios.

—Se va a estropear el día —comenté.

—Tiene pinta de que puede llover.

—Al final nos veo metidos en la casa, improvisando.

—No estaría mal, la verdad es que no me apetece mucho moverme.

—Podemos hablarlo con el resto.

—No, les hace ilusión y tus amigos se van mañana. No les queda mucho tiempo en el pueblo.

—Vendrán más veces.

—Igualmente… Tenemos toda la tarde para estar en el sofá.

—Cuenta con ello —aseguré rozándole los labios con los míos.

—Cuando terminéis con los besitos por aquí y por allá, y las miradas de te como… Nos aviséis, ¿eh? —Escuchamos la voz de Alba desde el interior.

Helia y yo soltamos una carcajada, ese fue el momento en el que salieron todos de la casa. Nos dividimos en dos coches y tomamos rumbo al centro. Eso era para empezar, para enseñárselo en condiciones a mis amigos. Tomaríamos algo y después iríamos a uno de los pueblos del al lado. Para mí también sería la primera vez y allí comeríamos en un restaurante.

La lluvia nos sorprendió cerca del restaurante en el que decidimos comer. Cuando nos fuimos, dos horas más tarde, llovía con intensidad, por lo que Alan y yo les pedimos a los demás que nos esperaran. Fuimos a buscar los coches y nos bajamos dejándolos enfrente del restaurante, para despedirnos.

La vuelta la hicimos diferente para que Alan no tuviera que venir a nuestras casas. Él se fue con Alba y en mi coche el resto.

Llegamos cerca de las seis de la tarde. Acompañé a Helia para ver a Ruby y poco después estábamos acomodados en mi sofá junto a mis amigos, con los pijamas. El mejor día para disfrutar de un momento de manta y televisión, por el temporal que hacía fuera.

De esa forma terminamos el día, enlazando una película con otra, acurrucados.

Capítulo 27



Cinco días más tarde…

Helia

Jueves, y por fin terminaba mi jornada de trabajo. Caminando por la calle fui en busca del coche. Estaba deseando darme una ducha y ponerme cómoda.

Jacob y Elsa se fueron el domingo al mediodía, me despedí de ellos diciéndoles que esperaba que regresaran pronto. Me habían caído genial y se encargaron de hacerme saber que el sentimiento era mutuo. Mis amigos vinieron a desayunar el domingo para despedirse de ellos. Pasamos otro muy buen rato juntos.

Desde que Demian se quedó solo en su casa, volvía a pasar más tiempo en la mía que en la suya. Un tiempo después de llegar yo por las tardes, aparecía para acompañarme hasta el día siguiente, cuando salía a correr.

Estacioné frente a casa y me bajé del coche. Al entrar, miré hacia la jaula de Ruby. Estaba vacía y sonreí porque debía estar dando una de sus vueltas. Fui a la habitación sin buscarlo, podía estar en cualquier lado. En cuanto saliera y sacudiera el saco de comida aparecería de la nada.

Cogí un pijama nuevo y la ropa interior, y me metí en el baño. Encendí el calefactor y esperé un poco para que cogiera temperatura. La casa estaba helada y se me había olvidado conectar la calefacción al entrar… «Maravilloso», me dije. Cuando terminara la pondría con una temperatura alta, para que calentara más rápido y solucionado.

Me duché con calma, relajándome. Demian no llegaría todavía, me daba mi espacio para darme una ducha en condiciones. Me sentó genial, al igual que ponerme el pijama y secarme lo que se me había mojado del pelo. Entre semana solía lavármelo cuando llegaba de correr, por las mañanas.

Salí del baño colocándome la chaqueta gruesa que utilizaba como bata y fui al salón para encender la calefacción. Una vez hecho, miré hacia la jaula frotándome las manos, para no perder la temperatura en ellas.

—Con lo bien que estaba en el baño… —solté un suspiro.

Entré en la cocina y saqué el saco de la comida de Ruby. La jaula continuaba vacía, por lo que lo moví. Me extrañó que no apareciera, por lo que hice más ruido con él.

—¿Ruby? ¡A comer! —tuve que gritar porque no hubo rastro de él.

Fruncí ligeramente el ceño cuando pasaron los minutos y me quedé como una tonta mirando el hueco de la puerta. Desde que estábamos juntos, ni un solo día había fallado. Siempre reaccionaba rápido al sonido de su comida, y mucho más cuando yo pronunciaba la palabra mágica que daba paso a su momento preferido.

Solté el saco en la encimera y fui al salón, sin entender dónde se había metido.

—¿Ruby? ¡No me hace gracia! —Alcé la voz accediendo al pasillo.

Entré en todas las habitaciones y en el baño del pasillo, pero no lo encontré por ningún lado.

—¿Qué…? ¿Qué mierda significa esto? ¿Dónde estás? —pregunté al aire, deseando que si se había escondido saliera.

No sucedió, la casa se mantuvo en completo silencio, demasiado. Tragué saliva y miré por el pasillo, hasta la puerta principal. Me entraron ganas de llorar y maldecí el no haberlo buscado nada más llegar. Pero es que era un horario en el que muchas veces salía de la jaula para dar vueltas y vueltas por la casa, hasta que encontraba un sitio diferente en el que pasar un tiempo.

Con un nudo en la garganta caminé ligera hacia el salón y me acerqué a la jaula.

—No lo entiendo —dije medio ida.

Me giré para hacer un recorrido visual por todo el espacio, sin llegar a comprender qué estaba sucediendo. Fijé la mirada en el interior de la jaula otra vez e hice otro intento desesperado.

—¿Ruby? ¡Por favor, sal! —Sonó a ruego porque lo fue.

Las primeras lágrimas cayeron por mis mejillas. Nada cambió como necesitaba. El cuenco donde le echaba la comida todavía tenía un poco. Entrecerré los ojos porque por narices había pasado mucho tiempo de lo que le había ocurrido. Calculé que como máximo a media mañana, eso tirando al alza porque en menos de una hora siempre dejaba el cuenco vacío, sin rastro de comida. Y se la ponía cuando me iba a trabajar, temprano. Peor me sentí por todas las horas que habían pasado, al no estar enterada de que le había sucedido algo.

Pero ¿el qué? Como cada día hacía al irme, dejé la casa cerrada. Siempre me aseguraba de ello y más estando él dentro. De repente noté frío y me giré de golpe hacia la ventana. Agrandé los ojos porque no me había dado cuenta de que una de las hojas estaba completamente abierta.

Me acerqué a ella y terminé de descorrer la cortina. Dejaba ver un palmo de la ventana. Me

asomé mirando en el exterior, pero ya estaba oscuro y no conseguí ver una mierda, por lo que fui a la puerta principal. La abrí de golpe y salí corriendo. Nada de lo que estaba haciendo tenía lógica, si Ruby hubiera estado fuera podía haber entrado perfectamente, como salió. La inquietud pudo conmigo por si se había hecho daño en algún ala o pata, o qué sabía yo…

—¿Ruby? —lo llamé sin alzar mucho la voz, tampoco hacía falta para que me escuchara, aunque estuviera alejado.

Rodeé la vivienda varias veces, con los ojos nublados por la tristeza que sentía. Me negaba a la posibilidad de que se había ido por sí mismo, cuando nunca había salido de la casa por mucha libertad que tuviera para hacerlo. Las únicas excepciones eran cuando algunas veces me acompañaba en el porche, pero ni en esos momentos se distanciaba mucho, ni intención tenía.

—Ruby —lo llamé entre susurros, sin fuerzas.

Me retiré las lágrimas con rabia, por lo imbécil que había sido al dejar la ventana abierta. Me senté en los escalones del porche intentando hacer memoria, pero no conseguí recordar la última vez que toqué la hoja de la ventana para abrirla.

Me levanté de repente y corrí hasta la casa de Demian. Lo sorprendí cuando salía para venir a la mía.

—¿Dónde vas tan deprisa? —me preguntó divertido, pero en cuanto mi cara quedó visible por la luz que salía del salón, toda expresión risueña desapareció de su rostro. Al no haberle dado tiempo a apagar la luz me vio perfectamente.

»¿Qué te pasa? ¿Helia? —Dejó la casa a oscuras y cerró de golpe la puerta, echando la llave rápido—. Eh… ¡Mírame! —Me cogió la cara con las manos y parpadeé rápido, varias veces. Había entrado como en *shock* y no conseguía reaccionar—. Me estás asustando, ¿qué narices te pasa? —insistió y apretó la mandíbula.

—Ruby no está, se ha ido —conseguí decir con la voz entrecortada.

—¿Cómo que se ha ido? —Frunció el ceño.

—No está en casa y hasta hace poco no me he dado cuenta. —Hipé—. Muchas veces cuando llego de trabajar está en su momento de relajarse volando y pensé, pensé…

—Shhh… —Me abrazó con fuerza.

—Se ha ido, me ha dejado. —Lloré desconsolada, con la cara en su abrigo.

—Esas dos cosas son imposibles. Ruby te adora. Helia, es el loro más listo que he visto en mi vida. No es que haya tenido mucho contacto con los de su especie, pero desde que lo conocí me quedó clara su inteligencia. Es evidente y destacable en él.

—¿Qué voy a hacer sin Ruby? —Le agarré el abrigo enrollándolo en mis manos.

Solté un quejido cuando me cogió en brazos. De esa forma caminó hasta mi casa y terminó de abrir con el pie la puerta que había dejado entornada. Cerró cuando entramos y me llevó al sofá. Sentada en él, subí las piernas y me las abracé, escondiendo la cara.

—¿Estás segura de que no está? ¿Puede haber entrado en algún armario y quedarse encerrado sin querer?

—He mirado por todos lados —hablé en tono muy bajo, sin separar la frente de las rodillas—. Si hubiera pasado eso habría hablado para hacerse notar. Una vez le sucedió y no paró de llamarme hasta que di con él.

Después de una pausa larga continué.

—Ha sido mi culpa. —Lloré más—. Dejé la ventana abierta.

—¿Cuándo? Esta mañana no te has acercado a ella. —Se puso frente a ella para mirarla.

—No me acuerdo. —Me tapé la cara con las manos.

Durante unos minutos se mantuvo callado. Giré la cabeza hacia él.

—¿Demian?

—¿En qué momento crees que la abriste? —me preguntó sin moverse, manteniendo la atención en la ventana que continuaba abierta.

—Te he dicho que no lo recuerdo.

La deslizó hasta cerrarla y se giró despacio hacia mí, con gesto serio.

—Mañana la revisaré, parece que el cierre está mal. La última vez que la cerraste te pensaste que lo hiciste, pero no encajó bien. —Caminó hasta mí.

Colocó en el sofá su abrigo y se sentó en la mesa baja. Me agarró las manos y me las acarició.

—Eso me cuadra porque siempre me aseguro de dejarlo todo cerrado. Pero ¿cómo la ha abierto Ruby? —Hipé.

—Conocemos lo inteligente que es, vete a saber… Si se ha ido va a regresar. Lo conoces, no desesperes. Sabes que aparecerá.

—No sé nada, Demian —negué triste—. Nunca lo había hecho. ¿Y si se enamora de una lora? —Volví a hipar.

Vi sus labios fruncirse, conteniendo la diversión por mi pregunta, aunque la situación no favorecía. Más lloré creyendo la posibilidad que acababa de decir.

—No es probable. Si ha conocido a una lora… —Carraspeó para aclararse la voz—. No es motivo suficiente para dejarte a ti. Te lo aseguro.

—¿Dónde estará? Es de noche y hace mucho frío. —Me sequé las mejillas con las manos.

—Ojalá lo supiera, no soporto verte así.

Con una mueca de tristeza me aferré al abrazo que me dio. Se sentó a mi lado y me llevó con él.

—No quiero moverme de aquí por si vuelve —murmuré.

—¿No vas a ir a trabajar mañana?

—No me apetece. —Cerré los ojos con fuerza.

—Será viernes, si mañana por la mañana llamas diciendo que no te encuentras bien no te dirán nada —asentí.

—Como le haya pasado algo o no regrese me muero, Demian.

—No digas eso, todo va a volver a la normalidad. —Me frotó la espalda, pegándome más a su cuerpo.

—Lo echo mucho de menos.

—Lo sé. —Me dio un beso en la cabeza—. Si te quedas más tranquila dejo la ventana entreabierta, solo un poco para que pueda meter el pico y terminar de abrirla para entrar.

—Sí —susurré con esperanza.

—¿Qué quieres cenar?

—No me entra nada ahora mismo —negué varias veces.

—Algo tienes que comer, aunque sea ligero.

—No. —Apreté los labios.

Dejó salir el aire despacio y se levantó para ir hasta la ventana. La dejó abierta un par de dedos y se dirigió a la cocina. Con la vista fija en el televisor volví a llorar por el cúmulo de sentimientos que me recorrían. Notaba un vacío tan grande…

Demian regresó junto a mí con un vaso e hice una mueca. Lo había llenado de caldo.

—Bebe poco a poco, te sentará bien. Entra como el agua, pero al menos alimenta.

—Gracias.

Lo cogí y me calenté las manos con él. Me costó dar el primer sorbo, pero continué bebiendo muy despacio porque en el fondo sabía que tenía razón. No se separó de mí en ningún momento, solo cuando entró en el baño de mi habitación.

Él tampoco cenó nada, ni siquiera un poco de caldo. Prefirió que nos tumbáramos en la cama para que yo pudiera descansar. Entre el llanto, los nervios, la desesperación y la tristeza, me sentí completamente agotada y las pocas fuerzas que me sostenían desaparecieron. A pesar de cómo me sentía, me quedé dormida al instante. El agotamiento me venció entre sus brazos, con una sensación reconfortante.

Demian conseguía que me sintiera protegida solo con su presencia, y ya cuando lo tenía tan cerca… Era mi lugar seguro, mi refugio.

Capítulo 28



Demian

Me deslicé por la cama haciendo los movimientos justos y necesarios para no despertar a Helia. Ante mi ausencia se abrazó a la almohada. Entraba un poco de claridad del pasillo. Me incliné sobre ella y le di un beso rápido en la mejilla, uno muy sutil que tuvo la intención de no interrumpir su sueño.

Me levanté, cogí el chándal junto a las deportivas, y salí de la habitación en completo silencio, dejando la puerta entornada.

Entré en el baño del pasillo para lavarme la cara y para vestirme. Cuando estuve preparado, fui al salón y me paré en el centro, observando toda la estancia. Lo primero en lo que fijé la vista fue en la jaula de Ruby, lo segundo en el poyete de la ventana que estaba cerca, la misma por la que supuestamente se había ido.

Caminé despacio hasta ella y abrí la hoja del todo. Toqué la pieza del cierre que estaba atornillada en la guía del marco de aluminio, y, en cuestión de segundos, cayó rota sobre el poyete. Sabía que iba a suceder, me di cuenta de cómo estaba la noche anterior, pero preferí no tocarla en ese instante. Cogí los trozos de la pieza entre los dedos, pensativo, y dirigí la vista al exterior.

Al cabo de unos minutos me los guardé en el bolsillo de la sudadera y cerré la hoja de cristal. La dejé como la noche anterior y caminé hasta la puerta principal poniéndome el abrigo. Giré despacio la llave y abrí de la misma forma, de igual manera que cerré cuando estuve en el porche. Metí las manos en los bolsillos del abrigo y observé hacia la arboleda. Estaba amaneciendo, no me equivoco si os digo que faltaba poco para que fueran las seis.

Bajé los escalones y di una vuelta por los alrededores. Helia tardaría en despertarse, por lo que no tuve ninguna prisa. Mientras caminaba miré hacia las copas de los árboles. No tenía sentido que estando tan cerca de su casa, Ruby eligiera quedarse a la intemperie y a su suerte… Para nada, pero igualmente quise asegurarme de que estaba en lo cierto.

No vi nada destacable en las ramas de los árboles. Me adentré en el parque, alejándome bastante de las casas. Hasta que decidí regresar sobre mis pasos y cuando llegué, rodeé la de

Helia para echar un vistazo en la parte trasera. Obtuve el mismo resultado: ni rastro de Ruby.

No había pegado ojo en toda la noche, y mi mente no paraba de darle vueltas a lo que podía haber sucedido. Me jodía muchísimo, y ver a Helia en ese estado no ayudaba en absoluto. Su reacción era comprensible, dado lo que estábamos viviendo, pero eso no hacía que me sintiera menos impotente al no poder hacer nada por ella. ¿Dónde cojones estaba Ruby? Esa era la gran pregunta, y solo esperaba que la idea que más me atormentaba no fuera cierta. Intentaba convencerme de que todo había sido un cúmulo de pequeños detalles que habían propiciado a que Ruby saliera por la ventana, aunque, sinceramente, no tenía lógica ninguna.

Después de conocerlo y de ver la relación que tenían Helia y él… Todo podía ser que el tío estuviera descubriendo el exterior tan campante y que nosotros estuviéramos preocupados por nada. Como ya he remarcado en varias ocasiones, le sobraba inteligencia como para saber regresar al que era su hogar.

Entré con cuidado en la casa, continuaba en completo silencio. Me desprendí del abrigo y fui a la cocina para prepárame un café. Con él entre las manos me senté en el sofá mirando la puerta abierta de la jaula. El día anterior pasé bastantes momentos en el porche de mi casa porque hacía un día genial y en ninguno de ellos vi nada que me llamara la atención.

Según me explicó Helia de madrugada, la única vez que se despertó, cuando le ponía la comida a Ruby, siempre dejaba el cuenco vacío. Era algo que sucedía desde que estaban juntos, por lo que, si le llenó el cuenco antes de irse a trabajar, Ruby tuvo que desaparecer de la casa mucho antes de media mañana, entre las diez y las once.

Dirigí la mirada a las esquinas del techo, como también la pasé por la base del armario donde estaba colocado el televisor. Habría sido tan fácil saber qué sucedió si Helia tuviera cámaras de vigilancia… Me pasé una mano por el pelo antes de llevarme la taza a los labios. Le di varios sorbos al café, sin poder dejar de pensar.

Fijé la vista en la ventana durante unos minutos porque la teoría que había tomado forma en mi cabeza cada vez tenía más peso. Me terminé el café de golpe y fui a hacerme otro. Al regresar al salón me paré junto al abrigo y saqué el móvil del bolsillo. Con la vista fija en él caminé hasta el sofá, pero un ruido muy sutil me hizo levantar la cabeza de golpe.

Agrandé los ojos al ver la ventana. No fue esa imagen la que me sorprendió, sino la de Ruby apoyado en el poyete, mirando de frente el cristal. Casi a la carrera fui hasta él. Solté rápido la taza y el teléfono en la mesa baja y abrí la hoja de cristal.

—Ruby.

—Demian. Vecino. Guapo —dijo al reconocerme y sinceramente, me dieron ganas de llorar.

Lo cogí con las manos y lo pegué a mi pecho, provocando que las plumas que cubrían su cuerpo se inflaran. Por lo que me explicó Helia, esa reacción indicaba que la persona que tenía al lado era de su entera confianza y que se sentía feliz por compartir el momento.

—¿Dónde has estado? —le pregunté revisándolo bien.

Terminé acariciándole la cabeza, satisfecho porque parecía estar en perfecto estado.

—Galleta.

Sonreí de medio lado. Lo dejé en la jaula y me aseguré de que la ventana había quedado bien cerrada, aunque no pudiera encajar el cierre.

—Ahora vuelvo para que le des una alegría a Helia —dije pasando por su lado.

—Ruby. Alegría. Feliz. —Escuché su voz recorriendo el pasillo.

Abrí la puerta de la habitación y fui a subir la persiana. Helia se removió en la cama por la claridad que entró. No lo sabía, pero estaba a punto de saltar de la cama y de despertarse de golpe.

—Eh. —Le acaricié el pelo, retirándoselo de la cama.

—Estoy cansada —susurró con voz adormecida y con los ojos cerrados.

—Lo sé, pero tienes que levantarte. Tienes una gran sorpresa en el salón.

Intenté destaparla, pero se agarró con fuerza al nórdico para que no lo hiciera.

—No me apetece comer, lo siento. —Entreabrió los párpados.

—No estoy hablando del desayuno, sino de que un loro molón con unos colores preciosos te está esperando.

Abrió de golpe los ojos, de la misma forma que se quedó sentada en la cama.

—No me dirías eso si no fuese verdad —dijo con los ojos brillantes. Negué y tragó saliva.

—Ha vuelto.

Soltó un grito y gateó por la cama rápido. Sonreí viendo cómo salía corriendo de la habitación y más grande se hizo la curva de mis labios cuando escuché sus gritos y las palabras sueltas de Ruby que intentó imitarla.

Fui al salón y apoyé un hombro en el marco de la puerta. Me crucé de brazos siendo testigo del reencuentro, uno que me emocionó. En él destacaron los besos, los abrazos, los gritos, las risas, los lloros, pero de felicidad… Todo por parte de Helia, lógicamente. Ruby se dejó hacer y aceptó todas las muestras de cariño, a pesar de que algunas no le gustaban nada.

Dio la sensación de que sabía perfectamente lo que había hecho y provocado, porque se mostró dispuesto a todo. Helia no podía dejar de llorar, pero fue una satisfacción ver sus

lágrimas, unas muy diferentes a la de la noche anterior.

—¿Cuándo ha regresado? —Quiso saber cuándo me acercaba a ellos.

Ruby se había acomodado en sus piernas y sonreí al verlos de cerca.

—Ahora mismo. He salido de prepararme el café —señalé la taza— y me lo he encontrado en el poyete de la ventana.

—Está aquí. —Frunció los labios.

—Sí. Te dije que si se había ido por sí mismo regresaría, no podía ser de otra forma. —Le acaricié la espalda.

Noté el temblor de su cuerpo e imaginé que Ruby también, porque se pegó a su abdomen y apoyó la cabeza en él. Me hizo gracia, en la vida habría imaginado que un loro pudiera tener ese comportamiento tan cercano y sentido, pero no dejaba de ser un animal y de tener la intuición y la nobleza que los caracteriza. Y teniendo en cuenta cómo era él…

—¿Por qué te fuiste ayer? Eso no se hace, Ruby —le regañó, pero con un tono que no sonó a regañina. Fue más bien suave y dulce, contradiciendo a sus palabras— Lo he pasado muy mal, nunca te has comportado de esa forma.

—Ruby. Guapo —dijo con la cabeza un poco agachada, entendiendo perfectamente las palabras.

—No lo va a volver a hacer más, ¿verdad Ruby?

—Ruby. Bueno. Guapo —sonreí.

Helia rio feliz. Irradiaba felicidad, aunque con cara de cansada.

—¿Vas a ir a trabajar? Es temprano. —Quise saber su intención.

—No —negó—. Hoy me quedo aquí. Como dijiste, es viernes y nunca falto.

—Perfecto. Pues como estamos de celebración voy a preparar tres buenos desayunos, para ti también Ruby, hoy vas a comer mucha manzana.

—Galleta. Comer. —Reímos porque se puso a girar sobre sí mismo, en las piernas de Helia. Hizo una fiesta a su forma.

—Cuando terminemos vamos para mi casa —propuse.

—No quiero dejarlo. —Frunció los labios.

—Es que iremos los tres. —Le hice un guiño—. A Ruby le encantará descubrir otros espacios

diferentes.

—¿De verdad? —preguntó ilusionada.

—Helia nunca me voy a oponer a que nos haga compañía, otra cosa es cuando nos encerremos en la habitación. —Levanté las cejas varias veces, de forma graciosa—. Donde vas tú, va él, así de simple.

—Gracias. —Lo acarició mirándolo emocionada.

—Nos llevamos el saco de comida y listo, fruta hay en la casa. ¿Tienes alguna jaula más pequeña? Lo digo para que esté cómodo en los momentos en los que quiera descansar.

—Sí, la que utilizo para llevarlo al veterinario —asintió.

—Pues ya está, aunque igualmente no tendría problema en encontrar un lugar para hacerlo suyo.

Fui a la cocina y sonreí de oreja a oreja escuchándolos hablar, cada uno con lo suyo.

Cómo había cambiado el ambiente que se respiraba… Satisfecho por cómo se había solucionado todo, me entretuve en preparar dos buenos desayunos para Helia y para mí, como también corté una buena cantidad de manzana para Ruby, aunque calculada para que no le sentara mal comer tanto de golpe.

Cuando lo tuve todo listo, salí con la fruta y el saco de su comida. No tuve que decirle nada, voló dentro de la jaula y esperó paciente a que le dejara toda la comida en el sitio que le pertenecía.

—Demian. Cañón. Guapo —dijo antes de lanzarse a comer.

Reí y empujé a Helia hasta la cocina, para hacer lo mismo nosotros. Desayunamos con calma, entre sonrisas y comentarios emocionados. Todo volvía a estar en su sitio y lo agradecí inmensamente.

—A partir de ahora, cuando me vaya por las mañanas porque te vas a trabajar, me lo llevaré conmigo. Así no estamos ninguno de los dos solos hasta que vuelvas. ¿Qué te parece?

—Perfecto —dijo emocionada.

Ver la felicidad reflejada en la cara de Helia me llenó más que lo que comí.

Capítulo 29



—¿Hay algún avance? —le pregunté a Jacob.

Estábamos hablando por teléfono, lo había llamado yo hacía unos minutos.

—Vamos a paso de tortuga, pero estoy satisfecho. Me gustaría que fuese más rápido, pero… ¿Cómo está Helia?

—Feliz de la vida desde el regreso de Ruby.

—Menudo susto.

Tanto a él como a Elsa les había hablado de Ruby porque no conocían de su existencia. Durante el fin de semana que estuvieron aquí no salió el tema y tampoco fueron a su casa, para descubrirlo por ellos mismos.

—Pues sí —dije con la vista fija en el exterior.

Estaba parado frente a la ventana del salón, viendo la arboleda del parque.

—Ruby, dile algo a Jacob —le pedí cuando pasó volando por mi espalda y se posó en el poyete de la ventana, a mi lado.

Antes de hacer la llamada, intencionadamente, le había hablado de él, remarcándole algunas palabras.

—Jacob. Bueno. Pero. Demian. Culo. Mejor. —Solté una carcajada, pero no fui el único, mi amigo me acompañó.

—Qué cachondo, ¿no? ¡A ver lo que le enseñas! —se quejó en broma.

—Grandes verdades —continué riendo.

—Joder, macho. Quien te iba a decir que terminarías hablando tan cercanamente con un loro —dijo divertido.

—Sorpresas de la vida. —Le acaricié la cabeza y la pegó a mi mano, haciéndome sonreír.

—Vas acumulando unas cuentas, desde que decidiste trasladarte a esa casa.

—Ha sido un descubrimiento detrás de otro, a cuál mejor —confirmé.

—Y no sabes cómo me alegro. ¿Cómo te encuentras?

—Bien. No me preguntes tanto, si cambia serás de los primeros en saberlo.

—Ja, una mierda. Si cambia te callarás y el resto y yo nos enteraremos cuando ya no quede más remedio. Que nos conocemos…

—Exacto, por eso pierdes el tiempo —sonreí de medio lado—. Estoy pensando en ir dentro de unos días a la ciudad.

—¿Y eso?

—Quiero hacer unas cosas y aprovechar para darme una vuelta por la empresa. Tengo que entregar en mano una documentación firmada que me han enviado por correo electrónico.

—Yo encantado de verte tan pronto, ¿eh?

—No hace falta que lo digas. —Sacudí la cabeza.

—Hay alguna cosa que no me estás contando —afirmó.

—Tengo algo en mente, sí. Lo sabrás a su debido tiempo.

—Bufff… No te soporto cuando empiezas con la intriga. ¡Me haces pensar más de la cuenta!

—¿Y eso es malo? —Solté una carcajada.

—Ahora en serio, lo que hagas estará bien. Pero ya sabes…

—Sí —lo interrumpí antes de que terminara—. Te dejo ya, voy a conectarme con la empresa, con mi padre y varias cosas más.

—Entendido. No te agobies mucho con el papeleo.

—Igualmente con lo tuyo. Hablamos en otro momento. Cuidaros.

—Hasta otra y tranquilo que lo hacemos. Tengo atada en corto a Elsa, lo siguiente que escuches de sus labios será un ataque hacia mí, quejándose de que no la dejo en paz. —Rio.

—No seré yo quien te quite la razón.

—Me encanta cuando me la das. Siempre digo que quiero capturar estos momentos para enmarcarlos, pero no hay forma, pierdo la oportunidad siempre.

—Sigue intentándolo —sonreí de medio lado al escuchar su carcajada.

Me guardé el teléfono en un bolsillo después de colgar, le hice las últimas caricias a Ruby y caminé hacia la cocina para prepararme un café. Se había quedado traspuesto al darle el sol directamente a través del cristal. No se movió, estaba más dormido que despierto.

Con la taza llena, me senté en la mesa del salón frente al portátil y lo abrí.

✣ ✣ ✣

Apoyado en la baranda del porche, esperaba ver aparecer el coche de Helia. Desde que Ruby se quedaba en mi casa venía directamente, sin pararse a ducharse en la suya. Lo hacía aquí, los papeles se habían invertido y ahora era ella la que no salía de mi propiedad.

Giré la cabeza y dirigí la mirada hacia la de ella, más concretamente a la ventana por la que salió Ruby. Si pudiese explicar el motivo por el que lo hizo y su aventura en el exterior…

Ya estaba arreglada, me había encargado de comprar la pieza y la había colocado. Al igual que había revisado todos los accesos a la casa para comprobar que todo estaba bien. Así fue, solo falló la ventana del salón.

Llevé la vista a la carretera después de comprobar la hora en el reloj de pulsera y, efectivamente, como había pensado, los faros del coche de Helia la iluminaron. Sonreí hacia ella, devolviéndole el mismo gesto que me hizo cuando se bajó del vehículo.

—Hola, ¿cómo ha ido? —Quiso saber subiendo las escaleras del porche.

—Genial. —Le hice un guiño.

—Hace mucho frío para que estés fuera.

—Llevo poco tiempo. —Le rodeé la cintura para atraerla a mí—. Por esto bien merece la pena —susurré sobre sus labios, antes de besarla como necesitaba.

—Ya te digo —dijo cuando nos separamos, con un suspiro.

Solté una carcajada y entramos.

—Hola, guapo —le habló a Ruby, caminando hacia él.

Estaba dentro de la jaula. Ni por asomo era tan grande como la que tenía Helia en su casa, pero las dimensiones eran muy buenas. Podía estar cómodo en ella en los momentos en los que

comía, descansaba y hacía sus necesidades, porque el resto del tiempo le gustaba volar por la casa y elegir un lugar para pasar un buen rato. Como el poyete de la ventana del salón, esa zona le encantaba, sobre todo por las mañanas porque entraba el sol por ella.

—Helia. Guapa. —Le correspondió él.

—¿Me has echado de menos? —Le acarició la cabeza.

—Demian. El mejor.

Salía de la cocina justo en ese instante, bebiendo un sorbo de agua. Agua que salió disparada y propulsada de mi boca, la desparramé en el suelo.

—¡No me lo puedo creer! ¿En serio? ¿Varios días con él y ya me has sustituido? —Lloriqueó en broma.

—Traviesa. —Solté una carcajada.

—Ya no me quiere —dijo girándose hacia mí, haciendo un puchero.

A pesar de la mueca que puso, la diversión se reflejaba en su cara. Los dos sabíamos perfectamente que esa no era la realidad, Ruby pondría siempre por delante a su dueña, como debía ser. Por mucho que dijera espontáneamente, esa es la verdad.

—¿Qué puedo decir? —Le hice un guiño.

—Ten loro y… Para esto. —En la última parte perdió fuerza su voz.

—¿Y qué? Dilo —le pedí colocando el vaso en la mesa grande, sin apartar la mirada de ella.

Esquivé el agua del suelo y di los pasos que nos separaban.

—Dilo —insistí rodeándole la cintura con los brazos.

—No sé —susurró.

Sonreí de medio lado al ver sus mejillas sonrojadas.

—¿Qué soy para ti? —No dejé el tema.

Ya que había salido, iba a dejárselo bien claro porque por lo visto dudaba de ello.

—No hemos hablado de nuestra relación. —Se mordió el labio inferior.

—Ni falta que hace, Helia. ¿Tienes dudas de lo que somos?

—No es eso, es que no quiero clasificarnos en nada porque no lo hemos comentado y…

—¿Hace falta que dos personas que prácticamente viven juntas, que tienen relaciones íntimas y momentos de todo tipo, tengan que decirse que son pareja? Porque es lo que somos. —Levanté una ceja.

—¿Sí? —Apreté los labios.

—Yo diría que sí —asentí con gesto divertido.

—Somos pareja —afirmó con una sonrisa preciosa.

—¿Y te enteras ahora? —Reí sin poderme contener más.

—No te rías de mí. —Me dio varios golpecitos en los hombros.

—Contigo, que no de ti. —La agarré de la nuca—. No quiero que dudes de lo nuestro, de lo que nació desde que nos conocimos. Esa es la realidad. Cuando llegué, tú me observaste intentando disimular, lo que por cierto no se te da nada bien…

—¿Te diste cuenta? —Agrandó los ojos.

—Por supuesto, desde antes de salir del coche.

—Joder. —Hizo una mueca y volví a reír.

—Me encantó que no pudieras apartar los ojos y que siguieras todos mis movimientos con ellos. En ese instante solo creí sentir curiosidad, como en otros tantos, sin saber lo que se escondía y nacía dentro de mí. Desde que te vi tuve atracción por ti, de diferente forma que ahora porque era todo muy reciente, pero es una gran verdad.

—Cachondo. Picante —soltó Ruby y giramos las cabezas hacia él.

—Olvídate de esas palabras —le pidió Helia.

—Cachondo. Picante. Traviesa —añadió y solté una carcajada.

—Es obra de Alba —me confirmó poniendo los ojos en blanco.

—Ha acertado de pleno, no ha dicho ninguna mentira. —Le acaricié la nuca—. Así estoy, pero, sobre todo, queriendo ponerle remedio.

—No me tientes…

—Es lo que quiero hacer toda mi vida. —La besé con fuerza y con las ansias que me recorrían.

—Toda la vida… —repitió.

—Toda la vida. Travieso —la acompañó Ruby.

—Veo que ha quedado claro. Es hora de una buena ducha, buenísima.

Me agaché rápido y la cogí, colocándola sobre mi hombro. Después de soltar un pequeño grito, se agarró de mis nalgas y me las apretó, provocando que me excitara más.

—Helia. Demian. Ruby no. Portaros bien.

Reímos los dos con ganas, mientras me dirigía a mi habitación. Al entrar, fui directamente al baño y me puse frente al espejo.

—Demian… —dijo con un suspiro.

Hice malabares para desabrocharle el pantalón y para bajárselo junto a la braga. Su culo y piernas quedaron descubiertas, con la prenda de ropa enrollada en los pies. Le quité los botines y después el resto.

—Mírate por el lateral —le pedí con voz ronca, sin poder apartar los ojos del espejo.

Con la cabeza hacia abajo, en mi espalda, la asomó por mi costado. Soltó un jadeó cuando le abrí las nalgas con las manos, las que deslicé hacia abajo, acariciándole la piel.

—Es una puñetera locura.

—Síií… —Jadeó al pasar varios dedos por su sexo.

—Ya estás mojada —gruñí—, pero enseguida lo estarás más.

Hizo fuerza con las manos en mis nalgas, antes de tirar hacia abajo de la cintura elástica del pantalón de deporte. Continuó con el bóxer, con el que lo ayudé por la parte delantera. Estaba duro y excitado, mi miembro saltó al liberarlo.

Se llenó las manos de nuevo con mis nalgas, mientras mis dedos volvían a darle placer.

—No dejes de mirar —le pedí con la voz cargada de deseo.

Soltó un gemido al verse reflejada en el espejo. Aseguré el agarre por la postura que tenía y le abrí las piernas todo lo que pude. Cuando la tuve como quería, me acerqué al espejo.

—Apoya las rodillas en el mueble —le pedí.

Lo hizo quedándose segura. Recorrí su zona íntima deleitándome al tenerla casi pegada al espejo. Arrastré la humedad, deslizándola por cada pliegue, hasta que llegué al clítoris. Volvió a gemir sin apartar la atención de su sexo expuesto y abierto, con mis dedos jugando por él. Se puso rígida cuando le apresé el clítoris entre los dedos y lo froté.

—Me encanta —dije con la mandíbula apretada—. Está tan salido, estás tan excitada…

—No paresss… —gritó acelerada, mientras le frotaba el punto de placer con energía.

—Esto solo es el principio, preciosa. Queda mucha tarde y noche por delante.

Jadeó cuando introduje un dedo de la otra mano en su interior. Con él entrando y saliendo sin descanso, mientras le acariciaba las paredes internas, y con el otro sin apartarse del clítoris, la llevé al límite y se corrió desesperada.

Durante unos minutos me negué a abandonar la zona, pero con caricias suaves, hasta que la ayudé a quedarse con el cuerpo recto encima del armario, de rodillas. Me llevé uno de sus pezones a la boca y lo tensé excitándolo con los labios y los dientes. Notar sus manos agarrarme del pelo con fuerza fue la señal para saber que ya podía continuar.

El resto sería bajo el agua, no cabía duda de ello, y no tendría ninguna prisa por salir.

Capítulo 30



—¿Estás segura de que la dirección que me has dado es la correcta? —le pregunté a Elsa.

—Claro, la he conseguido con la información que me mandaste —aseguró sin margen de error.

No es que dudara de ella, en absoluto, porque confiaba a ciegas, pero la zona más solitaria no podía ser. Estaba en medio de la nada, dentro del coche. Solo se veía vegetación y la hilera de árboles que acompañaban el largo del camino de tierra por el que llevaba circulando un buen tramo.

—Aquí no hay nada —dije no muy convencido porque estaba a punto de comprobarlo mejor.

—Pues no lo entiendo, los datos son fiables —habló pensativa.

—Voy a echar un vistazo.

—Vale, llámame en unos minutos.

—Vale.

Después de colgar la llamada desde el volante, decidí avanzar un poco más para dejar el coche apartado del camino, asegurándome de que no supusiera un obstáculo para nadie que pudiera pasar por allí. Cuando llegué a un lugar más amplio, con mucho espacio a ambos lados, apagué el motor.

Saqué la llave del contacto, me guardé el móvil en un bolsillo del abrigo y salí. Cerré la puerta despacio y lo bloqueé con el mando.

Era las once de la mañana. En cuanto Helia se despidió para ir al trabajo me aseguré de dejar protegido a Ruby y me dispuse a encontrar este lugar. Nada de lo que había imaginado se mostraba ante mí. Había recorrido muchos kilómetros, pero llegaría a tiempo para estar de vuelta cuando Helia llegara por la tarde.

Empecé a caminar acortando camino entre la vegetación. Mirando de vez en cuando las

indicaciones del GPS en la pantalla del móvil, avancé cada vez más desconcertado. «Tiene que estar», fue lo que me dije y me repetí.

Al ver un coche que surgió de la nada, sorteando un denso matorral, fruncí el ceño. Evité hacerme visible, todavía no quería llamar la atención. Giré el cuerpo ocultándome tras un árbol, viendo cómo el vehículo se alejaba de mí. Aceleré el paso hasta el mío. Al no dar tantas vueltas siguiendo el camino, logré llegar unos minutos antes de que el coche pasara por delante de mí.

Quien conducía no se fijó en el mío apartado. En cuanto tuve vía libre me monté y cambié de dirección, me interesaba seguirle la pista para lo que quería conseguir. Estaba sobrepasando una línea que no sabía si me favorecería o iría en mi contra, pero sentí una imperiosa necesidad de hacerlo. Estaba actuando en consecuencia, sin pensar en nada más.

Me mantuve bastante alejado del coche y cuando me incorporé a la carretera asfaltada, aceleré en la dirección que creí que había tomado. No me equivoqué, ya que no tardé en verlo a unos cientos de metros por delante de mí. Llegamos a un pueblo en el que recorrimos las calles. Estacionó en el primer hueco que encontró y yo hice lo mismo, un poco retrasado. Al salir del coche vi a la persona cruzar la calle, caminando tranquila.

Me mezclé entre la gente, siguiendo sus pasos de cerca y vi la oportunidad perfecta cuando en una terraza de una cafetería, ocupó una mesa. Dejé pasar varios minutos, sin apartar la atención y me decidí a dar el siguiente paso. Uno que sería definitivo, para bien o para mal.

—Hola —dije al pararme junto a la mesa—. Mi nombre es Demian. No me conoces, pero tenemos que hablar.

✣ ✣ ✣

Pensativo dentro del coche, accedí al desvió del pueblo. Eran las cuatro y media, iba sobrado de tiempo. No tardé en estacionar frente a la casa y menos aún en entrar.

—Hola, Ruby —lo saludé, estaba en su jaula.

—Demian. Hola. Guapo —sonreí.

—¿Qué tal ha ido? —Metí las manos en los bolsillos del pantalón, parado frente a él.

—Ha ido.

—Pero ¿bien?

—Genial. Maravilloso. Bien.

—Estupendo.

—Estupendo —repitió.

—Así no vamos a terminar nunca de hablar.

—Hablar. Ruby. Bueno. —Reí.

—Voy a darme una ducha para ponerme cómodo. —Le acaricié la cabeza.

Recorrí el salón y el pasillo, y entré en la habitación. La ducha fue rápida, por lo que diez minutos después regresaba al salón con un chándal puesto. Me acomodé en el sofá con el portátil encima de las piernas, dispuesto a entretenerme hasta que Helia apareciera.

A las seis de la tarde desvié la mirada hacia el móvil. Lo cogí para descolgar, era Jacob.

—¿Qué tal? —le pregunté.

—Bien, como esta mañana —dijo animado—. Eso te lo pregunto yo a ti, me ha dicho un pajarito que has estado vagando por ahí —sonreí de medio lado.

—¿El mismo pajarito al que le has pedido que me llamara cuando hiciera un rato de cortar las llamadas contigo?

—Joder, con vosotros dos, es imposible mantener un secreto —se quejó.

—¿Qué secreto? —Solté una carcajada.

—Lo que yo diga. —Bufó—. ¿Cómo ha ido?

—Mejor de lo que esperaba, la verdad —le confirmé.

—Entonces, ¿te has quedado satisfecho?

—Sí. —Eché la cabeza hacia atrás, apoyándola en el respaldo—. Creo que ha servido.

—Me encanta tu positivismo, esperemos que sea así.

—Todo está en marcha, ya no hay vuelta atrás —le aseguré.

—¿Qué haces ahora? ¿Cómo está el fiera? —se refirió a Ruby.

—Estoy revisando una documentación que me ha enviado mi padre. Me ha pedido que lo haga porque es sobre una negociación que está haciendo con un nuevo cliente, por lo visto es potencial. Ruby está en su momento de paseo, por algún lado de la casa. Hace un rato que ha salido de la jaula.

—Suena bien lo del cliente.

—Por ahora lo parece, falta comprobarlo.

—Cualquiera te tima a ti. —Rio.

—Pueden intentarlo, otra cosa es que lo consigan —sonreí de medio lado—. Si la negociación llega hasta el final aportará muchos beneficios a la empresa.

—Perfecto entonces. Se me ha olvidado decirte que ayer vi a tu hermana.

—Ajá. Bien imagino.

—Yo diría que sí porque no estaba sola. —Carraspeó.

—¿Iba con una amiga? ¿Con un grupo de amigos?

—Sigue intentándolo —habló con humor.

—Estás diciendo lo que creo…

—Sí. Por los besos que se daban en los labios, amistad, lo que se dice amistad, no era en sí. Más que nada porque se comían.

—No me ha dicho nada. —Fruncí ligeramente el ceño.

—Ni lo hará hasta que no confirmen que se casan. —Soltó una carcajada y sacudí la cabeza —. Si está conociéndolo evitará contarlo.

—Pues no sé por qué.

—¿En serio? ¿Te recuerdo que te presentaste en el trabajo del último chico con el que salió? Fue al segundo día de estar con tu hermana, no le diste tregua al chaval. —Reímos recordando aquel momento.

—No me salió tan mal la jugada. —Carraspeé.

—Ahí te doy la razón.

—¿Ella te vio?

—Estás de broma, ¿no?

—Vamos, que te plantaste delante de ellos.

—Por supuesto, ya que tú no puedes porque estás a muchos kilómetros… —Volvimos a reír, yo al imaginármelo.

—¿Y cómo fue? ¿Cómo se lo tomó Clara?

—Se quedó sin palabras, literalmente. Abrió y cerró la boca varias veces y fui yo el que tuvo que hablar. No les dije nada significativo, con solo que supiera que la había pillado era suficiente. Estará esperando a que la llames.

—No lo voy a hacer.

—¿No? —Se extrañó.

—Prefiero hablar con ella en persona.

—Ya decía yo. —Soltó una carcajada—. ¿Ya sabes la fecha en la que vienes?

—Te lo diré más adelante.

—Entendido. Te dejo, tío. Voy de cabeza a la ducha. Me he enfriado del todo después del ejercicio.

—Que vaya bien, hablamos.

—Igualmente, hasta otra.

Puse el teléfono en el sofá y cerré todas las ventanas que tenía abiertas en el ordenador. Lo apagué y lo coloqué en la mesa baja. Por hoy, ya era suficiente. Me levanté y me puse el abrigo para salir al porche. Helia estaba a punto de llegar, lo que sucedió pasados unos minutos.

Al bajarse del coche caminó sonriente hacia mí y como cada tarde, la recibí con un buen beso.

—¿Y Ruby? —Quiso saber mientras se quitaba el abrigo.

—Es el dueño de la casa, por algún lugar —aseguré y rio.

El sonido de su voz provocó que apareciera volando por el pasillo.

—Bienvenida. Helia —dijo apoyado en la mesa alta.

—Gracias, guapo.

—Helia. Guapa. Más —sonreí.

—¿Qué tal os ha ido el día? —me preguntó.

—Genial —le respondí.

—Genial —confirmó Ruby.

—¿Os habéis puesto de acuerdo? —Levantó una ceja, mirándonos divertida.

—Todo se pega. —Solté una carcajada—. Ve a ducharte y ponte cómoda. Yo acabo de terminar con unas cosas de trabajo y ahora voy a dejar la cena medio preparada. Así después es más rápido.

—Vale, pero no hagas mucho. Después te ayudo.

—Claro que sí —sonreí de medio lado, al ver cómo ponía los ojos en blanco—. Me da por imposible —le hablé a Ruby.

—Demian. El mejor.

—Gracias, colega. Menos contigo, me siento un incomprendido con el resto.

—Demian. Demian. Demian… —Reímos porque cogió carrerilla.

—Cuando os unís no puedo con vosotros —comentó Helia desde el pasillo.

Ruby se acomodó en su jaula para descansar, mientras yo me dirigí a la cocina. Al final, me animé a hacer una tortilla de patata, ya que a los dos nos encantaba a temperatura ambiente, así que la hice pensando en nuestra cena. No podía ser más rápido, ya que estaría lista justo cuando comenzáramos a sentir hambre.

Con la primera cara cuajándose, mientras troceaba un tomate en el bol de la ensalada, Helia apareció en la cocina.

—Ya estoy —dijo poniéndose a mi lado en la encimera.

—Estás preciosa. —Me incliné para darle un beso en los labios.

—Gracias —sonrió—. Hay poco que pueda hacer —comentó refiriéndose a la cena.

—Terminado. —Aparté el bol.

Me lavé y sequé las manos y le di la vuelta a la tortilla. Tenía una pinta…

—¿Un refresco? —le pregunté con la nevera abierta.

—Vale.

Fuimos al salón cada uno con una lata y nos sentamos en el sofá. Ruby estaba adormecido.

—¿Cómo ha ido el trabajo?

—Bien. Atendiendo a los clientes y liada con el papeleo —asentí.

—Quiero decirte algo. Le he estado dando vueltas.

—¿El qué? —Subió las piernas al sofá, cruzándolas.

—Mañana voy a ir a la ciudad.

Su expresión cambió automáticamente, por la interpretación que le dio.

—Regresaré rápido.

—No pasa nada, tómate el tiempo que necesites —dijo con sinceridad.

—Me interesa hablar en persona con mi padre de temas del trabajo, aparte aprovecharé para hacer unas cosas que tengo pendientes.

—No tienes que darme explicaciones, Demian —sonrió.

—Lo sé, pero quiero hacerlo. —Amplió la curva de sus labios.

—¿En qué momento del día te irás?

—Por la mañana —le confirmé.

—Pues antes de salir para el trabajar llevaré lo esencial a mi casa, por si estás varios días.

—Tienes la llave de aquí, puedes entrar cuando quieras.

—Ya, pero así no me muevo tanto.

—Como quieras. Te ayudaré porque con lo de Ruby…

—Vale.

—Voy a volver —le insistí agarrándole una mano.

Bajó la mirada a nuestra unión y me la acarició.

—Sé que te preocupa desde el inicio, pero créeme que no tengo la intención de apartarme de ti, a no ser que sea por obligación.

—Pero algún día te irás definitivamente a la ciudad.

—Puede que sí, o puede que no. —Levantó la cabeza—. No lo sé ni yo, pero ten claro que, si ese momento llega, me las ingeniaré para arrastrarte conmigo.

—¿Yo en una ciudad? ¿Y mis amigos y mi trabajo?

—Eso son pequeños inconvenientes que tienen solución. —Le hice un guiño—. No pienses más en ello, yo no lo hago.

—Vale —soltó un suspiro.

—Vete preparando porque tienes que darme la mejor noche de mi vida —dije con humor.

—Tienes que descansar para viajar. —Rio.

—Todavía me considero joven, puedo con todo. —Terminamos riendo los dos.

—Te aseguro que la recordarás hasta que regreses. —Me acarició los labios con los dedos.

Se los atrapé dentro de la boca y se los humedecí con la lengua.

—Estoy deseándolo. Me falta muy poco para mandar a la mierda la tortilla.

—¡Se va a quemar! —dijo saltando del sofá.

Riendo, corrió hasta la cocina y me quedé observando el hueco de la puerta por donde desapareció, atontado por ella.

Capítulo 31



Helia

Solté un suspiro con la mejilla apoyada en la mano, escuchando de fondo, muy lejano, las voces de mis compañeros.

Demian se había ido por la mañana a la ciudad, y a pesar de que yo todavía continuaba en el trabajo y de que la rutina normal entre semana era verlo cuando llegaba a casa, ya lo echaba mucho de menos al saber que se encontraba lejos del pueblo.

El último mensaje que me había enviado era de hacía una hora. Nos habíamos intercambiado varios desde que recibí el primero en el que me informó que acababa de llegar y que el trayecto había ido bien.

Estaba deseando llegar a casa para darme una ducha y ponerme el pijama, pero, sobre todo, para encontrarme con Ruby. Los días anteriores estuve tranquila porque Demian se encargaba de él, pero al tener que dejarlo de nuevo solo en la casa, después de su breve desaparición que se me hizo interminable, me sentía intranquila.

No tenía lógica, Demian se encargó de arreglar la ventana del salón y de comprobar las del resto de la casa. Ya no había posibilidad de que sucediera lo mismo, pero aun así, tenía la necesidad de llegar cuanto antes.

Bajé la mirada al teléfono, la pantalla se encendió con una llamada de Alan.

—Hola —dije al descolgar.

—Hola. ¿Cómo ha ido el día?

—Como siempre —me salió un suspiro involuntario.

—Ya veo —comentó con humor—. Te invito a cenar, es viernes.

—Te lo agradezco y me encantaría, pero no quiero dejar a Ruby tanto tiempo solo. —Hice una mueca que no vio.

Les había contado a mis amigos su escapada y lo mal que lo pasé. Se preocuparon, pero, al mismo tiempo, también se alegraron por lo bien que terminó. Al igual que estaban al corriente de que Demian se había ido.

—Tenemos dos opciones —continuó.

—Adelante —dije y rio por las pocas ganas que percibió en mi tono de voz.

—La primera, es que cuando salgas del trabajo, te vayas para casa y voy a buscarte. Así ves a Ruby un rato y cenamos algo rápido donde más te apetezca. A mí me da igual. La segunda, es que me acerque a tu trabajo ahora, cenemos, aunque sea pronto, y se terminó. Podemos ir al bar de mi calle, sirven rápido y los sándwiches y los bocadillos que prepararan nos encantan. Otra cosa es que prefieras comer algo diferente, ahí ya no puedo calcular el tiempo.

—Lo tengo.

—Sorpréndeme.

—¿Por qué no cenamos en mi casa?

—Era para que no tuvieras que hacer nada, no quiero que te líes en la cocina —sonreí con cariño.

—Pues es fácil, trae los bocadillos y nos los comemos cómodos. ¿Qué te parece?

—No es mala idea.

—Perdona, es la mejor. —Reímos—. Yo quiero el que siempre me pido.

—Perfecto, pues en una hora estoy llamando a tu puerta desprendiendo un olor que se te va a caer la baba en cuanto abras. Pediré una buena ración de las patatas de la casa, con beicon y queso.

—Joder, ¡qué hambre! Vale, yo voy a recoger ya. Estoy deseando darme una ducha y ponerme el pijama.

—Vamos, que tenía la batalla perdida de ante mano —dijo divertido.

—Sí —afirmé y reímos—. Pero no me negarás que no hay nada comparable a comernos un bocadillo grande y completo, mientras estamos cómodamente instalados en el sofá, bien calentitos y tranquilos.

—No puedo discutirte eso —sonreí.

—Nos vemos en un rato.

—Hasta ahora, cariño.

—Oye… —Llamé su atención antes de que colgara.

—¿Sí?

—¿Alba se apuntaría?

—Tenía pensado llamarla ahora.

—Perfecto.

Nos despedimos de nuevo y me levanté para guardar el móvil en el bolso. De pie, apagué el ordenador y dejé recogida la mesa. Algunas carpetas las guardé en el cajón y las demás las coloqué en la estantería que tenía detrás de la silla. Me puse el abrigo, me colgué el bolso y me despedí de mis compañeros hasta el próximo lunes laborable.

Salí emocionada porque tenía nueve días de fiesta: el fin de semana que ya estaba encima, más una semana completa. Era la festividad de invierno, el pueblo se engalanaba para la ocasión y solo trabajaban los servicios mínimos. Mi oficina no cerraba, se mantendría abierta solo en horario de mañana con el mínimo personal, un par de compañeros. A mí me tocó el año pasado, pero este era libre como el viento.

—Joder, qué frío —susurré ajustándome la bufanda al cuello.

Caminé ligera por la calle, para llegar cuanto antes al coche. Estaría igualmente helado y cuando cogiera temperatura el interior ya me encontraría frente a mi casa, por lo breve que era el recorrido, pero al menos estaría a cubierto.

Recorrí las calles sonriendo, la gente se veía muy animada y dispuesta a disfrutar. A pesar de ser temprano, los restaurantes que me encontré a mi paso se veían bastante llenos desde las cristaleras, pero yo no cambiaba por nada el bocadillo que me iba a comer con Alan en mi casa, cómoda y sin pasar frío en ningún momento.

Me encontraría la casa caliente. Al no encender la calefacción durante muchos días y sin vivir en ella porque estuvimos en la de Demian, la frialdad que noté esta mañana me erizó la piel, cuando llevamos mis cosas y las de Ruby. No solía conectarla hasta que no llegaba de trabajar por las tardes, pero esta vez fue necesario que lo hiciera.

Me paré frente a un puesto provisional que habían colocado para las fiestas y pedí un cubo mediano de alitas. Las preparaban al instante y estaba segura de que estaban tan deliciosas como cada año. El puesto era de uno de los mejores restaurantes del pueblo y ofrecían mucha variedad de comida rápida, para ir comiendo por la calle. Elegí las alitas porque nos encantaban bien aliñadas y tostaditas, estaban riquísimas.

No sabía si Alba se apuntaría a venir a cenar, pero igualmente pedí una ración contando con ella.

—Que aproveche —me dijo sonriente el dependiente, dándome la bolsa que contenía el cubo.

—Muchas gracias. —Le devolví el gesto, acercándole el dinero.

Me calenté las manos con el calor del cubo y me despedí de él cuando me dio el cambio. Volví a caminar por la calle, pero al girar en la que tenía el coche aparcado, me paré para mirar hacia atrás.

Sacudí la cabeza porque vi más gente ir de un lado al otro. Había tenido una sensación extraña, una tontería que me quité de la cabeza al instante.

Montada en el coche, me alejé de la zona más concurrida y pocos minutos después, estacionaba frente a mi casa.

—Hola. Helia. Bienvenida —me saludó Ruby y sonreí.

—Hola, guapo. ¿Has pasado bien el día? ¿Has sido bueno? —le pregunté caminando hacia la jaula.

—Ruby. Bueno. El mejor. —Movió las alas—. Comida. Galleta —dijo al oler las alitas.

—Sí —dije con una gran sonrisa—. Voy a darme una ducha que dentro de poco Alan estará aquí, puede que Alba también. Después te pongo de tu comida, esta no puedes probarla.

—Traviesa. —Solté una carcajada—. Amigos. Buen rollo. Cotilleos. —Reí más.

De esa forma, sin poder parar, fui hacia la cocina para dejar la bolsa y después a la habitación. Colgué el abrigo y el bolso en el perchero y saqué el móvil. En mis labios apareció una gran sonrisa al ver que tenía un mensaje de Demian.

Demian: *Hola, preciosa. ¿Por fin eres libre?*

Helia: *Hola, tío bueno.* —Me mordí el labio inferior al escribirlo y por error le di a la tecla de enviar. Fue sin querer porque no había terminado.

Demian: *Ruby ¿le has quitado el teléfono a Helia? ¿Eres tú?* —Volví a reír.

Helia: *Soy yo, por ahora no le he enseñado a utilizar el pico para escribir. Ja, ja, ja… Como dijiste, todo se pega.* —Acompañé a mis palabras con un emoji de un guiño—. *Acabo de llegar a casa y voy a darme una ducha. Alan vendrá dentro de un rato con la cena, Alba no sé si se apuntará, se ha encargado él de hablar con ella.*

Demian: *Miedo me da que sepa utilizarlo más. Así que tío bueno, ¿eh? Eso quiero que me lo digas cuando me tengas delante, para que veas en primer plano cómo acabo de ponerme. Perfecto, salúdalos de mi parte y disfrutad. ¿Qué vais a cenar?*

Helia: *Alan quería invitarme a cenar fuera, pero no me apetecía mucho. Mañana seguramente sí, pero hoy nos hemos decidido por comer tranquilos unos bocadillos que están para chuparse los dedos, literal. También unas patatas especiales que hacen en el bar y yo he*

comprado un cubo de alitas en un puesto, al salir del trabajo.

Demian: *Cuando he cruzado el pueblo esta mañana ya había bastante ambiente.*

Helia: *Sí, para mucha gente ayer fue el último día de trabajo. A ver si llegas a tiempo para poder disfrutar de las fiestas, hacen muchas actividades.*

Demian: *Claro, ya te dije que iba a ser rápido.*

Helia: *Vale. ¿Qué vas a hacer tú?*

Demian: *Nada. No tengo otro plan que quedarme quieto donde estoy ahora mismo. Mañana será otro día.*

Helia: *Te echo de menos.*

Demian: *Me encanta leer eso, yo también. Ve a ducharte que no te dará tiempo.*

Helia: *Sí, ¿hablamos más tarde?*

Demian: *Por supuesto.*

Nos despedimos de forma cariñosa y con la sonrisa tonta que no se me había borrado de la cara, puse a cargar el móvil encima de la mesita de noche.

Me duché rápido, me puse el pijama y salí al pasillo para ponerle de comer a Ruby. Sonreí cuando pasó volando por mi lado, era su momento de relajarse. Cogí su cuenco de la jaula y fui a la cocina. Lo lavé y reí cuando se posó en la encimera. Se puso a saltar de una pata a otra, celebrando que ya estaba a punto de comer.

Saqué varios trozos de manzana de un bol de la nevera y se los coloqué en el cuenco después de llenarlo.

—Ya está —dije caminando hacia el salón.

Me pasó de largo, yendo directo al interior de la jaula.

—Que aproveche. —Le acaricié la cabeza.

—Aproveche. Ruby. Comer. Silencio —sonreí.

Me acomodé en el sofá, encendí el televisor y comencé a buscar algo entretenido que me ayudara a pasar el tiempo. Me habría encantado seguir con mi lectura, pero Alan no tardaría en llegar y no quería dejarla nada más empezar.

El timbre sonó al cabo de unos diez minutos y fui a abrir.

—Hola —saludé a mis dos amigos, Alba también estaba.

—Hola, cariño —dijo animada, dándome un beso en la mejilla.

—Hola. —Me correspondió Alan, con una sonrisa, antes de recibir la misma muestra de cariño.

Cerré la puerta y fuimos todos a la cocina, después de que se quitaran los abrigos.

—Huele que alimenta —dije siguiendo el rastro con la nariz.

Reímos mientras sacábamos el contenido de las dos bolsas.

—Joder, qué pinta —comentó Alba. Le dio un buen mordisco al suyo, sin poder contenerse—. Mmm…

—Yo he comprado alitas en el puesto de la calle de cada año por estas fechas. —Fui hacia la encimera.

—Madre mía. Nos vamos a poner finos. —Rio ella.

—Me encanta, bien pensado. —Me hizo un guiño Alan, cogiendo la primera.

Empezamos a cenar antes de sentarnos en el sofá, cómodos, pero es que era demasiada tentación al alcance.

Vimos una película mientras comíamos. Pasamos un buen rato animado y sobre las once de la noche los despedí en la puerta con abrazos y besos, quedando para el día siguiente. Se fueron juntos en el coche de Alan, igual que llegaron.

Apagué la calefacción como cada noche, le deseé buenas noches a Ruby, y fui a la habitación para terminar el día. Desde la cama llamé a Demian, pero no descolgó. Los tonos sonaron sin tener suerte de escuchar su voz. Le escribí un mensaje y devolví el teléfono a la mesita de noche, después de ponerlo en silencio. Cogí el libro y empecé a leer por donde lo dejé la última vez.

Después de un buen rato leyendo, metida por completo en la historia, empecé a notar los párpados pesados. Cerré el libro apartándolo a un lado y comprobé que no tenía respuesta de Demian. Se habría quedado dormido, y sabiendo que estaba con mis amigos, habría dejado pasar el tiempo… Apagué la luz y me acomodé en la cama, bien tapada.

✣ ✣ ✣

Estaba teniendo un sueño placentero, esa fue la última sensación buena que tuve antes de abrir los ojos de golpe en medio de la oscuridad, y de quedarme sin respiración.

Jadeé por el sobresalto y el miedo, pero no pude emitir ningún sonido. Tenía un cuerpo encima cubriendo al mío, mientras una mano me tapaba la boca, presionándomela. Parpadeé varias veces, rápido, con la vista desenfocada, mientras me resistía a la fuerza que ejercía.

«No puede ser, es imposible. Esto es una pesadilla…», me dije y me repetí, sin poder hacer nada para desprenderme del peso que estaba sobre mí. Me fue imposible verle la cara por la oscuridad.

No comprendía que estando en mi propia casa esto estuviera sucediendo y el temor se apoderó de mí, al estar completamente sola, sin Demian en la casa de al lado. Temí por Ruby, aunque de noche era muy difícil que se despertara por los ruidos.

El miedo me invadió por completo mientras me movía inquieto en la cama, tratando de enfrentar lo poco que podía, a la persona que me estaba atacando.

Capítulo 32



Demian

—Soy yo. Shhh… —susurré a pocos centímetros de su cara, mientras forcejeaba con su cuerpo, tapándole la boca.

Cuando fue consciente de mi voz soltó un jadeo que amortigüé de nuevo con la mano. Se quedó inmóvil, por completo.

—Soy yo, Helia. Demian —repetí para que lo asimilara dada la situación—. Voy a liberarte despacio la boca, no puedes hacer ruido. ¿De acuerdo? Es muy importante —asintió.

Lo hice con cuidado y con urgencia, agudizando el oído. No quedaba tiempo…

—¿Qué…? Demian… —Me palpó la cara para asegurarse y pasó las manos por el pelo— ¡Eres tú! ¿Qué haces aquí? ¿Por qué me has despertado de esta manera? —habló descoordinada y desorientada.

—Ahora no puedo explicarte nada, tenemos que salir corriendo de aquí.

—¿Cómo? ¿Qué dices?

—Un hombre va a entrar en tu casa, lo está intentando ya. —Jadeó, pero fue silenciosa al taparse con las manos.

—¿Es una broma?

—Arriba. Ya.

Me incorporé rápido, sacándola de la cama. En segundos coloqué bien el nórdico, para que con una pasada rápida visual no hubiera indicios de que había estado acostada. Cogí su móvil de la mesita de noche y la chaqueta de lana gruesa del final de la cama, donde siempre dejaba cada cosa. La agarré de la mano y tiré de ella hasta la ventana. Me siguió desconcertada.

—Sal —le pedí.

—Pero…

—Sal. —La insté girando su cuerpo para que lo hiciera, metiéndole prisa.

La hoja de la ventana estaba abierta, me había colado por ella. Esperé silencioso e impaciente a que estuviera fuera, cuando se sentó en el poyete para saltar al exterior. De cara a la puerta entornada, no aparté la atención de ella hasta que llegó mi turno.

Salté y caminé unos pasos pegado a la fachada, para no ser visibles desde dentro. Fue en ese instante en el que se dio cuenta de lo que llevaba en una mano. La poca claridad de las farolas de la calle fue suficiente para poder vernos.

—¿Qué…? ¿Por qué tienes un arma en la mano? —Hizo una pausa, con la expresión cubierta por la sorpresa— ¿Demian…? —Llamó mi atención al no responderle, asustada.

—Ahora no. Póntela. —Le di la chaqueta.

Se la colocó rápido, más descolocada si cabe. Me asomé despacio por la ventana, mientras cerraba la hoja lentamente.

—¿Qué está pasando? No entiendo nada —susurró nerviosa, abrazándose el cuerpo.

Bajé la mirada a sus pies y maldecí porque solo se los cubrían un par de calcetines gordos.

—Voy a llevarte a mi casa y te quedarás en ella, a cubierto, hasta que yo regrese.

—¿Qué? No, no… —negó varias veces— ¿Quién ha entrado en mi casa y por qué? Mierda, Demian… Ruby. —Tragó saliva.

—Te daré todas las explicaciones que necesitas saber a su tiempo y créeme que ahora no lo es, como te he dicho.

La agarré del brazo, miré hacia los lados, agudicé el oído de nuevo y salí a la carrera para recorrer la distancia que había entre las viviendas, con ella pegada a mí. Evité la entrada principal. Rodeé la casa por detrás, hasta llegar a una de las ventanas del lado opuesto a la casa de Helia. Con gestos le pedí que entrara, la había dejado abierta a propósito, para este momento.

—Demian… —murmuró.

—Confía en mí, por favor —le pedí sujetándola de la nuca—. Necesito que estés a salvo, voy a encargarme de Ruby. ¿De acuerdo? Sé lo que hago.

Asintió despacio, no muy convencida, pero permitió que la alzara para colarse sin problema en el interior de mi casa.

—Vete a mi habitación y espérame allí. Nada de luces y no se te ocurra asomarte a la ventana, por ningún motivo. Prométemelo.

—Te lo prometo —susurró.

—Ve —le pedí, antes de deslizar la hoja de la ventana.

No la encajé en el cierre. La vi caminar rápido por el salón, hasta que la perdí de vista al acceder al pasillo.

Me asomé sigiloso por la parte delantera de la vivienda, por el poche, para asegurarme de que mi obstáculo continuaba siendo solo uno. Lo confirmé pasados unos minutos, no había rastro de nadie más. Descorrí mis pasos hasta llegar al límite de la casa, por la parte trasera.

Apreté la mandíbula al diferenciar la luz de una linterna en la habitación de Helia, la que se movió por la estancia para localizar lo que estaba buscando. Agachado, corrí hasta la casa de enfrente y apoyé la espalda en la pared de ladrillo, por la que me desplacé poniéndome a cubierto para no ser visto por las ventanas.

Me asomé a la del salón. Ruby estaba en su jaula, con la cabeza hacia abajo. Me tranquilizó verlo dormido, no se había inmutado ante la visita improvisada y sospechosa. Normal, no habría hecho apenas ruido. Regresé junto a la ventana de la habitación de Helia y levanté la mirada hacia la mía.

Agradecí que me hubiera hecho caso. No estaba asomada por ella y seguía a oscuras. Desconecté de todo al haberla dejado a salvo y fuera del camino del asaltante, y cuando tuve el camino libre, me colé otra vez por su ventana.

Abrí la hoja con cuidado, la habitación se había quedado vacía. Dentro, con el arma apuntando hacia delante, caminé silencioso hacia la puerta que en este instante estaba abierta. Apoyé la espalda en la pared, escuchando el sonido de pasos en una de las habitaciones.

Miré por el pasillo para asegurarme de que era la que pensaba, y salí encañonando hacia el frente.

Un paso, dos, tres, cuatro… Y antes de llegar, a falta de muy poco, un hombre salió al pasillo, encontrándose conmigo casi de frente.

La sorpresa jugó a mi favor porque no reaccionó todo lo rápido que debía, al haberse confiado de que la casa estaba vacía.

Mi codo impactó en su cara, provocando que soltara un alarido al romperle la nariz. Con los puños, sin perder tiempo para aprovechar la ventaja, descargué sobre su cuerpo la rabia que me recorría, con facilidad al estar tapándose la cara por el dolor que sentía. Reaccionó ante mi ataque, pero no pudo hacer nada para salvar su situación.

Después de forcejear unos segundos y de recibir varios golpes fuertes que me cabrearon más, lo lancé de malas formas al suelo. Quedó bocabajo, con la mejilla tocando el suelo de madera. Me senté sobre él, bloqueando todos sus intentos por zafarse de mí. El arma del asaltante había quedado cerca de nosotros después de caérsele, la lancé lejos deslizándola con la mano.

—¿Quién eres? —me preguntó con rabia.

—El que te ha cazado, ¿no te ha quedado claro? —siseé cerca de su cara, inclinado sobre él.

Le di un golpe seco y certero en la cabeza con la empuñadura del arma, dejándolo inconsciente al instante. Me aseguré de que no se movía y me levanté despacio, guardándome el arma por detrás de la cinturilla del pantalón.

Solté el aire de golpe y me pasé las manos por el pelo, antes de llevarlas al pecho. Los pocos golpes que había recibido habían sido en esa zona. Me acaricié por encima del abrigo la cicatriz, notándola más sensible de lo normal, lo que me enfadó sobremanera.

Saqué el móvil del bolsillo del abrigo y marqué el número de la persona con la que necesitaba hablar.

—Demian… —me respondió descolgando al primer tono.

—Necesito apoyo en la dirección… —se la detallé—. Voy a dejar a un hombre en el salón de la casa, amordazado y atado.

—¿Estás bien?

—Perfectamente, y más lo estaré cuando me largue de aquí —le aseguré.

—No te preocupes por nada, me encargo del resto. En unas horas la casa estará libre.

—Gracias. Hablamos en otro momento.

—Sí, cuídate.

Me guardé el teléfono y arrastré de los pies el cuerpo. Como había dicho en la llamada, lo llevé hasta el salón, al centro de él. Fui hacia la cocina que se comunicaba con una puerta estrecha en la que se escondía un pequeño lavadero y abrí varios armarios, hasta dar con una cuerda gruesa y resistente para la función que tenía que hacer.

Una vez tuve asegurado todos los nudos, con el hombre inmovilizado para cuando se despertara, le tapé la boca para que no emitiera ningún sonido. Me levanté frotándome las manos, mientras me apartaba varios pasos. Para que Helia no viera nada que la pusiera más nerviosa e inquieta, limpié la sangre que había salpicado en el pasillo. Dejé la casa como si no hubiera sucedido nada, a falta de que eliminaran la presencia del que estaba en el salón.

Al terminar, en el salón de nuevo, dirigí la mirada hacia la jaula y caminé hasta ella para coger a Ruby.

—Demian. Silencio. Ruby. Dormir. —Su voz sonó muy floja.

—Enseguida te dejo tranquilo —lo pegué a mi pecho—, solo vas a cambiar de jaula.

La provisional, la que Helia llevó a mi casa, la misma que utilizaba para llevarlo al veterinario, continuaba allí. Era lo único que quedó de Ruby cuando se fueron, al irme yo.

Eso de cara a Helia, claro está, porque no me había movido de la zona. Fui a la habitación de Helia y deslicé la hoja de la ventana para cerrarla, sin llegar a asegurarla del todo. Con el camino libre salí por la puerta principal, justo en el momento en el que los pies del hombre empezaban a moverse.

Con la llave que Helia siempre dejaba en un cuenco, cerré y me alejé, observando a ambas direcciones de la calle. Todo se mantenía tranquilo. Antes de entrar en mi casa escribí un mensaje.

Demian: *Acceso por la ventana lateral, la de la habitación principal.*

Después de recibir el «ok» de respuesta, el que llegó al momento, abrí la puerta de mi casa. A oscuras, caminé hasta la jaula para dejar a Ruby cómodo. Se había dormido otra vez, si alguien tenía el sueño profundo era él.

Caminé por el salón, yendo directo hacia mi habitación.

—Soy yo —dije para que Helia me escuchara, a la vez que encendía la luz del pasillo para que me viera bien.

Al abrir, me encontré con su cabeza asomándose por el lateral de la cama, el que quedaba oculto desde la puerta. Estaba en el suelo y se incorporó despacio.

—He traído a Ruby. Está bien, continúa durmiendo en la jaula del salón —le informé yendo hacia el baño.

Me siguió con la vista, sin pronunciar ninguna palabra. En su expresión se reflejaban demasiadas cosas: aturdimiento, desconcierto, miedo, dudas… A la vez que tranquilidad desde que la había informado de Ruby.

Me desprendí del abrigo dejándolo sobre el armario, y del arma colocándola encima. Lo siguiente que desapareció de mi cuerpo fue la sudadera. Miré mi pecho en el espejo y apreté la mandíbula, al ver una gran rojez en la zona de la cicatriz. «Me encuentro bien, no supone nada ni ningún retroceso», me dije palpándomela.

—Demian… —Giré la cabeza hacia ella.

Había entrado en el baño y tenía los ojos fijos en el espejo, en mi pecho.

—Estoy bien, solo quería comprobar hasta qué punto —dije convencido, cubriéndome con la sudadera.

—¿Te duele? ¿Qué ha pasado? ¿Qué significa todo esto?

—Solo tengo una molestia, es insignificante. —Me moví quedándome frente a ella—. No voy a contártelo por ahora, estás muy nerviosa. —Le retiré el pelo hacia atrás—. Solo confía en mí, como te he pedido.

—Lo hago, pero…

—Shhh… —Puse un dedo sobre sus labios—. Lo único que voy a adelantarte es que nunca me he ido de aquí. —Agrandó los ojos—. Quería comprobar una cosa y he obtenido el resultado que pensaba y esperaba. Solo eso, ¿de acuerdo?

—No entiendo nada —susurró colocando las manos encima de las mías, a los lados de su cuello.

—Tienes el pulso demasiado acelerado —murmuré.

—Si te parece… —Bufó, provocando que mis labios se curvaran—. Casi me da un infarto por la forma en la que me has despertado y con todo lo que ha sucedido después… ¿Quién eres?

—Demian —le respondí haciéndole un guiño. Puso los ojos en blanco.

—¿Cómo has entrado por mi ventana? Estaba cerrada.

—Error, eso es lo que tú pensabas. Días atrás, cuando revisé todos los accesos a la casa, puse un bloqueador en el cierre en tu ventana. Con solo hacer un poco de presión en el punto correcto se abre. —Agrandó los ojos—. Necesitaba un acceso rápido y poco visible. —Me encogí ligeramente de hombros.

—Si me pinchan no sangro.

—Sé que lo que estás oyendo y lo que has vivido te parece surrealista, pero solo te pido que…

—Confíe en ti. —Terminó por mí y bufó.

—Exacto. ¿Qué significa esa reacción? —Levanté una ceja, acercándola a mí.

—Que quiero saberlo todo. Es mi vida y tú no vas a hablarme de nada hasta que no te dé la gana. —Hizo una mueca.

—Es por tu bien. Siéntate. —Arrastré el taburete que estaba en una esquina.

—¿Para qué? —preguntó, pero lo hizo.

Saqué del armario el calefactor que nunca usaba y lo conecté. Me arrodillé frente a ella para quitarle los calcetines, tenían las plantas mojadas al haber caminado por la hierba humedecida. Soltó un suspiro cuando enfoqué el aire caliente a sus pies congelados y me levanté para ir a por otros limpios y secos.

Antes de salir, cogí el arma para sacarla de su vista. La guardé en el lugar que le correspondía y regresé junto a ella con los calcetines, dejándoselos encima de las piernas.

—Mañana nos vamos —le dije apoyando la cadera en el mueble.

—¿Eh?

—Siento que sea tan precipitado, pero tenemos que irnos mañana mismo. Esta noche podemos pasarla aquí. —Agrandó los ojos.

—¿Cómo que nos vamos? ¿Adónde? ¿Por cuánto tiempo? ¿Por qué?

—Eso he dicho. El lugar lo sabrás cuando lleguemos. Sobre el tiempo… El que sea necesario y el por qué… Creo que te ha quedado claro esta noche. —Levanté una ceja.

—Pero yo vivo aquí, mi vida está en este lugar.

—Correcto, información de la que dispone quien no tendría que saberlo. —Nuevas dudas se reflejaron en su cara.

—No comprendo el trasfondo, yo…

—Helia, solo confía. Voy a protegerte, siempre. —Tragó saliva—. Mañana iremos a tu casa para que hagas una pequeña maleta y cargaremos con lo que sea necesario de Ruby. Lógicamente él también entra en el lote, no lo vamos a dejar atrás.

—Mis amigos…

—No puedes decirles nada, por el momento. Yo me encargo de todo, será a su debido tiempo.

Bajó la mirada hacia sus pies, quedándose en silencio.

—Es un contratiempo que pasará —dije arrodillándome frente a ella—. Mírame. —Le levanté la barbilla con varios dedos—. Todo volverá a estar bien, ¿me oyes?

—Pero ¿qué está mal? Ya sé que no vas a contestarme, pero es que estoy tan descolocada…

—Lo entiendo y es lo normal.

—¿Por qué tienes un arma? ¿La has utilizado? ¿El hombre de mi casa…?

Para evitar que continuara con las preguntas de sus dudas y miedos, busqué sus labios. Inicié un beso que la hizo olvidarse de todo, al menos durante los siguientes minutos.

Su jadeo quedó amortiguado en mi boca, la que no se separó de la suya hasta que tuvimos que separarnos para recuperar la respiración.

Capítulo 33



Helia

No podía salir del asombro de todo el conjunto de lo sucedido, imposible hacerlo porque no podía utilizar la cabeza con normalidad, se me iba con cada pensamiento que tenía. Por muchas vueltas que le había dado, por muchas hipótesis que mi mente había creado… Nada, continuaba igual y ya eran las siete de la mañana.

Apenas había dormido, solo en breves espacios de tiempo, cuando el agotamiento podía conmigo. La intranquilidad y el malestar que sentía fueron los culpables de que no pudiera mantener los ojos cerrados como realmente necesitaba. Y la preocupación por todo, pero, sobre todo, por Demian.

En su expresión se reflejaba la incomodidad. Se había esmerado para ocultármelo y en la mayoría de las ocasiones lo consiguió, pero en otros momentos concretos… El pecho le dolía, no hacía falta que me lo dijera. Temía que el hematoma desfavoreciera a su total recuperación, siendo negativo. Aun no era visible, pero no cabía duda de que, en cuestión de horas, en la zona de la cicatriz el color de su piel cambiaría.

Según Demian, no. Desde que llegó, si algo me repitió es que se encontraba bien. Mentira, lo sabía de sobra y la inquietud podía conmigo. Si lo sumáis al resto, yo era una mecha a punto de prender. Notaba su cansancio y es que, joder, no tenía ni idea de a lo que se enfrentó en mi casa, pero lo había dejado agotado al no estar acostumbrado a hacer esfuerzos.

Un suplicio, eso es lo que era porque no podía apartar la atención de él, esperando a que se desplomara o qué sabía yo… Me froté la cara, notando los párpados pesados. Estaba sentada en la cama, esperando a que saliera del baño.

Ya estaba preparada para ir a mi casa a hacer la maleta, para recoger lo máximo posible. Bueno, lo de preparada era un decir porque continuaba en pijama, no disponía de nada más. Demian me había dejado una deportivas que me iban enormes, pero me servían para caminar la poca distancia que tenía que recorrer.

Mandaba narices, me iba sin saber a lo que atenerme, pero confiaba en él, a ciegas. Si me lo había pedido, era por una razón de peso, y teniendo en cuenta el sobresalto y el susto que me

llevé la noche pasada… «Sí, lo más sensato era alejarme por unos días y dejar atrás lo ocurrido», me dije.

Solté un suspiro porque todavía me parecía increíble. Giré la cabeza al escuchar abrirse la puerta del baño. Apareció con una media sonrisa. Salió arreglado, listo para… Pues lo que fuera porque yo desconocía lo que tenía en mente, más allá de lo poco que me contó.

—¿Ya estás? —me preguntó poniéndose el reloj de pulsera. Asentí—. Yo he aprovechado para recoger mis cosas en el único rato que has dormido un poco más.

Dirigí la mirada hacia su equipaje.

—No me he enterado —dije en tono bajo.

—De eso se trataba y con lo cansada que estabas al no dormir bien…

Me ofreció una mano para que me levantara y se la agarré haciéndolo.

—Vamos a tu casa a por lo que necesites llevarte, lo cargamos en el coche y volvemos aquí para terminar de dejarlo todo en orden. Después salimos con Ruby y mis cosas —asentí sin pronunciarme—. ¿Quieres desayunar antes de irnos?

—No tengo hambre ahora.

—Vale, pues pararemos por el camino. —Me acarició la mejilla y cerré los ojos—. Todo va a ir bien, Helia. Te lo prometo. —Los abrí de golpe.

—No sé qué es ese bien, pero vale. —Me encogí de hombros.

Sonrió de medio lado antes de darme un beso corto en los labios. Caminó hasta la puerta y lo seguí después de coger la chaqueta de lana.

—Helia. Galleta —me reclamó Ruby en cuanto estuvimos en el salón.

—Buenos días, cuando vuelva. Tengo que ir a por el saco de comida. —Le acaricié la cabeza.

—Buenos días. Traviesa. Galleta —sonreí sin muchas ganas.

—No perdonas ni una, ¿eh?

—Ruby. Galleta. El mejor.

—Sí. Pórtate bien, ahora venimos —le pedí al ver que Demian me esperaba en la puerta principal, con el abrigo puesto.

Fui hasta él colocándome la chaqueta y salimos de la casa para dirigirnos a la mía. Me dio la llave para que abriera y lo hice insegura, sin saber lo que iba a encontrarme dentro.

Me paré en medio del salón, observando que todo estaba como siempre.

—No vas a ver nada diferente —susurró a mi espalda y asentí despacio, tragando saliva—. ¿Te ayudo?

—Si puedes coger el saco de comida de Ruby y trocear una manzana para que se la coma por el camino… Del resto me encargo yo. De él no necesito nada más, en la jaula de tu casa hay cuencos y bebedero.

—Está bien. —Me giró la cara hacia él, para darme un beso en la mejilla.

Solté un suspiro y nos separamos. Yo fui hacia el pasillo para ir a la habitación, él entró en la cocina para hacer lo que le había pedido.

Después de bajar la persiana, saqué del armario una maleta pequeña y empecé a sacar ropa de todo tipo. No tenía ni idea de cuánto tiempo estaría lejos de mi casa. Reservé la que iba a ponerme y guardé pijamas, la bata de lana que me quité, ropa interior, calcetines, pantalones, jerséis, camisetas interiores calentitas, faldas, medias tupidas, un par de vestidos cómodos, ropa y zapatillas de deporte (por si me daba por correr), unas deportivas de vestir, un chaquetón acolchado… Añadí las cosas de aseo, las cremas y demás, y tuve que sacar una mochila de viaje porque no conseguí meterlo todo en la maleta.

Guardé el cargador y el libro que estaba en la mesita de noche, añadiendo un par más que elegí de la librería que adornaba mi habitación. Cuando lo tuve todo bien guardado y con las cremalleras cerradas, fui al perchero a por el bolso, la bufanda y el abrigo. Después de dejarlo todo junto al equipaje, entré en el baño con la ropa y los botines que iba a ponerme.

Encendí el calefactor y me desnudé desanimada. La casa estaba perfectamente, no había evidencias de lo que sucedió de madrugada, pero yo… No me aguantaba a mí misma por el estado de ánimo que no conseguía cambiar ni controlar.

Cuando el espacio se calentó, me desvestí rápido y me puse un pantalón vaquero, junto a una camiseta interior y un jersey abrigado. Me calcé los botines y con el cepillo de repuesto, me recogí el pelo en una coleta alta. Salí con el pijama que me había quitado y las deportivas de Demian.

Estaba doblando el pijama cuando Demian entró en la habitación.

—¿Qué tal?

—Bien. Ya he terminado —respondí colocando la ropa de dormir doblada debajo de la almohada.

Me puse el abrigo y la bufanda, ajustándomela, me colgué el bolso al hombro y seguí a Demian con sus deportivas en una mano. Se encargó de cargar con la maleta y la mochila de viaje.

Me giré hacia la habitación para apagar la luz. Hice un repaso para no dejarme nada importante, y la dejé a oscuras. No miré nada más, él se había encargado del resto. Me esperaba en el porche cargando también con la bolsa que contenía las cosas de Ruby y salí junto a él.

—Dame algo, vas muy cargado. —Intenté quitarle la bolsa y la mochila, pero no consintió que lo consiguiera.

—No es nada. Cierra —me pidió.

Solté un suspiro y lo hice, dejando la casa bien asegurada. Fuimos a su coche, lo guardó todo en el maletero, incluidas las deportivas que le había devuelto y entramos en su casa.

—Encárgate de Ruby, la jaula será lo último que lleve al coche.

—Vale. —Se perdió por el pasillo, para ir a su habitación a por su equipaje—. Nos vamos de viaje unos días —le dije acariciándole la cabeza—. ¿Qué te parece?

—Comida. Galleta. Bien —sonreí.

—En el coche, ¿vale? Así comes tranquilo, sin prisas.

Demian salió de la casa con sus cosas y no tardó en regresar para hacerse cargo de la jaula. Cuando la colocó y la aseguró en los asientos traseros, metí a Ruby. Demian me dio el saco de su comida y le llené el cuenco, añadiendo un par de trozos de manzana que saqué del recipiente en el que la había puesto él.

Regresó al maletero con todo lo que le di, mientras yo aseguraba la puerta de la jaula.

—Por ahora tiene que estar cerrada —le comenté a Ruby.

—Ruby. Bueno —sonreí, no le gustaba verse encerrado.

—Lo sé, pero vamos a estar en el coche más tiempo del que estás acostumbrado y no quiero tener que lamentar nada… Volverás a tener la puerta abierta en cuanto lleguemos.

—Helia. Buena. —Fue lo último que dijo antes de ponerse a comer.

Salí de la parte de atrás, encontrándome con Demian.

—¿Bien?

—Sí.

—¿Tienes la llave del coche?

—Siempre la llevo en el bolso. ¿Para qué?

—No quiero que lo dejes enfrente de la casa. Sígueme hasta el pueblo para estacionarlo lo más próximo al centro.

—¿Por qué tantas precauciones? —Ladeé un poco la cabeza, necesitando respuestas urgentemente.

—Lo calculo todo, hasta lo más insignificante, Helia. No va a pasarle nada al coche, pero igualmente prefiero hacerlo de esa forma.

—Está bien —acepté solando un suspiro.

Nos separamos y nos montamos cada uno en nuestro coche, yo con miles de pensamientos rondándome la cabeza. ¿Qué me contaría Demian cuando lo creyera oportuno? ¿Qué temía para ser tan calculador como me había dicho? Esas y muchas otras preguntas más, fueron las que me hice mientras conducía detrás de él.

Estacioné a una calle de la principal y salí, para ocupar el asiento del copiloto del vehículo de Demian. Ruby ya había terminado de comer y estaba adormecido, por lo que durante un buen tiempo no se haría notar.

—¿Preparada? —Quiso saber mirándome de reojo.

—No quieres que te responda —respondí en tono bajo, con la vista fija hacia delante.

—Todo esto es por lo de anoche, solo quiero apartarte de aquí unos días. Tómatelo como unas vacaciones especiales, es el momento perfecto. No trabajas por las fiestas del pueblo.

—Por suerte…

—¿No quieres conocer a mi familia? —Giré la cabeza hacia él.

—¿Voy a conocerlos? —Abrí los ojos al máximo, sorprendida— ¿Me llevas a la ciudad? —sonrió de medio lado.

—Por supuesto. Estoy deseando presentarte a mis padres y a mi hermana, como la mujer de mi vida —dijo quedándose tan pancho, haciéndome un guiño.

La curva de sus labios se amplió al ver el rubor en mis mejillas. Notando el calor recorrerme, me froté las manos en el pantalón, nerviosita perdida por saber que iba a conocer a las personas más importantes de su vida.

Empezó a circular. Nos mantuvimos en silencio mientras yo veía pasar las calles por la ventanilla. Cuando salimos del pueblo y nos alejamos de él, me agarró de una mano, sin apartar la atención de la carretera. Le hice presión con la mía, con la cabeza hacia abajo, mirando nuestra unión.

Y por fin conseguí relajarme por lo que dejaba atrás, pero no del todo, por lo que me esperaba

en el lugar al que íbamos.

¿Cómo serían sus padres? ¿Y su hermana? ¿Les gustaría? ¿Me aceptarían a la primera? ¿Nos llevaríamos bien? ¿Encajaríamos? ¿Sabían de mi existencia? Las dudas me agobiaron, aunque injustificadamente, porque lo poco que Demian me había contado sobre ellos era bueno.

Entre nosotros no se había dado la conversación de si les había hablado de mí, y, si había sido así, no tenía ni idea de cómo les había sentado la noticia o de cómo habían reaccionado, al hacer tan poco tiempo que nos conocíamos. Nada, iba a ciegas, a la aventura para encontrarme con lo que fuese.

A ver, que éramos mayorcitos como para hacer nuestras vidas sin tener que dar explicaciones, pero sabía que adoraba a su familia y lo único que quería era caerles bien y congeniar con ellos.

Capítulo 34



Demian

La miré de reojo. Tenía la cabeza recostada en el asiento y hacía esfuerzos por no quedarse dormida, con los ojos más cerrados que abiertos.

Normal. Si había dormido una hora y media durante toda la noche, a intervalos porque no fue seguido, era mucho decir.

—Duérmete tranquila, aún queda bastante —le pedí.

—¿Cuándo vamos a parar a desayunar? —preguntó con voz adormilada.

—Te da tiempo a echar una cabezada. Cuando estemos llegando te aviso.

—Vale —dijo soltando un pequeño suspiro.

Cerró los ojos y sonreí porque su respiración varió a los pocos segundos. Miré por el espejo retrovisor interno a Ruby, él sí que no tenía ningún problema para dormirse, ni había que incitarlo a hacerlo. Desde que terminó de comer, antes de llegar al centro del pueblo en el que Helia estacionó su coche, empezó su fase de descanso y desconexión.

Centré la atención en la carretera, con el pensamiento de parar a muy pocos kilómetros de la ciudad. Más concretamente en un restaurante de carretera en el que servían unos desayunos espectaculares. Llegaríamos a la hora perfecta, al haber salido temprano.

Jacob y Elsa eran los únicos que sabían que nos dirigíamos a la ciudad. Cuando me levanté de la cama, me di una ducha y aproveché para escribirles al grupo que teníamos los tres. No les había dado muchos detalles, ya que pensaban que había aprovechado las vacaciones de Helia para hacer este viaje.

Se emocionaron y se pusieron muy contentos, sin ser conscientes del motivo real por el que dentro de poco nos veríamos. Había preferido reservarme los datos de lo que sucedió la noche anterior. Claro que los pondría al corriente, pero lo contaría cuando los tuviese delante. Cara a cara, era la mejor opción para aplacar las dudas y el temor de ambos.

En cuanto hablara era lo que iba a suceder, y quería ahorrarles la incertidumbre y el malestar. Quería que nos vieran y comprobaran que estábamos perfectamente.

Bueno, yo lo de perfectamente lo dejaba en pausa. Notaba unas molestias en el pecho que me mantenían en tensión, por ello, en cuanto estuviera en mi piso, llamaría a Hans, mi doctor, para citarme con él. Necesitaba que me hiciera un reconocimiento rápido, para asegurarme de que las sensaciones que tenía no significaban ninguna complicación interna.

Quien dice molestias, dice dolor. Para ser fiel a la realidad eso es lo que sentía. Me dolía bastante la zona donde tenía dibujada la cicatriz, pero no quería pensar negativamente. Había seguido rigurosamente todos los pasos para mi recuperación y no creía que lo que pasó la noche anterior, después de meses, supusiera algo que tuviera que lamentar.

Me interesaba estar lo más al cien por cien posible, lo necesitaba, y a cabezón no me ganaba nadie.

Tranquilo, acompañado por el volumen bajo de la música, fui acortando los kilómetros que nos separaban de la ciudad.

✣ ✣ ✣

—Helia —la llamé acariciándole el muslo.

—Mmm… —Colocó la cabeza recta y entreabrió los ojos— ¿Ya?

—Queda poco.

—¿Cuánto falta para llegar a la ciudad? —Me miró.

—Desde el restaurante en el que vamos a parar, unos cinco minutos. Si fuera entre semana algunos más, por el tráfico.

—¡Casi hemos llegado! He dormido todo el rato. —Hizo una mueca.

—¿Y? —La miré de reojo, con una media sonrisa—. Lo necesitabas, ¿dónde está el problema?

—Que no he sido buena compañía.

—Helia. Demian. Buenos días —sonreímos mirando a Ruby.

—Pareces una marmota en vez de un loro —le habló con humor Helia.

—Ruby. Molón. —Reímos.

—Ahora sí, hemos llegado —la avisé poniendo el intermitente.

Me desvié de la carretera para tomar el carril que llevaba hasta el restaurante. Estacioné cerca de la entrada y quité la llave del contacto.

—Ya verás qué bien se come aquí. —Giré el cuerpo hacia ella.

—Tengo hambre.

—Normal, anoche no quisiste cenar y son las once —negó.

—¿Qué hacemos con Ruby? —Lo miró entre los asientos—. No quiero dejarlo solo aquí.

Como si supiera que era mi turno de hablar, Ruby movió la cabeza hacia mí. Le sonreí.

—Viene con nosotros, con jaula incluida. —Le hice un guiño a Helia.

—Demian. Bombón. —Pareció que le gustaron mis palabras y solté una carcajada.

Nos bajamos del coche y con la jaula a cuestas, entramos en el restaurante. Ruby captó la atención de las personas que ocupaban las mesas, algunos le dedicaron palabras de halago que él se tomó de maravilla. Nosotros ocupamos una cerca de la cristalera, desde la que se veía el coche.

Coloqué la jaula sobre ella, para que le diera el sol directamente, lo que provocó que cerrara los ojos para disfrutar de la sensación.

—Buenos días, ¿qué queréis tomar? —nos preguntó una camarera.

Me reconoció y me sonrió, gesto que le devolví. La chica no fue una excepción, también nos hizo varios comentarios divertidos sobre Ruby, quien le habló a su forma, haciéndola reír. Le pedimos dos desayunos completos y nos dejó solos.

—¿Vienes mucho a este restaurante?

—De vez en cuando, mínimo cuatro veces al mes —asintió—. Lo entenderás cuando tengas el plato delante.

—¡A ver si no voy a poder terminar lo que traigan! —Rio.

—No tenemos prisa.

—Cuando terminemos, ¿adónde vamos?

—A mi piso para descargarlo todo. Dejaremos a Ruby cómodo y te lo enseño.

—Vale —me sonrió.

—¿Estás nerviosa? —La tanteé, a pesar de que sabía la respuesta.

—Un poco. —Dirigió la mirada hacia la cristalera.

—Al principio notarás el cambio, porque la ciudad no tiene nada que ver con el pueblo en que siempre has vivido, pero ya verás como te adaptas enseguida.

—Sé cómo son las ciudades grandes, Demian —dijo con tono divertido—. Mi vida está en el pueblo, pero he viajado bastante.

—Se me pasaba por alto ese detalle —sonreí de medio lado—. Igualmente, mi piso está en una de las zonas más tranquilas. El centro es para los más aventureros, yo paso.

—Suena bien.

—Te gustará y cuando veas el espacio que tendrá Ruby para volar…

—¿Es muy grande?

—Tampoco tanto. —Apreté los labios.

La camarera nos trajo los desayunos, los que dejaron con la boca abierta a Helia.

—¡Madre mía! —exclamó acercándose el suyo.

—Que aproveche. —Nos deseó la camarera.

Le pedí la cuenta para dejarla pagada y me la hizo al instante. Le di un billete y fue a por el cambio.

—Tus nervios no son por la ciudad ni por ir a mi piso —dije después de masticar el primer bocado de comida.

—Por lo visto ya lo sabes, ¿para qué me preguntas?

—No te lo he preguntado, lo he afirmado. —Le hice un guiño.

—Es que lo de conocer a tu familia… No me has dicho si saben de mí.

—Mi hermana desde el inicio, mis padres desde que vine para las pruebas en el hospital.

—¿En serio? —asentí— Vaya, pues…

—¿Qué?

—Yo qué sé. —Bufó y reí.

—Deja de preocuparte y de darle vueltas a las cosas. Todo es simple. —Le hice un guiño—. Te aseguro que están deseando conocerte en persona.

—Está bien —sonrió—. Está riquísimo —confirmó después de probar el primer bocado.

—Disfrútalo con calma.

Así lo hicimos los dos. A Helia le costó, pero al final, su plato terminó como el mío, vacío. Ruby desde el inicio se quedó adormilado por el sol.

Nos fuimos del restaurante una hora y cuarto después de llegar. En cuanto me incorporé a la carretera principal, tomé rumbo hacia mi piso, con Helia mirando con curiosidad por donde pasábamos.

—Es este edificio —la informé señalando hacia la izquierda.

—Es muy bonito, se ve bastante nuevo —dijo observando la fachada.

—No lo es tanto, pero está muy bien mantenido —asintió.

Giré el volante y accedí al parquin. Bajamos un nivel de la calle y estacioné en la plaza.

—No hay muchos coches para ser sábado —dijo con curiosidad.

—Los que ves son de mi propiedad. —Giró la cabeza hacia mí.

—¿Los dos, más este? —habló sorprendida.

—Sí, más la moto en la que no te has fijado. —Apreté los labios, conteniendo la diversión.

La buscó con la vista y la localizó hacia un lateral. Era de gran cilindrada.

—¿Cuántas personas viven en este bloque? ¿Cuántos vecinos tienes?

Hizo las preguntas sin mirarme, pero al no responderle buscó mis ojos.

—Demian…

—Solo vivo yo. Ningún vecino. —Los ojos se le abrieron de par en par.

—¿Cómo qué…? —susurró.

—Originalmente era un edificio de cuatro plantas, con un piso independiente en cada una de ellas. Hasta que lo compré. Al poco de adquirir el mío se me dio la oportunidad de comprarlo entero. Fue en una época en la que dos se quedaron vacíos. Los vendían y en el que faltaba vivía un hombre mayor.

»No tenía familia directa, por lo que negocié con él para comprárselo también, pero con una

cláusula en la que detallé que viviría en la vivienda hasta sus últimos días. Ya hace años que murió. Primero reformé los dos vacíos junto al mío, para hacerla una única vivienda, con el tiempo añadí el piso del hombre. Desde fuera continúa pareciendo un bloque de pisos, pero en realidad por dentro es una única vivienda que comunica todas las plantas por ascensor y por escaleras internas. La distribución inicial cambió completamente.

» Ahora es como una casa de cuatro alturas, de muy buenas dimensiones, sin contar el espacio al que se accede desde la calle, lo que antes era la zona común de la comunidad de vecinos con los buzones y demás. Esa zona la dejé como un amplio vestíbulo. La última planta, la cuarta, la tengo destinada a un gimnasio pequeño. Sobran muchos metros habitables ahí, pero en algún momento le daré uso con otra cosa. Lo último es una gran terraza.

—¿En serio? —preguntó sin salir del asombro.

—Lo vas a comprobar ahora mismo. —Le hice un guiño antes de bajarme del coche.

Me siguió, y entre los dos descargamos las cosas del maletero, las que llevamos a la puerta que se comunicaba con la vivienda. Lo último que saqué del coche fue la jaula de Ruby. Caminé con ella hasta Helia y abrí, ofreciéndole entrar la primera.

—Luego nos encargamos —le dije refiriéndome al equipaje.

Dejamos las maletas, las mochilas de deporte y las bolsas atrás y la seguí hasta el centro de lo que era el vestíbulo.

—¿Qué tal? Aquí estaban antes los buzones y la zona común —le expliqué.

—No lo parece —susurró observando todos los detalles—. Es increíble —comentó observando la puerta de la entrada.

—Me esmeré para que fuera así. Lo quería lo más acogedor posible.

—Lo has conseguido —afirmó dando unos pasos—. Me encanta.

—Solo es el principio. —Caminé hasta el ascensor que estaba esperándonos, tal y como lo dejé cuando me fui de la vivienda para ir al parquin.

—No lo entiendo… —habló pensativa cuando entramos.

—¿El qué? —Solté la jaula en el suelo y apoyé la espalda en el espejo del interior, después de pulsar el botón de la primera planta.

—Si tienes todo esto… ¿Para qué quieres la casa del pueblo?

—Es una inversión, la mejor que he hecho en mi vida —respondí serio, mirándola con intensidad—. ¿No te parece?

—Sí —susurró al cabo de unos largos segundos, mordiéndose el labio inferior.

Me impulsé y me acerqué a ella. Su espalda se encontró con la pared del ascensor, donde la mantuve atrapada con mi cuerpo, mientras con mis dedos le separaba el labio de los dientes. Se lo acaricié sin apartar los ojos de lo carnoso que era.

—Estoy deseando estrenar cada sitio contigo. —Jadeó cuando mi otra mano cubrió su zona íntima, abarcándola entre sus piernas—. No me tientes. —Hice presión susurrando sobre su boca.

—Me da igual ver la casa —murmuró con la necesidad reflejándose en sus ojos.

—A mí no, quiero hacerlo bien —dije con un pequeño gruñido, antes de lanzarme a sus labios.

Lo iba a hacer como tenía en mente, pero no sin tener un anticipo de lo que solo se iba a retrasar. Tenía la intención de hacerla gemir y jadear en cada parte de la casa, por pequeña que fuese la zona.

Capítulo 35



Helia

Madre mía, todavía no asimilaba lo que me había explicado. ¡Qué todo el edificio era suyo! La virgen, y yo pensando que vivía en un piso normal y corriente... Como mucho lo había imaginado bastante grande, después de hacerle la pregunta, por su respuesta. Pero todo esto…

El vestíbulo era una pasada: enorme y decorado con muy buen gusto. Había varias puertas de armarios empotrados, sillas bien repartidas por el espacio y un sofá de tres plazas hacia un lateral, no llegaba a estar pegado a la pared. También dos lámparas de pie que hacían más cálido el ambiente, acompañando a las colgadas del techo que daban un toque especial.

Pero ¿quién quiere y puede pensar en la casa de cuatro plantas cuando tiene a Demian pegado a su cuerpo, tocándome zonas que se me habían calentado al instante? Sofocada, así estaba, y con unas ganas tremendas de que terminara lo que había empezado dentro del ascensor.

Para mi pesar, se separó de mí cuando dejamos de besarnos. No apartamos la mirada del otro, hasta que las puertas del ascensor se abrieron.

—Bienvenida —habló en tono bajo, invitándome a salir con una mano.

—Gracias —le sonreí.

Se encargó de coger de nuevo la jaula y me siguió cuando accedí a la primera planta de la vivienda. Se me fue la vista por la enorme zona, una que bien podía cuadriplicar a la de abajo, o qué sabía yo… Normal con todo el espacio del que disponía y con las modificaciones que había hecho para adecuarlo a su gusto.

—Puedes moverte cuando quieras —comentó con humor.

Lo seguí con la vista. Caminó hasta la mesa baja que había frente a un gran sofá y colocó la jaula en ella. Ruby estaba dormido, se estaba perdiendo el espectáculo. Anda que no iba a disfrutar yendo de un lado para el otro.

—Es que no sé dónde ir —dije riendo.

—En esta planta está el salón, como ves. La cocina. —Señaló a mi derecha, mientras se quitaba el abrigo. Lo dejó en el sofá—. Una biblioteca, un baño y una habitación que utilizo como despacho.

—¿Tienes una biblioteca? —pregunté sorprendida.

—Te acabo de dar la solución de por dónde empezar, ¿no? —Soltó una carcajada—. Quítate la ropa de abrigo y vamos primero a la cocina.

—Está puesta la calefacción —comenté porque hacía muy buena temperatura.

—He avisado a Jacob y a Elsa de que veníamos, ella ha venido para encenderla —asentí.

Me quité la bufanda y el abrigo y los dejé junto al suyo, al igual que el bolso.

El salón era una locura, no le faltaba ningún detalle y era muy espacioso. Te podías perder por él perfectamente. Según me comentó, se deshizo de dos habitaciones para sumar más metros. Con la cocina se me giró la cabeza, era de ensueño, la típica que ves en las revistas de decoración y sueñas con ella. Había una mesa en un lateral, acompañada por cuatro sillas, una isla de cocina rectangular ocupaba el centro y los muebles y la encimera que llenaban las paredes… Una maravilla. Daba a un lavadero grande que nada tenía que envidiarle a la cocina.

Con Demian agarrándome de la mano, lo seguí cuando salimos. Lo siguiente que me enseñó fue el baño, era completo, con bañera. Después me llevó hasta la habitación del despacho, en la que me encantó ver la claridad que entraba. Por último, llegamos a la biblioteca, la que me enamoró por completo en cuanto vi las estanterías que ocupaban las paredes de arriba abajo.

—Puede que de romance haya algún libro, pero de fantasía no.

—He traído los míos. —Me giré hacia él, con una gran sonrisa.

—Tendrás que buscarles un lugar —dijo haciéndome un guiño.

Me giré hacia la estancia. En medio había un sofá de cuatro plazas que se veía muy cómodo, con cojines. Debajo de un gran ventanal estaba colocada una mesa rectangular.

—Si te digo la verdad, no sé ni qué libro hay. —Lo miré.

—Mi madre y mi hermana se encargaron de esta habitación. —Metió las manos en los bolsillos—. Yo solo controlo una estantería, el resto ni idea de lo que puedes encontrar.

—Si es obra de las dos seguro que encuentro lecturas interesantes —dije emocionada.

—Vamos a la siguiente planta —me pidió.

Me costó salir de la biblioteca, pero tendría tiempo suficiente para descubrirla. Al menos eso esperaba porque era impresionante.

—Se puede subir por el ascensor, hasta la terraza —me informó mientras subíamos por la escalera que estaba en un lateral.

—Menos mal que no lo anulaste.

—Sí —sonrió de medio lado—, aunque yo no lo utilizo una vez estoy dentro. Es una forma de hacer deporte.

—Ya… Yo con la primera planta y la de las habitaciones tengo bastante. —Rio.

Al llegar arriba me encontré con una hilera de puertas, algunas entornadas, otras a medio abrir. En total eran seis, cuatro dobles y dos individuales, pero no os imaginéis que tenían un tamaño muy reducido. Para nada, las individuales parecían de matrimonio, y las dobles… Las más grandes tenían baño privado. Me enamoré de nuevo al ver el vestidor de la de Demian.

—¡Qué barbaridad! —Me salió, provocando que volviera a reír.

—A pesar de todo lo que ves, al final soy muy básico vistiendo y siempre utilizo lo mismo. No varío mucho.

—¿Y para qué necesitas tanta ropa? —dije acariciando la que colgaba de las perchas.

—Hay ocasiones para todo, aunque no sea lo habitual —asentí.

—Me encanta.

—Te enseño mi baño.

—¿Es diferente al de las otras habitaciones?

—Compruébalo por ti misma —sonrió de medio lado.

Lo seguí intrigada y sí, marcaba la diferencia. Había una bañera yacusi que ocupaba el fondo del baño. Parecía una minipiscina. En un lateral, una mampara separaba la ducha, también con un gran espacio. El mueble lo decoraban dos lavamanos con grifos de decoración.

—¿Cómo te acostumbraste a que todo fuese tan grande? —pregunté con curiosidad.

—No me costó mucho, te darás cuenta enseguida —dijo sonriente—. Algún día espero que no lo parezca, me refiero a que quiero llenarlo. —Levantó las dos cejas, de forma graciosa.

—¿Llenarlo? —Jadeé.

Soltó una carcajada por la cara que se me quedó.

—Quién sabe. —Encogió ligeramente los hombros.

En la tercera planta había una sala de ocio que ocupaba la mitad de la distribución, de esa forma se refirió a ella. Colgada en una de las paredes se encontraba una pantalla de televisión enorme, enfrente de un sofá de las mismas características. Un minibar quedaba apartado hacia un extremo, en la zona donde había varios sillones. También tenía una mesa de billar en el lado opuesto al del televisor y un baño.

—En esta habitación no tengo nada, por el momento —comentó abriendo la puerta.

Estaba completamente vacía. Continuamos subiendo por las escaleras hasta la cuarta planta. El espacio era completamente abierto, y como me había adelantado, vi un gimnasio montado, con todo tipo de máquinas para hacer deporte. Lo de pequeño como me remarcó, lo dejamos porque de mini ya os digo que tenía poco.

A partir de la mitad estaba libre, sin nada de por medio. Volvimos a subir y aparecimos en una terraza que ocupaba las dimensiones de la vivienda. Me encantó cómo la tenía montada: con hamacas, sillones anchos y cómodos, dos mesas, una grande y otra pequeña. Una carpa para dar sombra y también había una barbacoa de obra. Para mi sorpresa, un yacusi muy grande ocupaba el centro, apartado un poco de todo. Las macetas con flores y los árboles pequeños en maceteros, le daban un toque especial a la decoración. Como no, también había un baño, para no tener que desplazarte a otras zonas de la vivienda.

—Es una pasada, Demian —dije con sinceridad, impresionada.

—He dedicado muchos años de trabajo para dejarlo como lo ves.

—¿Hiciste tú toda la remodelación?

—Lo más grande no, me refiero a echar abajo la escalera que había inicialmente, como crear la nueva, tampoco la unión entre todas las plantas con la nueva escalera interior y el eliminar los balcones originales de cada piso. Necesitaba una empresa cualificada que trabajara sobre los planos. Por lo demás sí, una vez dejaron la distribución como quería me encargué del resto del interior. Tirar tabiques, crear nuevos…

—Vaya —susurré.

—Aún faltan cosas por hacer. Donde está el gimnasio hay mucho espacio libre, pero como te he dicho, todavía no tengo pensado en qué aprovecharlo. Al igual que la habitación libre que está una planta más abajo. Las zonas de las habitaciones, la principal y el vestíbulo están terminadas. Esas las tengo ya como quería, no pienso en modificar nada.

—Demasiado para limpiar sin darle uso. —Arrugué la nariz. La diversión cubrió su cara.

—De vez en cuando le doy uso a todo, cuando hago alguna fiesta se quedan a dormir. —Me hizo un guiño.

—Ah…

—Yo solo me encargo de lo del día a día, tengo contratada a una mujer que viene a limpiar dos veces por semana, los martes y los viernes. Un día lo utiliza para mantenimiento y el otro para ir haciendo poco a poco limpieza más a fondo, de todo. Se llama Julia. Ya te la presentaré.

—Vale.

Desde la terraza, después de cerrar la puerta por la que accedimos, bajamos en el ascensor hasta la planta principal. Agradecí que me abrazara, al no llevar ropa de abrigo me había quedado congelada. Era una gozada disponer del ascensor porque llegaba a todos las zonas. Como para subir las cosas por las escaleras si quería pasar el día en la terraza, y tener que bajar cada cierto tiempo si se olvidaba de algo…

—Helia. Helia —sonreí al escuchar a Ruby, ya estaba despierto.

—Dormilón —le dije.

—Traviesa. —Reímos.

—Voy a comprobar que estén todas las ventanas cerradas, para que pueda salir de la jaula cuando quiera. Tendrían que estarlo, pero por si Julia no ha cerrado alguna bien —habló caminando por el salón.

—De acuerdo.

Me senté en el sofá a esperar que regresara, mirando con más detenimiento todos los detalles. Sacudí la cabeza pensando en que la casa del pueblo y la mía, porque eran idénticas, debían parecerle insignificantes en comparación con esta.

Aparte de lo que ya conocéis de la vivienda de Demian, cabe destacar que cada planta tenía unas dimensiones impresionantes. Podía apostar, y no me equivocaba, de que en la que estaba el salón, la cocina, la biblioteca, el baño y el despacho, eran el doble de lo que ocupaban cada una de las casas del pueblo. Así que… Imaginaros.

La verdad es que subir todas las plantas no se hacía pesado, aunque otra cosa sería hacerlo en la rutina de cada día. Yo de la segunda poco iba a pasar y si me daba por ir a la terraza, el ascensor sería mi aliado.

—Todo en orden. —Al escuchar a Demian, le abrí la puerta de la jaula a Ruby.

—¿Quieres dar una vuelta? Aquí te vas a cansar de volar —le propuse.

Sonreí cuando inclinó el cuerpo hacia delante y solo sacó la cabeza por el hueco, como si inspeccionara dónde estaba. No tardó en salir volando, lo perdimos de vista y así continuaría por un buen rato.

Demian y yo cogimos el ascensor hasta el vestíbulo. Al llegar, él abrió la puerta que daba al garaje y juntos recogimos nuestras maletas y las bolsas.

—No sé si te has dado cuenta al ver la fachada, pero en el lateral derecho, hacia el que está situado el salón, hay una escalera para una salida de emergencia, por si fuese necesario —me explicó mientras subíamos—. Desde que vivo aquí este ascensor nunca ha fallado, pero al ser la única vía de escape porque no hay escalera hasta el vestíbulo, preferí curarme en salud. A la de emergencia se puede acceder desde cualquier nivel.

—Está bien pensado, aunque espero que nunca tengas que utilizarla.

—Lo mismo te digo, me da que te daría bastante vértigo poner los pies en ella —sonrió de medio lado y terminó riendo al ver la mueca que hice.

Capítulo 36

Abrí los ojos. Lo primero que vi fue el televisor apagado. Me incorporé despacio, en el sofá. Busqué a Demian con la mirada, pero no lo encontré. Me quedé dormida después de comer, necesitaba restablecer el sueño porque me sentía muy cansada.

Miré hacia la jaula, sonreí al verla cerca de la una de las ventanas. Demian la colocó en una base para que estuviera elevada y le diera el sol directo. A estas horas ya no entraba por la ventana, pero era un lugar magnífico para Ruby. Tampoco estaba, a saber en qué planta se habría parado para investigar o para estar a su aire.

Con lo grande que era la vivienda tendría que ponerle un cascabel para no perder los nervios si no lo encontraba en sus salidas. Con ese pensamiento, imaginándolo con el cascabel en el cuello, fui hacia la cocina sonriendo. Abrí la nevera para sacar el *brik* de leche y me acerqué a la cafetera para prepararme un café. Las tazas estaban al lado, bocabajo.

Elsa no solo vino a encender la calefacción, también se encargó de traer lo necesario para que no tuviéramos que ir a comprar hasta dentro de unos días. Igualmente, Demian me había dicho que al siguiente iríamos al supermercado.

No nos habíamos movido para comer, decidimos cocinar pasta. Con la taza llena, salí de la cocina y me quedé en el centro del salón, observando la escalera.

—¿Demian? —lo llamé alzando la voz— ¿Ruby?

No obtuve respuesta de ninguno de los dos, por lo que decidí aventurarme por la casa. Demian me había insistido en que tenía plena libertad para hacerlo, como si estuviera en la mía.

Solté un suspiro al entrar en la biblioteca. Me acerqué a la pared que tenía más cerca y observé los títulos de las obras que estaban clasificadas por orden alfabético. Para hacer una primera pasada en condiciones se necesitaba un día completo, como mínimo. Imposible hacerlo rápido por la gran cantidad que había.

Dando un sorbo al café, dejé la mirada fija en uno que me llamó la atención. No llegaba hasta él y miré hacia los lados, para buscar algo con lo que poder elevarme. Encontré una escalera plegada y la llevé frente a la estantería, dejando la taza en el suelo, apartada.

Subida a ella saqué con cuidado el libro y lo hojeé pasando las hojas rápido. Parecía antiguo y miré la edición, sorprendiéndome porque era mucho más que antiguo. Tenía una reliquia entre las manos.

—¿Interesante? —Me sobresalté al escuchar cerca la voz de Demian.

Me agarré a la estantería para no desestabilizarme, con el libro pegado al pecho.

—¡Qué silencioso! —me quejé después del susto.

—Perdona. —En su tono de voz se diferenció la diversión, lo miré de reojo—. Estabas muy concentrada, pero que conste que te he hablado antes de la vez que me has escuchado.

—¿En serio? —asintió reflejando en su expresión lo mismo que en su voz.

Bajé con cuidado la escalera, hasta que me quedé frente a él.

—Es que me ha llamado la atención. —Acaricié la tapa del libro, bajó la vista hacia él—. ¿Dónde estabas?

—En el garaje, arrancando los coches y la moto.

—Ah…

—He hablado con mi hermana y mis padres, ya saben que estamos aquí —me informó—. Mi hermana no ha perdido el tiempo, está de camino, no tardará. —Agrandé los ojos, provocando que riera—. Es inofensiva, a veces. —Continuó riendo, con más fuerza.

—¿Qué significa eso? ¿Demian? ¿Tengo que prepararme? —pregunté mientras me agachaba a por la taza, para seguirlo.

Salimos de la biblioteca.

—Para nada. Os llevaréis genial, ya lo verás. —Giró la cabeza para hacerme un guiño.

—¿Me da tiempo a darme una ducha? Acabo de hacérmelo —levanté la taza.

Justo al terminar de hablar el timbre sonó. Miré hacia arriba, el sonido pareció retumbar en todas las plantas.

—Se escucha en todas partes —me confirmó caminando hacia el videoportero que estaba al lado del ascensor.

Me miró intentando no reír, a la vez que me pedía que me acercara. Lo hice con curiosidad y también me hizo gracia ver un ojo gigante pegado a la cámara.

—¿A qué esperas para abrir? ¡Qué hace frío! —se quejó separándose.

Vi a su hermana por primera vez y sonreí porque tenía los mismos genes que Demian, era muy guapa.

—Si llegas quejándote no sé si darte paso —comentó Demian.

—Si echo la puerta abajo no te quejes después, porque entrar, ya te digo que voy a entrar —se quejó bufando.

Riendo, de esa forma pulsó el botón Demian. Yo me acerqué a la mesa baja del sofá y dejé el libro y la taza. Me froté las manos en el pantalón, nerviosa, viendo la luz del ascensor encendida.

—Te perdono porque hace tiempo que no te veo —le dijo nada más salir del ascensor. Se colgó de su cuello para abrazarlo.

—Hola, preciosa. —Demian le correspondió al abrazo, dándole un beso en la cabeza.

—¡Hola! —El saludo lo dirigió hacia mí. Le dio un empujón a Demian para apartarlo de ella, provocando que él soltara una carcajada. Caminó ligera—. ¿Helia? Yo soy Clara.

—Sí, encantada —le sonreí y agradecí que tuviera el impulso de darme un abrazo, el que acompañó con dos besos.

—Menos mal, imagínate que me dices que no es tu nombre —comentó riendo y me uní a ella.

Busqué a Demian, quien me hizo un guiño apoyado en la pared.

—No había margen de error, solo podía ser ella —comentó mirando a su hermana.

—¡Qué ilusión me ha hecho saber que estáis aquí! ¿Cuánto tiempo os quedaréis? —habló emocionada.

—Tu hermano tiene la respuesta —comenté sin saber qué decir.

—Unos días, aún no lo sabemos —contestó.

—Estoy enamorada de vuestra historia desde que me habló de ti. —Me agarró una mano—. De vecinos a amantes, de amantes a pareja —dijo de carrerilla, soltando un suspiro al final.

—Ha sido todo muy rápido —dije captando la atención de los dos—, pero muy bien recibido —aclaré.

Clara sonrió de oreja a oreja, Demian curvó ligeramente los labios mientras se separaba de la pared para acercarse a nosotras.

—¿Quieres algo de beber? ¿Un café u otra cosa? —le preguntó a su hermana.

—Un café está perfecto. —Señaló mi taza.

—Ahora vuelvo —dijo caminando hacia la cocina.

—¿En qué trabajas? —Se interesó cuando nos quedamos solas.

—En la oficina de un banco, en el pueblo donde vivo.

—Suena muy bien —comentó cantarina—. Yo soy decoradora de interiores, ahora estoy liada

con la apertura de una tienda nueva, pero también trabajo para particulares.

—Parece entretenido —le sonreí.

—Voy por libre y la verdad es que me encanta. Tenía muchas ganas de conocerte.

—Gracias, yo también.

—A mi hermano le salen corazones de los ojos cada vez que habla de ti.

—¡Te estoy escuchando! —gritó Demian desde la cocina.

—¡Qué buen oído para lo que te interesa, hijo! —le habló de la misma forma Clara.

—¡Será porque te conozco! —Soltó una carcajada y sonreí por la interacción de los dos.

—Lo adoro, pero a veces… —Hizo gestos con las manos y reí porque Demian apareció detrás de ella— Me ha visto, ¿verdad? —asentí— Pero es el mejor hermano de la faz de la tierra, te lo aseguro. —Terminamos riendo los tres.

—No lo arregles que es peor —dijo Demian, dejando su taza en la mesa, junto a la mía.

Él se había preparado otro café y caminó para sentarse a mi otro lado. Clara y yo cogimos nuestras tazas.

—Oh, ¿te gusta leer? —dijo al fijarse en el libro— Desde que decoré y llené la biblioteca con mi madre, Demian no ha movido ni uno de la estantería.

—Eso no es verdad, toco los míos. —Sacudió la cabeza.

—Pues eso, pasas de los interesantes —le sonrió de forma exagerada.

—Eso según tú, ¿no? —Levantó una ceja— No te asustes, siempre estamos igual. —Se dirigió a mí—. Y hoy más, me ha cogido con ganas. —Lo miré divertida.

—No me asusto, es bonito veros juntos —aseguré antes de darle un sorbo al café.

Me hizo un guiño y durante los siguientes minutos Clara y yo estuvimos hablando de mi pasión por la lectura, la que compartíamos.

—Por cierto, papá y mamá deben estar ya de camino.

Me atraganté con el último sorbo del café y ambos intentaron que se me pasara, pero fue peor para mí.

—¿En serio? —habló Demian, pareció reprenderla con pocas palabras.

—Claro, quieren conocer a Helia. Si lo dejan para cuando tú puedas o lo veas conveniente, no lo harán hasta pasados unos días. —Hizo un gesto desenfado con la mano—. Un dato importante es que traen la cena. —Rio.

—Clara, quería hacerlo a mi forma para no agobiarla. —Se refirió a mí, serio.

—No pasa nada —conseguí decirle, después de salir del *shock*—. He reaccionado así porque no esperaba conocer en un mismo día, nada más llegar y a las pocas horas, esta casa y a tu familia.

—¿Seguro? Puedo llamar a mi padre y quitarles la idea. No les sabrá mal, lo entenderán —me propuso.

—Está bien, de verdad. Son tus padres y esta es tu casa. —Me encogí de hombros—. También tendrán ganas de verte.

—Me encantas —soltó Clara y giramos las cabezas hacia ella.

Demian iba a hacer otro comentario, pero nos miramos los dos, divertidos, cuando su hermana preguntó…

—¿Qué ha sido eso?

Ruby venía en camino, pero no le adelantamos nada para ver su reacción. En cuanto pasó por delante de nosotros volando, pegó un salto del sofá con grito incluido.

—¡Joder, Demian! ¡Qué se te ha colado un pájaro! Ay, que me da… —continuó gritando.

Ruby no se asustó, estaba acostumbrado a escucharme cantar en alto, alzando mucho la voz. Tranquilo, se posó sobre la mesa baja y Demian y yo soltamos una carcajada cuando empezó a saltar de una pata a otra, feliz por todo lo que llevaba tiempo descubriendo. Desde que le abrí la jaula y salió, no había vuelto a entrar. Demian me lo susurró al oído porque yo había dormido bastante desde que me eché junto a él en el sofá, después de comer.

—¡Qué se ha quedado ahí! ¿Por qué no haces nada? —Se dirigió a su hermano, rodeando el sofá para ponerse detrás de él. Más nos reímos.

—Clara, por favor, que no puedo más —dijo frotándose la frente—. Que es un loro, más específicamente el de Helia.

—¿Qué me dices? —Jadeó—. ¿Tienes un loro de mascota? —me preguntó sin salir del asombro.

—¿De quién te piensas que es esa jaula? —La señaló Demian, ni se había fijado en ella.

—Ay, la leche. ¡Y yo qué sé! —Volvió a jadear.

—Helia. Demian. Ruby —habló el aludido.

—Oh, ¡qué mono! —Cambió la forma de verlo, al escucharlo.

—Ruby. —Me dirigí a él, cogiéndolo—. Te presento a Clara. —La señalé—. Es la hermana de Demian. ¿A qué es muy simpática y guapa?

—Clara. Chillona. —Demian y yo reímos, su hermana lo observó incrédula.

Simplemente había repetido lo que mi amiga Alba le había enseñado para cuando me escuchara cantar.

—Simpática. Guapa. Ruby el mejor —continuó.

—¡Qué fuerte! ¡Es para comérselo a besos con plumas y todo! —Juntó las manos, emocionada.

—Comida. Galleta. Traviesa. —Soltamos los tres una carcajada, Clara sin terminar de creerse lo que oía.

—¡Dios! ¡Me he enamorado! —Se llevó las manos a la cara y más nos reímos.

—Amor. Helia. Demian. Culo —añadió Ruby, viniéndose arriba.

Clara volvió a rodear el sofá, para sentarse en el mismo sitio donde había estado antes de la aparición de Ruby. Acercó la cara a él, con curiosidad.

—Tú y yo tenemos que hablar seriamente, sabes bastantes más cosas que yo de esta pareja. Será muyyy interesante.

—Interesante. Pareja. Cotilleos. —No pudimos parar de reír ninguno de los tres.

Suerte de la intervención de Ruby porque consiguió que me olvidara durante un rato de que los padres de Demian estaban a punto de llegar. Hasta que me paré a pensarlo, claro, ahí me sentí inquieta de nuevo, lo que notó Demian.

Me agarró de una mano intentando tranquilizarme, pero poco pudo hacer porque el timbre sonó otra vez y me entró de todo por el cuerpo.

Capítulo 37



Demian

En cuanto estuviera a solas con mi hermana me iba a escuchar. Sabía que no lo había hecho con mala intención, todo lo contrario, la emoción había podido con ella para conocer a Helia, metiendo en el mismo lote a nuestros padres porque a ellos no se les habría ocurrido venir tan precipitadamente. Al menos a mi padre, quien habría frenado a mi madre.

No era como quería hacer las cosas, primero necesitaba que Helia se adaptara a la novedad de la casa y de la ciudad, y con más calma presentársela a mi familia.

En fin, ya estaba hecho, acababa de abrir la puerta de la calle y el ascensor se abriría dentro de poco. Me quedé frente a las puertas y sonreí en cuanto los vi.

—Cariño —dijo mi madre, saliendo con una sonrisa.

Le correspondí al abrazo fuerte que me dio, al igual que a mi padre.

—He estado a punto de dar media vuelta —me susurró el último, apretándome el hombro.

—No te preocupes. —Caminamos hacia el sofá—. Mamá, papá, ella es Helia. —Me puse a su lado.

—Encantada, cariño —le habló mi madre, sin borrar la expresión de alegría de la cara.

—Hola Helia, es un placer conocerte —añadió mi padre.

La saludaron con un abrazo.

—Igualmente, el placer es mío. —Les correspondió Helia, sonriente.

—Visitas. Pereza —soltó Ruby quien en este momento estaba en su jaula.

—¿De quién es esa voz? —preguntó mi madre, con curiosidad, mirando hacia los lados.

Helia y yo les obstaculizábamos la visión, por lo que nos movimos para que lo vieran.

—Un loro muy sincero —le respondió mi padre, con tono divertido.

—Ohhh… —Fue la reacción de mi madre, acercándose a él con interés.

—¿Habéis visto? Es precioso, muy gracioso y listo. ¿Verdad? —dijo mi hermana, medio girada hacia mí. Asentí.

—¡Qué gracioso! —Rio mi madre.

—Ruby, son Alonso y Diana, mis padres —comenté.

—Alonso. Diana. Padres. Visita. Pereza —insistió con lo mismo y apreté los labios.

Mi padre soltó una carcajada, mi madre me miró con expresión de apuro.

—Está de broma —habló Helia, avergonzada.

Pasé el brazo sobre sus hombros, consiguiendo que levantara la cabeza hacia mí.

—Puede que no sepa lo que dice, pero ha acertado de pleno —le susurré al oído.

Cuando me separé, me regaló una sonrisa preciosa.

—Acompáñame, hijo —me pidió mi padre, levantando la bolsa que llevaba en una mano.

—¿Quieres tomar algo, mamá?

Ante su negativa seguí a mi padre que se adelantó unos pasos.

—Lamento esta interrupción —sonreí porque era lo que buscaba, tener un momento a solas conmigo para hablar.

—No es como esperaba hacerlo, pero se ha dado así. No te preocupes —insistí.

—Espero que esto juegue a nuestro favor —comentó sacando bandejas de comida.

—Huele que alimenta, me hago una idea de lo que es. —Abrí la que tenía más cerca. Acerté en mi suposición.

—Tu hermana nos ha llamado para decirnos que venía hacia aquí y no me preguntes cómo, pero tu madre y ella han terminado emocionadas, gritándose al teléfono.

—Me hago una idea. —Sacudí la cabeza colocando las tres bandejas en el horno.

Lo encendí a temperatura baja y fui hacia la nevera.

—¿Una cerveza?

—Sí.

La saqué y la dejé en la isla de la cocina.

—¿Tú no quieres?

—Dentro de un rato, estaba tomándome un café.

—¿Cómo estás, hijo?

—Muy bien —sonreí de medio lado—. Ya me ves.

Durante unos segundos nos miramos fijamente, hablándonos con los ojos, sin necesidad de hacer más preguntas ni de responder. Me hizo un gesto con la cabeza para que nos acercáramos a la puerta de la cocina y divertido lo seguí. Nos asomamos sin dejarnos ver, encontrándonos con la imagen de Helia, de mi madre y de mi hermana sentadas en el sofá, conversando animadas.

—Ha ido perfectamente —susurró satisfecho.

—No lo dudaba. —Imité su tono de voz, metiendo las manos en los bolsillos del pantalón.

—Es preciosa, Demian, y lo más importante, buena chica. Lo parece y doy por sentado de que lo es. —Me apretó un hombro.

—Sí a todo —murmuré sin poder apartar la vista de Helia.

—Es ella. —Giré la cabeza hacia él.

—¿Qué? —Fruncí ligeramente el ceño.

—Que tienes la misma expresión que tenía yo hace muchos años, cuando conocí a tu madre y me quedaba embobada observándola —sonrió satisfecho.

—Todavía la mantienes.

—Así me va, me dejo arrastrar en todo. —Puso los ojos en blanco.

Riendo, de esa forma salimos al salón para reunirnos con ellas.

Me senté al lado de Helia y le acaricié la espalda. Había conseguido tranquilizarse y se mostraba como era. Debo decir que tratar con mi hermana y mi madre era muy fácil, siempre eran muy risueñas, amigables y cercanas.

Pasamos un buen rato, en el que no hubo nada de tensión. Cenamos en el salón y nos despedimos de los tres dos horas y media después.

—¿Vendréis a comer a casa algún día? —nos preguntó mi madre.

—Será un placer —le respondió Helia.

—Gracias, cariño. —Le acarició la cara, antes de darle un último abrazo.

Ya nos habíamos despedido, mi hermana y mi padre esperaban sonrientes dentro del ascensor. Mi madre se unió a ellos y por fin las puertas se cerraron.

—¿Qué tal? —le susurré a Helia, abrazándola por la espalda.

—Genial. Tienes una gran familia, Demian. —Apoyó las manos en mis brazos.

—Gracias. —Le di un beso en la mejilla.

Distinguí un poco de nostalgia en su forma de hablar y la giré para quedarnos de frente.

—Tenía tantas ganas de que llegara este momento… —murmuré sobre sus labios, agarrándola de la nuca.

—Y yo… —soltó un suspiro.

La besé con las ansias que llevaba acumulando desde por la mañana en el ascensor. La cogí en brazos y me rodeó la cintura con las piernas, sin separar los labios. Apagué la luz dejando el salón a oscuras, con Ruby durmiendo desde hacía rato. Caminé yendo directo a la escalera.

—¿Te apetece un baño? —le propuse lamiéndole el cuello, acelerando sus pulsaciones.

Apretó el agarre de sus manos en mi cuello, por la sensación que le provocaban mi lengua y mis dedos, los que dejé rozando su zona íntima por encima del pantalón.

—Me encanta la idea —confirmó y volvimos a besarnos con intensidad.

Entramos en mi habitación, pero no me paré, fui directo hacia el baño y cerré la puerta con el pie.

—Prepárate —le pedí cuando la bajé.

Me moví hasta el yacusi y abrí el grifo, para que el agua tomara temperatura. Me giré hacia ella, mientras me quitaba el jersey. Me siguió en todos los movimientos, con nuestros ojos puestos en el cuerpo del otro, conforme nos fuimos desprendiendo de toda la ropa.

La visión de Helia desnuda provocó que mi erección se tensara, estaba duro y excitado. Comprobé el agua y coloqué el tapón para que se acumulara, echando un poco de jabón. Enseguida se formó la espuma.

Cuando volví a mirarla, se había acercado y estaba casi pegada a mí.

—¿Te duele? —Me acarició el pecho con cuidado, por encima de la cicatriz.

—No. —Levantó la cabeza—. Solo tengo una pequeña molestia —añadí por cómo me miró.

—Eres malo. —Levanté una ceja.

—¿Yo?

—Sí —afirmó empujando mi cuerpo hacia abajo, para que me sentara en el borde del yacusi —. No me dices la verdad.

—¿Y cuál es la verdad, según tú? —La agarré de la coleta cuando se puso de rodillas en la alfombra, entre mis piernas.

—Que te duele y lo ocultas siempre. —Se mordió el labio inferior.

Entreabrí los labios cuando su mano me rodeó el miembro. La deslizó de arriba abajo, despacio, alternando las caricias con las del glande. Retiró de él las gotas de excitación y se llevó los dedos a la boca. En tensión, vi como los hacía desaparecer entre sus labios, hasta el fondo y cómo su lengua los lamía.

—Estoy bien —susurré con la voz tomada por el deseo.

Supe que no me creyó, pero no me dio tiempo a añadir nada más porque de mi garganta salió un pequeño gruñido. Acogió mi erección en su boca e hice presión en el agarre de la coleta.

—¿Te gusta? —gruñí con fuerza, acompañando su bajada hasta el final.

—Mmm… —dijo con la boca llena de mí.

—¡Joder! —Cerré los ojos con fuerza, durante los primeros segundos, por el gustazo y placer que me recorrió.

Guie a su cabeza en cada uno de los movimientos, marcando la intensidad y dureza con la que me perdía en ella. No pude apartar los ojos de sus mejillas llenas, de sus labios rodeándome, mojados y resbaladizos, por mis fluidos y por su saliva.

Jadeé y gruñí aumentando la velocidad, llenándome una mano con uno de sus pechos. Tiré del pezón provocando que jadeara. El sonido se escuchó entrecortado. Succionó con más fuerza entorno a mi erección, mientras yo jugaba con esa parte de su cuerpo, mojando su sexo por las sensaciones, más de lo que debía estar ya.

Llegado un momento, después de bastantes minutos, tiré con fuerza de su coleta y la separé de mí. Me incliné para besarla con todo el deseo que sentía, pegándola a mí todo lo que pude.

Cuando nos separamos, con las respiraciones aceleradas, volvió a bajar hasta mi glande y lo lamió por última vez. Apreté la mandíbula viendo cómo lo dejaba sin rastro de fluidos, aunque

no tardaron en aparecer de nuevo, en cuanto se apartó.

Le acaricié los labios mojados y más rosados de la cuenta.

—¿Era una especie de castigo? —sonreí de medio lado— Porque ha sido todo lo contrario.

—Quería las dos cosas. —Se levantó lentamente.

Su pubis quedó frente a mis ojos y con una pierna le separé las piernas.

—Síií… —gimió al primer contacto de mis dedos con su clítoris.

Cerró los ojos apoyando las manos en mis hombros, mientras abría más las piernas para darme mejor acceso. Deslicé los dedos por su sexo, humedeciéndomelos por el exceso de humedad que había acumulado. Me esmeré para llevarla al límite, hasta que no lo pudo resistir por más tiempo. Me regaló el primer orgasmo de la noche.

Cerré el grifo y me incorporé despacio. Entramos en el yacusi y nos tumbamos, con su cuerpo sobre el mío. El agua nos cubrió por completo y en silencio, disfrutamos de la sensación de calma.

Por el momento, porque no tardaría en cambiar, con el agua moviéndose a nuestro alrededor al compás de nosotros. Pero hasta que llegara, me dediqué a acariciar su piel, atesorando el regalo de sentirla encima de mí. Le di un beso en la cabeza, continuando con las caricias, sin ningún orden.

Capítulo 38



Helia

Con la respiración desacompasada, mientras observaba la zona por la que avanzaba, fui aminorando la velocidad al ver la casa de Demian desde la distancia.

Había salido a correr para empezar la semana retomando mi rutina, me apeteció nada más despertarme. Hacía dos días que habíamos llegado, el anterior, el domingo, el único momento en el que salimos de su casa fue para ir a comprar a un supermercado que abría hasta el mediodía. El resto del tiempo no nos apeteció movernos para ir a ningún lado, porque movernos sí que lo hicimos dentro de la casa y de qué forma. Demian se había propuesto que estrenáramos cada zona y eligió el día de ayer para empezar.

Los últimos metros hasta el edificio los hice caminando, pensando en mis amigos. Me había despertado con un mensaje de Alan, el que le respondí rápido comentándole que Demian había regresado y que estábamos juntos. No añadí nada más, para contarle dónde estábamos tenía que hacerlo en una llamada de teléfono, no por mensajes, porque una cosa llevaría a la otra y… Pues eso, que no quería dejarlo preocupado. A Alba tampoco.

Llamé al timbre y cuando la puerta se cerró a mi espalda, me paré en medio del vestíbulo para hacer estiramientos. Subí en el ascensor y sonreí al salir. Ruby estaba volando, se lo estaba pasando genial con tanto espacio.

—Bienvenida. Helia —dijo al pasar por delante de mí.

—Hola, Ruby. ¿Ya has comido?

—Demian. Bueno. Comida. Galleta. —Reí porque me lo confirmó.

—¿Demian? —lo llamé en alto, después de comprobar que no estaba en la cocina.

Al primer lugar al que fui fue a su despacho. Me asomé y apoyé el hombro en el marco de la puerta. Estaba sentado, hablando por teléfono y me pidió que esperara un momento, con un gesto.

—Voy a ducharme —hablé en tono bajo.

Asintió y fui hacia la escalera. Meterme debajo del agua me sentó de lujo. No me tomé mucho tiempo, salí rápido. Me sequé el cuerpo y el pelo, y salí a la habitación con la toalla enrollada en el pecho.

—Hola —le dije a Demian que entraba justo en este momento.

—Hola —sonrió—. ¿Cómo ha ido?

—He estado poco rato, pero muy bien —asintió.

—Me encanta como hueles. —Me olió el pelo, abrazándome.

—Es tu champú. —Reí.

—Mezclado contigo, en mí no es igual. —Me hizo un guiño—. Voy a preparar el desayuno.

—Vale —sonreí con picardía.

Había levantado la toalla y me sujetaba las nalgas con las manos.

—Cuando terminemos saldremos.

—Ajá. ¿Adónde?

—Primero a la empresa. Quiero enseñártela y de paso ver a mi padre.

—De acuerdo. ¿Algo más? —Me pegué a él.

—No me tientes… —susurró.

—Eres tú el que me tienes agarrada del culo, con los dedos donde no debes si no quieres que piense de más… —Reí.

—Es que me lo pones muy difícil. —Sacudió la cabeza, antes de presionármelo y besarme—. Te espero abajo. —Me dio un último beso rápido y se apartó.

—Enseguida voy —dije entrando en el vestidor.

Me hacía gracia ver mi ropa en un estante. Era insignificante para la cantidad que tenía Demian. Elegí un pantalón y un jersey, me calcé los botines y bajé las escaleras para reunirme con él.

—Justo a tiempo. —Colocó las tazas en la isla de la cocina.

—Gracias. —Cogí una y le di el primer sorbo al café.

—Más tarde, cuando estés liado con tu padre, llamaré a Alan y a Alba. Tenía un mensaje de él y le he respondido que estaba contigo, que habías vuelto.

—Se nos va a liar la mañana —comentó distraído.

—¿Y eso? ¿Tienes que ayudar a tu padre en la empresa?

—No. Prefiero no adelantarte nada.

—Estás muy misterioso —hablé en tono bajo.

—¿Yo? Es que a veces me sale la seriedad que es innata en mí —sonrió de medio lado.

—Vale, pues a lo que sea, ¿no?

—Exacto. —Me hizo un guiño y negué.

Desayunamos sin prisa, nos despedimos de Ruby poniéndonos la ropa de abrigo y bajamos en el ascensor para ir al garaje. Demian eligió otro coche diferente al que nos trajo a la ciudad.

—Se ve nuevo —comenté sentada en el asiento del copiloto.

—Tiene cuatro años, relativamente lo es —me aclaró.

Se incorporó a la carretera y dejamos la zona atrás. Observé el exterior por la ventanilla, escuchando de fondo la suave melodía que salía por los altavoces. Veinte minutos después estacionaba en una plaza, frente a un edificio alto.

—¿Es este? —Me asomé para ver bien la altura.

—Sí —confirmó.

—No pensaba que fuese así. —Giré la cabeza hacia él.

—¿Cómo imaginabas mi empresa? —Levantó una ceja.

—No sé, que ocupara un local en una planta baja. O yo qué sé… —Rio.

—Vamos —me pidió abriendo la puerta.

Se bajó e hice lo mismo. Cuando llegué a su lado empezamos a caminar hacia la entrada principal. Entramos a una zona amplia y lo seguí observando todos los detalles, mientras él saludaba a todos los que se encontraba a su paso. Subimos en el ascensor y accedimos a la planta en la que me comentó que su padre tenía el despacho.

—¿El tuyo también está aquí? —pregunté con curiosidad.

—Sí, pero es de decoración —respondió mirándome de reojo.

—¿Y eso?

—Lo dirijo todo desde casa, no tengo la necesidad de hacerme presente, a no ser que se requiera mi presencia. Es mi padre el que está y continúa al pie del cañón cada día.

—Ah. —Miré hacia las personas que ocupaban sus mesas de trabajo—. Es una tranquilidad tenerlo al frente.

—Sí, la empresa era suya. Se desentendió de ser el dueño de ella hace unos años y pasé a hacerme cargo yo. Pero no puedo dedicarle el tiempo necesario.

—¿Por qué?

—Los papeles y yo no nos llevamos muy bien. —Me hizo un guiño parándose frente a una puerta.

La golpeó con los nudillos y reconocí la voz de su padre al dar paso al interior.

—Demian… Helia… Menuda sorpresa —dijo levantándose de la silla.

Rodeó la mesa para venir hasta nosotros.

—Hola, papá. —Se abrazaron.

—Hola, Alonso. —Le devolví el beso que me dio en la mejilla y el abrazo que recibí.

—¿Venís a trabajar? —nos preguntó con humor.

—Te gustaría, ¿eh? —dijo Demian, con una sonrisa de medio lado— Quería enseñarle la empresa a Helia y de paso saber si todo marcha bien. Hace unos días que no me he conectado.

—Perfecto. —Le apretó un hombro—. Puedes estar tranquilo y desconectar de todo —le aseguró.

—¿Vamos a tomar un café? Así te despejas —le propuso.

—Claro —aceptó encantado.

Esperamos a que se preparara y salimos los tres.

—El edificio tiene cafetería propia —me comentó Demian y asentí.

Bajamos en el ascensor hasta la planta principal, mientras escuchaba divertida cómo Alonso explicaba las reacciones que tuvieron Diana y Clara cuando se fueron de la casa de Demian, después de cenar todos juntos.

—Salieron enamoradas de Ruby, tengo loro para rato —dijo y reímos.

—Es lo que suele provocar —le confirmó Demian y le sonreí.

—De ti también, Helia —añadió sonriéndome.

—Gracias. —Me sonrojé.

—Te lo mereces, hija —asintió.

Me llevaron hasta la cafetería. No tenía pérdida, enseguida vi varias indicaciones para llegar. Alonso pidió un café solo, Demian y yo cafés con leche. Con ellos fuimos a ocupar una mesa.

Los escuché hablar de temas de la empresa. Tenían tanta compenetración… Y sí, desde el primer momento en el que vi a Alonso recordé las primeras palabras que me dijo Demian sobre su padre, cuando me invitó a un café al llevarle el plato de galletas. Eran una calcamonía, con la única diferencia de la edad.

Poco se notaba, porque Alonso era un hombre impresionante y parecía que los años no pasaban para él. Tenía delante de mí la imagen de cómo sería Demian en el futuro, un avance visual perfecto e idéntico, no cabía duda de ello.

Yo no sabía cómo llegaría a esa edad, pero él… Joder, continuaría estando igual de bueno. Me reí interiormente por el pensamiento, al decirle mentalmente a mi suegro tío bueno. Suegro, me resultó raro referirme a él de esa forma, pero es lo que era, ¿no? Tenía clara la respuesta que me daría Demian si exteriorizaba la pregunta, por lo que sonreí yo sola.

—Me alegra verte esa expresión —comentó Alonso, refiriéndose a mi sonrisa—. Nos hemos emocionado hablando de trabajo y es un aburrimiento —negó.

—No pasa nada.

—A saber, en lo que está pensando —dijo Demian, carraspeando.

—Pues en cuentas seguro que no. —Reímos los tres.

—Ventajas de ser pensamientos e imaginación, se quedan aquí. —Me toqué la cabeza.

—Cierto —dijo Alonso, haciéndome un guiño.

Vi en los ojos de Demian la intensidad con la que me miró durante unos largos segundos.

—Os agradezco la visita. —Se dirigió a ambos.

—Ha sido un placer —comenté.

—No voy a arriesgarme a no preguntaros cuando queréis venir a comer a casa. Si le digo a tu

madre que he estado con vosotros y que no he sacado el tema, mi vida peligra —dijo con humor y volvimos a reír.

—¿Mañana? —propuso Demian, buscando en mi mirada la aprobación.

—Por mí perfecto —asentí.

—Pues anda que para mí. No sabéis el descanso que me habéis dado para estar en casa tranquilo. —Rio Alonso—. Desde que salimos de tu casa —le apretó un hombro a Demian— y es literal, no ha dejado de decirme cuándo te iba a llamar para recordártelo.

—Me hago una idea —le sonrió—. Contad con ello.

Nos fuimos de la cafetería y nos despedimos con abrazos hasta el día siguiente de Alonso, cerca de los ascensores.

Montados en el coche, Demian salió del estacionamiento y se incorporó a la carretera.

—¿Dónde quieres ir ahora? —le pregunté con curiosidad.

—A ver a Jacob y a Alba —sonreí, me apetecía mucho verlos de nuevo—. Me van a echar en cara no habernos visto antes —sonrió de medio lado.

—Seguro que sabes manejar la situación sobradamente —comenté divertida.

—No te imaginas cuánto. —Rio.

Después de casi media hora de trayecto, accedió a la parte trasera de un edificio y entró en el parquin. No pude ver mucho en él porque estacionó rápido.

—Vamos a entrar por la zona más tranquila, es privada. —Me agarró de la mano y tiró de mí.

—¿Qué es este lugar?

—Donde trabajan, sino hasta la tarde no podríamos verlos.

—Ah… ¿Y tendrán tiempo de venir un momento?

—Sí, tranquila.

Me extrañó verlo más pensativo de lo normal, pero no le di importancia porque al subir al ascensor su expresión cambió. Sucedió justo cuando las puertas se cerraron, aprisionó mi cuerpo contra la pared.

—No sabes lo que voy a disfrutar del de mi casa —susurró agarrándome del pelo, echándomelo hacia atrás.

—Estoy deseándolo también. —Lo besé.

Se apoderó de mi boca y gemí al notar el inicio de su erección clavarse en mi estómago. El beso no fue todo lo largo que quería y necesitaba, pero era comprensible porque cuando se separó, se acomodó el miembro por encima del pantalón, haciéndome un guiño.

Al salir ya se había recuperado, no quedaba ninguna prueba de lo que había sucedido dentro. Me agarró de la mano de nuevo y me guio. La zona donde llegamos parecía desierta, no había nadie. Caminamos por una sala vacía y giramos al llegar a un pasillo.

Se paró frente a una puerta y la abrió para que entrara primero.

Capítulo 39

Demian

Encendí la luz y cerré tras de mí.

—Ponte cómoda. —La invité a sentarse en una silla.

—Estoy bien así. ¿Dónde están?

—Ahora vienen, voy a avisarlos. —Saqué el móvil y le envié un mensaje rápido a Jacob—. ¿Quieres agua? —le pregunté mientras me guardaba el teléfono.

—No.

Me acerqué a la máquina que había en una esquina y llené un vaso, el que me bebí de golpe. Escuché la puerta abrirse y me giré despacio, sonriendo.

—¡Hola, Helia! —la saludó animada Elsa.

—Hola. —Le correspondió de la misma forma, antes de que se abrazaran.

—Hola, preciosa. Bienvenida a la ciudad. —Fue el turno de Jacob, con la correspondiente reacción de ella—. ¿Qué pasa, tío?

Caminé hasta ellos para abrazarlos.

—Os hacéis caros de ver, ¿eh? —comentó Elsa— Ya pensaba que os iríais sin vernos. —Puso las manos en la cadera.

—Solo hace dos días que llegamos —negué divertido—. ¿Algo que añadir? —Levanté una ceja.

—No, que no quiero arrepentirme. —Soltó una carcajada.

—¿Qué os parece si quedamos esta tarde para tomar algo? —propuso Jacob.

—Venid a casa, después podemos salir a cenar —comenté.

Aceptaron encantados, incluida Helia. Me moví para quedarme frente a ella, con las manos en los bolsillos del pantalón.

—Quiero hablarte de lo que pasó en tu casa.

—¿Qué…? —Se sorprendió— ¿Aquí? ¿Ahora? —Miró de reojo a Jacob y a Elsa.

—Están informados de todo —le aclaré, dejándola descolocada.

—Me pediste que no le contara nada a mis amigos —habló en tono bajo.

—Correcto, ahora lo entenderás.

Me senté de lado en la mesa grande que había, dándoles paso a Helia, sin apartar los ojos de ella.

—¿Qué?

—Helia. —La primera en pronunciarse fue Elsa, acortando la distancia con ella con varios pasos—. Soy la agente especial Gómez.

Al escucharla la miró como si tuviera dos cabezas de repente, sin entender bien la situación durante los primeros segundos.

—Su compañero —levantó una mano Jacob—, el agente especial Báez.

Tuvo sesión doble de desconcierto. Desvió la vista para centrarla en mí, esperando a que interviniera para aclararle las cosas.

—¿Qué significa esto? —me preguntó sin darme tiempo a hablar— ¿Quién eres tú, Demian?

—Creo que ya has enlazado por qué tenía un arma la noche que me colé por tu ventana, ¿me equivoco? —negó y tragó saliva.

—Es nuestro superior, formamos equipo los tres —intervino Jacob, dando el toque de gracia.

Helia se sentó despacio en una silla, pasando la mirada de unos a otros. Nos mantuvimos en silencio, dándole el tiempo que necesitaba para asumir la información y para que encajara de forma diferente lo que sucedió días atrás.

—¿Por qué no me lo dijiste? ¿Por qué me entero ahora? —Quiso saber, inquieta—. Te inventaste que eres empresario…

—No. En ningún momento te he mentido, simplemente me he reservado ciertas informaciones. Todo lo que conoces de mí es verdad, soy empresario de la empresa de la que soy

dueño, tal y como te expliqué sobre mi padre.

—¿Entonces?

—Solo ejerzo el papel, no estoy involucrado en el negocio. Puedo compaginarlo perfectamente con mi trabajo real. Mi jefe está al tanto y no supone un problema para que mi máxima dedicación sea esta.

—¿Cuál? ¿Qué haces exactamente? ¿Qué significa lo de agentes especiales? ¿No sois policías normales? ¿Especiales de qué? ¿En qué sentido?

—Pertenecemos a una unidad que trabaja contra el crimen organizado —le aclaré.

Agrandó los ojos y volvió a pasar la mirada por cada uno de nosotros.

—No lo entiendo, ¿por qué ahora? ¿Por qué no cuando me contaste que eras empresario?

—Todo tiene su tiempo, Helia. Era necesario que lo hiciera de esta forma —hablé con calma, para no alterarla más de lo que estaba.

—¿Qué paso la noche en la que entraron en mi casa? ¿Qué intención tenía el hombre que se coló? —Se levantó despacio.

—Su propósito era llegar hasta a ti. —Abrió la boca y la cerró, varias veces, sin conseguir emitir ningún sonido—. Como te dije, no me fui de viaje —asintió despacio—. Te voy a poner en situación para que lo entiendas.

—Por favor. —Tragó saliva.

—Primero de todo, antes de continuar, necesito que te tranquilices. —Mis palabras sonaron a súplica porque lo fueron.

—¿Quieres un poco de agua? —le preguntó Elsa al verla temblorosa.

—Sí. —Aceptó esta vez, frotándose las manos.

Asintió sonriéndole y fue hacia la máquina. Esperé a que regresara, le diera el vaso y a que Helia bebiera, hasta dejarlo por la mitad.

—Es verdad que tenía que venir a la ciudad, pero no con urgencia como decidí en un mismo día. De hecho, la mañana antes de hacerlo, Jacob me preguntó cuando vendría y le dije que más adelante se lo diría, que no tenía fecha concreta para irme. Si tomé la decisión y te hice creer que me fui es porque la tarde anterior, mientras esperaba en el porche a que llegaras del trabajo, detecté algo que no me gustó.

—¿El qué?

—Helia, estoy escogiendo las palabras justas para no decirte más de la cuenta. No puedo, pero tampoco voy a permitir que estés en la ignorancia.

—Vale —soltó un suspiro y bebió un poco más de agua.

—El tema es que mientras te esperaba vi algo que me alertó. Por suerte, cuando tú llegaste en el coche, con diferencia de minutos, ya estaba todo bien. Al despedirnos al día siguiente en el que llevamos tus cosas y las de Ruby a tu casa, antes de que te fueras a trabajar, me metí en la mía y no salí de ella para nada. —Agrandó los ojos—. Necesitaba estar cerca y comprobar algo, asegurarme de que estaba en lo cierto. Fue exactamente lo que sucedió de madrugada.

—¿Estuviste al lado todo el tiempo? —Hizo la pregunta susurrando y asentí.

—Me quedé tranquilo al saber que estarías acompañada por Alan y Alba, aunque de ella no estuvieras segura la última vez que hablamos, al encargarse Alan de proponerle lo de la cena. Los vi llegar a los dos. —Hice una pausa—. Estuve atento a la calle en todo momento, y a la parte posterior de la vivienda.

»Cuando tus amigos se fueron, te vi en tu habitación y no sabes cómo agradecí que no bajaras la persiana al apagar la luz. Habría tenido que hacer ruido para llegar hasta ti y todo habría sido muy diferente. El resto, más o menos, ya sabes cómo se dio. En cuanto vi la intención del tío de querer entrar en tu casa, salí sigiloso de la mía y fui a por ti.

—Pero… no entiendo nada. ¿Por qué yo? ¿Quería robarme?

—Ya te he dicho que su propósito era otro, no tiene nada que ver con eso.

—Pues estoy peor que antes porque no lo comprendo. Tengo una vida muy tranquila, no me meto con nadie, vivo la rutina de mi día a día incluyendo a mis amigos… —negó pensativa.

—Tú tienes esa vida, pero tu padre no. —Apreté la mandíbula.

Se quedó sin respiración y Elsa aprovechó para llenarle el vaso de agua.

—Tranquila. —Se lo ofreció acariciándole la espalda—. Bebe —le pidió para que lo cogiera.

Por unos minutos no pudo moverse, con los ojos fijos en los míos.

—Repite eso —me pidió levantándose despacio—. ¡Repítelo! —gritó nerviosa.

—Tu padre no es el que crees, Helia. —Intenté hablar pausado, para darle la calma que necesitaba.

Me mantuve serio, al igual que sonaron mis palabras.

—¡Por lo visto nadie es quien parecía ser! —Alzó de nuevo la voz.

Se apartó de la silla y de mí, para dar vueltas por la sala. Les pedí a Jacob y a Elsa que no se

acercaran a ella ni le hablaran, con un gesto de la mano.

—No me lo puedo creer, no me lo puedo creer… —repitió ida en sus pensamientos—. ¿Quién mierda es mi padre? —preguntó al fin, parándose.

—Ese dato no te lo puedo decir.

—¡Y una mierda como este edificio de grande! —Me señaló.

—Da igual cómo te pongas, ya te he dicho que no tengo la libertad de darte toda la información, solo la esencial.

—Imbécil. —Me atacó verbalmente, pero ni me inmuté porque bastante tenía con asumir todo lo que había escuchado—. Todo ha sido una mentira.

Me levanté despacio al ver que estaba a punto de llorar.

—No te acerques —me advirtió levantando las manos como barrera—. ¿Por qué llegaste precisamente a la casa de al lado? ¿Por qué? —Quiso saber demasiado nerviosa.

—Demian… —susurró Elsa, pidiéndome que no se lo dijera en su estado.

—Por trabajo. —Fui sincero, provocando que Helia jadeara.

—Te acercaste a mí por interés, para tenerme controlada… —murmuró bajando la mirada al suelo— Todo ha sido por interés, no hay nada de verdad en lo nuestro…

—No estás pensando con claridad. —Apreté la mandíbula, con el cuerpo en tensión—. No te he mentido en…

—¿Qué no me has mentido? —Rio.

—Helia, Demian te quiere y no es una farsa para conseguir su propósito. Desde el minuto uno fue así —intervino Jacob para salir en mi ayuda.

Él pronunció las palabras que yo todavía no le había dicho y me jodió que fuera en esta situación. Pero, sobre todo, que no salieran de mis labios porque lo único que tenía claro es que amaba a Helia. El querer se quedaba corto para lo que sentía por ella.

—No quiero saber nada más. —Se tapó las orejas y cerró los ojos—. Me voy a mi casa —murmuró.

Caminó por la sala para ir a la puerta. Jacob y Elsa me miraron preocupados, yo simplemente no estaba para entretenerme en ellos. Bloqueé la puerta con mi cuerpo, para impedirle salir.

—Apártate —susurró con la cabeza agachada.

—Escúchame…

—Por favor, necesito estar sola.

Solté el aire lentamente y di un paso al lado, dejándole el camino libre. Opté por esa decisión porque era la más acertada en su estado. Sabía que en cuanto pensara con claridad, lo que no hacía en este instante, conseguiría encajar todas las piezas donde correspondían.

La seguí con la vista irse por el pasillo, pararse sin saber hacia dónde ir, y darse la vuelta para pasar por delante de mí, en sentido contrario por el que habíamos llegado a la sala porque esa dirección la llevaba hasta el parquin.

—Tío…

—Dame las llaves de tu moto —le pedí en tensión.

—Sí. —Me giré hacia ellos y la cogí, apretándola en la mano.

—Crees que…

—Razonará, solo necesita tiempo como ha dicho —dije convencido de ello—. Hablamos. —Fue lo último que les dije antes de dirigirme hacia el parquin.

Corrí por la sala vacía y fui directo a la plaza de Jacob. Después de colocarme el casco y de montarme, arranqué y aceleré para salir del edificio. Localicé a Helia saliendo por la entrada principal y la seguí de cerca, con la facilidad del nuevo trasporte.

Caminó por las calles, abrazándose y de vez en cuando retirándose las lágrimas de la cara. Maldecí una y mil veces por el mal rato que estaba pasando, con un mal cuerpo impresionante porque no soportaba verla sufrir. Había intentado evitárselo el máximo tiempo posible, pero llegados a este punto no había tenido más remedio que ser todo lo sincero que había podido ser con ella.

Helia necesitaba saber la verdad de lo que atenerse y no sería yo quien se la ocultara por más tiempo.

Recorrió las calles sin rumbo, hasta que se paró en una cafetería. Ocupó una mesa de la terraza, cabizbaja y así continuó hasta que se terminó la bebida que pidió. No la perdí de vista en ningún momento, ni siquiera cuando se montó en un taxi que paró en la acera.

Lo seguí durante los primeros minutos del recorrido, hasta que tuve claro que se dirigía a mi casa, por la dirección que tomó. Al saberlo, aceleré y lo adelanté, pasando de largo para llegar antes que ella.

Al bajarme de la moto en el parquin de mi casa, le escribí un mensaje para que no esperara en la calle. No tenía llave para entrar.

Demian: *Estoy en casa. Ven pronto, por favor.*

Capítulo 40



Helia

Me sentía tan desorientada, tan desconcertada… Lo que menos podía haber imaginado al empezar el día con mi carrera habitual, es que terminaría como estaba.

No sé ni las vueltas que había dado hasta que me fijé en una cafetería y ocupé una mesa de la terraza. Pedí una infusión porque necesitaba templar los nervios, calmarme como fuese. A pesar del frío que hacía, evité entrar en el interior de la cafetería porque me faltaba el aire. No quería sentirme enjaulada, me dolía el pecho por la presión que tenía en él.

No dejaba de hacerme preguntas, mi cabeza iba a mil por hora, sin frenos… ¿Quién era mi padre? ¿Había vivido toda mi vida engañada? ¿Desde cuándo era un objetivo? ¿Había estado en peligro por su culpa? ¿Demian…? ¿Demian me había utilizado? ¿Nada de lo que habíamos tenido era cierto? ¿Ni sus palabras, ni sus caricias, ni sus besos eran reales?

No, me negaba a pensar en esa posibilidad. Era imposible que mi corazón aceptara eso, pero mi mente me boicoteaba haciéndome imaginar demasiadas cosas que dolían mucho más que lo de mi padre, el que quedó en un segundo plano por la rabia que sentía hacia él.

—Agentes especiales… —susurré incrédula todavía.

Calentándome las manos con el calor de la taza, me bebí la infusión a sorbos pequeños. Cuando me faltaba poco para terminar, busqué en Internet una empresa de taxis. Con el número en la pantalla, paré al camarero cuando pasó por mi lado y le pregunté en qué calle estábamos. Marqué el número y le indiqué la dirección en la que el taxi tenía que recogerme, remarcándole el nombre de la cafetería.

¿Cómo puede cambiar todo tanto? Gran pregunta, o lo mismo es que yo había estado ciega por completo y había bloqueado la realidad para protegerme a mí misma. Comprobé el tiempo que hacía de la llamada y pagué la infusión para estar preparada. El taxi no tardaría en llegar.

En cuanto vi a uno pararse junto a la acera, frente a la cafetería, me levanté y fui hasta él.

—Hola —me saludó amable.

—Hola. A esta dirección, por favor. —Se la enseñé en el móvil.

Suerte de que en el tiempo que llevaba en la casa de Demian me había fijado en el nombre de la calle. Cuando me fui de la sala diciendo que me iba para mi casa… En ese instante lo exterioricé porque era lo que quería, para alejarme de todo. Pero en frío solo necesitaba llegar a la de Demian y hablar con él, era primordial que me aclarara más cosas. La principal, nuestra relación.

Según se diera la conversación me iría esta misma tarde, regresaría como fuese al pueblo, así tuviera que llamar a Alan o a Alba para que vinieran a por mí. No tenía ni idea de si había algún trasporte que me llevara al menos cerca.

Solté un suspiro recostando la cabeza en el asiento y cerré los ojos, con más ganas de llorar. Me había desahogado, pero la tristeza se había asentado en mí, al igual que los pensamientos negativos.

A mitad de camino saqué el móvil del bolso y vi borrosa la pantalla, por las lágrimas que se me acumularon. Abrí el mensaje de Demian.

Demian: *Estoy en casa. Ven pronto, por favor.*

Tragué saliva, me pareció tan sincero… Agradecí que estuviera allí porque no tenía forma de entrar. No tenía llave y tendría que haber esperado en la calle a que llegara. Me entró la urgencia por llegar, por verlo y hablar con él.

Al cabo de diez minutos el taxista paró en la acera contraria del edificio.

—Adiós. —Me despedí de él después de pagarle.

Me bajé sintiéndome temblorosa. Observé la fachada del edificio, intranquila, porque según lo viera en él y lo que me dijera, sería definitivo en lo que habíamos tenido. Cogí varias bocanadas de aire y crucé la calle rápido, yendo directa hacia el portal.

Llamé al timbre y ni un segundo tardó en abrirme y darme paso al interior.

Fui hacia el ascensor y esperé impaciente a que bajara. Entré y pulsé el botón de la primera planta. Todos mis movimientos fueron por la inercia de la rutina, mientras mi cabeza no podía dejar de funcionar, incansablemente.

Cuando las puertas del ascensor se abrieron me encontré con él de cara. Me esperaba parado a pocos pasos. Tenía las manos en los bolsillos del pantalón, su expresión era seria, pero no distante. Era como si estuviese preocupado y no me extrañaba porque yo estaba igual.

—Hola —susurré saliendo del ascensor.

—Hola —me sonrió un poco, variando un poco la seriedad—. Helia, yo…

—¿Qué somos? —lo interrumpí yendo a lo que me interesaba saber— ¿Alguna vez has estado conmigo por quién soy, no por lo que soy? —Tragué saliva, apretando la mano en el asa del bolso.

—Que te quede claro que desde el primer momento he estado contigo por quién eres, Helia. Para mí no ha cambiado nada entre nosotros, me sigues importando de la misma forma que esta mañana, antes de salir de aquí.

—¿De verdad? —Fruncí los labios—. No quiero mentiras ni endulzamientos.

—Te lo prometo, estoy siendo totalmente sincero. Siempre lo he sido, pero como te he dicho, he tenido que reservarme cierta información. Solo eso, mis sentimientos siguen siendo los mismos desde que entraste con fuerza en mi vida.

Cerré los ojos queriendo creerle. No se puede mentir en algo así, ¿no? Me refiero a la sinceridad que aparentaba y a lo tajante que estaba siendo. No me haría daño mintiéndome… No.

—No te estoy mintiendo. —Abrí los párpados de golpe, al leerme el pensamiento—. Sé que es lo que te está pasando ahora mismo por la cabeza, sin sentido alguno. Ha sido demasiada información de golpe, has colapsado al no esperar nada de lo que has oído. Es normal. Estoy aquí y no voy a irme de tu lado, aunque me eches. —Tragué saliva para intentar eliminar el nudo que tenía en la garganta.

—¿Ni, aunque te aparte de mí…? —pregunté susurrando.

—Ni aun así, porque sé que en algún momento entrarías en razón y te darías cuenta de que te amo. —Contuve la respiración—. Esa es la única realidad que hay entre nosotros dos, Helia. Jacob te ha dicho que te quiero, adelantándose a que se diera ese momento, pero es que querer se queda corto para lo que siento por ti. —Caminó hasta mí.

»Dime que me crees. No soporto verte llorar. —Volví a cerrar los ojos cuando me acarició la mejilla—. Tienes los ojos rojos y la expresión triste, me mata verte de esta forma y ser yo el responsable de ello. No ha sido mi intención, te juro que he intentado callarme el máximo tiempo posible, pero ya no podía ocultarte por dónde iba la situación que viviste en tu casa y el motivo por el que te saqué de ella. Helia… Solo me importas tú.

Las lágrimas resbalaron de nuevo por mis ojos y las atrapó con los dedos de ambas manos. Dejé caer el bolso al suelo y lo abracé con fuerza, con la necesidad de sentirlo lo más cerca posible. Lloré con más intensidad cuando me rodeó con los brazos y me apretó a él, mientras me susurraba palabras de consuelo.

Sin separarnos ni modificar la postura, me alzó del suelo y caminó hasta el sofá. Se sentó en él llevándome sobre su cuerpo. Me quedé sentada en sus piernas, de lado, sin poder apartar la cara de su cuello. En silencio, me acarició la espalda y dejamos pasar los minutos sin que ninguno de los dos hiciera nada por separarnos.

—Yo también te amo —murmuré apoyando la cara en su hombro.

Cerró los ojos, haciendo presión con los párpados, y me lamenté porque él también lo había pasado mal.

—Lo siento. —Tragué saliva con dificultad—. Me he comportado como una tonta, he dudado de ti y…

—Shhh… —Me acarició el pelo—. No digas eso, has actuado como cualquier persona que recibe un golpe emocional inesperado. Ya está. De tonta nada, has querido estar sola para pensar, lo has hecho y has venido hasta aquí, conmigo. Un comportamiento como el que has dicho no equivale a querer hablar y aclarar las cosas como adultos, Helia.

—Lo sé, pero tendría que haberme calmado de otra forma —solté un suspiro largo.

—Créeme que yo no soy el más indicado para hablar sobre ello, soy especialista en aislarme de todo y de todos cuando lo necesito.

Nos mantuvimos en silencio otro largo tiempo.

—¿Dónde está Ruby? —Me incorporé quedándome sentada recta.

La jaula estaba vacía.

—Al llegar y buscarlo, lo he encontrado volando entre las máquinas del gimnasio —sonrió de medio lado—. Ahora no lo sé, por cualquier otra parte —asentí devolviéndole el gesto.

Pasé las manos entre los mechones de su pelo, con nuestros ojos mirándose fijamente.

—Te amo —le repetí en tono bajo.

—No te imaginas lo que significa para mí escucharlo. —Me agarró de la nuca, acercándome a él—. Te amo, jamás dudes sobre mis sentimientos. ¿Me oyes? —habló sobre mis labios, acariciándomelos al mover los suyos. Asentí emocionada— Conocerte y tenerte junto a mí es una de las mejores cosas que me han sucedido en la vida. No voy a permitir que nada ni nadie nos separe.

Me lamió los labios sin apartar nuestras miradas, para después apresarlos entre los suyos. El beso que nos dimos fue el final perfecto después de aclarar la realidad de nuestra relación. Me pegué a él con necesidad, la intensidad con la que se apropió de mi boca me dejó excitada y sin respiración cuando nos separamos.

—Quiero saber más cosas. —Me atreví a decir.

—Te prometo que llegaré hasta donde pueda, pero comprende que no podré hacerlo con total libertad. Más que nada por ti, Helia. Sería poner en riesgo demasiadas cosas.

—Me ha quedado claro, tranquilo —solté un suspiro.

—Confía en mí, por favor.

—Siempre lo he hecho y siempre lo haré. —Le dejé claro.

Me encantó ver la sonrisa en sus labios. Volví a abrazarlo, acurrucándome en su pecho con sus brazos rodeándome. Era todo lo que necesitaba para estar bien, para que todo tuviese significado: Demian.

—Helia. Demian. Traviesos. Bienvenida —sonreímos al escuchar a Ruby—. Ruby. Comer. Galleta. —Voló hasta la mesa baja, frente a nosotros.

—No se le pasa ni un minuto. —Sacudió la cabeza, divertido.

—Ni por asomo —sonreí.

Nos levantamos del sofá. Me pidió que me quitara la ropa de abrigo, mientras él le llenaba el cuenco con su comida y varios trozos de manzana. Recogí el bolso al ir hacia la mesa del salón y lo dejé encima. Me desprendí de la bufanda y del abrigo colocándolos en una silla, antes de ir al baño.

Me reuní con Demian en la cocina y entre los dos preparamos la comida. No nos complicamos, elegimos hacer pasta. Lo que más me gustó fueron las miradas cómplices que nos dedicamos.

No, hay cosas, detalles, sensaciones, expresiones y sentimientos que no se pueden fingir. Demian me miraba con amor y esperaba que fuese consciente de que mis ojos lo veían de la misma forma, para transmitirle el mismo amor que recibía de él.

Los besos espontáneos fueron una constante dentro y fuera de la cocina. Consiguió disipar todas mis dudas y miedos referentes sobre él y nuestra relación, por completo. A pesar del problema que yo tenía encima que no terminaba de entender del todo, me sentía increíblemente feliz, profundamente feliz, cuando estaba a su lado.

Capítulo 41



Demian

Paz, una inmensa paz fue la que me recorrió, de los pies a la cabeza, al hablar con Helia. La conocía de sobra como para saber cómo reaccionaría, pero eso no quitaba de que mis dudas habían estado latentes hasta que llegó.

Por suerte, todo se había solucionado entre nosotros. Nuestra relación continuaba siendo sólida, e incluso apostaría a decir que se había fortalecido al exponer nuestros sentimientos abiertamente. Nos había afectado a los dos la situación, yo no estaba exento del malestar que me provocó su reacción y su estado de ánimo.

Una reacción totalmente comprensible. No es que me la esperara, pero como decirlo… Tampoco me pilló por sorpresa porque asumir tanto de golpe…

Eran las diez de la noche, estaba sentado en la cama, preparado para terminar el día con la espalda apoyada en el cabecero. Al final, anulamos la salida a cenar con Jacob y Elsa, preferimos estar tranquilos en casa, solos. Lo primero que les dije al escribirles un mensaje al grupo que compartíamos, es que estábamos bien, que habíamos hablado y que todo volvía a estar en su sitio. Lo segundo es que nos apetecía estar relajados en casa. Se lo tomaron perfectamente, sobra decirlo. No dudé en que sería de esa forma, incluso nos animaron a tirar la llave para el resto de los días que nos quedaban en la ciudad.

Había días por delante para quedar, aunque cada vez se acortaban más. No podía dejar de pensar en que faltaba una semana exacta para que Helia se incorporara al trabajo, por lo que tendríamos que regresar al pueblo. Apoyé la cabeza en el cabecero y fijé la vista en el techo, dándole vueltas al asunto.

Después de comer, nos quedamos dormidos en el sofá, abrazados. El resto de las horas hasta este instante, poco más habíamos hecho. Continuamos sin movernos, a excepción de cuando me levanté para poner música suave y al preparar la cena. No habíamos hablado, me quedé esperando el momento en el que sacara los temas de conversación de los que quería saber más, como me adelantó. No llegó, por lo que estaba a la expectativa de que se animara a empezar.

La puerta del baño se abrió y dirigí la atención a Helia. Solté el aire despacio, apareció con un

camisón muy sugerente y corto. Camisón por mencionarlo de esa forma porque tapaba más bien poco. Tenía transparencias y terminaba a la mitad del pubis. No llevaba ropa interior y la visión me excitó, poniéndome duro al instante.

—¿Estás cansado? —me preguntó caminando despacio hacia la cama.

—No —respondí escueto, recorriendo su cuerpo con los ojos.

—¿Te gusta? —Dio una vuelta para mostrarse desde todos los ángulos.

Apreté la mandíbula al ver su trasero al aire junto al resto, sus pezones estaban erectos.

—¿A ti qué te parece? —Presioné la erección por encima del pantalón.

—Mmm… Yo diría que sí.

Dejé salir el aire de golpe. Se subió a la cama y gateó acercándose a mí.

—Hay que ponerle solución —sonrió agarrándome la cinturilla elástica.

—Estoy de acuerdo. —Elevé la cadera antes de que tirara hacia abajo.

Arrastró el pantalón del pijama junto al bóxer y se encargó de sacármelos por los pies, liberándome de todo. Las manos se me fueron a sus nalgas, llenándomelas de ellas. Se sentó sobre mi cintura, cerca del glande y me ayudó de quitarme la camiseta. Sus ojos se quedaron fijos en mi cicatriz, la que acarició y besó con delicadeza y mimo, inclinada sobre mí.

—¿Te duele? —Buscó mi mirada.

—No.

—¿Seguro? La zona está amoratada, Demian —habló reflejando la preocupación en su expresión y en el tono de su voz.

—Estoy bien, de verdad. Lo peor ya ha pasado. —Le retiré el pelo hacia atrás, liberándole los hombros.

—¿Con qué intención echaste esta prenda de ropa en la maleta? ¿Eh? —susurré sobre sus labios.

—Me la encontré por sorpresa —dijo sonriente, dándome un beso rápido.

—¿Cómo? —Fruncí ligeramente el ceño.

—Es un regalito de Elsa. Supongo que lo trajo cuando la avisaste para que viniera a encender la calefacción, junto a la compra pequeña que hizo. Lo encontré en la mesita de noche de mi lado, con una nota firmada por ella.

—¿En serio? —asintió— Pues tendremos que agradecérselo, ¿no te parece?

—Sí. —Se mordió el labio inferior cuando succioné sus pechos por encima de la tela transparente.

Bajé la tela que los cubría y los saboreé a conciencia, provocándole los primeros jadeos que fueron una dulce melodía para mis oídos.

—Aunque si hubieras salido sin ningún adorno, desnuda completamente, me habrías provocado lo mismo. —Moví la cadera clavando la erección entre sus nalgas, jadeó removiéndose.

—Es bueno saberlo, y mucho más sentirlo. —Hizo fuerza hacia atrás, ejerciendo más presión sobre el glande.

Gruñí y la besé con fuerza y necesidad. Mi lengua buscó la suya sin descanso. Notar el calor que desprendía su sexo, sobre mi abdomen, contribuyó a que el beso se volviera desesperado.

Nos separamos cuando nos faltó la respiración.

—Me vuelves loco, Helia. —La agarré del pelo con una mano, con la otra le acaricié los pechos.

—Es el mismo efecto que provocas en mí —susurró acariciándome los labios.

—Mañana por la mañana voy a ir al hospital para hablar con mi doctor y quiero que me acompañes, así te quedarás tranquila.

—Síii… —sonreí por su efusividad.

—Qué poquito te fías de mí. —Levanté una ceja, al mismo tiempo que mi mano le daba una cachetada en una nalga.

—En lo referente al dolor, pues sí. —Rio.

—¿Al mediodía quieres ir a comer a la casa de mis padres o lo anulamos?

—Por mí está bien. —Se agachó hacia mi pecho.

Apreté la mandíbula y me puse en tensión. Pasó la lengua por la cicatriz, lamiéndola, mientras con una mano me agarraba el miembro y lo deslizaba por su sexo, el que abrió al tensar las piernas a los lados de mi cintura.

—Joder, síii… —Jadeé—. Mójalo bien.

Estaba tan resbaladiza, tan caliente… La agarré con fuerza de las nalgas, acompañándola en el movimiento, con su mano guiando a mi erección por cada parte de su zona íntima, dándonos

placer a los dos.

—¡Dios! Qué gustazo, Helia —siseé cerrando los ojos con fuerza, al sentir su suavidad y fluidos sin barreras.

—Mucho —gimió acariciándose el clítoris con el glande.

Aguanté y retuve las ganas, dejando que continuara excitándose, jugando conmigo. Las sensaciones que me recorrieron fueron una jodida pasada, por el roce de nuestros sexos libres de obstáculos. Me tragué sus jadeos y gemidos al cubrir su boca con la mía, haciéndole saber todo el deseo que me estaba provocando.

La agarré de la nuca con fuerza, cuando posicioné la punta en su cavidad.

—No te muevas mucho o no me podré controlar —siseé con el glande dentro. Solté el aire despacio, haciendo un esfuerzo tremendo para no empujar hacia arriba.

—He empezado a tomar la píldora.

—Joder, ¿y me entero ahora? —gruñí deslizándome un poco más en su interior, sintiendo la electricidad recorrerme.

—Es que todavía no es efectivo del todo y… —gimió porque me dio exactamente igual, impulsé la cadera hacia arriba, llegando hasta el fondo.

—Mierda… —siseé por el placer—. Me da igual —exterioricé el pensamiento—, no voy a negarme más esto. —Apreté la mandíbula.

—Nooo… —Jadeamos cuando se movió.

Noté cada centímetro de mi miembro deslizándose en su interior. Gruñí cuando se dejó caer de golpe. Era demasiado bueno y solo de saber que a partir de este momento en nuestras relaciones no intervendría un tercero en forma de plástico de por medio…

Me volví loco embistiéndola e invertí las posiciones para llegar tan al fondo como pudiera. La habitación se llenó con el sonido del choque de nuestros sexos yendo al encuentro, con los jadeos, gemidos y gritos. La cambié dos veces más de postura, antes de favorecer a que se corriera.

Lo hizo con intensidad, agarrándose con las manos al nórdico, mientras mi ritmo no cesaba. Todo lo contrario, lo incrementé hasta que al cabo de unos minutos me dejé llevar también, entre gruñidos y gemidos.

Nos abrazamos tumbados en la cama. Cuando recuperamos la respiración y volvimos a la normalidad, nos levantamos para ir al baño. De vuelta en la cama nos tapamos con el nórdico y apagué la luz.

—Buenos noches —susurré sobre su cabeza.

—Buenas noches —sonreí al escuchar su voz soñolienta.

—Mañana iremos al hospital después de desayunar. No hay prisa por levantarnos.

—Vale —soltó un suspiro.

✣ ✣ ✣

—¿Vamos? —Me giré hacia ella en el interior del coche.

—Sí —me respondió y abrió la puerta rápido, lo que me hizo gracia.

Acababa de aparcar en el estacionamiento del hospital. La agarré de la mano y caminamos hacia la entrada principal. Fui directamente al mostrador y pregunté por el doctor Hans, facilitándole mis datos a la chica que estaba sentada al otro lado de la recepción.

—¿Tiene una cita? —La buscó en el ordenador.

—No, pero necesito hablar con él.

—Espere un momento, por favor —asentí.

Nos apartamos para que hablara por teléfono y al cabo de pocos minutos llamó mi atención.

—Me ha dicho que en unos quince minutos vendrá a buscarlo.

—Perfecto, muchas gracias. Vamos a la cafetería de mientras —asintió sonriente.

Recorrimos el hospital siguiendo las indicaciones hasta que dimos con ella. Entramos y pedimos dos cafés con leche, con los que fuimos hacia una mesa

—¿Cuánto tiempo estuviste aquí?

—Bastante —le respondí sin darle la cifra exacta.

—¿Qué te paso? ¿Cómo te la hiciste? —Quiso saber con gesto preocupado.

—Me la hicieron en el trabajo. —Tragó saliva y bajó la mirada hacia la mesa—. Cambia la cara, estoy bien —le pedí—. Te vas a dar cuenta por ti misma.

—Estás bien por muy poco… —susurró— Por el tamaño de la cicatriz y la larga recuperación de después…

—Lo que cuenta es el aquí y ahora. —Le hice un guiño.

En silencio, observándonos, nos tomamos los cafés. Sonreí mirando por encima del hombro de Helia, Hans se acercaba a nosotros. La chica de la recepción le había informado de que estaba en la cafetería porque entró buscándome.

Helia se giró con curiosidad, justo cuando Hans pasó por su espalda.

—Demian, ¡qué sorpresa! —Nos dimos un apretón de manos.

—Ya ves, de vuelta a la ciudad —sonreí de medio lado—. Hans, ella es Helia, mi pareja.

—Vaya… de sorpresa en sorpresa. Enhorabuena —nos sonrió—. Es un placer, Helia. —Ella se levantó para aceptar los dos besos que mi doctor le dio—. Y la sorpresa inicial que he dicho no es porque estés de vuelta a la ciudad, sino aquí, en este edificio. —Levantó una ceja—. Lo que me hace preguntarme el por qué, al ser por propia voluntad. —Arrastró una silla y se sentó —. Tú dirás. —Hizo una pausa, cruzando las manos en la mesa.

»Helia —llamó su atención ante mi silencio prolongado—, has tenido la suerte de no conocerlo como paciente, es el peor que te puedas imaginar. Te lo aseguro, y mira que cada día veo a decenas de ellos. —Apretó los labios, conteniendo la diversión—. Ahora me hace gracia, pero en aquellos momentos… Testarudo y cabezón como el solo —negó.

—Me puedo hacer una idea —comentó ella, carraspeando.

Sonreí de medio lado, Hans soltó una carcajada.

—¿Va todo bien? ¿Has notado algo diferente? —me preguntó serio, poniéndose en modo profesional.

—Hace unos días pasó algo y necesitaba contártelo.

—¿El qué? —Frunció el ceño.

—Sabes que he mantenido la calma, que ni siquiera he hecho deporte —asintió—. Hasta que me ha sido imposible quedarme al margen.

—¿Qué has hecho, Demian? —Levantó las dos cejas.

—Prefiero que me veas el pecho y lo valores tú. Te lo contaré cuando lo hagas.

Durante unos segundos, nuestros ojos no se apartaron de los del otro. Asintió levantándose de la silla.

—Seguidme —nos pidió adelantándose.

—Se ha enfadado —me susurró Helia al ponernos de pie.

—No —le aclaré divertido—. Tranquila, es una de sus tantas facetas profesionales.

—Pues le ha cambiado la cara totalmente…

—Es que me jugué mucho durante semanas y él desde el inicio se ha desvivido por mí.

Tragó saliva y le rodeé los hombros con un brazo, pegándola a mi cuerpo para que tuviera claro que le estaba hablando del pasado.

Capítulo 42



Sentado en una camilla me quité la ropa de la parte alta del cuerpo, mientras Hans me daba la espalda. En cuanto se giró se quedó parado, con los ojos fijos en mi pecho.

—¿Qué es eso, Demian? —Quiso saber serio, subiendo la mirada para encontrarse con mis ojos.

—Un hematoma.

—No estoy para gracias. —Caminó despacio hacia mí—. ¿Cómo narices te lo has hecho? —Palpó mi piel con los dedos, haciendo presión en ciertas zonas.

—Tuve un despiste y me lo hicieron —negó pensativo.

—¿Qué síntomas has tenido? —Se cruzó de brazos—. No te dejes nada por decir.

—Dolor. —Noté la mirada de Helia puesta en mí. Imaginé lo que estaba pensando por todas las veces que se lo había negado—. Los primeros días fueron los peores, ahora ya no es tan intenso.

—Dolor… —Sacudió la cabeza—. ¿Cuándo te lo hiciste? —Solté el aire de golpe.

—La madrugada del sábado.

—¿Y me dices los primeros días? ¿Cuántos han pasado? —Se frotó la cara porque eran muy pocos.

—No me encuentro mal en sí, solo es…

—Dolor. —Terminó por mí, repitiendo de nuevo la palabra. Asentí confirmándoselo.

—¿Cómo lo ves?

—A simple vista no tiene buen aspecto —apreté la mandíbula—, pero sin el resultado de las pruebas no puedo acertar. Esperemos que la pinta que tiene no se corresponda con lo que te ha

provocado internamente. Quedaros aquí, voy a programar unas pruebas urgentes. Ni se te ocurra moverte.

Salió de la sala, dejándonos solos. El espacio se llenó de silencio. Miré a Helia, tenía las dos cejas levantadas y con la boca hacía una mueca. Le hice guiño, provocando que pusiera los ojos en blanco.

—¿Por qué te has callado? —me preguntó acercándose.

—Porque, a pesar de lo aparatoso que parece, sé que no es nada, más allá de los golpes fuertes que recibí.

Me puse la ropa.

—No lo puedes saber, Demian. No eres médico. Ni siquiera él lo sabe, ya lo has oído. —Me agarró una mano y se la apreté.

—No falta mucho para que salgamos de dudas.

Después de diez minutos una enfermera vino a buscarme para llevarme a otra zona del hospital, una que conocía muy bien. Helia se quedó en la sala, sentada en una silla. Lamenté su preocupación, pero había tenido la necesidad de hacerlo de esta forma para involucrarla al cien por cien. Era lo que necesitaba y se lo di.

En total, me hicieron dos. No tuve que esperar mucho entre una y otra. Al cabo de veinte minutos otra enfermera me dejó en la puerta de la sala.

—¿Cómo ha ido? —Quiso saber Helia, caminando hacia mí.

—Bien —le sonreí antes de abrazarla—. Igual que va a estar, ya lo verás. —Le di un beso en la frente.

—No puedes trabajar de esta forma en lo que lo haces. ¿No te has planteado parar hasta que te recuperes del todo? Es importante.

—Hay cosas más importantes, por ejemplo: tú. —Tragó saliva—. Ya estuve parado durante meses, créeme que si volví a estar en activo es porque podía. El no hacer deporte todavía no repercute negativamente en mi profesión.

—No lo veo tan claro —susurró.

—Ya lo hago yo por los dos. —Le retiré el pelo hacia atrás—. Vamos a sentarnos, Hans tardará en aparecer con los resultados.

Lo hicimos, y nos entretuvimos con una llamada de mi madre. No le comenté dónde estábamos cuando me preguntó, esquivé el responderle muy sutilmente, tanto que no se dio cuenta de que evité decírselo. Me llamó para recordarme, emocionada, que hoy nos esperaba

para comer.

Al cabo de unos minutos de colgar, llegó Hans. Entró con una carpeta abierta y la vista fija en lo que contenía.

—Bueno. —La cerró de golpe.

—¿Qué? —Quise saber, levantándome.

—Sorprendentemente todo está bien.

Sonreí de medio lado, satisfecho, mientras Helia soltaba un suspiro de alivio.

—Lo que no quiere decir… —continuó— Que si te vuelve a pasar algo parecido tengamos que lamentarlo. Demian, lo principal, lo que siempre te he remarcado, es que no puedes excederte. La recuperación en tu interior va genial, pero no está al completo, por mucho que te lo parezca desde fuera. Debes tomar todas las precauciones necesarias.

—Hans, sabes que he seguido a rajatabla todo lo que me has pedido que haga. Simplemente en esta ocasión no pude impedirlo, se me vino encima. —Nunca mejor dicho, pensé.

—De acuerdo —negó serio—. Quiero verte mucho antes de la cita que te programaron la vez anterior. Cuando te traigan el informe para irte, te darán la nueva fecha y una receta de pastillas para el dolor.

—De acuerdo, ningún problema.

—Por lo que más quieras, cuídate. —Me apretó un hombro y asentí serio—. Mi trabajo ha terminado, por ahora. Me ha encantado conocerte, Helia. Y tú, hazme saber si notas cualquier cosa, por mínima que sea, ¿me oyes? Da igual la hora.

—Gracias, igualmente. —Le correspondió ella.

—Lo haré —le confirmé.

—Más te vale, porque como me entere tarde, te dejo dos meses ingresado en el hospital. Tú mismo, sabes que no lo digo por decir —sonreí de medio lado.

Nos abrazó a cada uno y se despidió porque tenía una intervención en media hora. Cuando la enfermera me trajo el informe, la receta y el papel con la nueva fecha para regresar, salimos de la sala y recorrimos el pasillo, yendo hacia la salida.

—¿Cuándo tienes que volver?

—En una semana y media.

—¿Tan pronto?

—Conociendo a Hans, ahora me tendrá vigilado, al menos hasta que el hematoma desaparezca. Me jode porque si tenemos que irnos el domingo para que empieces a trabajar el lunes, y yo tengo que regresar el miércoles…

—Puedo irme sola…

—Ni hablar. No es por los kilómetros.

—¿Entonces? —Me quedé pensativo—. ¿Demian?

Nos paramos a cada lado del coche. Apoyé un brazo en el techo.

—Tienes pensado pedirme o decirme en algún momento que llame al trabajo para ampliar las vacaciones, ¿no?

Abrí el coche y me monté. Helia ocupó rápido el asiento del copiloto.

—No quieres que regrese todavía —susurré dándolo por hecho.

—¿Sería mucho pedir? —Me giré hacia ella—. ¿Podrías alargar los días?

—Tendría que adelantar las vacaciones de verano.

—¿Crees que te pondrán problemas?

—No —sonrió.

—Perfecto —asentí arrancando.

Comprobé la hora que era y me incorporé a la carretera tomando la dirección de la casa de mis padres, dejando atrás el hospital. A medio camino paré cerca de una farmacia, a la que fue Helia para comprar las pastillas.

—Hemos llegado —dije antes de estacionar.

Vivían en una urbanización tranquila, bastante apartada del centro también, pero en dirección contraria de donde yo vivía.

—Las casas son muy bonitas —dijo cuando llegué a su lado.

Eran todas muy parecidas y la verdad es que verlas en línea, en ambos sentidos de la calle, daba esa impresión.

Caminamos hacia la de mis padres y llamé al timbre. Mi madre abrió enseguida.

—Hijo, Helia —nos sonrió—. Pasad.

La saludamos con abrazos y besos, antes de quitarnos la ropa de abrigo.

—Alonso no tardará en llegar, Clara no puede venir. Está trabajando en la otra punta de la ciudad —nos informó y asentimos.

—Huele muy bien, Diana —comentó Helia.

—Gracias, hija. Espero que te guste, la comida preferida de Demian está terminando de hacerse.

—Seguro que sí —le sonrió.

—¿Cómo está Ruby? —preguntó y solté una carcajada porque mucho había tardado en nombrarlo.

—Muy bien, feliz —le confirmó.

—No te cachondees de tu madre. —Me dio un golpe en el brazo.

—Soy inocente de todos los cargos —dije haciéndole un guiño.

—Poneros cómodos, ahora me uno a vosotros en el sofá. O si quieres puedes enseñarle la casa a Helia. —Se dirigió a mí.

—No hace falta. —Le quitó la intención ella.

—Como queráis, id a donde os dé la gana. —Hizo un gesto gracioso con las manos y nos dejó solos. Entró en la cocina.

—¿Te criaste aquí? —me preguntó con interés.

—Sí. Compraron la casa cuando yo tenía tres años, es la única que he conocido —asintió sonriente.

—Ven, voy a enseñarte la que fue mi habitación.

La cogí de la mano y la guie. Subimos la escalera, las habitaciones estaban en la planta superior. La vivienda tenía dos niveles.

✣ ✣ ✣

—¿Cómo te hiciste la cicatriz? —Giré la cabeza hacia ella.

Eran las siete de la tarde, estábamos acomodados en el sofá de mi casa, viendo una película. La puse en pausa.

—Es obra de Hans, pero provocado por mi trabajo.

—¿Qué sucedió? —Se incorporó quedándose sentada, había estado tumbada sobre los cojines.

—Tuve un percance en un operativo.

—Percance…

—Ya me entiendes. —Hizo una mueca.

—Fue muy grave, ¿verdad? La reacción y actitud de Hans al verte el pecho…

—Sí. —Apreté la mandíbula—. Faltó muy poco para no poderlo contar. —Tragó saliva—. Estoy bien. —Le acaricié un pie.

—¿Y después no te dio miedo volver a jugar con balas y armas? —Fruncí los labios.

—¿Jugar? —Reí—. No siempre voy con ella en la mano, solo me has visto una vez y porque no tenía más remedio.

—Yo qué sé… Es una forma de decirlo con delicadeza. —Hizo una mueca.

—No me lo dio, te lo aseguro.

—Yo no sé si podría si me sucediera lo mismo, o algo parecido —dijo pensativa.

—Me metí en este mundo por vocación, Helia. Era lo que más quería y lo conseguí.

—Has llegado muy alto. —Se refirió a que, como Jacob le dijo, era el superior de él y de Elsa.

—No tanto, pero estoy más que feliz con lo que he conseguido. Llevo muchos años en la misma profesión.

—¿Fuiste consciente? —Bajó la mirada a mi pecho.

—Segundos antes de que sucediera y unos cuantos más después de recibir el impacto, sí. El resto del tiempo está en blanco en mi cabeza, perdí el conocimiento. Cuando abrí los ojos había pasado una semana.

—Tuvo que dolerte mucho. —Tragó saliva.

—A veces, el dolor se vuelve tan intenso que llega un momento en que ya no lo sientes, como si tu mente se bloqueara y te desconectas de lo que realmente está pasando. Es como un mecanismo de defensa que se activa, como una forma de protegerte para el final.

—No digas eso último.

—No tengo miedo a que vuelva a suceder. Es lo que te estás preguntando —asintió—. No se puede vivir con miedo, Helia, sí, con cabeza para tomar precauciones. En mi trabajo estoy expuesto a muchas cosas, pero no es algo constante, solo cuando es necesario.

—Vale —soltó un suspiro.

—Sobre la desaparición de Ruby…

—¿Sí? —Frunció el ceño— ¿Qué pasa con eso?

—Fue intencionada. Ahí saltaron mis alarmas.

—¿Cómo? —Agrandó los ojos.

—Los dos sabemos que Ruby nunca, jamás, se habría alejado de la casa en el caso de que saliera por su cuenta de ella. Llevas muchos años a su cargo, lo conoces.

—Lo sé, he pensado mucho en ello, pero es que… ¿Alguien entró en mi casa con anterioridad a la noche en la que me sacaste de la cama?

—No tengo pruebas, pero estoy completamente seguro. El mecanismo del cierre de la ventana no estaba roto por el deterioro, estaba forzado a propósito. Y sabes que tú nunca dejarías una ventana abierta estando Ruby solo.

—Estuvo en peligro por mi culpa —susurró tragando saliva.

—No lo creo, más bien pienso que la intención de quien lo hizo era echarlo de la casa para que desapareciera. Lo que no sabían es lo inteligente que es Ruby —sonreí—. No vuelvas a decir que fue por tu culpa, si alguien es inocente y no ha hecho nada, eres tú. —Le apreté el pie.

—¿Qué es mi padre, Demian? —Solté el aire de golpe.

—Una persona que está involucrada en asuntos turbios. No puedo entrar en detalles, tampoco lo haría para no ponerte mal cuerpo. Te he dicho más de lo que debía porque no tendría que habértelo mencionado en ningún momento —asintió triste.

—¿Por qué no hiciste nada cuando lo vimos en el centro del pueblo en el que vive? Cuando fuimos a pasar el día con Alba y Alan tuviste que reconocerlo, cuando me acerqué a él para hablar.

—Me mantuve al margen porque no era el momento de actuar. Demasiado precipitado, habría echado por tierra toda la investigación y el operativo. No solo queremos pillarlo a él, también a sus socios para que caigan todos. Llevarlo a cabo requiere mucho tiempo y coordinación.

—No sé ni lo que siento… ¿Me ha engañado toda la vida? ¿Con lo de sus viajes constantes y las mentiras por sus ausencias? Las veces que me ha hablado de su trabajo…

—Lo último es su tapadera, lo que dice de cara a la gente para encubrirse. Lo siento. —Le agarré una mano.

Bajó la mirada a nuestra unión. Hizo presión en la mía, para después acariciármela.

—¿En qué momento dejó de quererme? —Se retiró la humedad de los ojos.

—Hay personas que no saben querer, lo que no quita que tengan el sentimiento. Simplemente no valen para demostrarlo y se piensan que con hacerlo a la forma de ellos es suficiente. Un error, porque la frialdad y el distanciamiento nunca van de la mano del amor y el cariño.

—Sabías quién era yo desde el principio… Por eso compraste la casa al tener la oportunidad. Por cierto, ¿la compraste o es una pequeña mentira para el objetivo que tenías?

—Lo sabía, aunque solo disponía de los datos básicos sobre ti. El conocerte personalmente cambió mi percepción de todo, en tiempo récord. —Buscó mi mirada—. Compré la vivienda. Es mía, invertí en ella. —Me observó emocionada.

—Te enamoraste de mí —murmuró.

—Me enamoraste, sí —sonreí de medio lado.

—Yo no estoy vinculada a mi padre, ni a nada de sus asuntos.

—Lo sé de sobra, Helia. Siempre lo he sabido, pero lo quieras o no, eres un vínculo que hace de puente hasta él. Los últimos negocios que ha llevado a cabo no le han salido tan bien a como está acostumbrado y la gente con la que se mueve es peligrosa. No solo nosotros lo tenemos en el punto de mira, sus enemigos han movido ficha queriendo llegar hasta ti. Si sabes por dónde moverte no es complicado dar contigo.

—Todavía no he hablado con Alan y Alba, deben estar preocupados. No es normal que deje pasar tanto el tiempo sin ponerme en contacto con ellos, aunque sea por mensaje. La verdad es que no he tenido muchas ganas y entre unas cosas y otras…

—No te preocupes por eso. —La agarré del brazo y la acerqué a mí—. Mañana lo solucionas, ya lo verás. —Le acaricié la espalda—. Tus amigos te quieren y te adoran, tardes lo que tardes, te recibirán de la misma forma.

Asintió con la cabeza apoyada en mi pecho. De esa forma, con ella acurrucada en mí, nos quedamos en silencio. La primera tanda de preguntas ya la había hecho, ampliando la información que supo el día anterior. Esperaba que fuese la primera y la última.

Capítulo 43

Helia

Me sentía… Pues la verdad es que no puedo expresar todos los sentimientos que me recorrían desde que Demian habló conmigo con sinceridad.

Saber que mi padre no era la persona que creía, conocer en qué andaba metido… Bueno la verdad es que desconocía lo último, pero me hacía una idea por dónde podían ir sus asuntos turbios. Aunque bien pensado, la realidad muchas veces supera a la ficción y de lo que pudiera imaginar a lo que fuese…

Solté un suspiro antes de terminarme el café. Estaba desconcertada, triste, cansada de tanto pensar. Me costaba gestionar todas las emociones y ello no favorecía a un cambio. Ser consciente de que había vivido gran parte de mi vida engañada, que había sido ignorante sobre algo tan importante… Incluid la rabia porque era el resultado final.

Me levanté para llevar la taza al fregadero, la lavé y salí de la cocina. Ruby estaba dando una vuelta y no aparecería hasta que se cansara. Caminé hacia la ventana que quedaba cerca del sofá, enfrente, y me asomé por ella. Había mucho movimiento en la calle, eran las once y media de la mañana.

Demian hacía media hora que había salido, pero me remarcó que no tardaría. Por cómo estaba, no me apeteció ir a correr a la calle, había aprovechado la cinta que había en el gimnasio. Hasta que terminé agotada de forzar el cuerpo al máximo, fue la única forma que encontré para soltar parte de la ansiedad y el enfado.

Ya estaba duchada y vestida, notando el trabajo en todos los músculos. Dirigí la mirada hacia el ascensor, al escucharlo. Caminé hasta él para recibir a Demian.

—Hola —dijo sonriente en cuanto las puertas se abrieron.

—Hola. —Lo abracé dándole un beso en los labios.

—Te has quedado bien con el deporte, ¿eh? Te ha cambiado la cara.

—Sí. Me ha gustado la experiencia de la cinta de correr, aunque prefiero el aire libre.

—Hace su función, pero no se puede poner por encima de la sensación de sentirte libre. —Me hizo un guiño—. ¿Estás preparada para salir o tienes que cambiarte de ropa?

—No me has comentado que nos iríamos. ¿No voy bien? —Bajé la mirada para observarme.

—A mí me encantas de cualquier forma y como no puedo elegir que vayas desnuda… —Rio —. Más que nada porque no bajaría el arma, apuntando hacia todos los que te miraran. —Apretó los labios.

—Estoy preparada. —Me salió una gran sonrisa.

—Estás perfecta. —Me dio un beso rápido en los labios.

—¿Adónde vamos?

—Quiero enseñarte algo, es una sorpresa.

—Vale —dije animada—. Voy a por el abrigo y el bolso, y a calzarme.

—Ya estás tardando. —Me dio una cachetada en el trasero.

Riendo, de esa forma subí las escaleras para ir a la habitación. Gracias a que tenía a Demian para quitarme todos los males, al menos en algunos momentos. Siempre conseguía que mi humor variara, lo hacía con tanta facilidad…

Hice una parada rápida en el baño y entré en el vestidor. En esta ocasión elegí ponerme las deportivas de vestir y el chaquetón acolchado. Me lo coloqué todo y cogí el bolso, saliendo para ir al encuentro de Demian.

—Ya —dije bajando los últimos escalones.

Estaba en medio del salón, con el teléfono en la oreja. Aparecí justo cuando se despedía de la persona que con la que hablaba. Sonrió al verme, mientras se guardaba el móvil en el bolsillo del abrigo.

—Me encanta como hueles. —Aspiró el olor en mi cuello.

—Y a mí que hagas eso —dije con un suspiro.

Me miró con picardía y me hizo un guiño, antes de empezar a caminar hasta el ascensor.

—Helia. Helia. Helia. —Nos giramos para ver a Ruby volar por el salón.

—Vamos a salir. Pórtate bien.

—Ruby. Bueno. El mejor —sonreímos.

—¿Comeremos fuera? —le pregunté a Demian.

—Puede ser, no es seguro. Si te apetece…

—Comer. traviesos. Ruby. Quiere. —Reímos.

—Pero ¡si tienes el estómago lleno! Hace nada que has comido.

—Helia. Enfadada. Fea.

Demian soltó una carcajada, mi expresión fue de diversión porque no tenía remedio. Anda que no sabía elegir bien las palabras sin necesidad de oír algunas.

—A la jaula —le pedí.

—Helia. Enfadada. Fea. Ruby. Triste.

—No me digas eso. —Hice un puchero.

Demian se lo estaba pasando genial, no podía dejar de reír.

—Ruby. Te quiere. Guapa. —Se posó sobre una de las barras de la jaula y empezó a saltar de una pata a otra.

—A pelota no lo gana nadie. —Sacudió la cabeza Demian.

—Demian. Pelota. Culo. Bombón.

Riendo, así entramos en el ascensor, mientras Ruby continuaba hablando. Al llegar al garaje nos montamos en uno de los coches y salimos del edificio. Hacía un día increíble, era tan agradable notar el calor de los rayos del sol… Continuaba haciendo frío, pero eran casi las doce del mediodía y se notaba.

Después de diez minutos conduciendo, Demian estacionó en un hueco que había libre. Apagó el motor, quitó la llave del contacto y se giró hacia mí.

—¿Qué? —le pregunté sonriente.

—Hay una cosa que no te he dicho. —Entrecerré los ojos.

Me habló serio, con la misma seriedad con la que se cubrió su cara. «Malo», me dije. No sabía por dónde iba a salir, pero no pintaba bien. ¿O sí? Ni idea, pero me puse nerviosa.

—¿A qué te refieres? ¿Es sobre lo que hablamos ayer? —Lo tanteé.

—Espero que no te enfades. Puede que te parezca que no lo he hecho bien, pero tuve la necesidad de que fuese de esta forma.

—Estoy muy perdida. ¿Por qué me voy a enfadar?

—Ahora lo verás.

Sin más, se bajó del coche. Lo seguí con la vista cuando pasó por delante, sin saber si salir o si era mejor quedarme dentro. Abrió mi puerta invitándome a que bajara y lo hice despacio, sin apartar la vista de su cara.

—¿Qué pasa, Demian? —Me froté las manos. De repente sentí frío por la sensación.

—Estoy contigo. —Me rodeó los hombros con un brazo y empezó a caminar por la acera, después de cerrar el coche con el mando.

—Ya… Eso lo sé.

—Pues es lo único que debes tener claro. —Me apretó contra su cuerpo.

—Me has puesto nerviosa.

—No hay otra forma de hacerlo.

—¿Por qué no hablas claro?

—Ahora, estaba esperando a llegar aquí.

Miré hacia los lados, intrigada. Lo único que vi fue una calle normal y corriente. Amplia, eso sí. Las aceras eran anchas y mucha gente caminaba por ellas en ambos sentidos. Había comercios, bares, cafeterías… Y tráfico, el que quedaba apartado por la amplitud de la vía.

—¿Qué tiene este lugar de especial?

—Recuerda que solo quería sorprenderte, y ya de paso darle solución a un tema importante. —Me agarró de la nuca y movió los dedos, acariciándomela.

—Por ahora lo de la sorpresa lo llevas muy bien, pero lo de la solución… ¿Qué es?

No abrió la boca más, lo que sí hizo fue girarme. Me rodeó con los brazos pegando el pecho a mi espalda.

—Mira bien delante de ti —me susurró en el oído.

—¿Qué tengo que ver?

Más silencio por su parte, mientras mis ojos se movían de un lado al otro intentando encontrar

a lo que se refería. Supuestamente si me había pedido que mirara bien es porque iba a reconocer alguna cosa, ¿no? Ni puñetera idea porque enfrente de nosotros, separada por pocos metros, solo había una terraza enorme de una cafetería.

Pasé la vista por las personas que ocupaban las mesas, pensando en que encontraría a Jacob, a Elsa, a sus padres o a su hermana, o a todos juntos. No fue así, después de mirar varias veces empecé a desesperarme.

—Si no sé lo que busco… —Hice una mueca.

—Tengo que ayudarte en todo, ¿eh?

—Muy gracioso. —Puse los ojos en blanco.

Me cogió de la barbilla y me movió la cabeza hacia una dirección. Parpadeé varias veces, seguidas, sin entender que… Hasta que lo comprendí. Un escalofrío me recorrió de los pies a la cabeza y me agarré a sus brazos.

—No puede ser…

—¿Ya?

—¿Es en serio, Demian? —pregunté entre susurros.

—Totalmente. Tienes a tu madre delante, solo os separan unos metros —habló en tono bajo.

La reconocí sin problema, aunque me costó un poco porque no esperaba que se diera esta situación. En mi cabeza no cabía la posibilidad de que mi madre estuviese sentada en una mesa de la terraza. Había cambiado muy poco en comparación con las imágenes que quedaron capturadas en las fotografías que tenía guardadas en mi casa. Se notaba muy poco el paso de los años en ella. Se mantenía casi con el mismo aspecto.

Tragué saliva sujetándome con fuerza a los brazos de Demian. Afianzó el agarre para soportar la mayor parte de mi peso, al notar lo temblorosa que estaba.

—No entiendo…

—La busqué y la encontré. Tienes que escucharla.

Mi madre se levantó despacio de la silla, quedándose de pie. No se movió, pero no apartó los ojos de nosotros, más concretamente de mí. Su emoción fue evidente, mientras se llevaba una mano al pecho.

—¿Cómo sabe que soy yo? —susurré. Me costaba hablar.

—Por mí y porque le enseñé una fotografía tuya. —Giré la cabeza hacia él—. Nunca haría nada que te hiciera daño, ni te expondría a una situación que te provocara dolor, al remover el

pasado. Confía en mí.

Asentí despacio y agradecí que no me soltara. Se puso a mi lado y me agarró de la cintura. Igualé sus pasos por inercia, me dejé llevar por él, mientras intentaba salir del *shock*.

Nos paramos al otro lado de la mesa y pude verla mejor, sin distancia de por medio. Se me formó un nudo que me oprimió la garganta, el que impidió que pudiese hablar. Pero ¿qué decirle a una madre que hace años abandonó a su hija y nunca más dio señales de vida? Había esperado tantos cumpleaños, tantas navidades, en los que recibir una simple llamada de ella… Nunca sucedió, dejé de existir para mi madre desde el mismo momento en el que se fue, o quién sabe, quizás antes.

—Hola, Sofía —la saludó.

—Hola, Demian. Gracias —dijo retirándose las primeras lágrimas—. Helia, hija.

Sus palabras se me atragantaron por la de veces que había esperado oírlas de nuevo. Continué sin poder hablar. Últimamente iba de un choque emocional a otro y este, en concreto, me dejó demasiado tocada, estaba por ver si hundida.

—Sentémonos —intervino Demian.

—Sí, claro —respondió mi madre, haciéndolo.

Miré la silla que estaba enfrente de mi madre, la miré a ella, y terminé poniendo mi atención en Demian, pero sin llegar a verlo realmente.

—Todo está bien. —Sus palabras consiguieron activarme.

Asentí y ocupé la silla despacio, abrazando el bolso.

Agradecí la aparición de la camarera que se acercó a tomarnos nota. Demian pidió un café con leche, yo opté por una infusión tranquilizante. Era lo que necesitaba para poder centrarme porque no daba con la tecla que me hiciera reaccionar.

Joder, que tenía delante de mí a mi madre. «Mi madre», es que no me lo creía, imposible pensar con lucidez. ¿Cuántos años hacía que no la veía ni sabía nada de ella? Muchísimos…

Capítulo 44



Demian

Le agarré la mano a Helia por debajo de la mesa. Se había quedado ida en sus recuerdos, mientras observaba fijamente a su madre. Conseguí que girara la cabeza hacia mí y le sonreí.

El silencio que había en nuestra mesa, puso todavía más nerviosa a Sofía, quien no sabía cuál sería la reacción de su hija. A pesar del comportamiento de Helia, era un gran avance que no se hubiese resistido a acercarse a ella.

Entre nosotros no se había dado la conversación de cómo se sentía al respecto de lo que hizo su madre, de su abandono. Simplemente conocía por ella lo que me comentó al inicio de conocernos, que su madre desapareció dejándola atrás.

No había podido quedarme quieto para localizarla, para encontrarla… Dado el historial que tenía su padre, contaba con que la separación no fue por propia voluntad. No me equivoqué, Sofía tenía una historia que contarle a su hija, una de la que Helia era desconocedora porque creció con la versión de su padre. Él jugó sus cartas a su favor, anulando por completo a la madre.

—Necesito ir al baño. —Fue lo primero que dijo, captando la atención de los dos.

—¿Te acompaño? —le propuse.

—No hace falta, puedo sola. —Me apretó la mano y asentí.

Mi intención no era entrar con ella, lógicamente, pero sí llevarla porque todavía temblaba mucho. Lo que quedó en evidencia cuando se levantó descoordinada. La seguí con la vista, hasta que desapareció en el interior de la cafetería.

—Ha sido mala idea. —Fijé los ojos en Sofía.

—Solo está nerviosa, es lo más normal. No sabía hacia dónde venía ni a quién se iba a encontrar al llegar.

—No quiero que lo pase mal y es lo que está sucediendo —me sonrió con tristeza.

—Sofía, no sabe nada de ti desde hace años. ¿Cómo creías que se lo iba a tomar? Ya verás que cuando vuelva está más recompuesta —asentí seguro de ello.

—Gracias por hacerlo posible, por traerme hasta aquí —habló emocionada—. Está preciosa. —Se secó varias lágrimas—. Y muy grande.

—No podía ser de otra forma. —Le froté la espalda, intentando transmitirle un poco de calma —. Concuerdo contigo en todo. Ha crecido, sí —sonreí de medio lado.

Nos quedamos en silencio cuando la camarera se acercó con las consumiciones.

—¿Has pagado? —le pregunté a Sofía.

—Todavía no.

—Cóbralo todo de aquí. —Le di un billete a la camarera y me devolvió el cambio al momento.

—Gracias —dijo al quedarnos solos.

—No hay de qué —le sonreí echándole el azúcar al café.

Vi de reojo a Helia caminar hacia nosotros. Su expresión era diferente, el tiempo en soledad le había sentado bien, como había necesitado. Le hice un guiño mientras se sentaba y sabiendo que la situación había cambiado, empecé a hablar, con la atención de ambas puesta en mí.

—Desde que nos conocimos y me contaste que tu madre te abandonó, tuve claro lo que iba a hacer. —Apoyé los brazos en la mesa—. La noche que te dije que al día siguiente venía a la ciudad, lo que no era verdad, pero en aquel momento aún no lo sabías… La mañana de ese día, al disponer de los datos que necesitaba, fui hasta la ubicación que me envió Elsa.

»Estuve mucho tiempo intentando rastrear a tu madre, debo decir que me costó bastante por lo oculta que estaba.—Dirigí la mirada hacia ella, sus ojos reflejaban tristeza y pesar—. Elsa se encargó de terminar el trabajo, consiguiéndome la dirección exacta. Cuando llegué, pensé que los dos nos habíamos equivocado porque llegué en medio de la nada, solo había árboles y vegetación a mi alrededor. Salí del coche para inspeccionar la zona y entonces la vi.

»Apareció circulando por el camino de tierra, salió de detrás de una zona densa. La seguí hasta el pueblo y me presenté delante de ella, cuando se sentó en la terraza de una cafetería. Las palabras que le dije fueron más o menos estas: «*Hola. Mi nombre es Demian. No me conoces, pero tenemos que hablar».* Ahí empezó todo, nuestro acercamiento y, para mí, conocer la realidad de los hechos que la llevaron a abandonarte.

»Nos hemos mantenido en contacto desde ese momento y me he encargado de traerla hasta aquí desde muchos kilómetros. Cuando le dije quién era, la relación que tenía contigo, con su hija… Te puedo asegurar que poco faltó para que se desmayara. —Helia tragó saliva—. Se llevó un impacto parecido al tuyo, pero era necesario, como este momento. No voy a permitir que lo que tiene arreglo siga desordenado sin que ninguna de las dos tengáis culpa.

—¿Por qué me dejaste? ¿Por qué nunca recibí una visita, una llamada? No sabes lo que he llorado por tu abandono creyendo que, en cualquier momento de los primeros años, me abrirías la puerta de casa al llegar del colegio… No puedo entender cómo una madre puede desentenderse de una hija. Nos fuimos de la casa familiar y nunca has intentado buscarme. —Frunció los labios, conteniendo la emoción—. Cero contacto de golpe, nulo por completo.

—No tuve otra opción. —Le tocó el turno a Sofía. Tragó saliva varias veces. Helia al escucharla frunció el ceño.

—¿Qué quieres decir?

—Tu padre me echó de vuestras vidas —susurró—. No me permitió que me acercara, contrató a un hombre para que me mantuviera apartada. No sabes las veces que lo intenté antes de que dejarais la casa.

—¿Por qué? —habló sorprendida, incrédula.

Sofía bajó la mirada a la taza y fijó la vista en el café que había pedido antes de que llegáramos.

—No lo sé —murmuró—. Yo lo amaba, y a ti más. Creía que mis sentimientos eran correspondidos, pero su actitud cambió de la noche a la mañana, literalmente —negó—. Nunca he entendido por qué me hizo eso. A los tres días de apartarme de vuestro lado, recibí un ingreso de dinero de muchos ceros. —Tragó saliva—. Me negué a utilizarlo. —Sacudió la cabeza—. Era como si me hubiese pagado por alejarme de ti. —Buscó la mirada de su hija, encontrándose con lágrimas en sus ojos.

»No voy a engañarte, con el tiempo tuve que ir gastando parte de ese dinero porque con el que conseguía limpiando casas no me era suficiente. Fue una época muy dura porque no me mantenía ni en pie por la tristeza y la desesperación. Pero fue solo cuando no tuve más remedio que disponer de él para pagar facturas y comer. —Frunció los labios—. No te abandoné, Helia. Jamás podría haberlo hecho, lo eras todo para mí. Te arrancaron de mis brazos y de mi vida, de cuajo.

—No puede ser —murmuró sin creérselo, sin poder dejar de llorar.

No porque no lo la creyera, sino por el duro palo que acababa de llevarse al saber la verdad.

—¿Es cierto? —me preguntó para que se lo corroborara. Asentí y cerró los ojos con fuerza, agarrándose de la misma forma a la mesa— Casi toda mi vida pensando… —siseó con rabia— ¿En qué mierda piensa ese jodido hombre? —soltó cada palabra con asco— ¿Para qué me quería solo para él? ¿Para abandonarme también?

Los nudillos se le pusieron blancos. Coloqué una mano en la suya que tenía más cerca, para que recordara que estaba con ella. Giró la cabeza hacia mí, parpadeando rápido.

—Demian… —susurró.

—Lo sé, cariño —le hablé en tono muy bajo—. No sirve de nada ponerse mal por el pasado. Es una mierda y una injusticia, pero en lo único que tenéis que pensar ahora es en el presente, en el tiempo que os queda por disfrutar juntas. —Le retiré las lágrimas de una mejilla—. Tenéis la oportunidad de volver a empezar, de conoceros después de este reencuentro.

Deletreó con los labios un «gracias» sin pronunciarlo, antes de levantarse de la silla. Se puso en el lado de la mesa, cerca de su madre. Esta se levantó también, llorando igual que ella.

—Siento el daño que le he hecho a tu recuerdo —le susurró—. Quise odiarte por lo que me hiciste, por lo mal que lo pasé… Pero no lo conseguí.

—Hija. Si me dijeras que me odiabas lo entendería perfectamente.

—No lo hago y ahora menos —gimió por el llanto, antes de acortar la distancia y abrazarla.

La escena me puso el vello de punta, con un nudo en la garganta por la emoción.

«Todo ha salido bien», me dije, viéndolas abrazadas y hablándose descoordinadas.

La vibración de mi móvil me desconectó del momento. Lo saqué para comprobar de qué se trataba y accedí al mensaje que acababa de llegarme. Al leerlo fruncí el ceño, asimilando el significado de las palabras que había recibido. Era de un número desconocido.

Levanté la mirada y enfoqué la vista hacia la calle, observando a todas las personas que caminaban por la acera. Incluso fui más allá y me centré en los vehículos que circulaban a unos metros de distancia.

«¡Qué cojones significa esto!», fue lo que se repitió en mi cabeza, mientras los engranajes de mi mente se ponían a funcionar a muchas revoluciones. Me levanté despacio de la silla, observando de nuevo a madre e hija.

—Demian… —dijo Helia, cuando consiguió separarse de Sofía.

Caminó hacia mí y me abrazó con fuerza. Rodeé su cuerpo con los brazos, sin poder estar al cien por cien en este instante.

—Gracias. Gracias por todo. Si no fuese por ti… —susurró sobre mi pecho.

Le acaricié el pelo y fijé la vista en Sofía. Nos miraba emocionada y asentí despacio.

—No me las des —le respondí a Helia—. Haría cualquier cosa por verte feliz y bien. —Apreté el agarre—. Siempre voy a estar, no lo olvides nunca.

—Sí. —Su afirmación sonó llena de felicidad, a pesar de que no podía dejar de llorar.

Dirigí la mirada a la calle, de nuevo, recreando cada una de las palabras del mensaje en mi cabeza. Se me había quedado grabado, imposible no hacerlo.

—¿Queréis hacer planes para hoy? Yo tengo que trabajar, no me llevará mucho tiempo. Puedo llevaros a mi casa y así le presentas a Ruby. Para la hora de la comida me reuniré con vosotras.

—¿Tienes que trabajar ahora?

—Sí. —Le di varios golpecitos en la nariz. La arrugó al hablar.

—Vale —soltó un suspiro—. ¿Qué te parece, mamá? ¿Vamos a la casa de Demian para ponernos al día y preparamos juntas la comida?

Por primera vez, después de muchísimo tiempo, se refirió a ella directamente como lo que era: su madre. Sofía volvió a llorar al escucharla, más emocionada si cabe por todo el conjunto de sus palabras.

—Nada me haría más feliz —le aseguró, provocando una sonrisa preciosa en Helia.

Les pedí que se sentaran para que terminaran las consumiciones. Me había entrado la prisa, pero no iba de unos minutos más. Helia ni siquiera había destapado la infusión.

Quince minutos después, estábamos montados en el coche y me dirigía a mi casa, para dejarlas en ella. Al llegar y parar frente al edificio, le di la llave a Helia para que accedieran sin problema.

—No tardaré —susurré sobre sus labios.

—Tranquilo, ve con cuidado. —Me besó.

Apresé sus labios como necesitaba, dejándola sin respiración. Se bajó del coche y caminó junto a su madre hasta el portal, la esperaba en la acera. Hasta que no estuvieron dentro no giré el volante para incorporarme a la circulación.

El en trayecto le había dicho a Sofía que por la tarde la acompañaría al hotel en el que se quedaba, para que recogiera sus cosas. Quería que estuviera en mi casa, noticia que tanto Sofía como Helia recibieron emocionadas.

Aparté de mis pensamientos todo lo que no fuese el mensaje que había recibido, maldiciendo varias veces.

Capítulo 45



Helia

—¿Por qué tanto misterio? —le pregunté a Demian, sujetándole las manos con las que me tapaba los ojos.

Estábamos bajando en el ascensor. Me había hecho subir para enseñarme unas flores nuevas que plantó Julia, la mujer que limpiaba, el último día que vino. Yo no había visto ninguna diferente, pero la verdad es que no había subido tantas veces a la terraza como para saber cuáles eran las flores que estaban desde que llegué.

Por cierto, Julia era una mujer encantadora. Me cayó genial desde el primer día que la vi, nuestro trato fue muy amigable y cercano desde el inicio. Tenía una forma de ser que en seguida te daba pie a relajarte y a confiar en ella. Si hubierais presenciado el encuentro que tuvo con Ruby nada más salir del ascensor… Solo os digo que Demian y yo todavía nos reímos cada vez que lo recordamos.

—Eres muy impaciente —me susurró al oído, provocando que la piel se me erizara.

—Apártate un poco que recuerdo lo que sucedió el otro día en el ascensor y…

—¿Te excitas?

—Calla. —Rio.

—Podemos repetirlo cuando quieras.

—Ahora mismo lo que quiero es ver —me quejé.

—¿Segura?

Jadeé cuando me apretó contra la pared.

—Demian…

—Una lástima, será en otro momento. —Me separó.

—¿Por qué?

—Ahora no podemos.

—Pues no sé por qué. —Volvió a reír por mi impaciencia.

¿Qué queréis? Resistirse a Demian y a su cercanía era bien complicado, yo estaba destinada a perder todas las batallas.

Escuché las puertas del ascensor abrirse y me empujó con su cuerpo para salir. Iba a mi espalda, sin destaparme los ojos.

—¿Preparada?

—¿Para qué?

—Cuenta hasta tres —me pidió ignorando mi pregunta.

—¿Qué hay delante?

—Cuenta —insistió y bufé.

Noté su pecho vibrar en mi espalda, al reírse en tono bajo porque el sonido no llegó a mis oídos.

—Uno, dos… —Alargué los números—. Tres.

Solté un jadeo en cuanto terminé de pronunciar el tres porque retiró las manos, devolviéndome la visión. Lo que vi me dejó descolocada porque no me lo esperaba, para nada. Pero a la vez la alegría se apoderó de mí y me emocioné.

—¡Alan! ¡Alba! —grité corriendo hacia ellos.

Nos encontramos a medio camino en el salón, para abrazarnos. Alba y yo empezamos a saltar sin soltarnos los tres, Alan aguantó el tipo sin poder parar de reír.

—¿Qué hacéis aquí? —les pregunté entusiasmada por tenerlos conmigo— ¿Cómo sabíais…? —Antes de terminar de hacer la última pregunta me giré para buscar a Demian.

Lo encontré apoyado con la cadera en el sofá, observándonos con una gran sonrisa dibujada en sus labios.

—Amigos. Locura. Desenfreno —habló Ruby, provocando que todos soltáramos una carcajada.

—Demian me llamó y casi viene a por nosotros para traernos a rastras —comentó Alan.

Miré con tanto amor a Demian, ya no sabía cómo agradecerle todo lo que hacía por mí. Me hizo un guiño y le lancé un beso al aire. Simuló como si lo atrapara con la mano y se la llevó a la zona donde tenía la cicatriz, dejando la mano extendida en la zona.

¿Se puede ser tanto de todo? Ay, me tenía loca, pero qué locura más buena.

—¿Alan estoy viva? Creo que acabo de morirme —dijo Alba, al ver la escena.

Reímos todos, menos ella. Le salían corazones de los ojos mirándonos a Demian y a mí. Hacia él lo entendía perfectamente.

—Auuu… —se quejó— ¿Qué haces?

—Darte la confirmación con un pellizco de que respiras.

—No puedo contigo, qué forma de aniquilar el momento romántico. —Puso los ojos en blanco.

—Habla la que ha empezado primero. —Rio Alan.

—Habéis podido coger unos días libres —les sonreí con cariño.

—Aquí nos tienes. —Alan abrió los brazos y me cobijé en ellos, como tantas veces había hecho a lo largo de los años.

—Sí, lo que por cierto me hace recordar que, ¡no nos dijiste que te ibas del pueblo! Estabas desaparecida, pero no nos preocupamos porque en el mensaje que le escribiste a Alan le dijiste que Demian ya había regresado, que estabais juntos. Sabíamos que querríais estar solos, pero con la llamada de Demian a Alan… ¡Ay cuando le ha dicho que os habíais ido! —Lloriqueó.

—Ni caso, en la cafetería en la que hemos parado a desayunar le han echado exageración extra —comentó divertido Alan.

—Estaba inquieta por si estabais enfadados o preocupados por estar desaparecida —hablé en tono bajo.

—Enfadados nunca, preocupados tal vez si lo hubiésemos sabido. —Me dejó claro Alan. Le di un beso fuerte en la mejilla con todo el amor que sentía por él.

Me sonrió cuando nos separamos y fuimos al sofá.

—¡Qué pasada de casa! ¿O es un dúplex? —comentó Alba, dudando por la escalera.

—Casa. Vas a alucinar —le dije porque sería así.

—Madre mía, pinta superbién. No veas lo bien que te va la empresa, ¿eh? —Se dirigió a Demian.

Si ella supiera, fue lo que pensé porque cuando se enterara de cuál era su profesión en realidad… Me callé porque no tocaba sacar el tema en este instante. Lógicamente el ser el dueño de la empresa era un extra importantísimo, pero si algo me había quedado claro en el tiempo que hacía que estábamos juntos, es que Demian le dedicaba tiempo a la empresa por su padre. Única y exclusivamente por él lo hacía, porque su pasión y dedicación eran otras muy diferentes.

—No me puedo quejar —respondió él, sonriendo de medio lado—. ¿Queréis tomar algo?

—¿A qué hora habéis llegado?

—Hace poco, hemos venido directos hacia aquí —me respondió Alan.

—¿Me has echado de menos, Ruby?

—Alba. Bombón. Demian. El mejor —soltó.

—Uy, lo que me ha dicho. ¡Qué me ha sustituido! —Se ofendió en broma.

—Acostúmbrate —dije riendo.

—¿Queréis algo de beber? —les preguntó Demian, sonriente con la situación.

—¿Un café puede ser?

—Por supuesto, lo que os apetezca. ¿Quieres otro Alan?

—Sí, te ayudo. —Se levantó para acompañarlo.

—Cariño, te veo superfeliz. —Me agarró de una mano.

—Lo soy, con Demian.

—No sabes cómo me alegro. ¿Cómo es que vinisteis aquí? Lo entiendo, es normal porque es su otra casa, pero me extrañó que no nos dijeras nada.

—Es un poco largo de contar.

—¿Qué pasa?

—Es que…

—¿Helia? —Nos giramos hacia atrás.

Se me había olvidado de que estaba mi madre. Cuando mis amigos supieran quién era la

mujer que estaba a punto de aparecer en el salón, les iba a dar algo, como me sucedió a mí el día anterior.

—Hay alguien más —dijo Alba.

Justo en este momento, Alan y Demian salieron de la cocina con las tazas de café. No supe si fue coincidencia o porque Demian la escuchó.

—Estoy en el salón —dije en alto, levantándome del sofá—, mamá. —Rematé la frase.

Dos pares de ojos me miraron incrédulos y desconcertados.

—¿Cómo que mamá? —Jadeó Alba.

—¿Helia? —Llamó mi atención Alan.

—Hola —dijo mi madre parándose al final de las escaleras.

Al observarla, Alan no necesitó mucho tiempo para saber que sí, que era mi madre la que estaba con nosotros. Como ya dije no era difícil reconocerla. Él tenía un vago recuerdo de pequeño de verla en persona, pero había visto conmigo, infinidad de veces, todas las fotografías que tenía en mi casa. Me buscó con la mirada, entre sorprendido e incrédulo. Lógicamente no entendió nada porque conocía perfectamente mi historia, la había vivido como suya propia, de mi mano porque desde que nos unimos nunca nos habíamos separado.

A Alba le costó un poco más, ella solo la había visto en las fotografías, pero no tantas veces como Alan. Cuando mi amiga llegó a mi vida y a la de Alan, de pequeños, por aquel entonces hacía varios años que mi madre ya no estaba.

—Alba, Alan, ella es mi madre, Sofía. Ellos son mis mejores amigos, mamá. —Los presenté en el presente.

—Oh, encantada de conoceros —habló emocionada.

—Pero… —me susurró Alba.

—Más tarde os lo explico —le dije en el mismo tono de voz. Asintió y cambió la expresión al ver que yo estaba bien.

Sonreí agradecida hacia mis amigos porque Alan tomó la misma actitud hacia ella. Sabían de sobra que, si yo estaba con mi madre y aceptaba la situación tranquila, aparte de que le habíamos abierto la puerta de la casa de Demian, era porque algo importante había sucedido. Nos veían a todos bien, con lo cual, dejaron las preguntas y las dudas apartadas y se centraron en ella.

—El placer es nuestro, Sofía —le dijo Alan, antes de darle un beso en la mejilla.

—Gracias.

—Igualmente, Sofía. Un placer —añadió Alba.

Mi madre me miró con una sonrisa, feliz por conocer a personas tan importantes para mí.

—¿Te acuerdas del chico de mi colegio de seis años que vino a casa para disculparse por tirarme del pelo?

Se quedó pensativa, retrocediendo en el tiempo.

—Oh, sí. Fue encantador su comportamiento, la actitud que mostró fue increíble.

—Pues es él. —Señalé a Alan—. No nos hemos separado desde que nos unimos a los seis años.

—¡No me digas!

—Sí —le confirmó mi amigo, sonriéndole.

—Demostraste con valentía el hombre que algún día serías. A la vista está —lo alabó.

—Gracias, Sofía.

—Gracias a ti por no separarte de mi hija. Estoy segurísima de que has sido su mayor apoyo.

Cuando mis ojos se encontraron con los de Demian me hizo un gesto con la cabeza, para que fuese a la cocina. Él se adelantó, aprovechando que mis amigos y mi madre iniciaron una conversación.

—¿Todo bien? —me preguntó en tono bajo, abrazándome.

—Mejor que eso —le sonreí.

—Me alegro.

—Gracias por hablar con ellos y traerlos, Demian.

—Sé lo importantes que sois los unos para los otros, es lo mínimo que podía hacer.

—Pero… —dije al detectar algo en su tono de voz.

—Los he traído para lo obvio, para que estéis juntos. Pero también los he sacado del pueblo a propósito.

—¿Por qué? ¿Están…?

—No sé si están en peligro, pero sí vinculados a ti. Solo he querido ser previsor y alejarlos por un tiempo de aquella zona. Solo es por precaución, para protegerlos. Si después queda en nada,

pues mejor.

—Gracias por pensar en todo. —Le acaricié el pelo, emocionada, aunque también preocupada.

—Ha merecido la pena por verte así —susurró sobre mis labios.

Nos besamos. Fue un beso calmado y tranquilo.

—Esta noche, cuando tu madre se acueste, podrás hablar con ellos, para explicarles todo.

—¿Puedo todo? —asintió serio— Si por ahora no quieres que les diga…

—No hay problema, me interesa que estén atentos a lo que los rodea.

—Vale —solté un suspiro.

—La sincerad en estas situaciones es vital, pero como te he dicho, es simple precaución.

Cuando salimos de la cocina les pedí que me acompañaran, para llevarlos a las dos habitaciones en las que se iban a quedar. Aproveché para hacerles un *tour* rápido por la casa, la que les encantó y los dejó con la boca abierta. Demian se quedó con mi madre y Ruby en el salón. Las risas de ambos se escucharon fuertes, el culpable: Ruby, no cabía duda.

Capítulo 46



Demian

En tensión, con la adrenalina recorriéndome, aceleré llevando la moto a una velocidad mucho más alta de la permitida. Sorteé los vehículos dejándolos atrás enseguida. Durante quince minutos no aminoré, mantuve la intensidad. Llevarme al límite tenía un efecto en mí, mis pensamientos se aclaraban y en mi cabeza todo encajaba en su lugar, incluso las piezas más insignificantes.

Pasados quince minutos, reduje tomando el desvió que llevaba al centro de la ciudad. Transcurridos unos pocos más, giré hacia la derecha y entré en el estacionamiento.

Me quité el casco, pensativo, observando la fachada del edificio. Varios pitidos me hicieron mirar hacia la izquierda, era Jacob.

—Nos hemos puesto de acuerdo para llegar a la vez —comentó caminando hacia mí—. ¿Qué tal? —Señaló la moto, con un gesto de la cabeza.

—Eso parece. Bien, como siempre que la conduzco.

Me bajé y dejé asegurado el casco, antes de empezar a caminar junto a él.

—Por lo que veo te ha cundido el rato, tú seriedad lo dice todo. ¿Cuántas multas serán esta vez? —sonreí de medio lado.

—Me ha cundido mucho —le confirmé—. Hoy me he librado de ellas.

—¿Seguro? No sé yo… Que nos conocemos. —Rio.

Entramos en el edificio y saludamos a varios compañeros. En silencio, subimos en el ascensor hasta la tercera planta.

—Demian, me alegro de verte de vuelta. —Me paró Robert.

—Gracias. ¿Ya te has incorporado o estás de visita?

—Incorporando. Lamentándome estoy —sonreí de medio lado.

—Ánimo, solo ha pasado una hora.

—Dándolos eres único. —Rio apretándome un hombro.

—Nos vemos.

—Por supuesto.

Continuamos cada uno nuestro camino, Jacob y yo llegamos frente a la puerta del despacho de Yeray, la que golpeé varias veces con los nudillos para hacernos notar. Estaba abierta, por lo que nuestro jefe levantó la vista y nos pidió que entráramos con un gesto de la mano. Hablaba por teléfono.

—No, los globos tienen que ser de color rosa. ¿Cuántas veces tengo que decirlo? Rosas —remarcó—. Joder, a ver si va a ser una tarea más complicada que ocupar mi puesto de trabajo —se lamentó.

Nos paramos en medio del despacho. Jacob y yo nos miramos de reojo, con los labios fruncidos, conteniendo la diversión.

—Exacto, de varios tamaños. Mantenme al corriente. Perfecto, gracias.

—¿Preparando la fiesta para la pequeña? —le preguntó Jacob, aunque sabíamos la respuesta por la fecha que estaba próxima y por el tipo de conversación que había mantenido.

Solo por su nieta consentiría hablar de globos rosas.

—Sí, aunque al paso que voy, terminamos nosotros tres cargados con los dichosos globos rosas en los coches. —Sacudió la cabeza—. ¡Ni qué fuese tan difícil de entender el color! Cuatro veces me han llamado, ¿os lo podéis creer? Buenos días, chicos. —Recostó la espalda en el respaldo de la silla.

—Buenos días. —Le correspondimos al saludo.

—No sabes delegar —comentó divertido Jacob.

—Visto lo visto, como delegue son capaces de hacer una puñetera fiesta de blanco. —Sacudió la cabeza.

—Yo os dejo, voy a localizar a Elsa. Necesito un café urgentemente, el que me he tomado en casa no me ha hecho efecto.

—Cuando salga os busco.

—Claro. —Me hizo un guiño antes de girarse hacia la puerta.

Caminé detrás de él y la cerré, quedándome aislado con Yeray.

—¿Qué tal? ¿Cómo va?

—No sé, a ver qué te parece a ti —dije dejando el móvil encima de la mesa, con el mensaje que recibí abierto.

—¿De qué se trata?

Me mantuve en silencio. Lo agarró para leerlo y metí las manos en los bolsillos del pantalón, atento a sus gestos.

—¿Qué significa esto? —Frunció el ceño—. Puede haberlo enviado cualquier persona. —Levanté una ceja.

—Es poco probable, ¿no? En el mensaje aparece mi nombre, quien lo escribió sabía perfectamente a quién se lo enviaba.

—Me has dejado tocado, si esto es cierto…

—Muchas de las cosas que creíamos hasta ahora penden de un hilo. —Terminé por él—. He verificado la información. El operativo se llevará a cabo según lo establecido, esta tarde sin falta.

—¿Vas a estar al frente?

—Por supuesto. No voy a dejar solos a Jacob y a Elsa, ni de lado la coordinación con los equipos de apoyo.

—No sé, Demian, es arriesgado. Si resultas herido, con la mala suerte de que sea de nuevo en el pecho… No quiero ni imaginármelo. Piénsalo, por favor.

—No tengo nada que pensar. Este caso es el más importante al que me enfrentado en mi vida, Yeray. Me toca de cerca y como comprenderás…

—Ya, con lo meticuloso y perfeccionista que eres, es imposible que te mantengas al margen. —Sacudió la cabeza. Bajó la mirada a la pantalla de mi móvil.

—¿Cómo puede ser que no fuésemos conscientes, tú y yo, de un dato como ese? Tiene mucha relevancia.

—Me gustaría responderte, pero no tengo ni puñetera idea.

—Nos vamos a jugar mucho esta tarde, pero, sobre todo yo… —Apreté la mandíbula.

—Voy a buscar respuestas en las próximas horas. —Se levantó despacio.

Nos despedimos por el momento, y salí del despacho para ir en busca de mis amigos. Los

encontré en la zona de trabajo de Elsa, estaban conversando y no se dieron cuenta de que me acercaba.

—Salgamos de aquí —les pedí repiqueteando los dedos en la mesa.

—¿Y esa cara?

—A pocas horas de un operativo siempre se le transforma —respondió Elsa, mientras se colocaba el abrigo.

—¿No me digas? Fíjate, en todos los años que llevábamos juntos no me había dado cuenta.

—De nada por la aclaración. —Rio.

Me adelanté para salir cuanto antes del edificio, por primera vez en mi vida me sentí agobiado entre las paredes.

—Eh, tío… —Escuché la voz de Jacob, a mi lado— A ti te pasa algo —insistió serio.

—¿Qué es Demian? —Se añadió Elsa.

—Cuando estemos en la cafetería hablamos.

Asintieron y en silencio, salimos del edificio y caminamos por la acera para ir a la cafetería que estaba a unos metros de distancia, en sentido contrario al habitual, al del bar en la que muchas mañanas nos gustaba desayunar.

✣ ✣ ✣

Sonreí apoyando un hombro en el marco de la puerta de la biblioteca. Helia estaba sentada en el sofá, acomodada en él mientras leía tan concentrada que no se dio cuenta de mi presencia.

—Demian… —dijo al cabo de unos minutos— No te he escuchado.

Se levantó despacio cerrando el libro y vino hasta mí después de dejarlo en el sofá.

—No quería molestarte, parecía muy interesante la lectura. —La abracé dándole un beso en los labios.

—Estoy en una de las mejores partes —me informó feliz.

—Ya tiene que ser bueno, dijiste lo mismo ayer. ¿Qué gritaste? Ah, sí, algo parecido a… «¡No puedo con la emoción!» —Rio.

—Exactamente. Para mí es buenísimo y emocionante. Si hubiera sabido que vendrías pasada

la hora de la comida te habría esperado para comer juntos.

—No te he avisado porque he aprovechado para hacerlo con los chicos.

—Perfecto entonces —me sonrió.

La agarré de la mano y la llevé al sofá de nuevo, esta vez se sentó encima de mis piernas.

—Helia…

—¿Sí?

—Esta noche no sé cuándo volveré.

—¿Tienes que trabajar?

—Me iré en un rato.

—No suena muy bien —dijo haciendo una mueca.

—No te voy a engañar, suena como lo que es. Ha llegado el día. —Se removió encima de mí, inquieta y nerviosa.

Le había hablado de que la fecha de lo que le preocupaba estaba próxima, pero no se esperaba que tanto.

—Demian…

—Todo va a ir bien. —Le froté la espalda.

Colocó las manos en mi pecho y me lo acarició por encima del jersey. Se las agarré con fuerza.

—Iré protegido, te lo prometo —susurré y asintió despacio— ¿Dónde están tu madre, Alba y Alan?

—Se han ido después de comer con tu hermana.

—¿En serio? —Levanté una ceja, sonriendo.

El día anterior, Clara se presentó en la casa por sorpresa y se encontró con las nuevas visitas. Como no, encajaron perfectamente.

—Sí.

—¿Por qué no te has ido con ellos?

—No me apetecía salir —asentí y cerré los ojos.

Me acarició el pelo, la sensación agradable fue muy bien recibida. Cuando los abrí vi la decisión en sus ojos, sonreí de medio lado. Agarró mi jersey y me lo sacó por la cabeza, con mi ayuda. Me acarició el pecho de nuevo, tocándome la piel directamente.

—Ten cuidado, por favor —me pidió sin apartar los ojos de la marca.

El hematoma casi había desaparecido, el color había cambiado y era muy tenue.

—Lo haré. —La agarré de la nuca para besarla.

Nuestros labios y nuestras lenguas se buscaron incansables, calentando el ambiente en cuestión de segundos. Se levantó quedándose entre mis piernas. Me desabrochó el botón del pantalón y bajó la cremallera, tirando de él y del bóxer hacia abajo. La ayudé elevando la cadera. La ropa se quedó a la altura de mis muslos.

Me agarré el miembro con la mano, ejerciendo presión en él, viendo cómo se subía el vestido de punto hasta la cadera y se deshacía de la braga. Convirtió el momento en especial, como si creyese que iba a ser la última vez.

Se sentó encima de mí, mientras mis manos recorrían sus piernas y sus nalgas, y poco a poco fue descendiendo, introduciéndome en su interior. Ambos soltamos un fuerte jadeo al llegar al fondo. Encajados, sin movernos, nos besamos con una mezcla de deseo y urgencia.

«Ojalá pudiésemos quedarnos de esta forma lo que quedaba de día», me dije. La sensación que me provocó con su cuerpo subiendo y bajando fue tan placentera… Hasta que nos descontrolamos y nuestros cuerpos tomaron el control, acelerando el proceso por la necesidad de llegar al éxtasis.

Sentirla piel contra piel era una puñetera locura, una a la que no quería renunciar nunca.

Se corrió desesperada, con sus jadeos y gemidos amortiguados en mi boca. Me negué a abandonar cada una de las partes de su cuerpo que tenía al alcance. Mi liberación llegó al cabo de unos minutos, embistiéndola con un ritmo frenético.

Al terminar, sin separar nuestra unión, nos quedamos abrazamos en el sofá, en silencio. Sobraron las palabras, no eran necesarias. Nuestros sentimientos nos transmitieron todo lo que necesitábamos en este instante.

—Te amo —susurré sobre su cabeza.

—Te amo, Demian.

La apreté contra mí.

—Quiero decírtelo mañana también, y pasado, y cada día… —murmuró.

—Lo harás, te lo aseguro. —Le levanté la cabeza, para mirarla a los ojos—. Espero escucharlo el resto de mi vida y yo demostrártelo cada uno de ellos.

Asintió con expresión emocionada y triste, antes de besarnos de nuevo.

Capítulo 47



Helia

Tumbada en la cama, pasé la última página del libro, leyendo emocionada y feliz el final de la historia. Cuando llegué al último punto, solté un suspiro de satisfacción. Leer era lo único que había conseguido distraerme la mente, ni siquiera mis amigos y mi madre, durante la tarde y la cena, pudieron hacerlo.

Miré la hora en la pantalla del móvil, eran las dos de la madrugada. Demian se fue sobre las cinco de la tarde del día anterior, esa fue la última vez que supe de él, que hablamos. No había querido molestarlo con mensajes inoportunos que pudieran ponerlo en peligro o distraerlo.

Me llegaron de golpe todas las dudas y miedos. Me senté en la cama y respiré profundamente varias veces, intentando controlar la situación. Estaba deseando que apareciera, solo en ese instante lograría estar tranquila. «Por favor que esté bien, que no le pase nada…», me dije y me repetí insistentemente.

Al cabo de unos minutos, cansada y agobiada, me levanté. Me puse la chaqueta de lana gruesa dispuesta a bajar a la cocina para beber un poco de agua. La casa estaba en completo silencio, mis amigos y mi madre descansaban en sus habitaciones desde hacía tiempo.

Bajando los escalones frené el avance de golpe, al escuchar un sonido que no supe identificar. Parecía proceder del salón. Extrañada y con curiosidad, por si se trataba de Ruby, continué bajando.

Un ruido fuerte, que nada tenía que ver con los que hacía Ruby, me paralizó a la mitad de la escalera. Miré hacia arriba, con el ceño fruncido, para después dirigir la vista hacia abajo, a través de la oscuridad. A punto de abrir la boca para decir el nombre de mis amigos y de mi madre, me quedé con los labios entreabiertos, al oír perfectamente un jadeo.

Tragué saliva, no me gustó nada la situación y las sensaciones que me provocó. Aun así, con la necesidad de saber qué estaba sucediendo, pisé escalón a escalón, descendiendo.

La planta principal no estaba a oscuras completamente, la luz de una lámpara de pie iluminaba parte del salón. Desde la escalera no se veía la zona del sofá, quedaba apartada hacia la derecha,

en el resto que era visible no había nada por lo que alertarme. Caminé silenciosa hasta la pared del pasillo que llevaba a la biblioteca, al baño y al despacho de Demian y pegué la espalda a ella, sin saber qué mierda estaba haciendo o si tenía sentido.

Quizás, visto desde fuera pareciese de risa, pero no es precisamente lo que yo sentí. Con cuidado me acerqué al final de la pared y el mundo se me vino abajo por la imagen que se presentó ante mí. Me quedé sin respiración, literalmente. Tuve colocar una mano en la pared para no caerme.

En el salón había dos personas, una conocida, otra no. Mi madre estaba sentada en el suelo con una postura rara, llorando, mientras un hombre la apuntaba con un arma. Parpadeé varias veces, creyendo que era una visión errónea. Para nada lo fue, no se evaporó por mucho que mis párpados se movieron.

—Si haces otro ruido, todos los ocupantes de la casa morirán. La decisión es tuya —le advirtió el hombre, en tensión.

Su voz sonó grave, la que me produjo nauseas, como también el significado de su amenaza. Me bloqueé, entré en *shock* por el pánico, diciéndome una y otra vez que esto no estaba sucediendo, que era una pesadilla y yo estaba dormida en la cama de Demian. Tuve que hacerme daño en un brazo para salir del aturdimiento, regresando a la pésima realidad que tenía encima.

Dirigí la vista a la jaula de Ruby y fue cuando me di cuenta de que estaba llorando Me mordí el labio inferior para evitar el llanto, sintiéndome desolada al ver a Ruby caído en la jaula, tumbado. ¿Le había hecho daño? ¿Estaba…? ¿Estaba…? No se movía ni escuchaba, jamás dormía así, jamás. Tragué saliva con dificultad y me giré apartando la visión de mis retinas, temblando.

El pulso se me desestabilizó, la respiración se me descontroló y por unos largos segundos pensé que me desmayaría al no entrarme el aire necesario a los pulmones. Hasta que me activé, necesitaba despertar a mis amigos y pedir ayuda por teléfono, como fuese.

Con ese pensamiento, casi agachada, me acerqué hasta la escalera y subí los escalones lo más rápido que mis piernas dieron de sí. La habitación que estaba más cerca era la de mi madre, pero lógicamente estaba vacía. Fui hacia la de Alba, entré sigilosa y cerré detrás de mí de la misma forma.

Estaba completamente a oscuras. Caminé hasta la mesita de noche y encendí la luz de la lámpara. Solté un suspiro al ver a Alba durmiendo en la cama.

—Alba —susurré.

Al no obtener respuesta me subí y la zarandeé con cuidado, para que no se despertara sobresaltada y llamara la atención del que estaba abajo. No sabía si era el único que había irrumpido a la casa.

—Mmm… —Se removió, pero no abrió los ojos.

—Alba, por favor. Abre los ojos.

—¿Helia? —murmuró.

—Sí, estamos en problemas.

—¿Qué? —Se incorporó despacio, desorientada.

—Han entrado en casa y han atacado a mi madre —hablé de carrerilla, nerviosa.

Agrandó los ojos y soltó un jadeo, quedándose sin respiración. Le tapé la boca por precaución, hasta que no consiguió estabilizarse del susto y la impresión no aparté la mano.

—Corre. Levántate, cálzate y abrígate. Voy a avisar a Alan —dije entre susurros.

—Pero… Pero… ¿Cómo es posible? ¿Estás segura? —asentí y por fin se fijó bien, consiguió ver cómo estaba llorando— Madre mía, ¿y qué hacemos? ¿Dónde vamos?

—Haz lo que te he pedido y espera aquí, ahora vuelvo con Alan —asintió con miedo.

Maldecí interiormente con el pánico y la adrenalina recorriéndome de los pies a la cabeza. Giré el pomo con cuidado y abrí de la misma forma, muy despacio. Al asomarme y ver que tenía el camino libre, me dirigí a la habitación de Alan. La encontré igual que la de Alba e hice lo mismo.

—Alan, despierta.

Con él no tuve que insistir, tenía el sueño muy ligero. Abrió los ojos y durante los primeros segundos me miró desconcertado, hasta que vio mis lágrimas y se sentó de golpe en la cama.

—¿Qué mierda ha pasado? —Quiso saber, apretando la mandíbula.

—Un hombre ha entrado en la casa y tiene a mi madre en el salón. —Hipé sin poder controlarme más.

Entrecerró los ojos, asimilando la información precipitada.

Se levantó de un salto, se vistió rápido y se calzó, en silencio. No había dudado ni una milésima de segundo de mis palabras, por mi apariencia y porque yo nunca bromearía con algo así, ni parecido.

—¿Dónde está Alba? —Se giró hacia mí.

—En su habitación, vengo de ahí. Le he pedido que se prepare y nos espere —asintió.

Rodeó la cama y me agarró de la mano. Tiró de mí. En la puerta tomó las mismas precauciones que había tenido yo y salimos en medio de la oscuridad, directos a la habitación de

Alba. Cuando entramos se sobresaltó, pero por suerte se tapó la boca con las dos manos.

—¿Cuántas salidas tiene la casa?

—No puedo dejar a mi madre sola. —Me temblaron los labios, mientras los ojos me impedían ver con nitidez, por la acumulación de lágrimas que tenía en ellos.

—Escúchame. —Me agarró de los brazos, un poco más abajo de los hombros—. No va a estar sola, voy a bajar y vosotras dos vais a huir por alguna puñetera salida.

—No —negué.

—No me contradigas en esto, Helia. Por lo que más quieras, necesito que estéis a salvo.

—¿Y tú? —Tragué saliva.

Alba no pudo intervenir, lloraba desconsolada, amortiguando los sonidos.

—Estaré bien.

—No me digas eso para tranquilizarme —siseé—. No lo sabes, joder. —Apreté los puños.

—Tienes razón, no sé una mierda y es que esto no tendría que estar pasando. ¿La casa tiene alguna salida de emergencia? —asentí.

—No es visible desde el interior, pero en ese lateral —señalé hacia la ventana— hay colgada una escalera exterior de emergencia —susurré.

—Perfecto —asintió tomándose unos segundos para pensar—. Salid.

—No —volví a negarme, consiguiendo que se pusiera en tensión.

—Helia…

—Escúchame, han venido hasta aquí a por mí —dije convencida.

Los dos me miraron asombrados y desconcertados.

—¿Qué mierda dices?

Cerré los ojos, todavía no les había explicado lo que sucedió en mi casa del pueblo, desconocían el motivo real por el que me fui, por el que Demian me sacó para alejarme del lugar. Tampoco sabían a qué se dedicaba él, pensaban que su trabajo estaba en la empresa de la que era propietario.

No les había ocultado la información a propósito, pero la verdad es que entre la aparición de mi madre, al poco la llegada de ellos, los ratos que habíamos compartidos todos, incluyendo a la

hermana de Demian… Pues no había encontrado el momento para estar tranquila y ponerlos al día de los acontecimientos.

La única información que conocían era sobre cómo apareció en mi vida mi madre y cómo se dio, gracias a Demian. Les hablé de ello una noche que nos dieron las tantas hablando del tema los cuatro, en el salón.

—Que me están buscando a mí. Tengo forma de protegerme dentro de la casa, de verdad. Por eso quiero que saques a Alba de aquí y que te vayas con ella. La vas a proteger y es lo que necesito, Alan. Si os pasa algo a alguno de los dos, yo… Yo…

—Shhh… —Me abrazó con fuerza y me aferré a su cuerpo.

Alba se unió al abrazo, rodeándonos con los brazos.

—¿Qué forma tienes de protegerte? —Me agarró de la cara cuando nos separamos.

—Confía en mí. —Puse las manos encima de las suyas.

Le costó, para él dejarme atrás era lo más difícil que podía hacer. Vi en sus ojos la batalla interna que tuvo, hasta que maldijo y se apartó. Empezó a caminar por la habitación, pasándose las manos por el pelo.

—Estaré bien. Por las escaleras llegaréis a la calle y podréis ir a pedir ayuda.

—Podrías hacerlo tú también, con nosotros. —Hizo el último intento desesperado. Negué y volvió a maldecir.

—No lo pienses más. Si hay alguien esperando fuera, si el hombre que ha entrado no está solo… Si me ve, me seguirá ¿entiendes? No estaríais a salvo fuera ni dentro.

—¿Por qué? ¿Por qué mierda te buscan, Helia? Joder, no lo entiendo —dijo agobiado.

—No os lo he contado, no he encontrado el momento, pero si me fui de la casa del pueblo, si Demian me sacó de ella, es porque intentaron atacarme de madrugada. —Tragué saliva.

Alba soltó un jadeo, Alan se quedó paralizado.

—Os lo explicaré con calma, ahora tenéis que salir. Venga.

—Si te dejo sola no voy a perdonármelo nunca, y menos sabiendo eso.

—No tienes que perdonarte nada. Te lo estoy pidiendo y ahora te lo suplico. Por favor, iros y buscad ayuda. Yo voy a intentar hablar con Demian.

Caminó rápido hasta mí y me abrazó de nuevo, apretándome a su cuerpo.

—Como se te ocurra no estar cuando vuelva…

—Estaré. —Le di un beso en el pecho, encima del jersey.

Me besó en la frente, abracé a Alba y los acompañé hasta la ventana. Alan la abrió con cuidado y observó el exterior, cuando se quedó satisfecho le ofreció una mano a Alba para ayudarla a salir.

—Tened cuidado.

—No digas nada más porque falta poco para… —siseó sin mirarme.

—Me callo —murmuré.

—Te quiero —dijo, girándose hacia mí.

—Te quiero. —Le correspondí sin dejar de llorar, pero con una sonrisa.

—Joder —siseó dándome la espalda.

Saltó por la ventana y cayó en la escalera. Cerró la hoja de la ventana sin apartar los ojos de los míos. En cuanto desaparecieron pude volver a respirar, sabiendo que estaban a salvo. Alan no iba a parar hasta traer ayuda y estaba convencida, porque lo conocía de sobra, de que si no la conseguía entraría él por su cuenta, para ayudarnos sin importarle las consecuencias.

Salí de la habitación y me dirigí a la que compartía con Demian. Corrí hasta la mesita de noche y cogí el móvil, guardándolo en un bolsillo de la chaqueta. Dispuesta a hacer algo, no sabía el qué, pero algo, salí y me dirigí hacia las escaleras. Conseguí bajarlas sin llamar la atención y me quedé sin respiración en el último escalón, al ver el cuerpo de mi madre tumbado en el suelo. No se movía, tenía los ojos cerrados.

—Mamá… —susurré notando que mi cuerpo se desvanecía.

El instinto de supervivencia me activó de golpe, haciéndome reaccionar. Jadeé cuando el hombre apareció de repente delante de mí, a unos metros de distancia. Solo tenía una salida, fuese donde fuese dentro de la casa terminaría encontrándome, así que, salí corriendo hacia el ascensor, forzando las piernas al máximo.

Grité por el sonido del primer disparo, el que por suerte no impactó en mi cuerpo. Ni puñetera idea adónde fue a parar. Escuché las pisadas fuertes, me siguió corriendo y pulsé el botón varias veces, desesperada.

Las puertas se abrieron rápido y entré, dejándome bloqueada en el interior. Vi por última vez al hombre delante, cuando faltaban un par de dedos para que la puerta se terminara de cerrar. Tragué saliva chocando la espalda en la pared de enfrente, cuando intentó que no encajaran. Por suerte, no lo consiguió, las puertas encajaron. Pulsé el botón de la primera planta y cuando arrancó y empezó a elevarse, lo bloqueé, quedándome entre las dos plantas.

Resbalé la espalda por la pared. Sentada, agotada y temblorosa, me sentí segura. Solo había un mecanismo manual que podía desbloquear el ascensor y se encontraba en el parquin, el que dudaba que ese hombre supiera encontrar porque Demian se encargó de colocarlo en un lugar que pasaba desapercibido a la vista si no sabías que estaba.

Saqué el móvil del bolsillo. Tembló en mis manos y lo agarré con fuerza, intentando controlar los nervios. Lo desbloqueé y accedí a la aplicación de mensajes. Lo que necesitaba era escuchar la voz de Demian, pero, si no había regresado todavía, si no me había llamado él, es porque estaría en medio del operativo que me había tenido intranquila desde que me dijo que el momento había llegado.

Helia: *Han irrumpido en la casa. Solo he visto a un hombre, le ha hecho algo a mi madre. No he podido acercarme a ella, está tumbada en el suelo del salón y no se mueve. He conseguido convencer a Alan para que escape junto con Alba por la escalera de emergencia. Demian… Por favor… Me he encerrado en el ascensor, lo he bloqueado. Sabe que estoy dentro, me ha seguido disparándome, pero estoy bien, solo muy asustada.*

Dejé el móvil en las piernas y cerré los ojos. No podía ser que después de encontrar a mi madre, me la arrebataran otra vez de golpe. No…

Me tapé la cara con las manos y lloré desconsolada, sin saber por qué no había visto ninguna reacción de mi madre en el suelo del salón, lo que me atormentó.

Capítulo 48



Demian

—A tu espalda —alerté a Elsa.

Giró rápido sobre sí misma y disparó al blanco. Asentí cuando miró hacia arriba, buscándome. Estaba subido en una tarima y salté para continuar avanzando por la nave, separándome del grupo. Necesitaba encontrar al objetivo principal, ser el primero en llegar a él. Era de vital importancia.

Caminé entre la oscuridad, sorteando todos los obstáculos que fui encontrándome a mi paso. Todo iba bien, el pecho apenas me dolía y me había protegido con un chaleco antibalas. Tampoco es que diera pie a que ningún enemigo se acercara, me deshacía de él antes. No iba a arriesgar mi salud por la jodida misión.

Bueno, eso diciéndolo de boquilla porque la realidad era que si no tenía más remedio me lanzaría a enfrentar la situación con todas las consecuencias.

—Demian, ¿dónde mierda estás? No te veo. —La voz de Jacob sonó por el comunicador que tenía en la oreja.

—He tomado otro camino, vosotros no os separéis. Los equipos de apoyo están por otras zonas estratégicas.

—¿Y por qué cojones lo has hecho? Teníamos que ir juntos.

—Necesito comprobar una cosa. Corta la comunicación hasta que sea necesario —le pedí.

Lo hizo antes de escucharlo maldecir. Me centré en lo que tenía delante, aunque no viera nada. La nave en la que habíamos irrumpido era enorme, separada por secciones. Abarcaríamos todo el terreno, pero nos llevaría mucho tiempo. Daba igual lo que costara y lo que tardáramos, sabíamos que el padre de Helia y sus cuatro socios estaban aquí.

Hasta que no los encontráramos no descansaríamos. Teníamos protegidos los exteriores, no tenían salida. Ellos eran las piezas claves para desmantelar de cuajo la red que tenían montada.

Cuatro personas que, si caían, conseguiríamos nuestro propósito de terminar de una vez por todas con todas sus mierdas.

Levanté el arma hacia la izquierda, apuntando al escuchar un ruido. Me moví para protegerme detrás de unas cajas de madera, agudizando el oído. Nada, silencio, eso fue lo que me rodeó durante unos minutos. Salí con precaución, para seguir.

—Estamos a unos metros detrás de ti —susurró Elsa, por el comunicador.

No esperaba respuesta, por lo que no me molesté en abrir la boca. Llegué a una zona que estaba iluminada por un foco. La luz no era intensa, era cálida y más allá de debajo del foco, era muy tenue, pero lo suficiente para distinguir algo o a alguien.

Observé resguardado el amplio espacio que tenía delante, durante unos minutos me lo tomé con calma para asegurarme de que estaba despejado. Lógicamente las cuatro personas que buscábamos no estaban solas, las acompañaban un ejército pequeño de hombres. Algunos de ellos ya los habíamos dejado atrás, sin llamar la atención porque las armas tenían silenciador.

Me decidí a salir para recorrerla lo más rápido posible, para no estar mucho al descubierto. A mitad, en el centro, el grito de Jacob por el comunicador me dejó sordo.

—A tu jodida espalda —me alertó y giré antes de que terminara de decirlo, apuntando a un cuerpo.

—Por fin nos vemos en persona —sonrió de medio lado.

Tensé el gatillo.

—Diría que es un placer, pero como comprenderás no es el momento. —Imité su gesto.

Yo no era el único que tenía la ventaja de tener un arma en la mano, quien me había hablado apuntaba hacia mí con otra. Nos quedamos en silencio, observándonos fijamente, sin bajar las manos. Las balas salieron al mismo tiempo, en direcciones opuestas.

—Nooo… —gritó Elsa, alterada, al no tener buena visibilidad.

Escuché los alaridos de dolor con la mandíbula apretada. No pertenecían a la persona que tenía enfrente, sino a las dos que aparecieron detrás de nosotros. En ningún momento nuestra intención fue dispararnos mutuamente, sino protegernos uno al otro, atacando a quienes se nos acercaron. Bajamos las armas a la vez, sin apartar la atención.

—¿Qué…? —dijo Jacob cuando llegó corriendo junto a Elsa.

Desconcertados ambos, miraron los cuerpos sin vida. Fui yo el primero en moverme para ir hacia el hombre que había apuntado en mi dirección, momento en el que mis amigos dirigieron sus armas hacia él. Sabían de sobra quién era, al igual que yo, aunque no del todo.

—Relajaros —les pedí.

—Estás loco si te piensas que… —habló Jacob, pero lo interrumpí.

—¡Bajadlas! —les ordené frenando mi avance, encarándolos.

—Demian… —dijo Elsa indecisa, sin apartar los ojos de la amenaza.

—Habéis visto lo que ha pasado, tranquilizaros.

Despacio, pero sin bajar la guardia, obedecieron. Me giré hacia el hombre y acorté la distancia con él.

—Demian —dijo serio, como saludo.

—Andrés —le correspondí de la misma forma.

Por primera vez tenía a mi suegro delante de mí. Independientemente de quien fuese, lo era por ser el padre de Helia, así que…

—Tienes que irte corriendo de aquí. —Fruncí el ceño, escuchando los pasos de mis amigos.

Se acercaron a nosotros y se quedaron a mi espalda.

—¿Quieres que abandone la fiesta? —Levanté una ceja.

—Helia y Sofía están en peligro.

Automáticamente me tensé al escuchar su advertencia.

—¿Qué cojones dices?

—Las han localizado, saben que están en tu casa. Aquí, en la ciudad.

—¿Cómo…? —Intentó hablar Elsa, pero no le salieron las palabras.

Apreté la mandíbula, mientras la rabia se apoderaba de mí, mezclada con la inquietud y el miedo.

—¿Estás seguro? —asintió.

—Corre —me pidió apuntándome de nuevo con el arma—. Iros los tres.

—Qué mierda… —soltó Jacob, asombrado con la situación.

No perdí el tiempo, lo esquivé y salí corriendo como si me fuese la vida en ello y es que, en realidad así era. Recorrí el interior de la nave en tiempo récord, mientras mis amigos me seguían

de cerca eliminando a varios que salieron para frenarnos.

No lo permitieron, atajaron los problemas de raíz. La primera carrera después de muchos meses, pensé notando la respiración demasiado desacompasada y las pulsaciones descontroladas, al no estar acostumbrado.

—¿Os retiráis? —preguntó por el comunicador un compañero de alguno de los equipos de refuerzo, al vernos salir de la nave.

—La operación va bien, nos ha surgido una urgencia relacionada con ella —dije sin pararme.

—De acuerdo, nos mantenemos en posición.

Me dio la confirmación cuando llegamos junto a las motos. Nos pusimos los cascos y nos montamos en ellas, para salir pitando de la zona. Tomamos la dirección de mi casa, mientras maldecía porque como mínimo teníamos veinte minutos de trayecto.

—¿Qué ha pasado ahí dentro? —preguntó Jacob, a través del comunicador.

—Ahora no. —Apreté la mandíbula y aceleré.

Ninguno de los dos intentó hablarme más, interpretando cómo debía estar por la información que nos habían dado. Llevé la moto al límite, incluso cuando accedimos al centro de la ciudad. Antes del tiempo calculado frené a bastante distancia de mi casa, inspeccionando la calle en ambas direcciones.

Elsa y Jacob se pusieron a mis lados a los segundos. Dejamos las motos subidas en la acera, con los cascos, y caminamos por ella a paso ligero, en medio de la tranquilidad que había alrededor. Por la hora que era no había nadie en la calle, ni siquiera circulaban coches. A unos metros de llegar entrecerré los ojos al diferenciar algo en el último tramo de la escalera de emergencia. No estaba lo suficientemente cerca como para diferenciar de quienes se trataba, porque estaba claro que eran personas.

Aceleré el paso sin apartar la vista del lateral de la casa. Después de pocos minutos, mi móvil vibró en el pantalón y lo saqué rápido. Dejé salir el aire de golpe al ver un mensaje de Helia. Accedí a él.

Helia: *Han irrumpido en la casa. Solo he visto a un hombre, le ha hecho algo a mi madre. No he podido acercarme a ella, está tumbada en el suelo del salón y no se mueve. He conseguido convencer a Alan para que escape junto con Alba por la escalera de emergencia. Demian… Por favor… Me he encerrado en el ascensor, lo he bloqueado. Sabe que estoy dentro, me ha seguido disparándome, pero estoy bien, solo muy asustada.*

La rabia me consumió. Apreté el móvil en la mano antes de levantar la cabeza. Ya sabía quiénes habían utilizado la escalera de emergencia. Empecé a correr. Llegué frente al edificio justo cuando Alan tiraba con fuerza de la mano de Alba.

Lo paré sujetándolo de un hombro, provocando que se frenara de golpe y me encarara, sin saber que era yo, porque llegué por su espalda.

—Demian… —dijo mientras le sujetaba el puño que casi impacta en mi cara.

—¿Qué ha pasado dentro? —les pregunté en tensión.

Me explicaron con urgencia lo que sabían. Dirigí la mirada hacia las ventanas de la fachada, escuchando las palabras de ambos.

—¿Estáis bien? —se preocupó Jacob.

—Nosotros sí —respondió Alba, con los ojos cubiertos de lágrimas.

—Tenemos que avisar a la policía —habló apresurado Alan, no sabía a quiénes tenía delante —. Están en peligro.

—¿Dónde dejaste el coche aparcado? —Quise saber.

—A una calle de esta.

—Id hasta él y esperar dentro.

—¿Esperar? ¿A qué? —habló desconcertada Alba.

—A que nos encarguemos del problema —le respondió Elsa, haciendo visible su arma.

Los ojos de los amigos de Helia pusieron su atención en su mano. Alba soltó un jadeo, Alan no se inmutó. Buscó mi mirada y asentí, gesto que me devolvió variando el nivel de preocupación.

—¿Por cuál ventana habéis salido?

—La de la habitación de Alba —me respondió Alan—. No la he encajado, por si tenía que colarme por ella.

—Perfecto, iros.

Jacob esperó a verlos desaparecer cuando fueron hacia el coche, vigilando la calle. Al no haber amenaza, se unió a nosotros. Accedimos a la vivienda por la escalera lateral de emergencia, entrando por la ventana por la que ellos habían salido.

En el interior, nos movimos sigilosos, mientras escuchábamos golpes fuertes y secos. A mitad de la escalera contuve la respiración para retener la rabia que me provocó ver a un hombre golpeando las puertas del ascensor con un objeto metálico.

—Delante —murmuró Elsa.

Llevé la vista hacia donde había indicado. Sofía estaba tumbada en el suelo, con los ojos cerrados.

—Encargaros de ella, el tío es mío.

—De acuerdo —dijo Elsa.

—Te cubro —comentó Jacob refiriéndose a mí.

Continuamos bajando. Cuando llegamos al final de la escalera, Elsa se quedó inmóvil para no alertar antes de tiempo al tío que seguía golpeando las puertas del ascensor, sin descanso.

Todo pasó muy rápido, estaba en desventaja y no pudo hacer nada, ni siquiera reaccionar cuando se giró sobresaltado. Disparé a una de sus piernas y Jacob se encargó de lanzarse sobre él. Forcejearon y mi amigo terminó arrastrándolo por el suelo. Lo bloqueó, mientras Elsa corría hasta Sofía.

La casa se quedó en completo silencio de los gritos de dolor del tío, Jacob lo dejó inconsciente con un golpe seco y fuerte en la cabeza.

Desde dentro de la casa, el único camino para llegar al parquin era el ascensor, por lo que le pedí a Jacob que saliera por la ventana del salón para llegar hasta él. Le lancé las llaves de la casa y corrió para desbloquear el ascensor con la palanca manual.

—¡Helia! —grité para que me escuchara dentro del miedo que debía sentir, dando varios golpes secos en las puertas aboyadas— ¿Me oyes? Soy yo, Demian. Todo ha pasado, se terminó. Estoy contigo.

No obtuve respuesta y me preocupé por si se había desmayado. Solté el aire de golpe, apoyando la frente en las puertas, cuando escuché su voz amortiguada.

—¡Demian!

Me aparté cuando el ascensor se puso en movimiento y corrí hacia las escaleras. Las subí de la misma forma y llegué a la primera planta justo cuando empezaban a deslizarse las dos hojas.

—Estoy aquí —dije en tensión, recorriendo su cuerpo con la vista, para asegurarme de que estaba bien.

Soltó un jadeo y corrió hacia mí llorando. La cogí en brazos y cerré los ojos con fuerza, mientras ella me apretaba desesperada. Una paz inmensa me envolvió al tenerla conmigo, sana y salva.

—Shhh… Ya está, se acabó —susurré sobre su hombro.

—Mi madre, Ruby… Ninguno de los dos está consciente —dijo con la voz entrecortada por el llanto y los nervios.

Bajé por la escalera sin soltarla, hasta que llegamos al salón. Helia se apartó de mí para ir junto a su madre. Elsa la había tumbado en el sofá y se mantenía a su lado, al igual que Jacob que ya había regresado.

—Tranquilos, solo está inconsciente. Tiene pulso —nos informó Elsa.

Abracé por la espalda a Helia, sujetando su peso. Las piernas le fallaron. La ayudé a llegar hasta la jaula y lloró aún más al ver a Ruby en el suelo. Tragué saliva y lo cogí por ella, no se atrevió. No entendía de animales y mucho menos de loros, pero el inicio de una sonrisa apareció en mi boca, al ver que reaccionó. Movió una pata, aparte de que su cuerpo estaba igual de caliente que siempre.

—No sé qué le han hecho, pero se pondrá bien. Ya lo verás —le susurré a Helia.

Gimió quitándomelo con cuidado de las manos y se lo pegó al pecho, acariciándolo. De esa forma se sentó en el sofá, cerca de su madre.

Capítulo 49



Miré el reloj, estaba esperando a que Hans me diera los resultados de las pruebas que me había hecho. En cuanto llegué al hospital y hablé con él, se llevó las manos a la cabeza al explicarle lo movidita que había tenido la noche. No me había faltado nada por hacer de lo que tenía prohibido, bueno sí, al menos no recibí ningún golpe que tuviese que lamentar de nuevo.

—Demian. —Me giré desde la ventana, con las manos en los bolsillos. Entró con la carpeta.

—¿Qué tal?

—Lo haces aposta, ¿verdad?

—¿El qué? —Levanté una ceja.

—Conseguir que se me salga el corazón por la boca para que después todo se quede en nada. —Sacudió la cabeza, sonriendo.

Mis labios también se curvaron, acababa de darme la confirmación de que estaba perfectamente.

—Es uno de mis dones. —Fruncí los labios, divertido—. Vas a agradecer el día que dejes de verme.

—Fíjate, entre tú y yo, creo que hasta te echaré de menos. A ti y a los sobresaltos que me das. —Reímos—. Enhorabuena —me apretó un hombro cuando me acerqué a él—, pero por lo que más quieras, ¿no puedes irte un mes entero a una puñetera isla desierta? —habló serio, pero terminamos riendo otra vez.

—Gracias, Hans. Voy a reunirme con el resto —asintió.

—Perfecto. Espero que la madre de Helia se recupere pronto. He pedido que anulen la cita que te programé, con esto me basta por ahora. —Levantó la carpeta—. Te enviarán un mensaje con la nueva planificación.

—Perfecto. Que vaya bien.

—Igualmente, Demian.

Nos dimos un abrazo y salimos juntos de la sala. Nos despedimos en el pasillo y me dirigí hacia las escaleras, para bajar una planta. En ella estaba Sofía, la tenían controlada porque la tensión y algunos niveles más no se le regularizaban. Entré en la habitación encontrándome con todos: mis amigos, Alba, Alan, Sofía y Helia.

—¿Cómo ha ido? —me preguntó nerviosa la última.

—Genial, Hans me ha echado a patadas —sonreí de medio lado.

Soltó un pequeño grito y vino corriendo hacia mí, para subirse de un salto. La agarré con fuerza para recibir el beso que me dio.

Después de la felicitación de todos por los resultados, me acerqué a la cama.

—¿Cómo te encuentras Sofía?

—Un poco mejor. —Me miró agradecida y emocionada.

—Me alegro. —Le apreté una mano.

Eran las ocho de la tarde, llevaba ingresada desde la madrugada, lo que todos esperábamos que cambiara dentro de poco. Fueron Jacob y Elsa los que se encargaron de traerla, al igual que de avisar a Alan y a Alba que esperaron pacientes dentro del coche. Nosotros, Helia y yo, sabiendo que su madre no corría peligro, buscamos un centro veterinario de guardia para que atendieran a Ruby.

Después de dos horas en la incertidumbre, el veterinario salió para informarnos de que Ruby empezaba a estabilizarse. Helia volvió a llorar entre mis brazos, pero esta vez de absoluta felicidad por saber que no lo había perdido. Por lo que nos explicó, lo habían intoxicado con algún alimento que tenía prohibido su especie. El tío que entró en mi casa sabía muy bien lo que se encontraría dentro y lo que tenía que hacer para quitárselo de en medio.

Esperamos a que la medicación que le pusieron hiciera su efecto y salimos del veterinario con un Ruby adormecido, pero despierto. Después de dejarlo cómodo en casa, vinimos al hospital, del que no habíamos salido.

Miré de reojo hacia la puerta, al escuchar unos pasos firmes. Sabía quién estaba a punto de aparecer, lo que dejaría a todos con la boca abierta, sin excepción.

—Hola. —La voz se escuchó fuerte y rotunda.

Todas las cabezas giraron hacia la persona que acababa de entrar.

—Papá. —Jadeó Helia, con los ojos abiertos al máximo—. ¿Qué…? —Buscó mi mirada.

Le pedí calma con un gesto de la mano. Le extrañó mi tranquilidad, pero confío en mí.

—¿Qué cojones es esto? —habló Jacob, alucinado.

Los demás no estaban mejor que él, pero se mantuvieron callados, expectantes. Si tengo que explicar lo que transmitieron los ojos de Andrés y de Sofía cuando se encontraron… Imposible, en la mirada de ambos había demasiadas cosas para interpretar, pero lo que sí os puedo decir fue el amor que reflejaron, a pesar de que Sofía tenía motivos para odiarlo. Esto último según ella, estaba por ver cómo reaccionaría cuando…

—Lamento mucho todo lo que ha sucedido —empezó a hablar Andrés, mirando a su hija y a su mujer. Nunca se divorciaron—. Durante muchos años lo único que he querido ha sido protegeros, a ambas, incluso apartándoos de mí. —Tensó la mandíbula dejando la vista fija en Sofía. Ella estaba inmóvil, sin poder reaccionar—. Tuve que echarte de mi vida. —Se dirigió a ella.

»Soy policía encubierto. —Los jadeos por la impresión resonaron en toda la habitación—. Desde el mismo momento en el que me infiltré tomando la personalidad del hombre que algunos creíais conocer, supe que mi vida se iba a la mierda, tal y como la conocía. Fue muy duro echarte de casa, Sofía, no te imaginas cuánto. —Tragó saliva. Ella estaba llorando.

»No te dejé desatendida con el dinero que ingresé en tu cuenta, pero fue necesario borrarte de nuestras vidas porque mi trabajo se complicó de tal forma que, si no lo hacía, haría mucho tiempo que no estarías viva. Me aseguré de que tuvieses protección continuamente, el hombre que pensabas que había contratado para no permitirte el acceso a Helia, era un amigo policía —gimió ella.

»He mantenido mi tapadera hasta el final, con otro nombre, hasta que en el operativo de ayer conseguimos atrapar a todos con los que he ido tratando hasta el día de hoy. Han sido muchos años sin poder actuar, no se disponía de la información necesaria para hacer caer no solo a las personas que estaban señaladas, sino a todo lo que había detrás de ellos.

»Helia, quiero que tengas claro que mi frialdad y desapego fueron intencionados para mantenerte protegida. De una forma menos brusca que a tu madre, te aparté de mí. Espero que algún día podáis perdonarme por todo el daño que os he hecho, me he jugado la vida hasta el último instante y no podía echar marcha atrás. Había muchas vidas en juego.

»Hija, tú no sabías ni que era policía, cuando sucedió lo de tu madre todavía eras pequeña y a partir de entonces, evité a toda costa que te enteraras. Habéis vivido cada día de estos jodidos años junto a mí, en ningún momento me he olvidado de ninguna de las dos. —Hizo una pausa larga en la que nos rodeó el silencio—. Hace unos días me puse en contacto con Demian, a través de un número anónimo. Le envié un mensaje para advertirle de que se había filtrado información de mi verdadera identidad y me constaba que os estaban vigilando. —No apartó la vista de Helia y Sofía, al referirse a ellas.

»Sabía quién era Demian y la relación que manteníais. —Se centró en su hija—. Siempre he estado informado de todo, jamás se me ha pasado por alto algo referente a vosotras. Como también sabía que él era el responsable de pillarme, según los datos de los que disponían. No le dije quién era yo en el mensaje, pero lo dio por hecho —me miró—, a partir de entonces solo tuvo que encajar las piezas —me sonrió.

»La información de que mis enemigos iban a por mí por unos fallos en unos asuntos, no era correcta, me tenían en el punto de mira porque quedé al descubierto. Por eso organicé el

encuentro en la nave, fue precipitado, pero no podía a arriesgarme a fallar en la misión después de todo lo que había sacrificado en el proceso. —Buscó la mirada de Sofía y Helia.

»Lo siento, de corazón —asintió serio—. Como he dicho, ojalá algún día podáis perdonarme todo lo que os he causado, pero, sobre todo, el haberos separado por vuestra seguridad, aunque no fuerais conscientes de ello.

Cuando terminó de hablar se giró. Nos dio la espalda y salió de la habitación. Seguí sus pasos.

—Andrés —lo llamé en el pasillo.

—¿Sí? —Me encaró.

—Gracias, de corazón —repetí sus mismas palabras, entendiéndolo perfectamente. Yo habría actuado igual que él por salvar a lo que más quiero—. Estaré en deuda contigo siempre, por salvarme la vida en el operativo. Has tenido que sacrificar demasiadas cosas por el bien de tu trabajo, durante muchísimos años. Quiero que sepas que te admiro por la determinación y el coraje que has mantenido.

—Creo que lo de la deuda es mutuo —sonrió de medio lado—. Acepto tu agradecimiento, pero recibe tú el mío por salvar la vida de las dos personas que…

—¡Papá!

Helia nos interrumpió. Sonreí al saber lo que iba a hacer a continuación, lo vi reflejado en su expresión. Corrió hasta él y se lanzó a los brazos abiertos de su padre. Por fin pudo obrarse el milagro de un acercamiento, este sería un día que todos recordaríamos, uno que jamás podríamos olvidar.

—Hija. —La apretó contra él, provocando que Helia llorara sin control.

Debía de ser tan gratificante poder explicar tu verdad y que las personas a las que iba destinada la escucharan… Por mucho que imaginara por lo que había tenido que pasar Andrés, era imposible ponerme en su piel. Echar de su lado al amor de su vida, de la única forma que tuvo para cerciorarse de que no regresaría, ponerle protección, mientras ella pensaba que era para impedirle que se acercara a ellos, separar a su hija con desplantes provocados por el miedo de que le sucediera algo malo…

No, si no lo vives en primera persona, si no lo sufres y lo lloras, es inviable saber la carga que ha soportado durante tantísimos años. Quedó a la vista con el amor que abrazó a Helia y las lágrimas en sus ojos terminaron por confirmarlo. Duro, pero real.

Metí las manos en los bolsillos aguantando el tipo por la emoción que se respiraba en el ambiente. Imposible no emocionarse cuando lo que es justo prevalece.

Epílogo



Nueve años después…

Helia

La vida te sonríe cuando menos te lo esperas. Vivimos tantas cosas a lo largo de los años, pasamos por tanto… Bueno y malo, el problema es que lo que más nos marca es lo negativo, lo que nos duele y deja una brecha en nuestro interior. Es la única forma que encuentra la vida para que valoremos la felicidad.

Había pasado mucho tiempo desde el día en el que mi padre apareció en el hospital y debo decir que, a partir de ese instante, en el que puertas nuevas se abrieron, había sido un constante de recibir cosas positivas. Claro que había habido algunas que nos trastocaron, pero eran mucho más soportables estando rodeada de amor, en el más amplio sentido de la palabra.

Sonreí viendo a Demian jugar con nuestros hijos en el yacusi de la terraza. Era verano y se estaba genial, tanto dentro del agua como fuera. Por la altura del edificio corría una brisa perfecta. Le di un sorbo al refresco y reí cuando Amber y Carlos saltaron sobre su padre para intentar ahogarlo.

«Como si pudieran…», pensé divertida. Nuestros hijos tenían siete y cuatro años. Habíamos formado una familia preciosa, pero ¡qué voy a decir yo! Estaba enamorada perdida de los tres.

Vivíamos en la casa de Demian, a la que me trasladé después de dos semanas de estar en la mía, en el pueblo. Regresé para preparar las cajas de la mudanza y para despedirme del trabajo. Me lo tomé con calma, despidiéndome de cada rincón en el que había vivido por muchos años. El cambio no fue muy brusco, encajé bien el ajetreo de la ciudad, aunque en ello tenía mucho que ver que la zona en la que tenía la casa Demian era muy tranquila.

El caso es que vendí mi casa y no miré atrás para crear una vida conjunta con mi marido. ¿Sabéis quién me la compró? Al haceros la pregunta puede que os haya venido a la cabeza. Sí, Demian. Él y las inversiones eran un mundo aparte, uno que por cierto le era muy rentable. Vamos que ya no constaba mi nombre en la vivienda, pero en cierta forma no me había desprendido de ella y para rematarlo obtuve el dinero por la venta. Demian se empeñó en hacerlo así, a cabezón no lo ganaba nadie, como en muchas otras cosas.

Hasta que no consiguió que yo aceptara no paró, aunque fueron unos meses muy, pero que muy gratificantes porque me convenció con dosis extremas de placer. Las dos casas, incluida la de él, las teníamos alquiladas.

Antes he dicho marido y es que, nos casamos un año y medio después de vivir juntos definitivamente. Celebramos una boda preciosa, rodeados de nuestras personas de confianza, en la intimidad.

Sobre la recuperación de Demian… El último día en el que Hans programó las pruebas finales, nos despedimos del hospital. Por fin llegó ese día, se recuperó perfectamente, a pesar de los sustos que se dio. Lo celebramos cenando con Hans y su mujer, dos personas que entraron con fuerza a mi vida. Manteníamos una buena amistad y por supuesto estuvieron presentes en nuestro enlace.

Demian continuaba dedicado a su trabajo junto a Jacob y Elsa, a cargo del jefe de todos, Yeray. Era su pasión. Yo, en cuanto me establecí en la ciudad, busqué trabajo. Al cabo de unos meses, más concretamente cuatro, conseguí un puesto en una oficina bancaria, lo que me creó satisfacción y me llenó de felicidad.

—Demian. Niños. Cuidado. Juerga —sonreí al escuchar a Ruby.

Apareció en la terraza volando. Se posó en la mesa que estaba a mi lado, él y el agua no se llevaban bien, por lo que con lo listo que era, evitaba el contacto con ella.

Los pequeños se lo pasaban en grande con Ruby. Madre mía, si escucharais el repertorio de palabras que le habían enseñado… Si ya sabía una gran variedad, pues hoy día la multiplicaba sobradamente. Mi amigo inseparable, eso era Ruby para mí. Lo adoraba. Por suerte también se recuperó perfectamente de lo que le hicieron.

Era sábado, estábamos esperando a nuestros amigos y a nuestros padres. Los habíamos invitado para hacer una barbacoa, el día más perfecto no podía darse.

Voy a hablaros un poco sobre los que he mencionado porque sí, hoy no iba a faltar ninguno, ni siquiera mi padre.

Referente a él… Me dejó tan impresionada la información que nos dio en el hospital, que al principio no supe reaccionar. Escuchar su verdad, cada una de las palabras que dirigió a mi madre y a mí, supusieron la calma dentro de la tempestad. Cuando salí de la habitación a buscarlo, el abrazo que nos dimos fue un nuevo comienzo para nosotros, uno totalmente diferente a lo que había conocido de él. Mi padre no era el hombre despegado y frío que creí, esa fue la tapadera que se creó para hacerse insensible al dolor. Enseguida me hizo ver el corazón que tenía, uno que por cierto sufrió durante muchísimos años. Apartar a las personas que más quieres no es algo que todo el mundo tenga la capacidad de hacer, solo con la finalidad de protegerlas. La confesión que me hizo mi madre también me dejó desconcertada y es que, cuando nos quedamos solas en la habitación del hospital, la noche del día en el que se presentó mi padre, me dijo entre lágrimas que, a pesar del dolor que le causó, jamás pudo olvidarlo. Ella sí

que conoció al hombre real, al verdadero Andrés del que se enamoró perdidamente. Por ese motivo nunca pudo entender por qué cambió de la noche a la mañana, sacándola de su vida y de la mía. Al saber la verdad mi madre se vino abajo pensando solo en el dolor de él. Para nosotras en cierta forma fue más fácil, me refiero a que, aunque lo queríamos cada una a nuestra manera, conseguimos odiarlo en ciertos momentos, por el daño que nos hizo. Un odio que no fue del todo cierto, pero a veces es a lo único que puedes aferrarte para sobrevivir al dolor. Lo de mi padre fue totalmente diferente, él era consciente de todo y nunca dejó de amarnos. Sobre ellos… Pues qué os puedo decir, me habían hecho la hija más feliz de la faz de la tierra porque volvían a estar juntos. Lo que parecía imposible terminó siendo una realidad. Y es que, cuando el amor es de verdad, de esos que te aceleran el corazón y te corre por las venas, la llama nunca puede consumirse. Mi madre fue a verlo después de que salió del hospital, para tener una conversación tranquila y relajada, pero, sobre todo, privada. Aquel día marcó un antes y un después, aquel día todos los años que pasaron amándose tuvieron sentido. Mi padre se esmeró en la relación, pero según me contó mi madre, lo que yo descubrí era lo que ella vivía hacía muchísimos años con él. Las personas que están predestinadas a estar juntas siempre terminan encontrándose, sin importar las adversidades y el tiempo que les lleve recorrer el camino hasta llegar al otro. Eran felices y el resto más porque después de la historia de mi padre… Vivian en el pueblo, pero pasaban muchas temporadas con nosotros, en la ciudad. Mi padre tomó una decisión que le costó mucho, pero que llevó a cabo. Se jubiló anticipadamente y sobra decir que su superior se lo puso muy fácil, dado la dedicación a su profesión.

Los padres de Demian, Alonso y Diana se llevaban genial con los míos. Muchas eran las veces que salían juntos. Los cuatro eran unos abuelos increíbles que se desvivían por todos. Alonso se jubiló dos años después de que Demian y yo nos casáramos, dejando completamente la responsabilidad de la empresa a cargo de mi marido. Lo llevaba bien, lo compaginaba estupendamente controlando la empresa, pero ni vosotros ni yo veremos nunca a Demian sentado detrás de la mesa de un despacho. El puesto de su padre lo ocupó uno de los empleados en los que más confiaban Alonso y Demian. Y así, todo seguía su curso perfectamente.

Continúo con Clara, mi cuñada. Seguía trabajando como decoradora de interiores y fue precisamente en uno de los trabajos que realizó donde conoció a su marido, César. Por aquel entonces era un hombre soltero seis años mayor que ella. La contrató para remodelar su casa y entre unas cosas y otras, pues salió más de una remodelación del asunto. El chico con el que la vio Jacob, besándose, solo ocupó unos meses de la vida de ella. César y Clara tenían una niña de cuatro años, Alba, pero faltaban unos meses para que ampliaran la familia. Clara estaba embarazada de cuatro meses.

Sobre mi amigo Alan… Al final se sinceró conmigo. Me estoy refiriendo a la época en la que su humor cambió y fue muy evidente en su carácter. Resulta que el día que Alba y yo lo notamos raro, era porque estaba meditando dejar su trabajo como guarda forestal. Me impactó cuando me lo contó porque siempre tuvo claro a lo que dedicarse. Pero a veces todo cambia y se ve desde otro punto de vista. Eso le sucedió a él y el cambio radical que dio fue impresionante. Vendió su casa y se trasladó a la ciudad. Adquirió otra en la misma zona en la que vivíamos Demian y yo, y de guarda forestal paso a ser policía. ¿Cómo os quedáis? Lo cogieron en la academia y superó todas las pruebas con éxito, como no podía ser de otra forma. Con los años fue ascendiendo, hasta que Demian añadió a un nuevo miembro a su unidad. Trabajaban juntos y un roce por aquí y otro por allá… Me refiero a Elsa y a él. No solo eran compañeros de trabajo, sino también eran

marido y mujer. Tenían un niño de cinco años.

Alba no iba a ser diferente y quedarse sola en el pueblo, se unió a nuestro grupo. No se lo pensó dos veces para dejar el trabajo en la tienda de ropa. Y no solo eso, vendió la casa donde vivía y con el dinero abrió su propia tienda en la ciudad. El comienzo no fue todo lo satisfactorio que buscaba, pero con el tiempo se afianzó y consiguió remontar. Hoy día era una tienda en la que todos pensaban cuando querían adquirir ropa. De esa forma, al estar aquí, el acercamiento entre Jacob y ella no tardó en suceder. Se gustaron desde el día en el que Demian nos invitó a comer en su casa del pueblo, cuando sus amigos fueron a verlo. La chispa terminó de prender entre ellos y lo que comenzó con encuentros de pasión, terminó siendo una relación consolidada. Tenían dos hijos, Sergio y Pablo.

La vida es un constante aprendizaje. Cuando te piensas que lo sabes todo, llega ella para demostrarte que todavía vas en pañales.

A pesar de los malos momentos que pasamos en el pasado y que seguramente pasaremos en el futuro, porque nunca se está exento de ellos, aunque esperaba que, de una forma diferente, puedo decir que todo tuvo que seguir ese curso para llegar a hoy, al presente, a un presente prometedor que no cambiaba por nada del mundo.

RRSS:

Facebook: Carlota Manzano
Instagram: @carlotamanzanoautora
Página de autora: relinks.me/CarlotaManzano
Twitter: @ChicasTribu